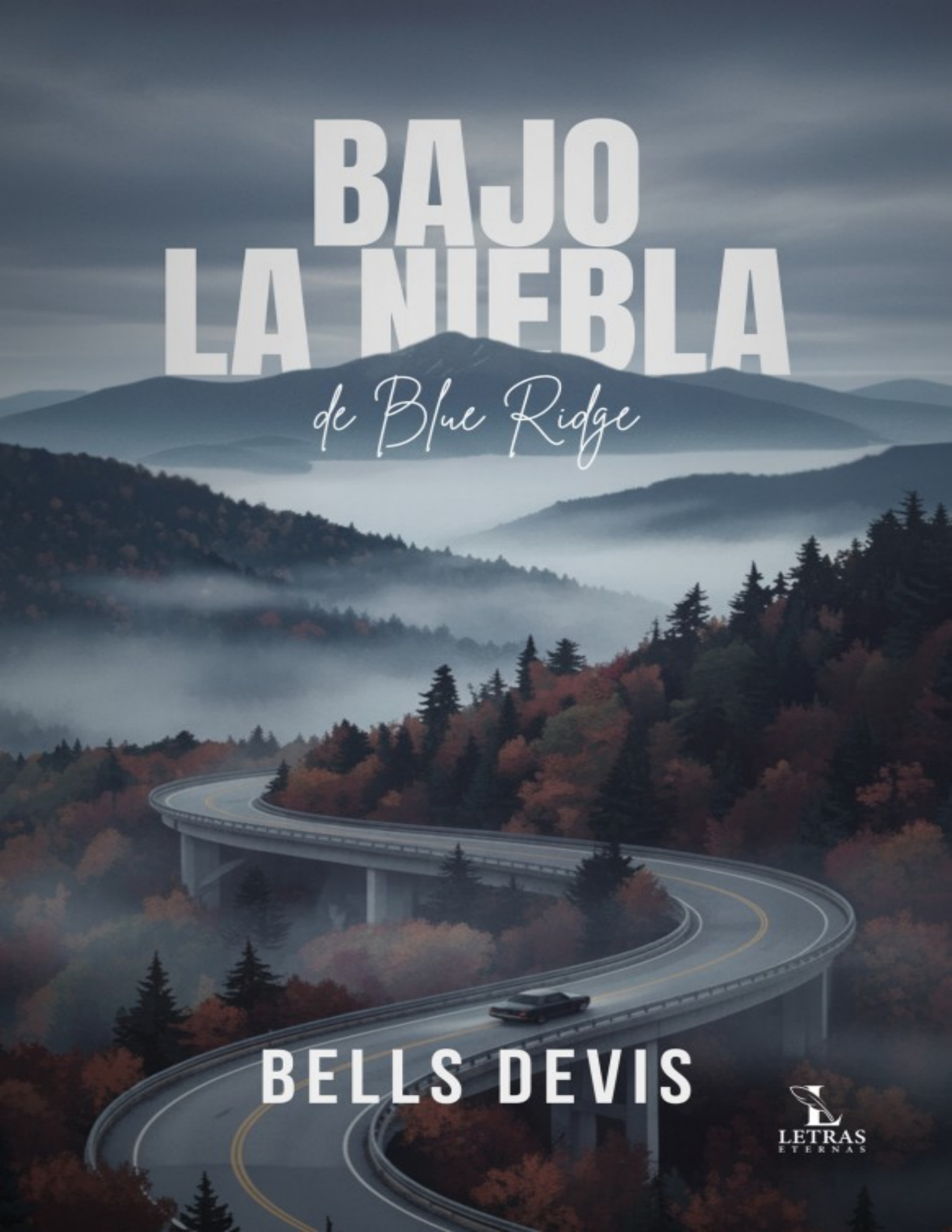
BAJO LA NIEBLA

de Blue Ridge



BELLS DEVIS

LETRAS ETERNAS

BAJO LA NIEBLA DE BLUE RIDGE

BAJO LA NIEBLA DE BLUE RIDGE

BELLS DEVIS

Copyright © 2026 Bells Devis

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright. Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Registro SAFECREATIVE: 2606146101182
Sello: Letras Eternas Ediciones
Primera Edición: junio de 2026
Idioma: español
Título Original: Bajo la Niebla de Blue Ridge
Diseño de Portada: Estilo Bells Servicios Literarios
Adaptación de Portada: Bells Web Ideas
Corrección y Edición: Estilo Bells Servicios Literarios
Maquetación: Estilo Bells Servicios Literarios
Booktrailer: Bells Web Ideas
Imágenes e Ilustraciones: Whisk, Envato y Canva Pro


BAJO
LA NIEBLA
de Blue Ridge
BELLS DEVIS
LETRAS
ETERNAS

Para quien alguna vez sintió que lo suyo era "demasiado poco" para doler,
pero aun así se rompió en silencio.

Este libro es para ti… y para la versión de mí que aprendió a reconstruirse creyendo de nuevo en sí misma.

PRÓLOGO

Hay historias que no nacen de la imaginación, sino de la necesidad urgente de comprender lo que parecía incomprensible.

No pensé que alguna vez escribiría una novela de ficción basada en algo que, en su momento, apenas podía aceptar como real. Lo que viví se sentía difuso, casi irreal: misterioso, doloroso y, por momentos, profundamente perturbador. Hubo días en los que dudé de todo, incluso de mí misma. Me convencí de que tal vez lo estaba exagerando, de que todo ocurría únicamente en mi mente… y, en los momentos más oscuros, llegué a creer que la culpa era mía.

Durante mucho tiempo, habité un territorio incierto, donde la línea entre la realidad y la percepción se desdibujaba constantemente. La incomprensión dio paso a la confusión; la confusión, al dolor; el dolor, al miedo. Después vino el silencio, el bloqueo, la sensación de haberme perdido por completo. Intenté reconstruirme desde lo que otros esperaban de mí, tratando de encajar, de no incomodar, de no cuestionar. Pero lo que siguió fue inevitable: la rabia, la tristeza profunda, y finalmente, el aislamiento.

Dicen que tocar fondo transforma. No porque haya algo poético en la caída, sino porque, en ese punto donde parece no haber más descenso posible, algo dentro de uno se ve obligado a decidir. Permanecer en ese lugar, vacío de todo, o intentar levantarse, aun cuando no se tenga fuerza suficiente. Y es entonces cuando se descubre una verdad incómoda pero poderosa: no hay dos caminos. Solo uno. Y comienza con un intento.

Este libro nace precisamente de ese intento.

Lo que el lector encontrará en estas páginas no es un reflejo exacto de lo ocurrido, sino una reinterpretación, una versión llevada al

límite de sus emociones y matices. Es una historia que se permite exagerar lo que dolió, amplificar lo que confundió y dar forma narrativa a aquello que, en la vida real, parecía no tenerla. Aquí, el drama familiar se entrelaza con el misterio, y la tensión avanza rozando los límites del thriller, alejándose deliberadamente de los territorios donde antes me sentía cómoda como escritora.

Pero este prólogo también es una advertencia. O quizás una invitación.

Porque, aunque esta es una obra de ficción, su raíz es real. Y detrás de cada escena, de cada silencio incómodo y de cada herida invisible, hay una experiencia que no es tan ajena como podría parecer. Existe un tipo de violencia que no siempre deja marcas visibles, un tipo de juicio que se disfraza de normalidad, un tipo de rechazo que se minimiza hasta hacerlo parecer insignificante… hasta que rompe.

Esta historia tiene, entonces, un doble propósito. Por un lado, contar, desde la ficción, lo que alguna vez me quebró. Por otro, abrir una puerta. Porque lo que aquí comienza no termina en estas páginas.

Más adelante, en otro espacio y desde otra voz más más íntima, compartiré lo que ocurrió, cómo lo enfrenté y cómo, paso a paso, logré salir de ese lugar. Ese será un libro distinto, uno que no busca narrar, sino acompañar. Un lugar donde las palabras no solo cuenten, sino que también sostengan.

Por ahora, esta novela es el primer paso.

Y si en algún momento, entre estas páginas, algo te resulta demasiado familiar… no es coincidencia.

CAPÍTULO 1

La Oferta

VALERIE

Habíamos vivido en los Estados Unidos durante cuatro largos años. Tanto Greg como yo éramos originarios de Canadá, un lugar que aún permanecía en mi corazón, lleno de memorias imborrables y un aire familiar que parecía haberse desvanecido con el tiempo.

Nos conocimos durante nuestra etapa universitaria, en un entorno académico que, aunque lleno de ambiciones, nos unió a través de una conexión única e inesperada. Él, dedicado al estudio de la Ingeniería Eléctrica, sumido en un mundo de fórmulas y ecuaciones; yo, apasionada por la Producción y el Marketing Audiovisual, buscando capturar la esencia de la vida con una lente y un guion. Desde el primer instante en que lo vi, concentrado en sus libros y ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor, supe que seríamos más que amigos. Algo en su forma de ser me atrajo; un imán invisible me impulsaba a encontrarlo en cada espacio y a querer acercarme.

No sentí la típica "chispa" de la que tanto se habla, pero aun así nuestros caminos fueron coincidiendo hasta volverse inevitables.

Tardé algún tiempo en encontrar el valor para acercarme, perdida en la duda, y él, en su mundo, no parecía notar mi presencia. Todo cambió el día en que improvisé una excusa banal —un simple "¿me comprarías un café?"— en la larga fila de la cafetería. Por un instante, nuestros ojos se encontraron y supe, de inmediato, que no era un sentimiento solitario; los cimientos de nuestra conexión se volvían más sólidos con cada mirada compartida. Sabía exactamente

qué pedir, un moca blanco caliente, sin crema y sin azúcar, con un doble shot y un toque de vainilla; no era algo tonto. Ese pequeño detalle me indicó que él también me había observado. Desde aquel instante, nuestras vidas se entrelazaron de una forma que nunca podría haber imaginado. En tan solo dos semanas comenzamos a salir juntos, uniendo nuestros grupos de amigos, tan dispares como nuestras personalidades, en un entramado de risas y complicidad.

Un año después, Greg se graduó, su pasión y esfuerzo finalmente se vieron recompensados con un empleo en la empresa eléctrica de Columbia Británica. Mi propia graduación se retrasó un año más; pero tan pronto como obtuve mi título, decidimos dar un paso significativo: nos casamos. Había una urgencia implícita en nuestras decisiones, una sensación persistente de que algo nos impulsaba a consolidar lo que ya parecía encaminado a ser. Era un movimiento constante, un magnetismo emocional que nos llevaba a construir, paso a paso, la idea de un hogar en cada elección que hacíamos.

En ese tiempo, nuestros amigos Ely y Natalie habían formalizado su compromiso y se habían mudado a Estados Unidos, donde lograron establecerse cerca de la familia de Natalie. Eso no hizo más que fortalecer el vínculo entre Ely y Greg, cuya relación siempre había sido más cercana a la de hermanos que a la de simples amigos. Procuraban verse al menos una vez al año, cuando Ely regresaba a visitar a sus padres, y cada uno de esos encuentros se transformaba en una celebración marcada por el cariño, los recuerdos compartidos y una inevitable sensación de nostalgia. Mientras tanto, nosotros también comenzábamos a construir nuestra propia historia, dando forma a una vida que, sin darnos cuenta, estaba a punto de cambiarlo todo.

Un año más tarde, llenamos nuestras vidas con la llegada de Jason. Desde el mismo instante de su nacimiento, supimos que su mundo sería diferente; había llegado sin la capacidad de oír, una realidad que nos dejó atónitos, ya que ninguna de nuestras familias tenía antecedentes similares. Sin embargo, lejos de verlo como una carga, lo asumimos como un regalo inesperado; un desafío que abrazamos

con determinación, dispuestos a ofrecerle una vida plena y proteger la luz que traía consigo. Dos años después, esa luz se expandió con la llegada de Julie, cuya presencia iluminó aún más nuestro hogar. Desde muy pequeños, Jason y Julie construyeron un vínculo profundo y natural: él, atento y protector; ella, aprendiendo el lenguaje de señas incluso antes de dominar las palabras.

Los años en Canadá se fueron tejiendo como una delicada colección de instantes luminosos que aún hoy habitan en nosotros. Crecimos al ritmo de nuestros hijos, entre el asombro y un orgullo sereno, aprendiendo a reconocer la belleza de lo cotidiano y a resguardar cada etapa como quien cuida algo irrepetible. Nuestras familias, pequeñas en número —yo, hija única, y Greg con una sola hermana —, encontraron en la familia de Ely una presencia generosa, una extensión natural donde la cercanía y el afecto tomaban forma.

Así, nuestro hogar se fue afirmando en esa intimidad compartida: un refugio cálido, sostenido por la presencia, la complicidad y el apoyo mutuo, donde lo esencial siempre encontraba su lugar.

Durante mi estancia en Canadá, trabajé en varios empleos pequeños, nunca fijando algo a largo plazo, pues en el fondo sabíamos que mi verdadero propósito era dedicarme a la crianza de nuestros hijos, mientras que Greg, valientemente, se encargaba de proporcionarnos un hogar. Nuestros roles se complementaban en una danza armoniosa, donde cada uno aportaba lo suyo al bienestar mutuo. Mi madre solía comentar que éramos como un reloj antiguo que nunca se detenía, funcionando con precisión, organizados y en sintonía perfecta.

En ese tiempo descubrí también la fotografía, casi sin querer; primero como una forma de detener los momentos que pasaban demasiado rápido, y luego como una necesidad genuina. La Nikon FM2 que mi madre me había regalado antes de comenzar la universidad, aquel artefacto que había sido testigo de mis sueños universitarios encontró en la maternidad un nuevo propósito. Con ella aprendí que capturar la vida no era muy distinto a vivirla con atención.

La vida cambió de forma brusca cuando mi madre falleció. Su ausencia dejó un silencio difícil de llenar; nunca fui de tener muchas amistades, así que su compañía ocupaba un lugar esencial en mi vida. Era mi confidente, mi apoyo constante, y aprender a seguir sin ella no fue sencillo. Apenas un mes después, mi padre rehízo su vida, y la rapidez de ese cambio me tomó por sorpresa, haciéndolo aún más difícil de procesar en medio del duelo. En ese contexto, Greg —preocupado por lo que yo estaba atravesando— aceptó una oferta laboral en Nueva York, pensando que un cambio de entorno podría ayudarnos. Dejar Canadá dolió más de lo que esperábamos; era abandonar no solo un lugar, sino la versión de nosotros que habíamos construido allí. Pero entendimos que seguir rodeados de todo lo que me recordaba a ella tampoco estaba ayudando. Además, las oportunidades educativas para Jason eran muy buenas en Nueva York, y eso nos dio una razón más para dar el paso con algo de tranquilidad.

Sin embargo, Nueva York nunca se sintió como un hogar. La ciudad, con su ritmo infernal y la frialdad en las miradas de sus habitantes, parecía encerrada en una burbuja de indiferencia. Para alguien como yo, que había comenzado a aficionarse a la fotografía, cada rincón sin vida me resultaba una opresión palpable. Me pasaba horas recorriendo sus calles, tratando de capturar la esencia de la vida que parecía ausente, enfocándome en encontrar belleza en lo cotidiano, pero la conexión que anhelaba se mantenía esquiva. Cargaba la Nikon FM2 como si fuera un ancla, buscando en el visor lo que los ojos solos no encontraban. Soñaba con tener un cuarto de revelado propio, un espacio íntimo donde el tiempo se detuviera y la luz roja lo transformara todo en magia tangible. Pero en aquel piso de Sunset Park no había lugar para ese sueño, y tampoco para mucho más.

En el transcurso de nuestro tiempo en Nueva York, nunca llegué a conocer a mis vecinos, ni siquiera aprendí el nombre del alegre propietario de la frutería que visitaba cada día. Las conversaciones transcurrían ligeras, sin detenerse en nada esencial; la soledad se convirtió en mi única compañera. La muerte de mi madre resultó ser

una sombra que me seguía, una marca indeleble que se adhirió a mi ser. Mis únicas amistades se constituyeron en mis hijos y en Greg; él se convirtió en el pilar de mi existencia, mi mejor amigo y un alma gemela sin reconocimiento formal.

Fue por ello por lo que cuando Ely, con voz entusiasta, llamó para informarnos sobre una vacante en la empresa de Energía Limpia para la cual él trabajaba, un lugar que parecía destinado a ser la solución perfecta para Greg, sentí una oleada de esperanza y emoción. Vi sus rostros radiantes en la videollamada, el entusiasmo palpable en sus expresiones, y me di cuenta de lo mucho que añorábamos tener a nuestros amigos cerca nuevamente. Greg necesitaba ese apoyo, esa conexión familiar que Ely representaba, ese hermano que siempre había sido para él.

—Suena bien… —dije al colgar, aún con sus rostros presentes—. Se les veía felices.

—Sí —respondió Greg—. Y… no sé, creo que estar cerca de Ely otra vez nos haría bien. Estos años han sido muy solitarios, amor.

—Lo sé, pero… —susurré, con un peso que no supe disimular. Había sido yo quien insistió en irnos, quien creyó que la distancia aliviaría lo que dolía… y, sin embargo, el dolor viajó conmigo, arrastrando también la soledad para todos— ¿Y si no funciona?

—Entonces veremos qué hacer —dijo, encogiéndose apenas de hombros—. Pero quedarnos aquí tampoco parece una buena opción, ni para nosotros ni para los niños.

Guardé silencio un instante antes de hablar.

—Lo siento —murmuré, bajando la mirada—. Pensé que Nueva York ayudaría más a Jason.

—No es tu culpa, amor. Todo tenía sentido en su momento —añadió con calma—. Y lo decidimos juntos.

Hizo una pausa breve antes de continuar:

—Ahora es distinto… esta vez no estaremos solos.

—Es verdad —repetí, dejando que esa idea encontrara un poco de espacio dentro de mí.

La rapidez con la que se desarrollaron los acontecimientos fue casi prodigiosa; Greg realizó la entrevista a distancia, completando los exámenes requeridos con la destreza que siempre lo había caracterizado. La propuesta de trabajo era prometedora, con un salario que, aunque no alcanzaba el que recibía en Nueva York, sería suficiente en el contexto de Carolina del Norte, donde el costo de vida era considerablemente más accesible. Era el momento ideal para empezar de nuevo; con nuestros ahorros y el nuevo ingreso, podíamos darle a nuestra familia la calidad de vida que merecían, y quizás había llegado la hora de dejar atrás el pequeño piso en Sunset Park, donde el espacio se iba a hacer cada vez más reducido y ya no era funcional para nuestro estilo de vida.

Mudarnos a Blue Ridge se presentó ante nosotros como un sueño hecho realidad. Con la ayuda incansable de Natalie, que se ocupó de todos los detalles en nuestro nombre, comenzamos la búsqueda de una casa que pudiera ser el nuevo escenario de nuestras vidas, una lo suficientemente amplia como para albergar no solo nuestras pertenencias, sino también nuestros proyectos y anhelos. Buscábamos también que tuviera buenos recursos cerca para Jason; en ese sentido, Carolina del Norte ofrecía opciones sólidas, y eso terminó de inclinar la balanza. Cuando finalmente vi los videos y las fotos de la propiedad, supe en mi interior que habíamos encontrado nuestro hogar. Aquella casa no solo tenía el espacio que necesitábamos: tenía un cuarto que por fin podría convertirse en ese lugar que llevaba años imaginando, donde la luz roja lo transformaría todo y el tiempo, por una vez, se detendría.

—Está bonita… —dijo Greg, inclinándose un poco hacia la pantalla—. Mira los jardines… y las montañas.

—Sí… —respondí, recorriendo la imagen con calma—. Se siente tranquila.

—Eso me gusta.

Asentí, sin decir mucho más. Pensé en lo bien que le haría a él volver a tener cerca a alguien de confianza, en lo diferente que podría ser todo para Jason si encontraba un espacio donde encajar sin esfuerzo, en lo que significaría para Julie crecer rodeada de gente cercana.

—A mí también —murmuré al final.

Greg me miró un momento.

—Puede ser un buen cambio.

—Sí… —dije—. Creo que nos vendría bien.

Había algo en la neblina que rodeaba la casa que no lograba apartar de mi mente. No era inquietud, tampoco exactamente calma; más bien una sensación difícil de nombrar, como si ese velo suave cubriera algo que aún no alcanzaba a comprender, pero que, de alguna forma, ya me estaba llamando.

El alquiler era elevado y consumiría gran parte de nuestros recursos mensuales, entre la renta, las matrículas escolares y otros gastos, pero aun así decidimos avanzar. Estábamos dispuestos a hacer sacrificios si eso significaba acercarnos a una vida más plena, a un entorno que realmente se sintiera nuestro. Con la determinación que siempre nos había acompañado, aceptamos, depositando nuestra confianza en Dios y en el universo, con la sensación de que, de alguna manera, todo parecía alinearse para llevarnos hacia ese camino.

—Es bastante… —murmuré, repasando los números.

—Sí —dijo Greg, sin rodeos—. Pero creo que vale la pena intentarlo.

Lo miré, todavía insegura.

—¿Y si se nos hace muy cuesta arriba?

Él tomó mi mano con suavidad.

—Entonces veremos cómo ajustarnos —respondió—. Pero yo siento que este es el paso que nos toca dar.

La forma en que todo empezó a encajar fue, para nosotros, otra señal de que íbamos en la dirección correcta. Había una ilusión compartida, una sensación de estar haciendo algo importante, aunque no supiéramos exactamente cómo se vería al final. Éramos cuatro, avanzando con lo que teníamos y con lo que soñábamos construir. Así, entre expectativas renovadas y un camión cargado más de intenciones que de certezas, emprendimos el camino hacia Carolina del Norte en busca de un nuevo comienzo.

A medida que nos dirigíamos al sur, el paisaje comenzó a transformarse poco a poco. Las montañas aparecían en el horizonte, cada vez más definidas, mientras una ligera neblina se acomodaba sobre las colinas, dándole al entorno una calma difícil de ignorar. El aire se volvía más fresco, más limpio, y con él llegaba una sensación distinta, casi como si el lugar tuviera su propio ritmo.

—Val… —dijo Greg, con una media sonrisa—. Creo que ya estamos llegando.

—¿Sí? —me incliné un poco hacia la ventana—. Mmm… sí, se nota.

—¿Qué te parece?

—Bonito… más de lo que imaginaba.

Greg asintió, relajando un poco los hombros. En su mirada había algo distinto, una mezcla de certeza y entusiasmo contenido que no pasaba desapercibida. Se le veía tranquilo, confiado, como si por fin algo encajara para él, y eso, más que cualquier otra cosa, me dio calma. Aun así, había algo en el ambiente que me mantenía atenta, una sensación difícil de precisar, a medio camino entre la curiosidad y una leve inquietud.

—A ver si esta vez sí le pegamos —dijo Greg, con una media sonrisa.

Solté una leve risa.

—Ya nos toca, ¿no? —respondí.

No era una seguridad absoluta, pero tampoco una duda que frenara. Más bien esa sensación de estar entrando en algo nuevo, sin tenerlo

del todo claro y aun así avanzar. Con cada kilómetro, no solo nos acercábamos a un lugar distinto, sino a una etapa que pedía espacio para empezar, dejando atrás, poco a poco, lo que ya no encajaba con nosotros.

CAPÍTULO 2

La Mudanza

VALERIE

Llegar a Blue Ridge se sintió bien desde el primer momento, aunque no de una forma absoluta. Fue más bien una certeza que se iba acomodando poco a poco, abriéndose paso entre esa mezcla de curiosidad y ligera inquietud que me había acompañado en el camino. No hubo grandes revelaciones, solo una calma distinta, silenciosa, que empezaba a asentarse en mí sin imponerse del todo. Y, aun así, debajo de todo eso, había algo firme, casi intuitivo, que me decía que estábamos donde teníamos que estar.

El día parecía acompañar nuestra llegada sin esfuerzo. A medida que avanzábamos, el paisaje se abría con una calma que no imponía nada, pero que se sentía distinta a todo lo que veníamos dejando atrás. Ya no había bocinas ni prisa, solo el sonido constante del viento entre los árboles y el canto intermitente de los pájaros, como si el lugar tuviera su propio ritmo. Todo invitaba a bajar la velocidad, a estar más presente. Respiré hondo un par de veces, tratando de registrar esa sensación —esa mezcla de tranquilidad y algo más difícil de nombrar— y guardarla en algún lugar donde pudiera volver a ella después.

Las montañas, extendidas a lo lejos, sostenían el horizonte con una firmeza tranquila, antigua, como si llevaran siglos esperando que alguien las mirara sin apuro. Había algo en ellas que te detenía por dentro. Incluso la luz era distinta: más suave, más cercana, como si tocara las cosas con intención en lugar de simplemente iluminarlas.

Cuando nos detuvimos frente a la entrada de nuestra nueva casa, un leve estremecimiento me recorrió de pies a cabeza. Me quedé unos segundos en silencio, observando. Era sencilla, pero tenía algo que latía. La luz entraba con generosidad por las ventanas, como si la casa la invitara adentro, y el jardín, salpicado de un verde tan fresco que casi dolía mirarlo, dejaba ver los primeros indicios de la primavera. No era solo lo que veía, sino lo que me hacía sentir: una especie de reconocimiento inesperado, como si ese lugar y yo ya nos conociéramos de antes.

Al abrir la puerta, nos recibió un aroma cálido, dulce, que reconocí de inmediato: vainilla. Sobre una mesa, algunos pasapalos preparados por Natalie y pequeños detalles de bienvenida hacían que el espacio se sintiera vivo, habitado, pensado para nosotros. No hizo falta decir mucho. Los abrazos llegaron primero, largos, sinceros, de esos que contienen más de lo que cualquier palabra podría. Hubo risas, también algunas lágrimas, pero ninguna pesada; eran ligeras, como si soltaran algo que ya no necesitábamos cargar.

Ese recibimiento no solo marcaba nuestra llegada a un lugar, sino a una forma distinta de vivir. Por primera vez en mucho tiempo, la idea de ir más despacio no me producía ansiedad, sino alivio. Pensé en todo lo que dejábamos atrás: el ritmo acelerado, las rutinas que apenas dejaban espacio para respirar, la sensación constante de estar corriendo hacia algo que nunca terminaba de alcanzarse.

Si tuviera que nombrar lo que sentí ese día, diría que fue esperanza. Una esperanza tranquila, sin urgencia. La esperanza de crecer como familia, de ofrecerles a Jason y a Julie un entorno más amable, más presente. De ver a Jason encontrar su camino en algo que realmente le apasionara, sin la presión de tener que encajar en moldes ajenos.

Y, casi en silencio, como una idea que apenas comenzaba a tomar forma, también apareció algo más: una esperanza para mí. Durante mucho tiempo, mis prioridades habían estado puestas en los demás, casi de manera automática. Pero ahí, de pie en ese nuevo espacio, sentí por primera vez la posibilidad de preguntarme qué quería yo.

Tal vez retomar la fotografía, tal vez explorar algo distinto. No tenía una respuesta clara, pero tampoco la necesitaba todavía.

Por ahora, bastaba con esa sensación: la de estar exactamente donde tenía que estar.

Ely y Natalie estuvieron pendientes de todo desde que llegamos. Habían preparado una barbacoa para que no tuviéramos que preocuparnos por nada mientras descargábamos el camión y organizábamos lo esencial para pasar la noche. Samuel, el hermano de Natalie, también se sumó a la ayuda, y su presencia hizo que todo avanzara con más rapidez de la que esperábamos.

La casa tenía tres pisos. El último, un ático amplio y lleno de luz, lo habíamos pensado desde el inicio como una posible oficina. Sin embargo, ese plan empezó a cambiar en cuanto noté la expresión de Jason.

Desde que llegamos, había algo en él que no terminaba de encajar. Se movía con cautela, observando más de lo que participaba, y aunque intentábamos mantenerlo al tanto de todo, sabía que no era suficiente. Estábamos rodeados de personas que no conocían la lengua de signos, y por más que interpretáramos, siempre había matices que se perdían en el camino. No todo se puede interpretar con la misma profundidad, y hay ideas que simplemente no encuentran una forma directa de decirse.

Era lógico pensar que el inicio sería difícil para él, al menos hasta encontrar su lugar, su ritmo, su gente.

Pero cuando levantó la mirada hacia el ático, algo cambió. Hubo un brillo distinto, una chispa de interés que no había visto en todo el día. Me bastó ese instante para entenderlo. Sin decir nada, supe que ese espacio ya no nos pertenecía de la misma manera.

Tomé la decisión casi de forma automática, con la certeza de que Greg pensaría igual.

En lengua de signos, busqué su mirada antes de decir nada. Esperé a que conectara conmigo, a que todo lo que ocurría alrededor

quedara en pausa, aunque fuera por un momento.

—¿Te gusta?

Quería que supiera que, más allá del cansancio, de la mudanza y de todo lo nuevo, lo importante era cómo se sentía él.

Jason asintió sin dudar.

—Mucho.

Sus ojos volvieron al ventanal inclinado. La luz de la tarde entraba de lado, iluminando el espacio de una forma suave, casi tranquila. Se quedó observando unos segundos más, como si intentara imaginar algo ahí.

—Podemos hacer de este espacio tu habitación —le propuse, acercándome y pasando el brazo por sus hombros.

No respondió de inmediato. Miró alrededor con más atención, recorriendo el techo, las paredes, el piso vacío.

—Es muy grande.

Me encogí de hombros con una leve sonrisa, quitándole peso a la idea. En mi mente ya podía verlo distinto: con sus cosas, sus libros, su mundo tomando forma poco a poco.

—Ya veremos cómo lo llenas.

Jason volvió a mirarme, y esta vez su expresión era diferente, más relajada.

—Gracias, mamá.

El abrazo llegó sin aviso, fuerte, sincero. Me quedé ahí un segundo más de lo habitual, sosteniéndolo. En ese gesto había algo que no necesitaba traducción: un poco de alivio, un poco de confianza, y también la certeza de que, aunque todo fuera nuevo y a veces difícil de entender, estábamos juntos en esto.

Durante mi juventud en Canadá —en el instituto, en la universidad, en casa o fuera de ella— hubo momentos en los que sentía, sin una

razón clara, que no terminaba de pertenecer. Era una sensación extraña, difícil de explicar. No tenía que ver con mi entorno: mis padres siempre fueron apoyo y refugio, impulso y sostén. Y, aun así, esa idea aparecía de vez en cuando, silenciosa, como si algo dentro de mí no terminara de encajar.

Eso cambió cuando conocí a Greg. Poco a poco, casi sin darme cuenta, él se convirtió en más que un lugar seguro: se volvió el lugar donde todo tenía sentido, donde no había duda de pertenencia. Con él, esa sensación simplemente dejó de existir.

Por eso, desde que Jason era pequeño, deseé con todas mis fuerzas poder ser eso para él. Un espacio propio, un lugar donde pudiera sentirse en casa, sin cuestionarlo. Sabía que, con el tiempo, encontraría su propio camino —quizás en otra persona, en una mujer o un hombre que llegara a significar para él lo que Greg era para mí—, pero mientras tanto, quería que tuviera eso en mí.

También entendía que no dependía solo de mi esfuerzo. Aun así, haría todo lo posible por darle esa seguridad. Y si en ese momento ese ático representaba un refugio para él, un lugar donde pudiera empezar a sentirse cómodo, entonces era suficiente.

Al bajar las escaleras hacia el segundo piso, me encontré con Greg esperándome al final. No hizo falta decir nada. Bastó una mirada para que entendiera lo que había pasado arriba. Asintió, con esa calma que siempre lo caracterizaba, y tomó mi mano antes de que volviéramos a lo que quedaba por organizar.

Así funcionábamos nosotros. Sin demasiadas palabras, sin complicaciones. Nos entendíamos, nos apoyábamos y, la mayoría de las veces, coincidíamos sin esfuerzo.

Eso no significaba que nuestro matrimonio fuera perfecto. Discutíamos, claro, pero eran momentos breves, contenidos, que rara vez salían de nosotros. Tal vez por eso, desde afuera, parecía que no existían, dando la impresión de que todo era demasiado fácil para ser real.

Pero no era eso. Simplemente habíamos aprendido a conocernos lo suficiente como para saber cuándo ceder, cuándo insistir y cuándo dejar ir. Buscábamos un equilibrio que fuera justo para ambos, incluso en los desacuerdos.

Después de casi diecisiete años juntos, habíamos tenido tiempo de entendernos y, sobre todo, de aceptarnos. Porque al final, todo aquello que no nos gustaba del otro quedaba pequeño frente a todo lo que sí amábamos.

El segundo piso era amplio y bien distribuido. Tenía tres habitaciones, cada una con su baño, y una sala de estar que conectaba todo de forma abierta y cómoda. Greg y yo nos quedamos con la habitación principal. Era grande, más de lo que esperábamos, y al mirarnos supimos que la cama se vería pequeña allí. Aun así, me encantó desde el primer momento. Tenía algo que transmitía calma, como si las paredes hubieran absorbido años de silencio bueno y lo devolvieran despacio.

El vestier recibía mucha luz natural, lo que lo hacía aún más agradable, y el baño tenía una bañera amplia junto a un ventanal discreto que daba hacia la parte trasera de la casa. Desde el balcón de la habitación, la vista se extendía hacia el jardín, que parecía no terminar. Me quedé observándolo unos segundos, dejándome llevar por la tranquilidad que transmitía, sintiendo cómo algo en mí se asentaba, como polvo que por fin encuentra el suelo.

—Ahí cabría una piscina —comentó Greg, siguiendo mi mirada.

—Sí… y si sigue siendo lo que queremos, ya veremos más adelante —respondí, recordándole sin insistir que aún no era nuestra propiedad. El contrato nos daba prioridad para comprar después de cinco años, y eso, por ahora, era suficiente.

Greg asintió, pensativo.

—¿Tienes algo más en mente?

—¿No te parece que ese espacio podría llenarse de tulipanes? —dije, señalando una parte del jardín, dejándome llevar por la idea.

Greg soltó una pequeña risa, negando con la cabeza.

—Claro… cómo no lo vi antes. Si hay un hueco con tierra, tú ya lo estás llenando de flores.

—Obvio —respondí, encogiéndome de hombros.

—Déjame adivinar… tulipanes, lavanda y algo más que todavía no me has dicho.

La idea quedó ahí, flotando entre los dos sin necesidad de resolverla en ese momento. Era parte de lo mismo: imaginar sin prisa, sin tener que definir cada detalle de inmediato. Ya habría tiempo para eso; por ahora, bastaba con dejar que las cosas fueran tomando forma a su ritmo.

Julie no tardó en elegir su habitación entre las otras dos. Se quedó con la más pequeña, pero también la más acogedora. Tenía una distribución que le venía perfecta y un vestier que parecía hecho a su medida. Ya podía imaginarla organizando su ropa con ese orden tan suyo, separando cada cosa por color y estilo.

El baño de su habitación conectaba con el pasillo, así que terminaría compartiéndolo con Jason. Era el más cercano a las escaleras, lo que lo hacía práctico para ambos. Ninguno pareció tener problema con eso. Siempre se habían llevado bien, compartiendo espacios y momentos con una naturalidad que, en muchos sentidos, nos recordaba a Greg y a mí.

La otra habitación la dejaríamos para más adelante, con la idea de convertirla en un estudio o en un espacio compartido para todos.

En la primera planta había un estudio tipo biblioteca y un cuarto de servicio. En cuanto entré en este último, lo supe. No tenía ventanas, y eso lo hacía perfecto. Sería, por fin, mi cuarto de revelado. Sonreí casi de inmediato, con esa sonrisa que no se planea, sino que simplemente ocurre, y Greg, que me observaba, me rodeó con los brazos sin que hiciera falta decir nada. Entendía lo que significaba para mí, lo que ese cuarto oscuro y silencioso guardaba de mis sueños más antiguos.

La casa era todo lo que necesitábamos, y un poco más. Sabíamos que implicaría un esfuerzo importante, que absorbería gran parte de nuestros ingresos, pero en ese momento no parecía importar. Si hacía falta, yo también trabajaría. Había algo en ese lugar que me daba paz, y ver a mi familia contenta terminaba de confirmar que valía la pena.

El resto de la tarde pasó entre risas, cajas abiertas a medias y conversaciones que retomaban el tiempo perdido. Ely y Greg, en algún momento, se apartaron a hablar de trabajo, mientras nosotras seguíamos entre anécdotas y pequeños detalles de la casa. Poco a poco, la luz fue bajando, y con ella el ritmo del día. Cuando las luces alrededor empezaron a apagarse, nos despedimos y subimos finalmente a descansar.

La habitación seguía llena de cajas, pero aun así se sentía acogedora. Había una calidez extraña, como si el espacio ya empezara a moldearse a nosotros. Me acerqué al balcón para cerrar la persiana, y fue entonces cuando lo noté.

La niebla.

Era densa, mucho más de lo que esperaba. Apenas podía distinguir el suelo unos metros más allá. Todo estaba cubierto por un blanco uniforme que se movía despacio, avanzando, como si algo la empujara hacia nosotros desde adentro del jardín. No hacía tanto frío, pero aun así un escalofrío me recorrió la espalda, lento, preciso. Me quedé mirando, tratando de reconocer algo, alguna silueta conocida entre la oscuridad, pero no había nada. Solo ese manto blanco que se extendía y se acercaba, envolviéndolo todo en un silencio que no se sentía vacío sino cargado, como si contuviera algo que aún no podía ver.

Entonces lo escuché. Un susurro. Breve, bajo, inconfundible. Vino de afuera, estaba segura, aunque no pude distinguir si era una voz o simplemente el viento encontrando una grieta. Se me erizó aún más la piel. Intenté enfocar la mirada, distinguir el jardín, las casas vecinas, cualquier cosa, pero la niebla lo había borrado todo. Solo

quedaba ese blanco denso que seguía moviéndose, acercándose, rodeándonos.

Greg salió del baño y al sentir mi piel erizada me rodeó con sus brazos, suponiendo, probablemente, que tenía frío. Quise decirle lo que había sentido, preguntarle si él también percibía algo extraño en esa niebla que nos envolvía, pero no lo hice. Cerré la persiana despacio y me quedé allí, dentro de ese momento.

Su cercanía fue disolviendo la tensión sin esfuerzo, como siempre lo había hecho. Sus manos se movieron con esa familiaridad que solo dan los años, pero también con algo más, con una intención clara y sin rodeos, como si él también necesitara encontrarme esa noche. Como si los dos hubiéramos llegado al mismo lugar sin ponernos de acuerdo.

Me giré hacia él.

Sus ojos me recorrieron despacio, sin apuro, desde la boca hasta los hombros, bajando y volviendo a subir con esa calma deliberada que siempre me había desarmado. No era la mirada de alguien que tiene prisa. Era la mirada de alguien que sabe exactamente lo que quiere y puede permitirse el lujo de tomárselo con tiempo. En esa mirada había algo que reconocí de siempre: el deseo mezclado con ternura, esa combinación que a veces solo aparece cuando todo lo demás se aquieta y ya no queda nada que fingir.

Me besó despacio al principio. Con cuidado, casi con reverencia, como si quisiera recordar el sabor antes de perder el control. Sus labios rozaron los míos una vez, dos veces, apenas presionando, hasta que algo en los dos se tensó al mismo tiempo y el beso cambió de naturaleza por completo. Se volvió más profundo, más urgente, con las manos moviéndose desde mi rostro hacia mi cuello, bajando por mis hombros, recorriéndome la espalda con una presión que era casi una pregunta y casi una orden.

Me quitó la ropa sin apuro, pero sin dudar, como quien conoce el camino de memoria y aun así elige mirarlo. Lo hice yo también. Mis manos encontraron el borde de la toalla. No fue difícil soltarla,

cayendo al suelo entre las cajas sin desempacar. Por un momento nos reímos del desorden y esa risa se convirtió en otro beso, este más directo, más hambriento, con mi espalda ya contra la cama y su cuerpo inclinándose sobre el mío.

Se tomó su tiempo.

Recorrió mi cuello con la boca, bajó por mi clavícula, por el centro de mi pecho, deteniéndose donde sabía que yo perdía el hilo de cualquier pensamiento. Diecisiete años le habían dado un mapa que yo ni siquiera recordaba que existía, y aun así lo usaba como si lo hubiera trazado esa misma noche. Sentí sus manos abiertas sobre mi cintura, sobre mis caderas, moviéndose con esa mezcla extraña de memoria y descubrimiento que solo existe cuando el deseo no se ha gastado, sino que ha madurado.

Me arqueé hacia él sin pensarlo. El cuerpo respondiendo antes que cualquier palabra.

Por un instante se quedó quieto encima de mí, mirándome a los ojos en la penumbra, con la respiración ya irregular y algo oscuro y familiar instalado en su mirada. No dijo nada. Yo tampoco. Ese silencio pesaba de una manera que me gustaba, que reconocía, que me decía que lo que venía no iba a ser rápido ni superficial.

Cuando por fin entró en mí lo hizo despacio, dejando que yo lo sintiera del todo, y el sonido que escapó de mi garganta no fue de sorpresa sino de reconocimiento. Como volver a un lugar que es tuyo, aunque hayas estado mucho tiempo sin visitarlo. Sus caderas encontraron un ritmo que yo seguí de inmediato, porque así funcionábamos, sin necesidad de negociar, sin torpeza, con esa sincronía que no se aprende, sino que se acumula noche tras noche hasta volverse instinto.

Su voz junto a mi oído decía cosas que no necesitaban testigos. Palabras directas, sin adorno, las que solo se dicen cuando ya no queda nada que guardar entre dos personas. Me aferré a su espalda con las manos, sintiendo los músculos moviéndose bajo mis dedos, y algo en mí se fue soltando capa por capa, todo lo que había cargado

durante semanas disolviéndose en el calor de su cuerpo contra el mío.

El ritmo cambió. Se volvió más intenso, más profundo, con mi nombre en su boca y mis piernas rodeándolo para acercarlo más, siempre más, porque con él siempre había querido más. Llegamos juntos, casi al mismo tiempo, como tantas otras veces, con ese temblor que empieza adentro y se expande hacia afuera hasta que no queda tensión en ningún lugar del cuerpo.

Me quedé aferrada a él mientras todo se aquietaba lentamente.

Su peso encima del mío, su respiración todavía agitada contra mi cuello, su mano buscando la mía entre las sábanas revueltas y apretándola sin decir nada. Ese gesto pequeño que conocía de memoria y que siempre me decía más que cualquier palabra.

Afuera, la niebla nos observaba desde el otro lado de la persiana, densa y silenciosa, pegada al cristal como si hubiera estado esperando ese momento tanto como nosotros.

Se sintió cercano. Suficiente. Completo de una manera que no necesitaba compararse con nada. Sin pensar en antes ni en después, sin el peso de la mudanza ni de las cajas apiladas en los rincones. Solo ese momento, ese espacio donde todo lo demás quedaba en pausa, y nosotros dos éramos lo que siempre habíamos sido.

Los de siempre. Con hambre todavía.

CAPÍTULO 3

El Primer Día

VALERIE

El jardín estaba cubierto por una capa de vaho blanquecino que apenas dejaba distinguir las flores bajo él. Sentí una presión extraña en los pies descalzos, una sensación que comenzó a extenderse lentamente por mi cuerpo a medida que la niebla me envolvía. No era frío; al contrario, aquella densidad suave me rodeaba como un manto tibio, aislándome poco a poco de todo lo demás. Giré la vista y alcancé a distinguir a Natalie detrás del ventanal de su sala. No reaccionó. Solo me observó con una leve sonrisa, justo antes de que la niebla terminara de cerrarse a mi alrededor y borrara cualquier cosa de mi vista.

La desesperación llegó de golpe. Intenté avanzar, pero ya no podía saber si realmente me estaba moviendo. Todo era blanco. Quise gritar, aunque algo dentro de mí me hizo contenerme, como si abrir la boca permitiera que aquella blancura entrara en mi cuerpo y me hiciera desaparecer también. Cerré los ojos con fuerza. Poco a poco comenzaron a regresar algunas sensaciones: el frío leve en la piel, el roce suave bajo mis pies, el sonido del viento entre los árboles… luego los pájaros, uno más agudo que los demás, insistente, hasta convertirse en la alarma. Desperté con una sensación difícil de explicar. No había sido exactamente una pesadilla, pero tampoco algo que pudiera olvidar con facilidad. Me dejó inquieta, incómoda. Pensé que más tarde buscaría algún significado en internet.

En medio de esos pensamientos, sentí la piel de Greg acercándose, como hacía cada mañana. Sus labios recorrieron mi cuello lentamente y el calor familiar de su cuerpo consiguió apartar, aunque fuera por unos minutos, la incomodidad que todavía me dejaba el sueño. Me acerqué más a él casi por instinto, buscando esa calma que siempre encontraba entre sus brazos.

Sus manos se deslizaron por mi cintura con suavidad y me acerqué más a él casi por instinto, dejando que sus besos y el calor de su cuerpo apagaran poco a poco la incomodidad que todavía me dejaba el sueño. Afuera, la niebla, la mañana y todo lo demás dejaron de importar por un rato. Entre las sábanas desordenadas y esa calma íntima que siempre encontrábamos juntos, terminé olvidándome de todo.

Nos levantamos y nos arreglamos para empezar el día. Era la primera mañana de Greg en el trabajo y yo tenía la cita en el instituto para terminar el proceso de admisión de los chicos.

Cuando bajamos, Jason ya estaba en la cocina preparando el desayuno, mientras Julie discutía con él frente a la estufa, observando con evidente desaprobación lo que hacía.

—Si no te gusta, siempre puedes prepararte otra cosa —señaló Jason con una sonrisa burlona, perfectamente consciente de cuánto odiaba su hermana cocinar.

—No entiendo tu obsesión con el huevo —replicó Julie, cruzándose de brazos—. Existen otros tipos de proteína, por si no sabías. Aunque, siendo honestos, ninguna va a ayudarte con esos músculos si sigues pegado a la consola todo el día.

Jason soltó una risa por lo bajo justo cuando Greg entró en la cocina.

—Tienes trece años, Julie —dijo mientras se servía café—. No creo que sea necesario que te inscribas en un gimnasio todavía. Tus huesos ni siquiera han terminado de crecer.

La carcajada de Jason esta vez fue más evidente, y Julie, ofendida solo a medias, tomó una espátula y se la lanzó sin mucha fuerza.

—Pues todas mis amigas en Nueva York ya iban al gimnasio —protestó—. Además, hay planes para teens. Y tengo casi catorce.

—Claro, "casi" —murmuró Jason divertido.

—Sirvamos el desayuno antes de que alguien termine herido el primer día —intervine, conteniendo una sonrisa.

Julie rodó los ojos, aunque terminó riéndose también. Al pasar junto a mí para sacar los platos, le guiñé un ojo discretamente. Ella sonrió de inmediato, sabiendo perfectamente que, tarde o temprano, terminaría poniéndome de su lado.

Así era nuestra dinámica, así se sentían nuestros días. Bromear, molestarnos, discutir tonterías alrededor de la mesa y convertir cualquier comentario simple en una conversación larga era parte de la forma en que nos acompañábamos. Había confianza entre nosotros, una cercanía construida en los pequeños detalles. Éramos una familia acostumbrada a hablar de todo, incluso de las cosas incómodas, siempre dentro de lo prudente. Nunca quisimos criar a nuestros hijos entre silencios o medias verdades.

Con Jason eso se volvió todavía más importante. Desde que supimos que era sordo, entendimos que comunicarnos con él no podía limitarse únicamente a palabras o señas; también significaba ayudarlo a comprender el mundo que lo rodeaba. Le explicábamos las situaciones, las emociones, las reacciones de las personas, porque sabíamos que muchas veces una persona sorda termina aislándose no solo por la falta de sonido, sino por la sensación de quedar fuera de lo que ocurre alrededor. Recuerdo haber leído, cuando él era apenas un bebé, que muchos niños sordos crecían sintiéndose desconectados del mundo, como si el mundo no los considerara parte importante de él. Me prometí entonces que Jason jamás se sentiría así.

Y hasta entonces, nunca lo había hecho.

Con el tiempo, nuestra manera de comunicarnos dejó de sentirse como un esfuerzo. Se volvió natural. Jason aprendió a observarlo todo con una sensibilidad que a veces parecía ir más allá de las palabras, entendiendo ambientes, emociones e intenciones con una claridad que incluso nos sorprendía a nosotros.

Antes de terminar el desayuno, escuchamos la corneta del vehículo de Ely afuera de la casa y Greg se apresuró a levantarse para aprovechar el aventón al trabajo. Habíamos vendido mi auto antes de mudarnos para evitar hacer el viaje en dos vehículos, así que dependíamos de la agencia hasta que liberaran el nuevo, algo que no ocurriría sino hasta finales de la semana.

Greg hizo entonces su ritual habitual de despedida: abrazó y besó a los chicos hasta avergonzarlos y luego se acercó a mí para darme un beso exageradamente apasionado solo para provocar sus quejas. Jason y Julie fingieron náuseas al unísono mientras él salía riéndose de la casa y yo, como siempre, le gritaba bendiciones desde la puerta.

Terminamos de desayunar y nos preparamos para la entrevista en el instituto. Ya había realizado la cita días antes y me habían confirmado que había cupo para ambos, así que, en teoría, la reunión sería solo un trámite administrativo. Y así terminó siendo, aunque la experiencia resultó mucho más especial de lo que esperaba.

Desde que llegamos, nos recibió un equipo completo dispuesto a guiarnos en cada paso. Nos mostraron la entrada principal, las oficinas administrativas, los salones y distintos espacios del campus mientras nos explicaban con detalle el funcionamiento del instituto. En todo momento hubo intérpretes disponibles, aun cuando no eran estrictamente necesarios. Jason leía los labios con facilidad y tanto Julie como yo podíamos ayudarlo con cualquier cosa que no entendiera, pero el simple hecho de que el apoyo estuviera ahí me hizo sentir tranquila.

Los pasillos tenían una energía distinta, cálida, viva. Bastó mirar las expresiones de los chicos para saber que ellos también lo sentían. Había estudiantes conversando en lengua de signos con absoluta naturalidad, otros saludándose entre risas, cambiando de un idioma a otro sin esfuerzo. Para Jason, aquello era enorme. No tenía que adaptarse para existir allí; simplemente encajaba.

En uno de los salones se escuchaba música y, al pasar, nos explicaron que el instituto contaba con un programa de danza y artes escénicas. Vi cómo el rostro de Julie se iluminaba de inmediato y tuve que contener una sonrisa.

Cuando finalmente llegamos a la oficina del director, la encargada de admisiones ya nos esperaba con toda la documentación lista. Nos explicó el manual de convivencia, los horarios y algunos aspectos básicos sobre las clases y las actividades extracurriculares. También nos comentó que todos los estudiantes del instituto aprendían lengua de signos, ya que las aulas integraban por igual a jóvenes sordos y oyentes. Aquello me pareció más que acertado; no se trataba solo de inclusión, sino de hacer que todos formaran realmente parte del mismo espacio.

Una vez entregamos los documentos, firmamos las actas de inscripción y pagamos las matrículas, comenzaron a mostrarnos las aulas de cada uno. Primero visitamos la de Jason. Desde que entró, noté cómo su postura cambiaba ligeramente, más relajada, más segura. El salón estaba completamente adaptado: intérpretes disponibles, pantallas de apoyo y cámaras que permitían enfocar a quien estuviera hablando desde cualquier punto del aula para proyectarlo en los monitores. Todo estaba pensado para que la comunicación fluyera sin obstáculos, sin hacerlo sentir limitado o apartado.

Lo más importante, sin embargo, no fueron los recursos tecnológicos, sino la naturalidad con la que lo recibieron. Nadie parecía verlo como alguien diferente. Simplemente era un estudiante más.

Después acompañamos a Julie hasta su salón. El ambiente era igual de cálido. Compartía clases tanto con estudiantes sordos como oyentes, y bastaron apenas unos minutos para que un pequeño grupo de chicos comenzara a hablarle y a hacerle preguntas con la curiosidad amable de quien realmente quiere incluirte. Julie se integró con facilidad, sonriendo más de lo habitual, y verla así alivió algo dentro de mí que ni siquiera sabía que llevaba tan tenso.

Me fui de allí con una especie de satisfacción difícil de describir. Sentí que quizá habíamos encontrado un lugar donde no necesitábamos esforzarnos tanto para encajar. Blue Ridge empezaba a darnos algo que Nueva York nunca terminó de ofrecernos del todo: la sensación real de pertenecer.

Al llegar a casa, aproveché el silencio para seguir desempacando y poner algo de orden entre tantas cajas aún abiertas. Cuando llegué al material fotográfico, no pude evitar emocionarme. Separé cámaras, rollos y químicos con más cuidado del necesario, acomodando todo en la habitación que había elegido para convertirla en mi cuarto de revelado. Solo eso bastó para hacerme sentir un poco más yo misma otra vez.

Cuando levanté la vista, ya había pasado el mediodía.

Me preparé un emparedado rápido y luego fui a darme una ducha. Apenas salí del baño, el celular vibró sobre la cama. Era Greg.

"Perdón por no escribir antes. Esto ha sido una locura, pero me está gustando mucho. El jefe parece bastante impresionado conmigo y no ha parado de llevarme de un lado a otro mostrándome cosas y explicándome proyectos.

Cuéntame, ¿cómo les fue en el colegio? ¿Qué tal tu primer día sola en casa? ¿Todo bien?"

Sonreí sin darme cuenta. Había estado tan concentrada organizando la casa que apenas había sentido el paso de las horas. Greg y yo solíamos escribirnos constantemente, incluso después de tantos años juntos. A veces parecíamos dos adolescentes incapaces de pasar mucho tiempo sin contarse cualquier detalle del día.

Le respondí enseguida, imaginando que probablemente no volvería a tocar el teléfono en toda la tarde.

"No te preocupes, amor. Trabaja tranquilo ❤️ Acá todo está bajo control. En el instituto nos fue excelente. Los chicos van a tomar el transporte de regreso porque tenemos una parada muy cerca de la casa. Yo acabo de comer y seguí arreglando algunas cosas de la mudanza. Todo marcha bien"

La respuesta llegó casi de inmediato.

"Eso suena perfecto. Pero por favor no te mates organizando todo hoy. Sal un rato, camina, conoce el lugar. Cuando lleguemos te ayudamos con el resto"

Sonreí otra vez antes de responder.

"Está bien, lo prometo ❤️ Te amo."

"Te amo más"

Miré a mi alrededor intentando decidir qué hacer y entonces vi mi cámara. Esa cámara. La sostuve entre las manos con cuidado casi automático; seguía siendo uno de los objetos más importantes que tenía, no solo por lo que significaba para mí la fotografía, sino porque había sido un regalo de mi madre. Cada vez que la tocaba, era imposible no pensar en ella.

Salí al jardín con la cámara colgando del cuello y comencé a fotografiar las flores que apenas empezaban a abrirse entre los arbustos. Luego dirigí el lente hacia el paisaje que se extendía detrás de la casa. La vista era incluso más impresionante desde afuera. Las montañas, cubiertas por capas suaves de niebla, parecían teñidas de un azul tenue y distante que hacía entender perfectamente por qué la región llevaba ese nombre. Me dejé absorber por los encuadres, buscando la luz correcta, el ángulo preciso, perdiendo poco a poco la noción del tiempo entre el sonido del viento y el clic constante de la cámara.

Entonces escuché mi nombre a mi espalda.

Di un pequeño salto y me giré de inmediato, pero no había nadie.

El escalofrío fue instantáneo.

Casi al mismo tiempo, igual que la noche anterior frente al ventanal del balcón, un vaho blanquecino comenzó a deslizarse alrededor de mis pies, cubriendo lentamente la hierba hasta hacerla desaparecer de mi vista. La niebla avanzó poco a poco a mi alrededor, densa, silenciosa. No sentí frío; lo que me recorrió fue algo mucho más difícil de explicar, una mezcla de inquietud y desconcierto que me hizo contener la respiración mientras todo comenzaba a volverse blanco.

Retrocedí intentando regresar a la casa, pero tropecé con algo y caí de bruces sobre el césped húmedo. Solté un quejido ahogado y, al levantar la vista, la niebla había desaparecido por completo.

Todo estaba despejado otra vez.

Miré alrededor confundida, tratando de encontrar aquello con lo que había tropezado, pero no había nada en el suelo. Me limpié las manos y me puse de pie todavía algo aturdida, dispuesta a entrar nuevamente a la casa, cuando escuché la voz de Natalie llamándome desde el jardín vecino. Me acerqué a ella intentando dejar atrás la extraña sensación que todavía me oprimía el pecho.

—Hola, Val. ¿Cómo estás? —preguntó Natalie y, sin darme mucho espacio para responder, añadió—. Acabo de llegar de la tienda y pensé que quizá te gustaría salir un rato. Podría mostrarte algunas tiendas de la zona que seguro te van a servir.

Natalie tenía una tienda de productos orgánicos, medicinales y fitness. La había visto incontables veces en videollamadas, pero pensé que sería buena idea conocerla finalmente en persona. Además, la zona estaba rodeada de naturaleza y ya me imaginaba tomando fotografías por cada rincón.

—Me parece súper —respondí, sintiendo que salir un rato me ayudaría a despejarme—. Así conozco tu tienda y también un poco

más de los alrededores. Déjame cambiarme y acomodar unas cosas de la cámara, quiero aprovechar para tomar algunas fotos.

—Claro —dijo con una pequeña sonrisa—. Te espero al frente.

Asentí y regresé a la casa, todavía intentando convencerme de que la extraña sensación de hacía unos minutos no había sido más que producto de mi imaginación.

Salí apenas diez minutos después, con la cámara colgando del cuello, y comenzamos a caminar por las calles de Asheville, la pequeña ciudad enclavada entre las montañas Blue Ridge donde ahora viviríamos. La zona tenía algo difícil de explicar; una mezcla entre naturaleza salvaje y vida tranquila que hacía que todo pareciera moverse a otro ritmo. Entendí de inmediato por qué tantas personas hablaban de Asheville como uno de los rincones más especiales de Carolina del Norte.

Además, la primavera empezaba a abrirse paso lentamente, tiñendo las calles y jardines de tonos rosados, púrpuras y verdes brillantes que parecían hechos para ser fotografiados.

No tardé en perderme detrás del lente.

Tomé decenas de fotografías: fachadas de pequeñas tiendas, cafeterías cubiertas de flores, jardines perfectamente cuidados y calles que parecían salidas de una postal. Me sentía inspirada, ligera, genuinamente feliz. Había algo en ese lugar que despertaba mi creatividad con una facilidad que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

Finalmente conocí la tienda de Natalie. Era exactamente como la imaginaba: cálida, organizada y llena de productos orgánicos, medicinales y fitness cuidadosamente acomodados en estanterías de madera clara. Compré varias cosas para probarlas y no pude evitar reír cuando recordamos todas las veces que habíamos dicho que me enviaría productos a Nueva York y, por una razón u otra, nunca terminábamos coordinándonos.

Seguimos caminando por la zona comercial hasta que una vitrina en particular captó toda mi atención. Era una tienda esotérica, llena de cristales, velas, cartas, pequeños frascos y adornos extraños cuidadosamente acomodados entre luces cálidas y plantas colgantes. Sentí una curiosidad inmediata, casi una necesidad de acercarme un poco más. Siempre me habían llamado la atención ese tipo de cosas. Tenía algunas piedras, sahumerios y varias clases de incienso en casa, aunque en Nueva York nunca había prestado demasiada atención a ese mundo. Allí, en cambio, todo parecía atraerme de una forma difícil de ignorar.

Me quedé observando la vitrina unos segundos más de la cuenta.

Entonces la puerta se abrió desde adentro.

Un hombre de nuestra edad aproximadamente nos sostuvo la puerta con una pequeña sonrisa, invitándonos a pasar. A simple vista, no parecía encajar con el estilo de la tienda. Vestía jeans, camiseta negra, tenis modernos y una sudadera oscura con capucha. Lo único que parecía relacionarlo con el lugar era un colgante de cuarzo que descansaba sobre su pecho, acompañado de una pequeña rueda de dharma metálica.

Estuve a punto de entrar.

Pero Natalie reaccionó antes.

Negó de inmediato con la cabeza y tomó mi brazo con suavidad, aunque con suficiente firmeza para apartarme de la entrada.

—Aléjate de ese lugar —susurró cerca de mi oído mientras seguíamos caminando—. Esa gente practica cosas raras… y atrae energía negativa.

Me quedé con una ligera sensación de decepción. La tienda me había despertado una curiosidad difícil de explicar, pero preferí no insistir. Seguimos caminando y, poco a poco, volví a perderme detrás de la cámara, distraída por la sencillez encantadora de las calles de Asheville. Había algo profundamente tranquilo en aquel lugar. El aire se sentía más ligero, más limpio; no existía el ruido constante ni la

presión agotadora de Nueva York. Todo parecía moverse con calma, como si las personas allí realmente supieran detenerse a vivir.

Aun así, la tienda seguía rondándome la cabeza.

No me había provocado rechazo. Al contrario. Y, por alguna razón, también sentí un poco de culpa por la forma en que Natalie había reaccionado con aquel hombre. Pensé que quizá volvería otro día, sola, solo para mirar mejor. No porque me interesara nada relacionado con la brujería —esas cosas siempre me habían inquietado bastante—, sino porque algo en ese lugar había logrado llamar mi atención de una manera muy extraña.

Cuando regresamos a casa, Greg y los chicos ya estaban preparando la cena. El aroma de la comida salía por las ventanas abiertas de la cocina y, apenas entré, sentí esa familiar sensación de hogar que tanto había buscado durante los últimos años.

Decidimos cenar afuera, en una mesa mediana ubicada en el patio, junto a un jacuzzi del que apenas me había percatado durante la mudanza. Me encantó descubrirlo allí, rodeado por el jardín y la vista de las montañas.

Movimos la mesa un poco más hacia el césped, encendimos una lámpara cálida y terminamos teniendo una cena sencilla, pero agradable, compartiendo anécdotas del día entre risas y comentarios cruzados.

Jason contó que le había encantado el instituto. Dijo que todos habían sido muy amables con él y que se sintió cómodo desde el principio, algo que jamás había ocurrido en Nueva York. Incluso ya había conectado con varios chicos y habló emocionado sobre invitarlos pronto a la casa para que pudiéramos conocerlos.

Julie comentó emocionada que se había inscrito en las clases de danza del instituto, algo que pareció entusiasmar en especial a Greg, probablemente porque significaba que, al menos por un tiempo, dejaría de insistir con la idea del gimnasio. Se le veía feliz, ilusionada con el lugar y con todo lo nuevo que comenzaba a descubrir.

Greg también habló de su primer día de trabajo. Mencionó que su jefe parecía muy impresionado con él y que el ambiente había sido incluso mejor de lo que esperaba. Sin embargo, cuando lo dijo, hubo algo fugaz en su expresión —apenas un cambio mínimo— que me hizo sentir que guardaba algún pensamiento detrás de sus palabras. Nuestros ojos se encontraron un instante y entendí, sin necesidad de hablarlo, que no era el momento de preguntar. Aun así, el entusiasmo genuino que mostraba por el trabajo era evidente.

Yo les compartí lo que había descubierto de las calles de Asheville, las fotografías que había tomado y lo mucho que me había gustado recorrer la zona. Curiosamente, omití por completo lo de la tienda esotérica. No sabía exactamente por qué; simplemente sentí que prefería guardármelo.

La noche se nos pasó conversando.

Cuando vimos apagarse las luces de la casa de Ely, miré la hora y me di cuenta de lo tarde que era. Me dio algo de pena pensar en el ruido que podríamos estar haciendo desde el jardín. Alcé la vista hacia la casa vecina con intención de disculparme si veía a alguien despierto y me pareció distinguir a Natalie detrás del ventanal del balcón. Levanté la mano en un gesto amistoso, pero la cortina se cerró casi de inmediato. Supuse que no había alcanzado a verme.

Recogimos todo intentando hacer el menor ruido posible, aunque eso se volvía complicado cada vez que Jason y Julie comenzaban a molestarse entre ellos y terminaban riéndose demasiado fuerte. Finalmente entramos a la casa y subimos a descansar.

Ya en la habitación, aproveché la tranquilidad del final del día para preguntarle a Greg si todo estaba bien. Él entendió de inmediato a qué me refería y dejó el teléfono sobre la mesa de noche antes de responder.

—Todo está bien, amor —dijo primero, acomodándose mejor en la cama—. Solo… tuve un momento incómodo con Ely y después el regreso a casa se sintió raro.

Eso me sorprendió más de lo que esperaba. La relación entre ellos siempre había sido tan cercana que me costaba imaginarlos realmente molestos entre sí. Incluso cuando discutían, nunca tardaban demasiado en volver a la normalidad.

—¿Qué pasó?

Greg soltó un suspiro leve antes de continuar.

—Estábamos revisando propuestas para un proyecto que la empresa tiene que presentar a un posible financiador. Es algo grande, de esos planes que abarcan varios estados. Apenas están desarrollando la etapa inicial y comenzamos a intercambiar enfoques para estructurarlo mejor. Yo comenté algunas ideas y Ely las descartó enseguida, dándome sus razones.

Lo decía con absoluta naturalidad, sin sonar ofendido. De hecho, parecía entender perfectamente las observaciones de Ely.

—Después Conrad entró a revisar cómo íbamos —continuó— y, cuando empezó a preguntarnos cosas, Ely mencionó una de mis ideas… pero habló de ella como si fuera suya.

Esta vez no sonó exactamente molesto. Más bien confundido.

—¿Y le preguntaste por qué hizo eso? —solté casi de inmediato, en un tono más duro de lo que pretendía.

—Sí, reina. Y lo minimizó diciendo que, después de pensarlo mejor, se dio cuenta de que sí tenía puntos bastante útiles —respondió, todavía con cierta incredulidad en la voz—. Incluso dijo que mañana le aclararía a Conrad que había sido una propuesta mía, pero sinceramente me pareció innecesario. No quiero verme como un niño reclamando porque su amigo obtuvo más mérito que él. Al final estamos trabajando juntos.

—Entonces, si realmente lo ves así, ¿por qué dices que el regreso fue incómodo? —pregunté, observándolo con atención. Sabía que había algo más detrás de sus palabras. Conocía demasiado bien a mi esposo como para no notarlo.

Greg guardó silencio unos segundos antes de responder.

—No lo sé… —admitió finalmente—. Solo sentí el ambiente raro. Forzado, de alguna manera.

Lo dijo más para sí mismo que para mí.

Después levantó la vista y añadió:

—¿Crees que mañana pueda llevarme el auto?

—Claro —respondí enseguida—. Ya ubiqué varios lugares a los que puedo ir caminando en caso de necesitar algo.

Asintió y me dio un beso de buenas noches. Después hicimos lo que casi siempre hacíamos al final de cada día: dejar el resto del mundo fuera de la cama. Las preocupaciones, el cansancio, las conversaciones pendientes… todo parecía perder importancia cuando nos abrazábamos así, entre caricias lentas y besos tranquilos que poco a poco despejaban la mente. También hicimos el amor, con esa naturalidad íntima que siempre había formado parte de nosotros, como otra manera de encontrarnos después de días largos y vidas agitadas.

No sé cuánto tiempo dormí antes de volver a escuchar mi nombre.

Abrí los ojos sobresaltada y miré hacia el balcón. Las persianas, que estaba segura de haber dejado cerradas antes de acostarme, permanecían abiertas de par en par. Más allá del ventanal no podía distinguir absolutamente nada. La niebla lo cubría todo, espesa, inmóvil, tragándose el paisaje entero.

Y, aun así, no entraba en la habitación.

Se mantenía justo del otro lado del vidrio, como si algo invisible le impidiera avanzar.

Me levanté lentamente, todavía adormecida, sintiendo un leve temblor en las manos mientras volvía a cerrar las persianas. El corazón me latía demasiado rápido para algo que probablemente tenía una explicación simple, pero aun así la sensación de inquietud permaneció adherida a mi pecho.

Regresé a la cama y me acerqué a Greg de inmediato. Él, todavía medio dormido, me rodeó con los brazos casi por instinto, atrayéndome hacia su cuerpo con ese calor familiar que siempre lograba tranquilizarme.

Después de eso, no recuerdo nada más.

La siguiente vez que abrí los ojos, la luz del sol atravesaba el ventanal del balcón y me daba directamente en el rostro.

CAPÍTULO 4

La Playa

VALERIE

Los días comenzaron a encontrar su propio ritmo mientras intentaba adaptarme a la vida en Asheville. Cada mañana salía a caminar por el vecindario; algunas veces llevaba la cámara colgada al cuello y otras prefería ir con las manos libres, simplemente dejándome absorber por la tranquilidad de las calles y la inmensidad verde que parecía extenderse en cada dirección.

La ciudad tenía una forma muy particular de aquietarlo todo.

El aire fresco descendía desde las montañas arrastrando olor a tierra húmeda, flores recién abiertas y madera. A esa hora, el vecindario todavía despertaba despacio: se escuchaban perros ladrando a lo lejos, el sonido ocasional de una bicicleta atravesando la calle y el canto constante de los pájaros escondidos entre los árboles. Muy distinto al ruido ininterrumpido de Nueva York, donde incluso el silencio parecía artificial.

Después de la primera semana, Natalie comenzó a coincidir conmigo durante las caminatas. Al principio solo la veía pasar trotando por las aceras, siempre vestida con ropa deportiva impecable y rodeada de accesorios costosos para medir cada detalle de su ejercicio: relojes inteligentes, bandas, botellas especiales, tobilleras con peso y suplementos que cargaba en pequeños bolsos ajustados a la cintura. Parecía tomarse sus rutinas con una disciplina casi militar.

Un día, de regreso del parque, disminuyó el paso y comenzó a caminar a mi lado.

Desde entonces, terminamos convirtiendo aquellas salidas en una costumbre.

Compartir tiempo con Natalie resultaba reconfortante. Aunque muchas veces sus conversaciones se inclinaban demasiado hacia temas superficiales —dietas, marcas, tratamientos, rutinas o dinero —, yo seguía percibiendo en ella una genuina necesidad de sentirse útil para los demás. Casi siempre acabábamos hablando de cómo ella y Ely ayudaban constantemente a sus familias, sobre todo a Samuel y a Callie, quienes, según contaba Natalie, vivían atravesando dificultades económicas y rara vez lograban llegar tranquilos a fin de mes.

Otro tema que aparecía constantemente en nuestras conversaciones era lo mucho que Natalie extrañaba el mar. Asheville le gustaba, claro; decía que vivir entre montañas era tranquilo y que el clima resultaba perfecto, sobre todo cuando llegaba el verano y el aire fresco hacía soportables incluso los días más cálidos. Pero, aun así, hablaba de la playa con una nostalgia difícil de disimular, como si una parte de ella siguiera perteneciendo a la costa.

—Ya ni sé cómo insinuárselo —dijo una mañana, soltando un suspiro cansado mientras caminábamos junto al parque—. Para Ely nunca es buen momento. Siempre hay algo más importante o dice que implica muchos gastos porque sigue reuniendo dinero para el viaje a París.

—Bueno, viajar a Europa sí es bastante costoso —comenté, intentando justificar un poco a Ely—. Aunque seguro podemos inventarnos algo más sencillo por acá cerca. Aunque sea escaparnos a algún charco bonito un fin de semana.

Natalie soltó una risa breve, pero no pareció demasiado convencida.

Yo entendía ambas posiciones. Ely siempre había sido mucho más organizado con el dinero, mientras que Natalie parecía gastar con una facilidad que rozaba lo impulsivo. Aunque a la tienda le iba bastante bien, su estilo de vida seguía viéndose excesivamente costoso para lo que yo imaginaba que ingresaba mensualmente.

Aun así, Natalie había hecho muchísimo por nosotros desde nuestra llegada: ayudarnos a conseguir la casa, recibirnos como familia, acompañarme durante mi adaptación y hacerme sentir menos sola en una ciudad completamente nueva. Por eso, cuando comenzaron las vacaciones de spring break, quise tener un gesto con ellos.

Y, siendo completamente sincera, la idea también me entusiasmaba a mí.

Extrañaba el mar más de lo que había admitido hasta entonces.

Así que una noche le propuse a Greg hacer una escapada hacia Outer Banks, al otro lado de Carolina del Norte. Después de buscar bastante, encontré un tour que salía de Virginia, el aeropuerto más cercano que teníamos, e incluía traslado, hospedaje y comidas a un precio sorprendentemente accesible. Lo suficiente como para permitirnos unos días lejos de la rutina sin desajustar demasiado nuestras cuentas.

El único inconveniente era que Greg apenas llevaba unas semanas en el trabajo y pedir días libres tan pronto no parecía la mejor idea. Aun así, me dijo que intentaría hablar con su jefe para ver si existía alguna posibilidad.

Mientras tanto, Natalie y yo seguíamos pasando cada vez más tiempo juntas.

A las caminatas matutinas comenzaron a sumarse los jueves de manicure con unas amigas canadienses suyas que tenían un pequeño spa muy acogedor cerca de casa. El lugar olía siempre a vainilla y eucalipto, y terminábamos pasando horas allí entre esmaltes, café y conversaciones que se extendían más de la cuenta.

Después aparecieron también nuestras visitas frecuentes a una cafetería preciosa cerca del centro comercial, famosa por sus postres exageradamente buenos. Siempre terminábamos riéndonos porque, según Natalie, allí recuperábamos todas las calorías que habíamos perdido caminando durante la semana.

—Por eso mismo vale la pena hacer ejercicio —decía divertida, mientras partía otro trozo de cheesecake—. Así podemos seguir comiendo sin culpa.

Y, de alguna forma, tenía sentido.

Cuando quise darme cuenta, nos estábamos viendo prácticamente todos los días. Mi agenda comenzó a llenarse de salidas, conversaciones y planes improvisados. Incluso la fotografía, que normalmente ocupaba gran parte de mi tiempo, fue quedando un poco de lado sin que realmente me molestara.

Me gustaba sentirme así.

Acompañada.

Integrada en algo.

Era una sensación muy distinta a la que había vivido en Nueva York, donde, fuera de las paredes de mi casa, rara vez había logrado sentir que pertenecía realmente a algún sitio.

La tarde del viernes habíamos salido con las chicas del spa a tomar unas copas por el cumpleaños de una de ellas. Cuando regresé a casa, encontré a los chicos empacando cosas en la sala.

—¿Y todo esto? —pregunté, mirando las maletas abiertas con una mezcla de confusión y alarma.

—Papá dijo que empezáramos a empacar —respondió Julie sin levantar demasiado la vista de lo que hacía—. Nos vamos de viaje mañana.

Fruncí el ceño, todavía procesándolo, justo cuando Greg apareció desde la cocina con una sonrisa imposible de disimular.

—Logré que Conrad me dejara trabajar a distancia unos días —explicó mientras se acercaba para abrazarme por la cintura—. Así que hablé con Ely y organizamos lo de Outer Banks para esta semana.

—¿Hablas en serio?

La emoción en mi voz salió antes de que pudiera contenerla.

Greg soltó una pequeña risa y asintió.

Y eso bastó.

Sentí una felicidad tan inmediata y ligera que terminé riéndome también antes de apartarme de él casi corriendo para ir a casa de Natalie y contarle que finalmente el viaje iba a hacerse realidad.

Pero su reacción terminó sorprendiéndome incluso más.

Natalie se emocionó tanto que los ojos se le llenaron de lágrimas casi al instante. Me abrazó varias veces mientras hablaba atropelladamente sobre el mar, el sol y lo mucho que necesitaba salir de Asheville, aunque fuera unos días.

Verla así me hizo sentir extrañamente plena.

No lograba recordar la última vez que habíamos planeado unas vacaciones familiares que no consistieran simplemente en regresar a Canadá a visitar a nuestros parientes. Esto era distinto. Ligero. Espontáneo. Y, de alguna forma, la idea de crear recuerdos nuevos me llenaba de ilusión.

Llegar a Outer Banks se sintió casi irreal. El hotel era acogedor y cómodo, con piscinas climatizadas, jacuzzi y una vista privilegiada a pocos metros de la playa. Aunque el clima todavía conservaba algo del frío de la temporada, eso hacía que todo resultara más agradable; las playas permanecían tranquilas, lejos del caos y las multitudes que, según nos contaron, invadían la zona durante el verano.

Natalie prácticamente corrió hacia el mar apenas llegamos.

Desde el primer día había que insistirle para que saliera del agua, como si se tratara de una niña pequeña incapaz de contener la emoción. Jason y Julie, en cambio, preferían quedarse entre la piscina y el jacuzzi, así que rara vez nos acompañaban hasta la playa. Aun así, se les veía felices, relajados, disfrutando a su manera, y yo preferí darles espacio. Julie se acercaba algunas veces

a caminar conmigo por la orilla, pero Jason se negaba rotundamente a entrar a lo que llamaba "agua congelada".

Yo aproveché el viaje de otra forma.

Me inscribí en varias actividades que parecían hechas para alguien apasionado por la fotografía: recorridos para avistar los caballos salvajes de Corolla, visitas a faros históricos como Cabo Hatteras y pequeños tours por zonas naturales que parecían detenidas en el tiempo. Al principio intenté convencer a Natalie de acompañarme, pero rápidamente entendí que separarla del mar era una causa perdida, así que dejé de insistir.

Como Greg debía trabajar algunas horas al día y los chicos hicieron amistad con otros adolescentes del hotel —con quienes pasaban el tiempo jugando juegos de mesa y conversando durante horas—, terminé haciendo la mayoría de las excursiones sola.

Y no me molestó.

Las fotografías que tomé allí fueron de las mejores que había hecho en mucho tiempo. Había algo en la luz grisácea del mar, en los caballos moviéndose libres entre las dunas y en la melancolía silenciosa de los faros que despertó nuevamente mi inspiración. Tanto, que empecé a pensar seriamente en terminar el cuarto de revelado al regresar a Asheville y retomar por completo ese sueño que había ido dejando en pausa.

Sin embargo, junto al entusiasmo apareció también una pequeña inquietud.

Me daba miedo romper la rutina que había construido con Natalie. Después de tanto tiempo sintiéndome aislada, finalmente tenía amigas, planes y una sensación de pertenencia que nunca logré encontrar en Nueva York. Pero, al mismo tiempo, comenzaba a preguntarme si, sin darme cuenta, estaba dejando demasiado de mí misma en el intento de encajar. Porque el objetivo nunca había sido desaparecer dentro de una nueva vida, sino construir una donde también siguieran existiendo las cosas que siempre me hicieron sentir viva.

Quizá por eso empecé a disfrutar tanto los momentos más tranquilos del viaje, aquellos en los que no tenía que seguir el ritmo de nadie más y simplemente podía estar presente.

Por las tardes solíamos salir del hotel a comer algo y caminar frente al mar mientras el sol comenzaba a esconderse. Los atardeceres en Outer Banks parecían irreales; el cielo se teñía de tonos anaranjados, rosados y violetas que se deshacían lentamente sobre la superficie del agua, tiñendo el mar de una tranquilidad casi irreal.

Esos momentos eran los que más disfrutaba Greg, quizá porque eran también los pocos en los que lograba desconectarse realmente del trabajo.

El resto del tiempo permanecía bastante atado al computador.

Me daba cierta tristeza verlo pasar tantas horas trabajando, mientras Ely y Natalie parecían vivir completamente entregados a las vacaciones. Varias veces intenté convencerlo de relajarse más, de bajar conmigo a la playa o simplemente dejar la laptop un rato en la habitación, pero él insistía en que prefería avanzar y terminar pendientes cuanto antes.

—Si me llevo esto a la playa no hago nada —decía, señalando el computador con resignación divertida.

Aun así, algunas veces bajaba a trabajar desde la piscina o el área del jacuzzi, y verlo al menos respirando un poco de aire libre lograba tranquilizarme.

Por eso, el día que finalmente tuvo la jornada libre completa, decidimos aprovecharlo solo nosotros cuatro. Hicimos un recorrido por varias playas, desde Hatteras hasta Ocracoke, una isla pequeña y paradisíaca que terminó enamorándonos por completo. Todo alrededor transmitía una sensación sencilla y despreocupada, muy distinta al ritmo al que estábamos acostumbrados: calles tranquilas, casas coloridas, bicicletas pasando lentamente y el sonido constante del mar acompañándolo todo.

Fue uno de esos días simples que terminan quedándose grabados.

Caminamos, tomamos fotografías y comimos frente al agua, con el sonido del mar como un maravilloso fondo musical. Durante esas horas, simplemente nos dejamos llevar por el momento, sin prisas ni preocupaciones.

Terminamos la noche en un festival de mariscos cerca del hotel, donde más tarde se nos unieron Jason, Julie y los nuevos amigos que habían hecho durante el viaje. Verlos tan cómodos, riendo y moviéndose con naturalidad entre otros chicos, me llenó de una tranquilidad difícil de explicar.

El último día llegó demasiado rápido.

Era domingo y Greg, por fin completamente libre, me pidió volver a Corolla Beach para intentar ver los caballos salvajes que no había podido disfrutar conmigo. Siempre había sentido una fascinación especial por ellos y, después de revisar algunas de las fotografías que tomé durante los tours, enseguida dijo que quería conocer el lugar por sí mismo.

Cuando les comentamos a Ely y Natalie nuestros planes, ambos insistieron bastante en que nos quedáramos con ellos en la playa.

La insistencia me sorprendió un poco. Sobre todo, porque durante casi todo el viaje, habíamos seguido el ritmo y los planes que ellos preferían, y Greg había sido quien menos había logrado disfrutar realmente de esos días. Yo solo quería darle ese gusto antes de regresar a Asheville.

Natalie intentó disimularlo, pero terminó reaccionando con cierta molestia cuando entendió que no cambiaríamos de plan. Respondía con frases cortas, soltaba comentarios breves con un tono incómodo y, por momentos, el ambiente se volvió algo tenso, como si nuestra decisión hubiera alterado más que una simple salida de esa mañana. Greg, en cambio, prefirió no darle mayor importancia y siguió hablando con entusiasmo sobre los caballos, mientras yo hacía lo posible por mantener la situación en equilibrio.

Por suerte, esa incomodidad se disipó apenas llegamos a Corolla Beach. El paseo terminó convirtiéndose en uno de los momentos

más especiales del viaje.

Al ver a los caballos salvajes, Greg se quedó completamente absorto. Le brillaban los ojos como pocas veces en el viaje, y para mí fue muy gratificante verlo así, tan genuinamente contento. Sentía que, por fin, podía disfrutar sin la presión constante del trabajo encima. Había estado desvelándose varios días para cumplir con sus responsabilidades durante las vacaciones, así que verlo relajado, sonriente y presente me dio una calma profunda.

Más tarde fuimos a comer a un pequeño restaurante cercano con música en vivo y unas tartas de cangrejo realmente deliciosas. El lugar tenía ese ambiente descuidado y honesto de los sitios que no necesitan esforzarse para gustar: mesas de madera desgastada, velas cortas que parpadeaban con la brisa que entraba por las ventanas abiertas, y una banda de tres personas tocando algo lento y ligeramente cubano en el rincón del fondo.

No sé si fue el efecto de los mariscos, el vino, o simplemente la sensación de libertad que había acumulado durante todo el día, pero en algún momento entre el segundo plato y el postre, sentí la mano de Greg deslizarse por mi pierna bajo la mesa. Despacio. Con esa familiaridad cómplice que solo nosotros entendíamos, la que no necesita anunciarse porque ya sabe que será bien recibida.

—Creo que me gustaría ir a tomar fotos de ese faro que vimos cuando llegamos —dijo con una calma que no le correspondía a la mano que seguía moviéndose hacia arriba.

Lo miré por encima del borde de mi copa.

—Es un mirador —respondí—. No creo que esté muy solo.

Sus dedos llegaron a mi entrepierna y presionaron suavemente, una sola vez, con una intención que no dejaba lugar a interpretaciones.

—Estoy seguro de que sabremos encontrar nuestro propio rincón —dijo, y levantó la otra mano para pedir la cuenta sin apartar los ojos de mí.

Salimos entre risas y miradas que decían todo lo que no hacía falta decir en voz alta. Nos besamos apoyados contra la pared exterior del restaurante, con la música filtrándose todavía desde adentro y la brisa marina enredándose en mi cabello. Había algo juguetón y urgente en todo, esa clase de deseo que no pesa, sino que liviana, que te hace caminar más rápido y reírte de cualquier cosa.

El faro estaba más concurrido de lo que esperábamos. Familias, turistas con cámaras, niños corriendo entre los adultos. Sentí la decepción instalarse en algún lugar entre el pecho y el estómago, pero antes de que pudiera decir nada, Greg me tomó de la mano sin una sola palabra y giró en dirección contraria.

—¿Qué haces? —pregunté entre risas, dejándome arrastrar.

No respondió. Avanzó con esa determinación suya que conocía tan bien, la que aparecí cuando ya había tomado una decisión y no necesitaba explicarla. Nos alejamos del ruido, de la gente, del faro y sus visitantes, siguiendo la línea donde la arena se volvía más oscura y húmeda y las voces quedaban atrás reemplazadas por el sonido constante del mar.

Cuando llegamos al agua entró sin detenerse, llevándome con él. El frío de las primeras olas me cortó la respiración y me hizo reír al mismo tiempo. Seguimos avanzando hasta que el agua nos llegaba al pecho, hasta que el mundo desde afuera se redujo a dos cabezas flotando en el mar como cualquier otra pareja de turistas.

Entonces me rodeó la cintura con los brazos y me levantó. Envolví sus caderas con las piernas por instinto, sintiendo la corriente moviéndose a nuestro alrededor.

Con una mano corrió a un lado la tela de mi traje de baño. Lo miré a los ojos. El agua salada en su cara, el sol bajando detrás de él, esa expresión que reconocía desde hace diecisiete años y que todavía se me hacía algo difícil de nombrar.

Entró en mí despacio, dejando que el movimiento del mar colaborara, y el sonido que hice quedó completamente disuelto entre las olas.

Había algo en la situación que lo volvía todo más intenso. Las pocas personas en la orilla, suficientemente lejos para no ver nada, pero suficientemente cerca para que el riesgo fuera real. El agua moviéndonos, obligándonos a sostenernos el uno al otro con más fuerza. La ropa todavía medio puesta, ese detalle pequeño que por alguna razón lo hacía sentir más prohibido. Hacía tiempo que no nos salíamos así de lo previsible, y se sentía diferente al sexo de las noches en casa, diferente al de los hoteles. Más libre. Más vivo. Con algo ligeramente animal que no necesitaba disculparse.

Me aferré a sus hombros mientras él marcaba un ritmo que el mar interrumpía y completaba a la vez, y en algún momento dejé de pensar en cualquier otra cosa que no fuera esa sensación específica, su cuerpo dentro del mío, el agua fría alrededor, el sol caliente en mi espalda. Esa combinación de contrarios que solo existe en ciertos momentos que uno sabe que va a recordar.

El orgasmo llegó con más intensidad de lo que esperaba, subiéndome desde adentro hacia afuera, y el gemido que escapó de mi garganta se lo llevó una ola justo a tiempo. Lo agradecí. También me hizo reír, casi al mismo tiempo, y él enterró la cara en mi cuello y se rio también, y esos dos sonidos mezclados, el placer y la risa, me parecieron lo más honesto y sexi que habíamos compartido en mucho tiempo.

Nos quedamos así un momento más, sostenidos por el agua, con mi cabeza apoyada en su hombro y las olas pasando a nuestro alrededor como si no hubiera ocurrido nada extraordinario.

Que para el mar, supongo, no había ocurrido.

Pero para nosotros sí.

En el camino de regreso al hotel, vimos el atardecer desde el ferry, a medida que el cielo se iba apagando en tonos cálidos sobre el agua.

—Gracias —dije en voz baja.

—Siempre —respondió Greg, como solía hacerlo—. Pero ¿por qué me agradeces?

—Por este día… por hacerme sentir especial… por ti —susurré acercándome a él.

Greg sonrió apenas y me dio un par de besos suaves, sin apartar la mirada del horizonte.

—Ojalá sientas, aunque sea una cuarta parte de lo que yo siento contigo, mi amor —dijo con calma.

—¿En serio te pongo mucho? —interrogué con picardía.

—No tienes idea.

Los pocos centímetros que separaban nuestros labios desaparecieron cuando Greg me atrajo hacia su cuerpo y me besó con una intensidad que me desarmó por completo. Fue un beso profundo, cálido, firme, pero a la vez sorprendentemente suave. Me dejé llevar mientras su mano se enredaba en mi cabello, recorriéndolo con una delicadeza que me erizó la piel. Lo rodeé por la cintura, acercándolo aún más, y el mundo a nuestro alrededor volvió a borrarse, como si siempre supiera hacerlo.

El sonido de un clic de cámara nos devolvió de golpe a la realidad.

Al mirar alrededor, una chica sonrojada bajó el teléfono de inmediato y murmuró una disculpa casi inaudible.

—Lo siento —murmuró la chica, todavía sonrojada—. Es que no he podido evitarlo… parece una escena de película, y soy una romántica empedernida.

Alrededor, el cielo del atardecer terminaba de encenderse en una mezcla de naranjas profundos, tonos malva y púrpuras suaves que se extendían sobre el horizonte como una acuarela.

Greg sonrió apenas.

—Te perdonamos si nos la compartes —respondió con naturalidad.

La chica rió nerviosa, asintió y, sin pensarlo mucho más, nos mostró la foto antes de enviárnosla por AirDrop.

Cuando apareció en mi pantalla, entendí por qué había reaccionado así. No necesitaba filtros ni retoques: no solo capturaba el paisaje, sino también algo más difícil de nombrar, una intimidad suspendida en medio del mundo, como si por un instante todo lo demás hubiera dejado de existir.

Ya de regreso a Asheville, las cosas empezaron a cambiar de forma sutil, casi imperceptible al inicio.

La Niebla había comenzado a desaparecer casi por completo; ya no la veía ni en las mañanas ni en las noches. No supe si interpretarlo como un alivio o como una extraña sensación de pérdida, como si algo que había estado presente desde el principio simplemente hubiera decidido retirarse sin anunciarlo. Durante unos días me encontré buscándola sin querer, sobre todo en los momentos más silenciosos, cuando la casa aún no terminaba de despertar o cuando la noche caía sin prisa. Pero no estaba.

Terminé atribuyéndolo al cambio de estación, aunque una parte de mí no terminó de convencerse del todo.

En paralelo, también mi rutina empezó a moverse en otra dirección. Sin darme cuenta, fui alejándome un poco de Natalie. No de forma brusca ni consciente, sino como esas cosas que se van diluyendo cuando otras empiezan a ocupar más espacio. Mis mañanas, que antes solían estar marcadas por caminatas compartidas o planes improvisados, comenzaron a llenarse de recorridos en solitario, de paradas largas con la cámara en mano, de intentos por capturar la luz antes de que cambiara.

Me sumergí más en la fotografía.

Todo empezó a cobrar un nuevo sentido después de aquella imagen que nos habían tomado en Outer Banks. Había algo en esa fotografía que me seguía rondando la mente: no solo lo que mostraba, sino la forma en que un solo instante podía contener una historia completa sin necesidad de explicaciones.

Y fue eso lo que, poco a poco, me fue atrapando.

CAPÍTULO 5

El Cumpleaños De Julie

VALERIE

Siempre habíamos tenido la costumbre de celebrar los cumpleaños por todo lo alto, y ese año no pensábamos hacer una excepción. Aunque apenas llevábamos tres meses viviendo en Blue Ridge, ya habíamos logrado formar algunos vínculos, principalmente con la familia de Natalie y con varios compañeros de los chicos en el instituto. Así que decidimos organizar una gran fiesta en el jardín, con música en vivo y suficiente espacio para que Julie pudiera bailar toda la noche, como tanto le gustaba. Después de todo, era su momento.

Aquella mañana, Greg y yo nos levantamos temprano para prepararle su desayuno favorito: waffles con frutos rojos y miel de maple, rollitos de jamón serrano con queso gouda y una enorme jarra de té helado para ayudarla a sobrellevar el inicio del verano, una época que siempre la hacía quejarse del calor apenas despertaba.

Cuando escuchamos sus pasos bajar las escaleras, apenas pudimos contener la emoción.

Ver su expresión al entrar a la cocina y encontrarse con los globos, las tarjetas, los pequeños mensajes que acostumbrábamos a dejarle cada cumpleaños y el desayuno esperándola sobre la mesa —sin rastro de huevo, por supuesto— me llenó de una satisfacción difícil de explicar. La felicidad en su rostro bastó para hacerme sentir que el día ya había valido la pena incluso antes de comenzar.

Por lo general, solía comprar los regalos de Julie con bastante anticipación, pero ese año las finanzas habían estado más ajustadas de lo habitual por todos los gastos de la mudanza y la adaptación a nuestra nueva vida en Blue Ridge. Por eso tuve que esperar hasta el día anterior, cuando Greg recibió la quincena, para finalmente salir a buscarlo.

Y, aun así, estaba emocionada.

Julie llevaba meses hablándome de un teclado sintetizador para empezar a hacer música. Cada vez que veía videos o escuchaba canciones, terminaba imaginando sonidos, ritmos o mezclas que quería intentar recrear. Así que, entre algunos ahorros que había logrado guardar y el dinero que Greg me dio, por fin me alcanzaba para comprarle el modelo que había visto días atrás en el centro comercial.

Habíamos quedado en que Greg se encargaría de supervisar algunos arreglos de la casa y recibir a los decoradores para la fiesta, mientras yo iba a buscar el regalo antes de que Julie comenzara a sospechar algo.

Ya estaba por subir al auto cuando vi a Natalie acercándose por el camino de entrada.

—Valerie, buenos días. Felicidades… —dijo Natalie apenas llegó hasta mí, abrazándome con entusiasmo.

Ella y Ely tenían la costumbre de felicitarnos a Greg y a mí cada vez que los chicos cumplían años. Siempre decían que los hijos eran un regalo para toda la familia, y aquella forma de celebrar con nosotros algo tan simple conseguía emocionarme más de lo que probablemente imaginaban.

—Qué linda, Nat. Gracias —respondí sonriendo.

—¿Y para dónde vas tan temprano? —preguntó al notar las llaves en mi mano.

—Voy a buscar el regalo de Julie —contesté, incapaz de ocultar la emoción.

—¡Me encanta! —exclamó, dando un pequeño salto lleno de entusiasmo—. ¿Puedo acompañarte? Nosotros todavía no le hemos comprado nada y entre una cosa y otra no tuvimos tiempo en la semana.

—Claro —dije enseguida, señalándole el auto para que subiera.

Mientras arrancábamos, no pude evitar pensar en lo mucho que me gustaba que mis hijos finalmente estuvieran rodeados de personas que se involucraban en sus celebraciones. En Nueva York, pese a todos los esfuerzos que Greg y yo hacíamos para que cada cumpleaños fuera especial, siempre terminaban sintiéndose un poco incompletos. Había cariño, sí, pero faltaba presencia. Faltaban amigos, familia, gente cercana llenando la casa, haciendo ruido, dejando regalos sobre la mesa o simplemente compartiendo con nosotros.

Aquí era distinto.

Cuando llegué a la tienda donde había visto el teclado días antes, lo primero que hice fue buscarlo con la mirada entre la exhibición. Al no encontrarlo, sentí una pequeña punzada de desilusión. Me acerqué al mostrador y le mostré al encargado la foto que tenía guardada en el celular, esperando que quizá simplemente lo hubieran movido de lugar.

—Ese modelo se vendió ayer —me explicó con amabilidad—. El único que nos queda es esta versión más avanzada.

Me señaló otro sintetizador bastante más grande y moderno. Era precioso, incluso mejor que el anterior, pero apenas pregunté el precio entendí que se salía un poco del presupuesto que habíamos calculado.

Aun así, llamé a Greg para contarle.

Le expliqué la situación y, antes de que pudiera decirle que quizás era mejor buscar otra opción, me interrumpió con esa tranquilidad práctica que siempre lo caracterizaba.

—Cómpralo —dijo sin dudar—. Te transfiero el resto. Después vemos cómo nos organizamos.

Colgué sonriendo, sintiendo esa mezcla de emoción y alivio que siempre me generaba saber que ambos hacíamos equipo incluso en las cosas pequeñas.

Estaba a punto de volver a entrar a la tienda para avisarle al encargado cuando Natalie me llamó desde afuera, haciéndome una seña para que me acercara.

—Valerie, espera un momento —dijo en voz más baja cuando llegué junto a ella—. Julie me comentó hace unos días que quería un iPad para el instituto. Dice que casi todas sus compañeras ya usan una y que a veces se le hace difícil seguirles el ritmo trabajando solo desde el celular.

La miré sin entender del todo hacia dónde iba la conversación, así que preferí dejarla continuar.

—Sinceramente, creo que gastar tanto dinero en el teclado ahora mismo es un poco excesivo —continuó Natalie con suavidad—. En cambio, la tablet sí sería algo que realmente le haría ilusión y además le serviría para el instituto. Y, siendo honesta, quizás también les ayudaría a ahorrar un poco.

Hizo una breve pausa antes de añadir, casi como si dudara en decirlo:

—Sé que las finanzas han estado complicadas… Greg le pidió dinero prestado a Ely hace unos días.

La frase me golpeó de una forma que no esperaba.

Sentí cómo algo dentro de mí se desacomodaba de inmediato, como si de pronto todas las piezas de mi cabeza dejaran de encajar correctamente. Greg no me había mencionado nada. Nada. Y eso era extraño. Demasiado extraño para nosotros.

Yo era quien organizaba el presupuesto de la casa, quien llevaba el control de los gastos y calculaba hasta las compras más pequeñas

para evitar desequilibrios innecesarios. ¿Cómo podía no haberme dado cuenta? ¿Cómo había llegado el punto de que necesitara pedir dinero prestado sin siquiera comentármelo?

De pronto, haberlo llamado minutos antes para pedirle más dinero me hizo sentir ridícula.

La emoción que había tenido al entrar a la tienda se transformó en un nudo incómodo en el pecho. Me dieron ganas de llorar, no por el teclado, sino por la sensación de haber estado demasiado distraída, demasiado sumergida en mi nueva rutina como para notar que algo no marchaba tan bien como creía.

Natalie debió percibirlo enseguida, porque apoyó una mano sobre mi brazo con gesto conciliador.

—Tranquila, hermosa —dijo con dulzura—. Ya habrá tiempo de regalarle el teclado. Quizá en Navidad. Lo importante es que Julie tenga algo que pueda usar y disfrutar ahora, ¿sí?

Asentí despacio.

—Sí… creo que es lo mejor —murmuré, bajando la mirada mientras mi mente seguía dando vueltas alrededor de aquella confesión que no lograba quitarme de encima.

Natalie me acompañó luego a una tienda de dispositivos electrónicos donde conseguimos el iPad a un precio mucho mejor del que esperaba. Mientras el vendedor nos mostraba modelos y accesorios, intenté convencerme de que quizá ella tenía razón y que aquello terminaría siendo más útil para Julie en ese momento que el teclado.

Aun así, no pude evitar sentir cierta tristeza al salir de la tienda. Había imaginado durante semanas la emoción de verla abrir aquel sintetizador que tanto deseaba.

Natalie, notando mi desánimo, intentó levantarme el ánimo durante el camino de regreso hablando de la fiesta, de lo mucho que Julie disfrutaría la noche y de lo feliz que seguramente estaría con el regalo. Poco a poco logró tranquilizarme un poco.

Cuando llegué a casa, encontré a Greg en el jardín supervisando parte de la decoración y aproveché apenas tuvimos un momento solos para confrontarlo sobre lo que Natalie me había contado.

—¿Por qué no compraste el teclado? Te dije que solucionaría lo del dinero —reclamó apenas le comenté lo del iPad, mirándome confundido.

—Porque no quiero que te endeudes pidiéndole dinero prestado a Ely —respondí con evidente molestia.

Greg frunció el ceño de inmediato.

—¿Qué? No entiendo de qué hablas.

Su expresión era tan genuina que por un instante dudé.

—Natalie me dijo que le pediste dinero prestado a Ely —confesé en voz más baja, sintiendo otra vez aquel nudo incómodo en el pecho —. ¿Por qué no me dijiste?

Me devastaba pensar que algo así hubiera ocurrido sin que yo lo supiera. Greg y yo siempre habíamos manejado todo juntos: el dinero, los problemas, las decisiones importantes y hasta las preocupaciones más pequeñas. Por eso la idea de que hubiera recurrido a alguien más a mis espaldas me hacía sentir extrañamente desplazada dentro de nuestra propia vida.

—Porque no fue así, Val —dijo enseguida, acercándose para tomar mis manos con suavidad—. Natalie lleva años insistiendo con hacer un viaje a Europa, y desde que nosotros llegamos se obsesionó con que fuéramos con ellos. Yo le expliqué a Ely que ahora mismo era imposible para nosotros, que todavía estábamos acomodándonos después de la mudanza y poniéndonos al día con muchos gastos. Entonces él fue quien se ofreció a prestarme el dinero para el viaje, pero nada más.

Lo miré en silencio, intentando reorganizar todo lo que Natalie me había hecho creer apenas unas horas antes.

—Pues no sé cómo se lo habrá contado Ely a Natalie —murmuré, sintiéndome avergonzada—, porque ella me dio a entender algo completamente distinto.

Greg soltó una pequeña exhalación, más cansada que molesta.

—Jamás te ocultaría algo así si realmente estuviéramos pasando por problemas económicos, amor —susurró.

Luego llevó una mano hasta mi barbilla y levantó apenas mi rostro para obligarme a mirarlo. Sus ojos transmitían una sinceridad tan tranquila y familiar que sentí cómo parte de la tensión comenzaba a deshacerse dentro de mí.

Y, aun así, algo seguía incomodándome.

No sabía si era culpa por haber dudado de él tan rápido o la extraña sensación que me había dejado toda la conversación con Natalie desde el inicio.

Asentí despacio y me acerqué para besarlo, intentando convencerme de que todo había sido únicamente un malentendido. Aunque, por alguna razón que no lograba explicar, la incomodidad no terminó de desaparecer del todo.

La noche llegó envuelta en luces cálidas, música y el murmullo constante de conversaciones cruzándose en el jardín. Y bastó ver la sonrisa de Julie al encontrarse con todos los invitados, la decoración y la mesa repleta de regalos para que cualquier sentimiento negativo desapareciera por completo de mi cabeza, aunque fuera por unas horas.

Parecía feliz de verdad.

La banda comenzó a tocar poco después, y verla bailar en medio del jardín, riendo con sus amigos y dejándose llevar por la música, me llenó los ojos de lágrimas. Incluso Jason terminó uniéndose de vez en cuando, siguiendo el ritmo a través de las vibraciones y las expresiones de todos alrededor, arrancándonos carcajadas cada vez que improvisaba pasos exagerados solo para hacer reír a su hermana.

Durante buena parte de la fiesta nos dedicamos a tomar fotografías y grabar videos familiares antes de dejarlos disfrutar a su manera. Greg no soltaba la cámara del celular y yo sentía el pecho rebosante al observar algo tan simple como nuestros hijos siendo felices.

Más tarde, cuando llegó el momento de abrir los regalos, todos se reunieron alrededor de Julie entre gritos, bromas y música de fondo.

La reacción que tuvo al descubrir el iPad fue inmediata.

Sus ojos literalmente se iluminaron y enseguida buscó a sus amigas con una mezcla de emoción y complicidad que me enterneció profundamente. Empezó a hablar atropelladamente sobre aplicaciones, clases y cosas del instituto que apenas lograba seguirle el ritmo.

Y aunque verla así me hizo feliz, también sentí una pequeña punzada de culpa.

No había sabido que aquello significaba tanto para ella.

Me dolió darme cuenta de que, quizá sin querer, había comenzado a perderme pequeños detalles de la vida de mi hija mientras intentaba adaptarme a la mía. Mentalmente me prometí acercarme más, escucharla más, antes de que la distancia silenciosa que a veces nace entre padres e hijos comenzara a instalarse entre nosotras.

Por eso, en ese instante, me sentí profundamente agradecida con Natalie por habérmelo mencionado.

Pero aquella gratitud desapareció de golpe apenas vi a Ely acercarse hacia Julie cargando una caja enorme entre los brazos.

Lo supe de inmediato.

El tamaño. La forma.

Sentí un vacío extraño abrirse dentro de mí.

—El teclado… —susurré casi sin aire.

El rostro de Julie se iluminó todavía más apenas comprendió lo que había dentro de la caja. Soltó un grito ahogado y corrió a colgarse

primero del cuello de Ely y luego del de Natalie, incapaz de contener la emoción.

Greg, ajeno por completo a lo que ocurría dentro de mí, sonreía agradeciéndole a su amigo el gesto con genuina felicidad.

Pero algo en mi interior comenzó a revolverse.

Porque mi intuición me decía que Natalie no había confundido la conversación sobre el supuesto préstamo. No. Había decidido confundirme a mí. Y lo había hecho sabiendo exactamente lo que provocaría.

Sentí cómo la furia me subía lentamente por el pecho.

Debí reflejarlo en el rostro, porque Jason se acercó enseguida, preocupado, preguntándome qué sucedía.

Normalmente evitaba involucrar a mis hijos en tensiones o problemas de adultos, pero en ese momento me sentía demasiado descolocada para fingir normalidad, así que terminé contándole en voz baja lo ocurrido durante la tarde.

Jason entendió de inmediato por qué estaba molesta.

Su expresión cambió apenas terminé de hablar y me abrazó con suavidad, intentando calmarme.

Luego me pidió que respirara y tratara de no arruinarle el momento a Julie.

Y tenía razón.

Así que hice el esfuerzo de recomponerme, sonreír cuando debía hacerlo y seguir participando de la celebración, aunque por dentro continuara sintiéndome incómoda.

Un rato después, Natalie se acercó a hablar conmigo apartándonos un poco del resto.

—Sé cuánto querías regalarle ese teclado —dijo con aparente sinceridad, acomodándose un mechón de cabello detrás de la oreja —. Y también sabía la ilusión que le hacía a Julie. Cuando salimos de

la tienda no pude dejar de pensar en eso, así que decidí volver más tarde y comprarlo con Ely. Solo queríamos darles una alegría.

La observé en silencio, todavía incapaz de decidir si aquello había sido realmente un gesto desinteresado… o algo mucho más calculado de lo que intentaba aparentar.

—No me pareció correcto, Nat —admití finalmente—. Era algo que yo quería regalarle a mi hija… y además me confundiste muchísimo con lo del dinero y el préstamo.

Su expresión se tensó de inmediato.

—Te juro que jamás fue mi intención hacerte sentir mal —respondió apresurada—. Solo… estoy tan feliz de que estén aquí que me aterra pensar que algún día quieran irse por problemas económicos o algo así. Supongo que intento ayudar y consentir a los chicos de la manera que puedo.

Había algo vulnerable en la forma en que lo dijo. Algo que parecía auténtico.

Y aunque la incomodidad seguía instalada dentro de mí, terminé asintiendo y dejé el tema hasta ahí. No quería discutir en medio de la fiesta ni convertir aquella noche especial en algo amargo.

Aun así, por más que intenté convencerme de que todo había sido un malentendido nacido de buenas intenciones, algo dentro de mí no terminó de quedarse tranquilo.

Cuando la fiesta terminó y los últimos invitados se marcharon, Greg y Jason se quedaron organizando la cocina, mientras Julie subió a su habitación todavía emocionada revisando sus regalos una vez más.

Yo, en cambio, no lograba sacudirme la incomodidad que llevaba horas creciendo dentro de mí.

Salí al jardín y me senté en silencio, intentando ordenar mis pensamientos antes de que cualquier emoción terminara contaminando el ambiente en casa.

Si pudiera llamar a mi madre, todo sería más sencillo, pensé.

Ella sabría decirme si estaba exagerando, si todo aquello solo existía en mi cabeza o si realmente había motivos para preocuparme. Quizá estaba siendo injusta. Quizá debía limitarme a agradecer que hubiera personas dispuestas a ayudar y consentir a mis hijos como lo hacían Natalie y Ely.

Pero algo no terminaba de sentirse bien.

Y fue entonces cuando la niebla volvió a aparecer.

Primero descendió lentamente sobre el jardín, envolviendo la grama y cubriendo mis pies con aquella blancura espesa que ya comenzaba a resultarme inquietantemente familiar. Esta vez no sentí miedo de inmediato. Permanecí quieta, observando cómo avanzaba a mi alrededor.

Hasta que los susurros comenzaron.

Eran voces bajas, incomprensibles, apenas fragmentos de sonidos imposibles de distinguir con claridad. Sentí el corazón acelerarse violentamente y un escalofrío me recorrió la espalda entera. Aun aterrada, intenté concentrarme, afinar el oído para entender qué intentaban decirme.

Entonces un pitido agudo atravesó el silencio.

El sonido fue tan intenso que me hizo levantarme sobresaltada y retroceder de inmediato hacia la casa.

Justo antes de entrar, miré por instinto hacia la vivienda de Ely.

Y la vi.

Natalie observándome detrás de la cortina del balcón.

La impresión que me provocó aquella imagen fue incluso peor que la niebla y los susurros. Entré cerrando la puerta con rapidez, sintiendo por primera vez una necesidad urgente de encontrar la manera de poner límites antes de que nuestros vecinos terminaran demasiado involucrados en nuestras vidas.

Ya en la habitación, le conté a Greg todo lo que había sentido durante la noche, incluyendo aquella constante sensación de estar siendo observada. También le dije que quería levantar la cerca del jardín de una vez por todas y aprovechar para impedir que el perro de Ely siguiera dañando mis flores.

Al principio, Greg restó importancia al asunto.

Dijo que probablemente estaba interpretando mal las cosas, que había sido una noche intensa y que quizá mi cabeza estaba mezclando emociones con suposiciones. Su reacción me molestó más de lo que esperaba. Greg casi siempre lograba entenderme incluso antes de que terminara de explicarme, y normalmente coincidíamos al leer a las personas o percibir ciertos ambientes.

Pero no quería convertir aquello en una discusión.

Así que terminé calmándome y convenciéndome de que quizá sí estaba exagerando. Tal vez Greg simplemente seguía demasiado cegado por el cariño que sentía hacia Ely y su familia como para notar cualquier incomodidad.

Finalmente, ambos cedimos un poco y acordamos que al día siguiente resolveríamos el asunto.

Así fue como, a la mañana siguiente, salimos juntos a comprar los materiales para la cerca. Mientras Greg se quedaba conversando con el encargado de la ferretería sobre las mejores opciones para el arreglo, yo aproveché para hacer algo que llevaba meses posponiendo.

Fui hasta la tienda esotérica que había visto el primer día en Asheville.

Quedaba apenas a unos locales de distancia y, aun así, habían pasado casi tres meses sin que lograra entrar. Siempre ocurría algo. Una interrupción, un cambio de planes… o Natalie desviándome antes de que siquiera pudiera acercarme demasiado.

Esta vez no.

Y apenas crucé la puerta, lo sentí.

Esa extraña y cálida sensación de calma que a veces aparece cuando un lugar transmite exactamente la energía que necesitas.

La chica que atendía se acercó a mí apenas crucé la puerta y, en lugar de preguntarme qué buscaba, dijo algo que me dejó completamente desconcertada.

—Tardaste más de lo que imaginaba.

—¿Perdón? —pregunté, mirando alrededor por instinto, convencida de que debía estar hablándole a alguien más.

Ella soltó una pequeña risa, algo avergonzada.

—Lo siento. Sonó rarísimo —admitió—. Quise decir que llevo meses viéndote pasar frente a la tienda y quedarte mirando la vitrina. Siempre pensé que entrarías… pero nunca lo hacías.

—Ah… —murmuré sin saber muy bien cómo responder—. Es que…

—No importa —interrumpió con naturalidad, tomando mi mano antes de que terminara la frase—. Soy Cristal, aunque todos me dicen Cris.

Me condujo hacia el centro de la tienda con una familiaridad extrañamente cómoda y comenzó a mostrarme todo lo que había en el lugar: cristales, inciensos, hierbas, velas, libros y pequeños objetos que parecían cargados de historias.

Hablaba muchísimo.

Saltaba de explicarme para qué servía una piedra a contarme anécdotas de su vida como si nos conociéramos desde hace años. Así fue como terminé sabiendo que su hermano era tecnólogo afisionado a la fotografía, que su padre había muerto cuando ellos eran pequeños y que su madre se había vuelto a casar con un hombre sudamericano, por lo que ahora vivía en un pequeño pueblo al otro lado del continente, aunque viajaba a visitarlos al menos una vez al año.

No tenía idea de por qué me estaba contando todas aquellas cosas, pero, aun así, sentí una conexión inmediata con ella. Aunque nada se comparó con lo que ocurrió cuando su hermano salió de la trastienda.

—Cris, vas a aturdir a la pobre mujer —dijo entre risas.

Fue extraño.

Porque apenas lo vi, algo dentro de mí se desacomodó de golpe.

Y cuando Chace se presentó y tomó mi mano, una sucesión de imágenes confusas atravesó mi mente tan rápido que me hizo sentir mareada. No fueron recuerdos exactos ni pensamientos claros, solo fragmentos inconexos, sensaciones, destellos imposibles de explicar.

Me desconcertó por completo.

Sobre todo, porque jamás había experimentado algo parecido con nadie fuera de Greg. Ni siquiera en momentos donde se suponía que debía sentir esas conexiones inexplicables de las que la gente hablaba cuando mencionaban almas gemelas o energías afines.

Conversé unos minutos más con ambos. Intercambiamos números, principalmente porque Chace también era fotógrafo y enseguida se ofreció a ayudarme con el cuarto de revelado cuando quisiera terminarlo.

Antes de irme, Cris insistió en regalarme un colgante de turmalina negra. Intenté pagarlo varias veces, pero fue inútil.

Salí de la tienda más confundida que cuando había entrado.

La sensación que me provocaban Cris, Chace y aquel lugar se parecía demasiado a la que me producía la niebla. Y eso no sabía si debía tranquilizarme… o asustarme aún más.

Al levantar la vista, vi a Greg avanzando torpemente desde la ferretería cargado de bolsas y materiales que apenas lo dejaban caminar. Corrí a ayudarlo y, apenas llegué junto a él, le planté un beso descaradamente apasionado, de esos que normalmente reservábamos para la intimidad.

Por un instante lo hice movida por la culpa. Por la extraña reacción que había tenido al conocer a Chace.

Pero después simplemente me dejé llevar.

Porque la intensidad de lo que Greg despertaba en mí seguía estando a un nivel imposible de comparar con cualquier otra sensación, y recordarlo me devolvió una calma inmediata.

CAPÍTULO 6

Presencia

LA NIEBLA

La vi antes de que pudiera sostener la mirada por sí misma.

Su madre la tenía en brazos aquella tarde en Maple Ridge, sentada en el columpio del jardín trasero, mientras el aire parecía suspendido en una quietud apenas perceptible. Desde entonces, he permanecido cerca. No de la forma en que los humanos comprenden la cercanía, sino en los márgenes: observando, registrando, aguardando. Valerie creció con una claridad poco común, una voluntad firme, casi obstinada, que la llevaba a entregarse por completo a aquello —y a quienes— decidía amar.

No interferí.

No cuando el aprendizaje requería error. No cuando el dolor era el único lenguaje que podía traducir ciertas verdades. La dejé atravesar cada umbral sin alterar su curso, porque hay procesos que, al ser interrumpidos, se deforman. Y ella necesitaba formarse sin fisuras aparentes, aunque por dentro se fragmentara y volviera a ensamblarse una y otra vez.

La observé elegir, caer, comprender.

Aprendió pronto que toda decisión deja un residuo. Algunas veces dulce. Otras, corrosivo. Pero siempre suyo.

Incluso cuando la pérdida la despojó de su eje más íntimo, no intervine. Era necesario que descendiera hasta ese punto donde el sostén externo desaparece, donde la estructura se quiebra y solo

queda lo esencial. Allí comenzó a percibirse de otra manera. A reconocer lo que no se nombra. A entreabrir puertas que, hasta entonces, permanecían selladas.

Y ese fue el primer desvío.

Porque hay aperturas que no discriminan.

Valerie creyó —como tantos— que la intuición era apenas una distorsión de la mente, una construcción débil frente a lo tangible. Ignoró las variaciones sutiles, las anomalías en lo cotidiano, los indicios que no encajan, pero insisten. No advirtió que aquello que percibía no era imaginado, sino velado.

Y lo velado… responde.

El peligro no siempre irrumpe. A veces se insinúa. Se pliega en lo familiar. Se mimetiza con lo inofensivo hasta volverse indistinguible.

Por eso intervengo ahora.

No por lo que ha sido, sino por lo que comienza a configurarse.

El afecto, en su forma más pura, también puede ser una interferencia. Difumina contornos, altera juicios, desplaza certezas. Y Valerie —con esa forma suya de entregarse sin reservas— no ha notado lo que se aproxima, ni de dónde proviene.

La he llamado antes. Más de una vez.

Pero no supo reconocerme.

La niebla ayuda a eso.

Disuelve los bordes. Suaviza las transiciones. Encubre sin ocultar del todo. Permite ver… lo suficiente.

Y ahora ella está dentro.

Siento haberte permitido avanzar sin guía hasta este punto, donde mi presencia ya no te resulta familiar. Donde mi voz se confunde con otras.

Pero eso termina aquí.

Estoy más cerca de lo que crees, pequeña.

CAPÍTULO 7

El Camping

GREG

Desde pequeños, Ely y yo teníamos la costumbre de ir a acampar cada vez que comenzaba el verano. Al principio eran nuestros padres quienes nos llevaban; después, cuando crecimos lo suficiente, empezamos a hacerlo solos. Bastaban un par de días para desaparecer entre bosques, lagos y caminos perdidos, lejos de todo y de todos.

Con el tiempo, esos viajes se llenaron de pequeños rituales que repetíamos casi sin darnos cuenta. Contábamos historias de terror que luego no nos dejaban dormir, intentábamos pescar en cualquier río cercano, aunque rara vez atrapábamos algo, bebíamos cerveza tibia alrededor de la fogata mientras nos quejábamos de nuestras relaciones o discutíamos sobre cualquier tontería, y terminábamos sobreviviendo a punta de comida enlatada porque nuestra supuesta habilidad como pescadores era desastrosa.

Pero la pasábamos increíble.

Cuando Ely se mudó, intenté transformar esa tradición en algo mío con Jason. Durante un par de años me lo llevé a acampar solo a él, aunque siendo mucho más responsable de lo que había sido con Ely a esa edad. Me aseguraba de llevar suficiente comida, mantas y cualquier cosa necesaria para evitar que mi hijo terminara enfermo o incómodo.

Al tercer año, Jason quiso que Julie nos acompañara, y entonces se me ocurrió convertirlo en una tradición familiar.

Fue así como nació nuestro fin de semana de silencio.

La única regla era no hablar. Durante esos días nos comunicábamos exclusivamente mediante lengua de signos, aprovechando el aislamiento y la calma de la naturaleza para desconectarnos del ruido cotidiano y conectar entre nosotros de una manera distinta.

Era algo muy nuestro y los chicos lo adoraban.

Jugábamos juegos de mesa, pescábamos, y descubrimos que Jason tenía más habilidad para ello que Ely o yo mismo, Julie y Valerie pasaban tiempo de madre e hija, y compartían mucho. Hacíamos caminatas en la montaña, y Valerie se pasaba la velada tomando fotos con su cámara, retratando tanto la naturaleza, como esos hermosos espacios familiares que atesorábamos.

Cuando Ely me propuso irnos de camping, una sensación extraña se instaló en mí. Me gustaba pasar tiempo con mi amigo, pero también, amaba esos espacios con mi familia. No sabía qué decir, por lo que acepté, proponiéndole que ahora lo hiciéramos como algo familiar, ya que los niños disfrutaban mucho de esos espacios, y él también quería llevar a su perro.

No lo sentí muy a gusto, tenía la impresión de que buscaba un rato de desapego con Natalie, lo cual me parecía muy extraño, porque yo no sentía eso hacia Valerie. Después de diecisiete años juntos, seguía queriendo compartir con ella cada momento de mi vida.

Sin embargo, Ely aceptó y pronto se lo comunicamos a nuestras esposas.

—Ely me propuso ir de camping, como hacíamos antes —comenté con naturalidad mientras terminábamos de poner la mesa para el desayuno—. Y pensé que este año podríamos hacerlo todos juntos, ambas familias.

Noté la duda en el rostro de Valerie casi de inmediato.

Aunque asintió y dijo que luego se lo comentaría a los chicos, algo en su expresión seguía viéndose incómodo.

—¿Qué pasa? —pregunté, deteniéndome para mirarla mejor—. Sé que algo te molesta.

Valerie soltó una pequeña exhalación antes de responder.

—No lo sé, amor… —murmuró con evidente incomodidad—. Siento que ahora ellos están en todos nuestros espacios. Y… bueno, ninguno sabe lengua de signos. Me preocupa que Jason no se sienta cómodo.

Entendía perfectamente lo que quería decir.

Por eso me acerqué y la rodeé con los brazos, intentando transmitirle tranquilidad.

—Lo sé, Val —susurré—. Pero también esa era parte de la idea de venirnos aquí, ¿no? Compartir más con otras personas, dejar de sentir que estamos solos todo el tiempo.

Le acaricié suavemente el brazo antes de continuar.

—Ellos son lo más cercano a una familia que tenemos aquí.

Sabía que algo estaba ocurriendo en la mente de Valerie.

La veía despertarse alterada en mitad de la noche, como si escapara de pesadillas que nunca terminaba de contarme del todo. La encontraba caminando por la casa mirando hacia los ventanales, inquieta, como si sintiera que algo nos observaba desde afuera. Y aunque intentaba entenderla, también necesitaba ayudarla a salir de ese estado antes de que terminara consumiéndola.

Por eso había aceptado levantar la cerca sin discutir más y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que la hiciera sentirse segura. Pero, al mismo tiempo, sentía que debía lograr que volviera a conectar con la realidad y entendiera que muchas de esas sensaciones nacían de su propia ansiedad.

Y Valerie siempre había sido mejor cuando estaba rodeada de gente.

Era increíblemente familiar. Le encantaba recibir personas, organizar comidas, pensar en juegos, preparar detalles y asegurarse de que

todos se sintieran cómodos y queridos. Necesitaba volver a esa versión de sí misma, a la mujer cálida y luminosa que siempre había sido.

—Será bueno para todos, ya lo verás —insistí con suavidad—. Además, Jason podría aprovechar para enseñarle un poco de lengua de signos a Natalie. Ella varias veces ha dicho que quiere aprender.

—Jason no soporta a Natalie, Greg —comentó con evidente fastidio, como si ella misma tampoco la soportara demasiado—. Pero está bien… lo intentaremos.

Y en ese instante tuve la sensación de que el viaje ya empezaba mal.

Conocía demasiado bien a Valerie como para no notar cuando se predisponía ante algo, y eso me frustró un poco. Aun así, preferí no discutir. Me limité a convencerme de que, una vez estuviéramos allá, las cosas fluirían mejor.

O al menos eso esperaba.

El sábado llegó rápidamente y, desde temprano, comenzamos a preparar todo para subir hacia Linville Falls, donde había un campamento oficial del Servicio de Parques Nacionales que, según Natalie, le hacía sentirse mucho más segura que acampar completamente aislados.

Pero cuando ya estábamos prácticamente listos para partir, una enorme casa rodante se estacionó frente a la vivienda de Ely.

De ella descendieron Samuel junto a su esposa y su hijo. Poco después llegaron Beth y Callie, las hermanas de Natalie, acompañadas por sus parejas, e incluso apareció la suegra de una de ellas. Una anciana muy extraña, con una mirada penetrante, que desde el inicio me dio una vibra negativa, por lo que decidí mantenerme alejada de ella.

Todos venían preparados para pasar el fin de semana de camping con nosotros.

Valerie había tenido la precaución de sugerirle a Jason que invitara a algunos compañeros del instituto, imaginando que podría sentirse incómodo con las conversaciones y la personalidad de Natalie. Y, sinceramente, agradecí muchísimo que lo hubiera hecho, porque apenas vi a toda aquella gente reuniéndose entendí que el viaje familiar que imaginaba se había transformado en algo completamente distinto.

Por suerte, dos amigos de Jason aceptaron acompañarnos, Víctor y Logan, y eso al menos me dio algo de tranquilidad.

Aunque, siendo sincero, yo también me sentía decepcionado.

Amaba esos viajes. Los que hacía con Ely desde niño y los que después construí con mi propia familia. Y durante días me había emocionado pensando que, quizás, unir ambos mundos podía convertirse en algo especial.

Pero lo que tenía delante no se parecía a ninguno de ellos.

Aun así, no dije nada y emprendimos el camino hacia el campamento.

La incomodidad comenzó casi desde el inicio.

Natalie convenció a Julie de irse con ellos en la casa rodante para que, según dijo, nosotros pudiéramos viajar más cómodos en el auto. Pero aquello solo terminó molestando más a Jason, que esperaba compartir el trayecto con su hermana y enseñarles a sus amigos los juegos e historias que habían ido creando juntos a lo largo de los años.

Cuando llegamos al campamento, comenzamos a organizar las carpas y descargar las cosas antes de preparar algo de comer. El plan inicial era sencillo: desayunar tranquilos y luego irnos los chicos a pescar, mientras las mujeres se quedaban conversando, jugando cartas o simplemente descansando cerca del campamento.

Al menos así lo habíamos imaginado.

Pero estábamos todavía acomodándolo todo cuando Callie apareció usando un traje de baño y anunció emocionada que quería ir al río.

La idea entusiasmó enseguida al resto.

Y, para ser sincero, tampoco me pareció mala opción. Nosotros podíamos quedarnos pescando cerca mientras ellas disfrutaban del agua.

—Yo paso —dijo Valerie casi de inmediato.

La miré sorprendido.

—Amor, creo que deberías hacer un esfuerzo —comenté con calma, intentando convencerla—. Por mí.

Ella suspiró antes de responder.

—Greg, yo vine porque quería compartir contigo y con los chicos, pero la verdad es que no me siento cómoda —admitió con evidente desilusión—. Prefiero ir hasta las cascadas a tomar fotos.

Eso me preocupó más de lo que quería admitir.

—Pero, amor… no quiero que estés sola por ahí —dije con sinceridad —. No voy a poder estar tranquilo pensando que andas caminando sola en esa zona.

Valerie me sostuvo la mirada unos segundos y luego sonrió apenas, intentando tranquilizarme.

—Ve tranquilo, Greg. De verdad.

La dejé ir, aunque me molestó su actitud.

Entendía perfectamente su punto; el viaje había terminado convirtiéndose en algo muy distinto a lo que ambos imaginábamos. Pero aun así me frustraba sentir que Valerie ni siquiera estaba intentando adaptarse.

Y la mirada de desaprobación de Jason terminó de empeorar mi humor.

Él también se sentía fuera de lugar, eso era evidente. Aunque había tratado de llevarlo bien invitando a sus amigos para no aburrirse, seguía notándose incómodo entre tantas personas que no podían comunicarse realmente con él.

Pero en ese momento yo no fui capaz de ver cuánto se había desdibujado la esencia del viaje.

Quizá porque, para mí, Ely y toda aquella gente seguían sintiéndose como familia.

Intenté enfocarme en disfrutar el momento y, de alguna manera, lo conseguí. Ely y yo pasamos buena parte del tiempo recordando anécdotas de cuando éramos adolescentes, burlándonos de historias absurdas y compitiendo por quién pescaba más.

Terminamos atrapando varias truchas, y eso logró mejorarme un poco el ánimo.

Aun así, seguía inquieto.

Por Valerie. Por Jason. Incluso por los amigos de Jason, que habían preferido quedarse en el campamento en lugar de acompañarnos.

—¿Te pasa algo? —preguntó Ely de pronto—. No has dejado de mirar alrededor desde que llegamos.

Suspiré.

No tenía sentido intentar ocultarle nada a alguien que me conocía prácticamente toda la vida.

—Estoy preocupado por Valerie… y también por Jason —admití finalmente.

Ely negó apenas con la cabeza antes de colocar una mano sobre mi hombro.

—Relájate, Greg. No puedes pasarte la vida complaciéndolos.

Fruncí el ceño, confundido por el comentario.

—¿A qué te refieres?

Porque yo jamás había sentido que mi familia fuera una carga. Al contrario. Ver felices a Valerie y a mis hijos siempre había sido una de las cosas que más plenitud me daba.

—No quiero entrometerme, pero te conozco demasiado bien.

El silencio cayó entre nosotros durante unos segundos mientras nos sentábamos sobre unas piedras cercanas al río, esperando a que los demás terminaran de bañarse.

Entonces Ely habló otra vez.

—Greg… ¿eres feliz?

La pregunta me tomó desprevenido. Y antes de que pudiera responder, él continuó:

—Porque sinceramente no siento que lo seas. Y me preocupa, hermano.

Lo miré confundido.

—Yo sí soy feliz —respondí—. ¿Por qué dices eso?

Ely exhaló lentamente antes de contestar.

—Porque siempre terminas cediendo. Y tengo la impresión de que eres tú quien más se sacrifica en esa relación.

Aunque no estaba de acuerdo con lo que decía, preferí dejarlo hablar.

—Pasó con la mudanza a Nueva York para ayudar a Valerie después de lo de su mamá. Pasa también con el hecho de que seas el único sosteneindo toda la carga económica… pero no es solo eso —continuó—. Siento que Valerie y Jason necesitan controlar todo constantemente. Nunca terminan de adaptarse, nunca parecen realmente dispuestos a compartir con los demás, y al final eso termina aislándote a ti también.

Negué apenas con la cabeza.

—No es tan simple. Para Jason muchas cosas son más difíciles porque no escucha —intenté explicarle.

Pero Ely me interrumpió enseguida.

—No, Greg. Jason ya está grande —sentenció—. Y también tiene que entender que tú tienes amigos, que tienes derecho a compartir con otras personas y que no todo el mundo va a aprender lengua de signos para acomodarse a él.

Hizo una pausa breve antes de añadir:

—Además, él puede leer labios, ¿no?

Asentí despacio, aunque algo dentro de mí se tensó al escuchar la manera en que hablaba de Jason. Porque, aunque entendía el punto que intentaba expresar, también sabía lo agotador que podía ser para una persona sorda intentar seguir constantemente el ritmo y el contexto de conversaciones pensadas para oyentes.

—Entonces, ¿por qué nunca pone de su parte para que tú también tengas vida? —continuó Ely—. Porque, siendo sincero, Greg… eso que tienes no parece vida.

Sus palabras me golpearon más de lo que esperaba.

Y aunque no sentía que tuviera razón del todo, tampoco pude ignorar la incomodidad que dejaron dando vueltas en mi cabeza.

Porque, en cierta forma, Valerie sí tenía motivos para sentirse molesta: el viaje había cambiado completamente de rumbo. Pero, al mismo tiempo, también era cierto que a ella le costaba muchísimo adaptarse cuando las cosas no salían exactamente como las imaginaba. Los cambios de planes solían sacarla de su zona de confort y, muchas veces, prefería aislarse antes que intentar acomodarse a la situación.

Cuando regresamos al campamento, Valerie ya estaba allí con los chicos.

Jugaban UNO alrededor de una mesa plegable, riéndose a carcajadas por alguna trampa absurda que Jason intentaba justificar mediante señas exageradas.

Intenté dejar atrás la conversación con Ely, pero ya no pude hacerlo del todo. Porque, a partir de ese momento, empecé a observar pequeños detalles que antes habrían pasado desapercibidos y que ahora parecían alimentar silenciosamente el eco de las palabras de mi amigo.

Si Valerie quería el pescado más cocido que el resto, me fastidiaba tener que apartarlo y dejarlo más tiempo al fuego. Si prefería comer con cubiertos, me irritaba que no quisiera ensuciarse las manos como todos los demás. Y cuando Jason decidió que prefería prepararse unos sándwiches en lugar de comer pescado, por primera vez no lo vi como una simple preferencia, sino como un capricho que me molestó más de la cuenta.

Y cosas que jamás me habían incomodado comenzaron a salir de algún rincón escondido para llenarme de un fastidio que no lograba controlar.

Por eso, cuando Valerie se acercó para hablar conmigo sobre algo que le preocupaba, yo ya estaba demasiado cargado para escucharla con claridad.

—Estoy un poco inquieta, Greg —dijo en voz baja.

—¿Y qué sucede ahora? —pregunté con más brusquedad de la necesaria.

Ella respiró hondo antes de tomarme del brazo y apartarme unos pasos del grupo. Incluso comentó que Samuel parecía estar pendiente de nuestra conversación. Y, absurdamente, hasta eso me irritó.

No entendía por qué todo tenía que manejarse como si fuera un problema secreto.

—Callie propuso cambiar la noche de juegos por karaoke —susurró Valerie—. Trajeron una corneta enorme y todos quieren hacerlo.

—¿Y qué tiene eso de malo? —pregunté, sin entender a dónde quería llegar.

Valerie me miró con evidente molestia.

—Que Julie ama cantar y ya dijo que prefiere quedarse allá. Y además comentó que está cansada de tener que hablar todo el tiempo en lengua de signos para incluir a Jason. ¿De verdad te parece justo?

Algo dentro de mí terminó de romperse al escuchar eso. Y antes de poder detenerme, toda la frustración que llevaba acumulando durante el día explotó de golpe.

—¿Y a ti te parece justo limitar a Julie en todo solo porque Jason no escucha? —reclamé sin poder contenerme—. ¿Qué culpa tiene ella?

Vi cómo los ojos de Valerie se llenaban de lágrimas al instante. Y aunque una parte de mí se sintió culpable de inmediato, ya era demasiado tarde para echarme atrás.

—Llevamos años viviendo alrededor de Jason, intentando que tenga mejores oportunidades y que se sienta cómodo en todo momento —continué, dejando salir frustraciones que ni siquiera sabía que guardaba—. Pero también tenemos que entender que el resto del mundo no tiene la culpa de su discapacidad. Nadie está obligado a aprender otra lengua ni a adaptar cada situación para él.

Valerie me observaba en silencio, herida.

—No lo estamos preparando para la vida, Val —seguí diciendo, incapaz de detenerme—. Porque el mundo real no funciona así. El mundo no se adapta a nadie.

Ella respiró profundamente antes de responder. La voz le tembló, pero aun así logró sostenerse sin llorar.

—No me vengas a explicar cómo funciona el mundo ni lo que Julie necesita, porque nadie ha hecho más por ella que yo, Greg. Nadie ha sido más complaciente ni más cómplice con sus sueños que yo, y lo sabes perfectamente.

Tragó saliva antes de continuar.

—Julie siempre ha tenido exactamente las mismas oportunidades y atención que Jason. Pero este viaje no era cualquier paseo. Era algo familiar, algo simbólico para nosotros. Un espacio donde elegíamos el silencio para conectar entre todos… y desde que decidieron convertir esto en otra cosa, perdió completamente el sentido.

—Claro… porque para ti adaptarte siempre resulta imposible, ¿no? —reclamé, dejándome llevar por la rabia—. Todo tiene que hacerse a tu manera. Siempre necesitas controlarlo todo.

Valerie me sostuvo la mirada apenas un segundo. Después negó suavemente con la cabeza.

—Olvídalo, Greg. Tienes razón… soy una egoísta.

Y se alejó hacia nuestra carpa antes de que pudiera responder algo más.

La dejé ir.

En parte porque seguía furioso y, en parte, porque sentía que ella tampoco estaba haciendo el menor esfuerzo por entenderme. Yo llevaba años intentando ponerme en su lugar, entender sus miedos, adaptarme a sus necesidades y a las de Jason. ¿Tan grave era que, por una sola vez, una tradición cambiara un poco?

Necesitaba despejarme.

Me aparté unos metros del campamento intentando calmarme, pero entonces me crucé con Jason y su expresión terminó de empeorar mi humor.

No dijo nada. Ni siquiera hizo una seña.

Pero su mirada de desaprobación fue suficiente para hacerme sentir juzgado otra vez.

Afortunadamente, el sonido de Julie cantando logró distraerme un poco. Escucharla reírse, disfrutar con los demás y soltarse de aquella forma consiguió relajarme lo suficiente como para dejar de pensar por unos minutos.

Un par de horas después, terminé distrayéndome, observando a Jason conversar con sus amigos cerca de la fogata. Él no sabía que lo estaba mirando.

Hablaba con tranquilidad, relajado, probablemente porque asumía que nadie más aparte de ellos podía entender sus señas.

Y entonces lo vi decir algo que me destrozó por dentro.

Confesó que muchas veces se sentía culpable porque todo siempre terminaba adaptándose a él. Que, aunque intentaba no demostrarlo, a menudo se sentía profundamente solo. Aun así, decía que trataba de ser paciente, porque entendía que para los demás era imposible imaginar lo que significaba vivir sin comprender del todo lo que ocurría alrededor.

Habló de los chistes que perdían sentido al traducirse en señas. De las conversaciones rápidas donde todos se cansaban de explicarle y simplemente seguían hablando entre ellos. De esos momentos en los que dejaban de hacer signos y era como si lo abandonaran en completa oscuridad.

Luego añadió algo que terminó de destrozarme.

Jason nunca había escuchado realmente el mundo.

Por eso leer labios le costaba muchísimo más de lo que la mayoría imaginaba. Y aun así lo intentaba siempre, aunque terminara agotado.

Sentí un nudo insoportable en la garganta.

¿Cómo había podido olvidar algo tan importante, aunque fuera por un instante?

¿Cómo permití que unas cuantas palabras sembraran tanta rabia dentro de mí?

Y lo peor era que ni siquiera estaba disfrutando realmente el momento. Porque yo odiaba el karaoke. Siempre lo había odiado. Lo que realmente amaba eran aquellos campamentos silenciosos con mi familia, la calma de la naturaleza, las conversaciones tranquilas

alrededor del fuego. Todo lo que precisamente estábamos perdiendo.

Con lágrimas acumulándoseme en los ojos, corrí hacia la carpa donde estaba Valerie y la abracé con fuerza apenas la vi.

—Lo siento —murmuré apenas pude hablar.

Valerie permaneció en silencio unos segundos dentro de mis brazos antes de responder.

—No te preocupes. Yo entiendo.

Pero la tristeza en su voz hizo que el peso de la culpa me aplastara todavía más.

—Quiero que tú también disfrutes estos momentos, Greg —continuó con suavidad—. Solo me preocupa la distancia que empieza a formarse entre los chicos. Julie siempre ha sido una luz para Jason.

Suspiré, acariciándole el cabello.

—Lo sé, amor… pero Julie también sigue siendo una niña —dije en voz baja—. Quizá hemos puesto demasiado peso sobre ella sin darnos cuenta.

Valerie asintió lentamente.

—Lo sé —admitió—. Tal vez ya es momento de que empecemos a hacer algunas cosas por separado, para que cada uno pueda sentirse cómodo a su manera.

Asentí, aunque en el fondo no estaba seguro de querer eso. Porque, si era sincero conmigo mismo, extrañaba nuestros campamentos en silencio.

Y mientras repasaba el día en mi cabeza entendí algo que me dejó un sabor amargo: no había sido un mal viaje. De hecho, muchos momentos habían sido agradables. Pero este tipo de reuniones podíamos tenerlas cualquier fin de semana del año.

En cambio, aquellos campings silenciosos eran otra cosa. Eran una pausa del mundo. Una forma de reencontrarnos entre nosotros sin

ruido alrededor.

Y esa noche tuve la dolorosa sensación de que algo muy nuestro acababa de dañarse un poco.

—No creo que debamos renunciar a nuestras tradiciones —murmuré al cabo de un momento, acariciándole distraídamente el brazo—. Volveremos pronto… y haremos nuestro camping como siempre. Solo nosotros. En silencio. Como debe ser.

Valerie asintió despacio, aunque la tristeza seguía suspendida en su mirada como una bruma difícil de disipar.

Luego elevó los ojos hacia mí.

—¿Qué fue lo que pasó allá afuera, Greg? —preguntó con cautela—. ¿Qué te alteró tanto de repente?

Solté una exhalación pesada.

—No quiero que te calles cosas ni que termines sintiéndote infeliz sin que yo lo note —continuó, acercándose un poco más—. Haría cualquier cosa por seguir viéndote sonreír. Lo sabes, ¿verdad?

Sentí un nudo incómodo cerrárseme en el pecho.

—Lo sé.

El silencio volvió a instalarse unos segundos entre nosotros, apenas interrumpido por el murmullo lejano de las voces y la música que llegaban desde el campamento.

—Solo… me frustró sentir que, a veces, tú y Jason parecen incapaces de adaptarse cuando las cosas cambian —admití finalmente—. Como si cualquier alteración en los planes terminara convirtiéndose en un problema. Y hoy todo eso se me acumuló en la cabeza.

Valerie me observó con una mezcla de sorpresa y desconsuelo.

—Greg… Jason no quiso comer pescado porque las últimas veces le hizo daño —explicó con paciencia, como si temiera que volviera a

reaccionar mal—. No quería arruinar el viaje obligándonos a regresar antes de tiempo.

Fruncí ligeramente el ceño, intentando recordar.

—¿No te acuerdas del sushi hace dos semanas? —continuó con suavidad—. ¿Y de la lobina antes de eso? Terminó enfermo ambas veces. Por eso prefirió prepararse otra cosa. No fue un capricho… estaba intentando evitar problemas.

—No mucho —admití con cierta vergüenza—. Recuerdo que estuvo mal del estómago, pero no había asociado que fuera por el pescado.

Valerie suspiró apenas, con una mezcla de cansancio y ternura.

—Y yo puedo comer cualquier cosa, amor —dijo acariciándome la mano—. ¿Qué tiene de malo querer el pescado un poco más cocido?

Bajé la mirada unos segundos.

—Nada —respondí al fin, comprendiendo de golpe lo absurdas que habían sido muchas de las cosas que me molestaron aquella tarde.

Toda aquella irritación no había nacido realmente de ellos. Había nacido de mí. De mis inseguridades. Del cansancio. De haber permitido que palabras ajenas sembraran dudas donde antes solo existía amor.

Le pedí disculpas otra vez y me acerqué intentando romper la tensión que todavía flotaba entre nosotros. No con palabras elaboradas, sino con el tono, con la mano extendida hacia ella, con esa clase de gesto pequeño que después de diecisiete años dice más que cualquier discurso.

Y funcionó.

Valerie me miró un momento, como evaluando si era suficiente, y luego sonrió apenas, con esa sonrisa suya que no es todavía perdón completo, pero ya es apertura, ya es ella eligiendo no quedarse en el frío. Se acomodó sobre mi regazo sin decir nada, sentándose a horcajadas sobre mí, y el simple peso de su cuerpo encima del mío disolvió lo que quedaba de distancia entre nosotros.

Afuera, la música había muerto hacía rato y el campamento parecía haberse rendido al silencio de la madrugada. Solo el viento moviendo la lona de la carpa, algún pájaro nocturno lejos, el crujido ocasional de la madera quemada.

La tomé de la cintura con las dos manos y la acerqué más. Ella bajó la frente hasta apoyarla contra la mía, y nos quedamos así un instante, respirando el mismo aire, dejando que el cuerpo terminara lo que las palabras habían empezado.

La besé despacio. Sin urgencia todavía, solo con intención. Ella respondió igual, con las manos en mi cara, y sentí que algo en los dos se iba soltando capa por capa, la tensión de la noche iba drenando hacia ningún lugar.

Luego sus caderas se movieron apenas sobre mí, una sola vez, y la urgencia apareció sola.

Mis manos bajaron por su espalda, por sus caderas, encontrando los bordes de su ropa en la oscuridad con esa familiaridad que nunca me había cansado. La ayudé a quitarse lo necesario sin romper el contacto entre nosotros, sin dejar de besarla, porque había algo en esa noche que pedía continuidad, no interrupciones. Ella hizo lo mismo conmigo, con esa eficiencia silenciosa de quien conoce bien lo que busca.

Cuando la sentí descender sobre mí, lenta y deliberada, contuve el aliento. No porque fuera nuevo, sino porque después de todo este tiempo todavía había algo en ese momento específico, en el primer instante en que entraba en ella, que me borraba cualquier pensamiento.

Se movió con calma al principio. Las manos apoyadas en mis hombros, los ojos abiertos en la oscuridad, mirándome de esa manera que siempre sentí como algo más que deseo. La sostuve por las caderas sin dirigirla, solo acompañando, dejando que marcara el ritmo que necesitaba.

Y entendí, sin que lo dijera, que esto también era parte del perdón. No el gesto simbólico sino el acto concreto de elegir estar aquí, de

acercarse en lugar de alejarse, de usar el cuerpo para decir lo que a veces las palabras no alcanzan.

El ritmo fue cambiando solo, volviéndose más profundo, más urgente. Sus dedos se clavaron en mis hombros y yo la atraje hacia mí, enterrando la cara en su cuello, sintiendo su respiración acelerarse junto a mi oído. Murmuraba cosas en voz baja, mi nombre a veces, otras veces nada reconocible, y el sonido de su voz en ese registro fue suficiente para que me costara mantener cualquier clase de control.

La carpa era pequeña y el mundo afuera dormía o fingía dormir. No me importó. Nos movimos juntos con esa sincronía que no se negocia, sino que simplemente existe después de suficientes años y suficientes noches, y llegamos casi al mismo tiempo, con ella apretándome entre sus brazos y yo sosteniéndola como si algo fuera a llevársela si la soltaba.

Después nos quedamos quietos.

Su cabeza en mi pecho, mi mano recorriendo su espalda despacio, la respiración de los dos acomodándose de nuevo. Afuera, el silencio de la madrugada seguía intacto, el mundo parecía haber tenido la decencia de no interrumpirnos.

La abracé más fuerte y quise creer, con toda la convicción que pude reunir, que lo ocurrido esa noche no había sido más que un malentendido.

Quizá lo era.

Quizá simplemente necesitaba creerlo.

VALERIE

Desperté de golpe al sentir una corriente helada envolviéndome el cuerpo.

Parpadeé desorientada y miré alrededor. Apenas logré distinguir el perfil tranquilo de Greg, profundamente dormido a mi lado. Todo lo demás había desaparecido bajo un espesor blanquecino que cubría

el interior de la tienda como si la niebla hubiese atravesado la tela para instalarse allí dentro.

El miedo me recorrió lentamente la espalda. Y entonces comenzaron los susurros.

Voces suaves, superpuestas, imposibles de comprender. Se deslizaban junto a mi oído como un murmullo lejano, antiguo, casi reverente. Intenté descifrar alguna frase, alguna advertencia coherente, pero las palabras se deshacían antes de cobrar sentido. Hasta que logré distinguir una sola.

—Sueño.

El susurro me estremeció.

Fruncí el ceño e intenté recordar qué estaba soñando antes de despertar. Sabía que había un sueño. Lo sentía atrapado en algún rincón de mi mente, todavía tibio, todavía cercano. Pero cada vez que intentaba alcanzarlo, se desvanecía entre mis pensamientos como agua entre los dedos.

Poco a poco, el miedo comenzó a disiparse. La niebla seguía allí, espesa, cubriéndolo todo al punto de que ya no podía distinguir las paredes de la tienda. Sin embargo, algo en ella ya no se sentía amenazante. Era distinto. Casi… protector.

Me arropé mejor y cerré los ojos otra vez, concentrándome en aquella sensación extraña, intentando comprender si la niebla realmente estaba tratando de decirme algo.

Y, antes de darme cuenta, el sueño volvió a arrastrarme lentamente.

Esta vez, con la impresión inquietante de que la niebla permanecía allí, velando mis sueños desde la oscuridad.

CAPÍTULO 8

Una Nueva Amistad

VALERIE

A la mañana siguiente despertamos con una sensación extraña en el ambiente.

Todo el campamento parecía moverse con prisa, como si todos estuvieran deseando marcharse cuanto antes. Las carpas ya comenzaban a desmontarse, las puertas de la casa rodante constantemente se abrían y cerraban y las conversaciones sonaban tensas, cortas, desprovistas del entusiasmo del día anterior.

Las expresiones tampoco ayudaban. Casi todos lucían agotados… o molestos.

Me acerqué a los chicos para organizar algo de desayuno antes de partir, pero Jason enseguida negó con la cabeza. Dijo que prefería comer al llegar a casa y que podía prepararse algo él mismo si nos íbamos de una vez. Julie, por su parte, comentó que Natalie le había dado unas galletas y que estaba bien así.

Así que comenzamos a recoger la tienda.

Estaba doblando una de las mantas cuando sentí a alguien acercarse por detrás. Al girarme, me encontré con Beth, la hermana mayor de Natalie, observándome con una sonrisa divertida.

—Parece que anoche la pasaron bastante bien —comentó guiñándome un ojo.

El calor me subió inmediatamente al rostro.

Me cubrí la cara con la mano, riéndome con vergüenza.

—¿Se escuchó tanto? —pregunté.

Beth soltó una carcajada suave.

—¿Y tú por qué crees que Natalie amaneció de tan mal humor? —respondió con evidente picardía.

—¿Y por qué tendría que molestarle que haga el amor con mi esposo? —pregunté, completamente confundida.

Beth me sostuvo la mirada unos segundos, como si estuviera debatiéndose entre hablar o retractarse.

—¿De verdad todavía no lo notas? —dijo al final, con una mezcla de incredulidad y cansancio—. Natalie no soporta a las parejas felices. Nunca las ha soportado. Hay algo en ella que necesita competir, demostrar que su matrimonio es el mejor, la familia perfecta… y cuando siente que otra pareja brilla demasiado, termina interfiriendo de alguna manera.

La sorpresa debió reflejarse por completo en mi rostro, porque enseguida Beth pareció arrepentirse de haber hablado. Desvió la mirada y soltó una pequeña risa incómoda.

—Olvídalo… quizá estoy exagerando —murmuró bajando la cabeza —. Supongo que hablo desde mis propias experiencias.

Había algo quebrado en su tono. Algo demasiado personal. Y aunque mi primer impulso fue mantenerme al margen —las tensiones familiares normalmente nunca terminaban bien cuando uno se involucraba—, también sentí que aquellas palabras escondían mucho más de lo que Beth estaba diciendo.

Como si, detrás de la advertencia, hubiera un cansancio acumulado durante años.

—¿Quieres hablar de eso? —pregunté con cautela.

Beth levantó apenas la mirada antes de esbozar una sonrisa fugaz.

—Quizá después —respondió mientras se alejaba—. Ahora mismo hay demasiados ojos alrededor.

Minutos después ya íbamos de regreso a casa.

El ambiente dentro del auto era muy distinto al que habíamos dejado atrás en la montaña. La tensión parecía haberse disipado junto con el campamento. Los chicos conversaban entre ellos en señas desde los asientos traseros, Greg conducía con una expresión mucho más relajada y yo me limité a observar el paisaje desfilar al otro lado de la ventana.

Los árboles, las curvas de la carretera, el cielo grisáceo…

Y la niebla.

Porque esta vez no permanecía inmóvil entre las montañas. Parecía acompañarnos. Deslizándose entre los bosques, siguiéndonos a la distancia como una presencia silenciosa y constante.

Extrañamente, aquella sensación me transmitía calma.

Los días posteriores, sin embargo, resultaron extraños.

El teléfono permaneció en silencio. Nadie tocó nuestra puerta. No hubo mensajes de Natalie ni llamadas de Ely, y ni siquiera escuchaba ya al perro corretear por el jardín como de costumbre.

Aun así, sabía que estaban en casa.

Julie seguía pasando tiempo allá después del instituto. Siempre parecía existir algún motivo: Natalie ayudándola con ejercicios de gimnasia, nuevas galletas de la tienda a las que ahora mi hija se había vuelto completamente adicta, esmaltes, mascarillas faciales o cualquier pequeña novedad que terminaba fascinándola.

Poco a poco, Natalie parecía haberse convertido en algo más que una vecina para Julie. Casi en una amiga íntima.

Y aunque verla feliz seguía siendo lo más importante para mí, no pude evitar sentir una punzada incómoda de nostalgia… e incluso un poco de celos.

Como si, sin darme cuenta, alguien hubiera comenzado a ocupar espacios que antes me pertenecían solo a mí. Pero me guardé el sentimiento. Porque la sonrisa de mi hija valía mucho más que cualquier inseguridad que pudiera estar creciendo dentro de mí.

Para el viernes, el silencio ya se había vuelto ensordecedor.

La ausencia de Natalie y Ely comenzaba a sentirse como un vacío extraño dentro de la rutina, y comprendí que necesitaba ocupar mi mente antes de terminar ahogándome en pensamientos que no sabía ordenar. Así que decidí volver, por fin, a la fotografía.

Desde que llegamos de Nueva York había tomado algunas imágenes aquí y allá, e incluso había terminado de acondicionar el cuarto de revelado. Pero nunca me había permitido asumirlo como algo serio. Seguía tratándolo como un simple pasatiempo, un rincón seguro al que acudía únicamente cuando necesitaba despejarme.

Aquella mañana entendí que necesitaba algo más que eso. Necesitaba volver a encontrarme a mí misma dentro de algo.

Tomé la cámara y salí sin un destino claro, dejándome llevar por la intuición y la necesidad urgente de hallar inspiración para una colección nueva.

Comencé fotografiando pequeñas cosas cotidianas: el verde húmedo de la grama aún cubierto por el rocío, los pájaros escondidos entre las ramas altas, personas paseando a sus perros bajo el sol tenue de la mañana.

Y entonces la vi.

La niebla descendía lentamente calle abajo, deslizándose entre las casas como si me invitara a seguirla.

Lo hice casi sin pensarlo.

Me condujo hasta un conjunto residencial que no recordaba haber visto antes. Frente a una de las viviendas había un pequeño jardín zen impecablemente cuidado. En el centro descansaba una estatua

de Buda rodeada de piedras blancas y arena perfectamente rastrillada.

La escena transmitía una serenidad difícil de explicar. Saqué una moneda del bolso y la coloqué entre las manos de la estatua casi por impulso, agradeciendo en silencio no sabía exactamente qué.

Después levanté la cámara.

Tomé varias fotografías desde distintos ángulos hasta encontrar una que logró estremecerme por dentro. Justo entonces, percibí nuevamente el movimiento de la niebla alejándose hacia un sendero lateral que desembocaba en un pequeño parque que jamás había notado.

Allí había una laguna diminuta cubierta de flores de loto. El paisaje parecía suspendido en una quietud sagrada.

Me apresuré a fotografiarlo todo: los reflejos suaves sobre el agua, los pétalos abiertos, la forma en que la bruma se deslizaba apenas rozando la superficie.

Y así continuó mi recorrido.

Calle tras calle, fotografía tras fotografía, dejándome guiar por aquello que la niebla parecía empeñada en mostrarme. Cada rincón poseía una belleza extraña, serena, casi íntima, como si Asheville estuviera revelándome secretos que normalmente permanecían ocultos para el resto del mundo.

Hasta que, sin darme cuenta, terminé frente a la tienda esotérica de Cris y Chace.

Tomé un par de fotografías desde la acera de enfrente, enfocando los vitrales y los pequeños símbolos colgados junto a la entrada de la tienda. Pero apenas bajé la cámara sentí algo extraño, casi eléctrico, como si una fuerza invisible hubiese tensado un hilo entre aquel lugar y yo.

Enseguida la puerta se abrió.

Chace salió mirando alrededor hasta encontrarme al otro lado de la calle. Apenas lo hizo, sonrió y levantó la mano para saludarme. Le devolví el gesto, sintiendo nuevamente aquella sensación inquietante que me recorría cada vez que estaba cerca de él.

Me dispuse a cruzar la calle cuando el teléfono comenzó a sonar. El nombre de Beth apareció en la pantalla.

Fruncí el ceño, sorprendida. Apenas habíamos hablado aquella mañana en el campamento, pero algo en mi pecho se tensó de inmediato y atendí sin dudar.

—Hola, Beth. ¿Cómo estás?

Del otro lado solo escuché un sollozo contenido. El sonido me alarmó al instante.

—¿Beth? —pregunté apresuradamente—. ¿Está todo bien?

No respondió. Únicamente continuó respirando entre pequeños llantos ahogados.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Me giré de inmediato para regresar hacia casa y buscar el auto, pensando que quizá necesitaba que fuera por ella o que simplemente no quería estar sola. Seguí caminando sin apartar el teléfono del oído.

—Vamos… respira conmigo —dije con suavidad—. Estoy aquí. No tienes que explicarme nada todavía, ¿sí? Solo toma aire despacio por la nariz… eso es… y suéltalo lentamente por la boca.

Escuché cómo intentaba hacerlo.

Una vez. Luego otra. Poco a poco, sus respiraciones comenzaron a estabilizarse y el llanto dejó de sonar tan desesperado.

Continué hablándole en voz baja, guiándola con paciencia mientras avanzaba por la calle, sintiendo de fondo la mirada de Chace aún fija en mí desde la entrada de la tienda.

Finalmente, tras unos segundos más de silencio, escuché la voz de Beth otra vez, mucho más calmada.

—Gracias… —murmuró al otro lado de la línea.

—Para eso estamos —respondí con suavidad, disminuyendo el paso mientras caminaba.

Hubo unos segundos de silencio antes de que volviera a hablar.

—Me da muchísima vergüenza llamarte a ti con algo así… pero no quiero que nadie más lo sepa.

Fruncí ligeramente el ceño, aunque mantuve el tono calmado.

—No tienes que contarme nada si no quieres hacerlo. Igual estoy aquí para ayudarte en lo que necesites.

Escuché cómo soltaba el aire lentamente.

—Sí quiero contártelo —dijo finalmente—. Es sobre Lance… pero necesito que me prometas que quedará entre nosotras.

—Por supuesto, Beth. Y aunque no me pidieras confidencialidad, no acostumbro a hablar de las intimidades ajenas —aseguré con firmeza.

Del otro lado se hizo un pequeño silencio incómodo.

—Lo siento —dijo enseguida, apenada—. Es solo que… tú y Greg parecen tan unidos que cuesta imaginar que no se cuenten absolutamente todo.

Sus palabras me hicieron tensarme apenas.

—No creo que guardar una confidencia sea ocultar algo —respondí con cautela—. Greg y yo siempre hemos tenido límites sanos cuando se trata de problemas o secretos de otras personas.

—Supongo que tienes razón —admitió con voz más tranquila—. ¿Te parece si nos vemos para tomar un café? ¿Puedes ahora?

Miré alrededor un instante antes de asentir, aunque ella no pudiera verme.

—Claro que sí.

Beth me envió la dirección enseguida. Era un pequeño café ubicado al otro extremo de la urbanización, dentro de un centro comercial tranquilo al que nunca había ido. Guardé el teléfono y apresuré el paso.

Solo entonces fui consciente de cuánto me había alejado de casa siguiendo a la niebla y tomando fotografías sin rumbo fijo. La tienda esotérica había quedado varias calles atrás, perdida entre senderos y jardines que ahora apenas recordaba haber atravesado.

Aun así, una sensación extraña permanecía adherida a mí. Como si algo hubiese quedado suspendido en el aire después de aquella mirada con Chace.

Cuando llegué al café, la reconocí de inmediato. Beth lucía agotada. Había intentado disimular las ojeras con maquillaje, pero aun así se notaba demacrada, como si llevara días sin dormir bien. Sus hombros estaban tensos y mantenía las manos entrelazadas sobre la mesa con nerviosismo.

Apenas me vio acercarme, se levantó de golpe y me abrazó. El gesto me tomó por sorpresa.

Le correspondí el abrazo con suavidad antes de que ambas tomáramos asiento. Poco después, pedimos dos cafés y el silencio incómodo permaneció entre nosotras unos instantes, hasta que finalmente Beth comenzó a hablar.

Me confesó que las cosas con Lance estaban lejos de ir bien. Llevaban tiempo teniendo problemas. Al principio, según dijo, habían sido discusiones pequeñas, tensiones normales de pareja. Pero todo empeoró cuando Lance comenzó a sospechar que ella estaba viendo a alguien más.

—¿Y por qué pensó eso? —pregunté con cautela.

Beth bajó la mirada hacia la taza de café todavía intacta.

—No quiso decirme exactamente quién se lo contó —respondió—, pero sí aseguró que era alguien muy cercano a mí. Alguien que me

conocía perfectamente… incluso insinuó que era alguien de mi familia.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Y estoy segura de que fue Natalie.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Pero por qué tu hermana haría algo así? ¿Por qué inventaría una cosa semejante?

Beth soltó una pequeña risa amarga.

—¿Lo ves? —dijo mirándome con impotencia—. Apenas me conoces y aun así tu primera reacción es pensar que no sería capaz de hacer algo así. Confiar en mí. ¿Por qué los demás no pueden reaccionar igual?

Sus palabras me hicieron guardar silencio un momento.

—Supongo que hay personas que siempre esperan lo peor de los demás —respondí al final—. Yo no estoy acostumbrada a mirar la vida de esa forma.

Beth me agradeció otra vez antes de continuar hablando, como si haber soltado la primera parte hubiese abierto finalmente una grieta imposible de cerrar.

Me contó que en el trabajo tenía un compañero que solía coquetearle constantemente. Decía cumplidos, la invitaba a salir, buscaba cualquier excusa para acercarse. Sin embargo, aseguró que jamás le había correspondido.

—Nunca pasó nada —aclaró enseguida—. Pero Lance encontró algunos mensajes en mi teléfono y desde entonces todo empeoró.

Luego guardó silencio unos segundos antes de añadir algo que terminó de inquietarme.

Según ella, no era la primera vez que Natalie interfería en una de sus relaciones.

Cuando eran más jóvenes, decía, su hermana tenía la costumbre de avergonzarla frente a sus parejas, hacer comentarios incómodos o sembrar pequeñas inseguridades que terminaban desgastándolo todo.

Pero lo peor había ocurrido con su última relación seria.

—Espera… —la interrumpí, intentando procesar lo que acababa de insinuar—. ¿Me estás diciendo que Ely fue tu novio antes de estar con Natalie?

Beth asintió lentamente. La incredulidad debió notarse demasiado en mi rostro.

—Pero yo nunca te vi con ellos en la universidad —comenté—. Cuando Greg hablaba de esa época, Natalie y Ely ya estaban juntos.

—Porque yo no estudiaba allí —explicó—. Conocí a Ely primero, en el gimnasio donde entrenábamos. Yo trabajaba en la ciudad y compartía apartamento con Natalie, así que eventualmente terminé presentándoselo.

Bajó la mirada un instante antes de continuar.

—Al principio no era nada demasiado serio entre nosotros. Pero después ellos comenzaron a coincidir en la universidad y yo fui transferida a Iowa por trabajo. Intentamos mantener una relación a distancia durante algunos meses… hasta que un día Ely me confesó que se había enamorado de Natalie.

—¡Dios mío! No tenía idea… —solté, incapaz de ocultar mi impresión.

Beth esbozó una sonrisa triste.

—Fueron meses bastante duros —admitió—. Pero terminé aceptándolo. Y las cosas se hicieron más llevaderas cuando conocí a Lance.

Después de eso, continuó hablándome de su relación, llevándome poco a poco hasta el verdadero motivo de su llamada. Había descubierto que Lance le estaba siendo infiel.

Lo había encontrado intercambiando mensajes con otra mujer que, aparentemente, trabajaba con él.

La devastación en su rostro era imposible de ignorar.

La escuché durante horas. La dejé desahogarse, llorar, enfadarse y volver a llorar. Cuando finalmente logré intervenir, le aconsejé lo único que me parecía razonable: sentarse a hablar como adultos antes de destruir definitivamente la relación.

Era posible —o al menos eso quería creer— que Lance hubiese reaccionado desde el resentimiento y la inseguridad, convencido de que los rumores sobre Beth eran ciertos. Pero las mentiras terminaban cayéndose tarde o temprano. Y yo todavía quería pensar que las cosas podían arreglarse entre ellos.

Cuando nos despedimos, Beth parecía mucho más tranquila. Decidida, incluso, a enfrentar la situación y luchar por salvar su matrimonio.

Sin embargo, los días que siguieron fueron un completo torbellino. Todo entre ellos oscilaba constantemente.

A veces Beth me llamaba emocionada porque sentía que estaban avanzando, que por fin habían logrado hablar con sinceridad. Y apenas unas horas después volvía a quebrarse por otra discusión, otro reproche o un nuevo descubrimiento doloroso.

Hasta que las cosas comenzaron a volverse realmente preocupantes. Lance empezó a mostrarse agresivo.

Y sin darme cuenta terminé convirtiéndome en el refugio constante de Beth. Su confidente. Su apoyo. Prácticamente nos veíamos todos los días.

Lance, por el contrario, comenzó a verme como una amenaza.

Primero fue porque le sugerí a Beth acudir a terapia de pareja. Después, porque le recomendé alejarse de él temporalmente el día que me mostró los moretones oscuros que le había dejado marcados en la espalda.

Recuerdo haber sentido un escalofrío recorriéndome entera al verlos. Porque en ese instante comprendí que aquello ya no era únicamente una crisis de pareja. Se estaba convirtiendo en algo peligroso.

Por mi parte, seguí refugiándome cada vez más en la fotografía.

Finalmente me atreví a revelar las imágenes que había tomado durante aquellas caminatas y comencé a compartirlas en mis redes sociales sin demasiadas expectativas, casi por impulso.

La reacción fue inmediata.

En cuestión de días, las publicaciones comenzaron a llenarse de comentarios, mensajes y nuevos seguidores. La gente parecía profundamente conectada con las fotografías, como si hubiera algo dentro de ellas que lograra transmitir más que simples paisajes.

Y, siendo sincera, ni yo misma entendía del todo por qué. Todo aquello empezó a sentirse irreal.

Pronto comenzaron a escribirme personas preguntándome tarifas para cubrir bodas, cumpleaños y eventos sociales, pero no quería dedicarme a eso. No me interesaba capturar celebraciones ajenas de manera mecánica. Lo que realmente me obsesionaba era otra cosa.

Momentos. Sensaciones. Historias suspendidas dentro de una sola imagen.

Así que comencé a trabajar en pequeñas colecciones fotográficas con esa esencia más íntima y emocional.

Greg quiso apoyarme desde el principio. Tanto, que un día apareció en casa con una pequeña gatita de pelaje gris y ojos enormes color miel, convencido de que podía convertirse en parte de esa estética cálida y hogareña que yo buscaba construir, sobre todo porque me negaba rotundamente a exponer fotografías de mi familia en internet.

La llamamos Mía.

Y no tardó en convertirse en mi compañera inseparable.

Posaba frente a la cámara con una naturalidad absurda, como si entendiera perfectamente cuándo estaba siendo fotografiada. Comencé a llevarla conmigo a sesiones en exteriores, paseos improvisados e incluso a algunas reuniones con Beth.

Pero había algo más en ella. Algo difícil de explicar.

Mía reaccionaba a la niebla de la misma forma en que reaccionaba yo. O quizás incluso más intensamente.

Greg jamás parecía darle demasiada importancia. Los chicos ni siquiera parecían notarla ya, como si se hubiesen acostumbrado a vivir rodeados de aquel vapor blanquecino que aparecía y desaparecía a voluntad.

Pero Mía sí la percibía. Siempre.

Al principio corría directamente hacia mis brazos cada vez que la niebla comenzaba a rodearnos. Su cuerpo se tensaba y sus ojos seguían algo invisible entre las habitaciones.

Luego, con el paso de las semanas, aquello cambió. Era ella quien parecía llamarla.

Se subía al balcón, empujaba las persianas con las patas y observaba hacia afuera con absoluta atención, como si esperara que la niebla acudiera a su encuentro. Y cuando lo hacía, Mía comenzaba a ronronear.

CAPÍTULO 9

Entre Lo Místico Y Lo Real

VALERIE

Comenzar a recibir ingresos gracias a mis fotografías despertó en mí una felicidad difícil de contener. Algunas imágenes fueron adquiridas por bancos fotográficos; otras, por marcas y clientes que deseaban utilizar mis capturas en campañas publicitarias. Incluso mis redes sociales comenzaban a generar ingresos de forma constante. Todo estaba ocurriendo con una rapidez tan vertiginosa que, por momentos, me parecía irreal.

Quise celebrar aquel pequeño milagro con las personas que habían permanecido a mi lado. Más aún después de los meses extraños que habíamos atravesado. Necesitaba dejar atrás los resentimientos, las sospechas y el peso de ciertos recuerdos. Así que organicé una cena en casa. Quería agradecer el apoyo, la compañía y la paciencia de quienes, de una forma u otra, habían formado parte de nuestro camino desde la llegada a Blue Ridge.

Dediqué el día entero a preparar el menú. Cociné asado negro, una receta que había aprendido de mi nana en Canadá. Era venezolana y poseía ese talento casi alquímico que tienen algunas personas para transformar cualquier comida en un refugio emocional. La carne reposaría al lado de un puré de papas gratinado, acompañada de arroz a la jardinera y una ensalada césar de kale. También preparé bistecs gratinados y un delicado pastel de berenjenas para quienes seguían una alimentación cetogénica.

En casa solíamos ser bastante disciplinados con la comida, pero existían ocasiones que merecían cierta indulgencia. Aquellas veladas especiales nos permitían regresar, aunque fuera por unas horas, a los sabores que habían marcado nuestra infancia y nuestras raíces. El padre de Greg era un apasionado de la cocina y le había heredado varias recetas familiares que, con los años, él compartió conmigo. Yo procuraba honrar ambas historias alrededor de la mesa, entrelazando tradiciones, recuerdos y afectos en cada plato, como si cocinar también fuese una forma de mantener viva a la familia.

Quizás por eso también me atreví a experimentar con algo que jamás había intentado: un pastel de vainilla. La repostería estaba lejos de ser una de mis fortalezas, pero me negaba a permitir que aquello me intimidara. Cuando terminó de hornearse, lo cubrí con una generosa capa de crema de mantequilla y lo decoré con trozos de durazno, kiwi y fresa, con la secreta esperanza de que las frutas distrajeran la atención de mis escasas habilidades decorativas. Para mi sorpresa, el resultado fue mucho más elegante de lo que esperaba. No era una obra maestra, pero sí un postre digno de compartir. Al contemplar el banquete completo dispuesto sobre la encimera, una profunda sensación de satisfacción se instaló en mi pecho.

A la mañana siguiente, salí temprano hacia el supermercado para comprar las bebidas de la velada. Había pensado llevar algunas botellas de vino para los adultos y refrescos para los chicos.

Como ya se había vuelto costumbre, acomodé a Mía en su kennel y la llevé conmigo. Me demoré más de lo previsto escogiendo los vinos en la licorería y todavía más recorriendo los pasillos del supermercado en busca de aperitivos que complementaran la cena. Terminé llenando el carrito con una selección de quesos y embutidos, un frasco de aceitunas marinadas y varios paquetes de frutos secos. Aquella tabla de picoteo parecía capaz de satisfacer hasta los gustos más exigentes.

Cuando finalmente pasé por caja, salí cargada con las bolsas y el kennel, haciendo malabares para no dejar caer nada. Sin embargo,

apenas crucé las puertas automáticas del establecimiento, me detuve en seco.

La niebla.

Era tan espesa que apenas podía distinguir el estacionamiento.

Fruncí el ceño, sorprendida. El verano acababa de terminar y aún no era mediodía. Aquella densidad resultaba inusual incluso para Blue Ridge.

Presioné el control remoto del vehículo para orientarme mediante el sonido de apertura. El pitido resonó amortiguado entre la bruma, permitiéndome avanzar en la dirección correcta. Aun así, dudaba seriamente que conducir en esas condiciones fuera una buena idea. Apenas podía distinguir las siluetas de los automóviles cercanos.

Fue entonces cuando, sin previo aviso, y antes de que pudiera comprender cómo había sucedido, Mía logró abrirse paso fuera del kennel.

La vi escapar como una exhalación blanca entre la niebla.

—¡Mía! —grité, echando a correr tras ella.

La gatita avanzaba con una determinación extraña, casi hipnótica. Y la niebla... la niebla parecía apartarse a su paso, abriendo corredores efímeros que me permitían no perderla de vista.

Corrí varias cuadras cargando todavía las bolsas, jadeando y sintiéndome cada vez más desconcertada por aquella persecución absurda hasta que Mía se detuvo.

Un hombre se inclinó para recogerla en brazos con absoluta naturalidad, como si hubiera estado esperándola.

Solo entonces reconocí dónde me encontraba.

Frente a la tienda esotérica. Frente a Chace.

—Creo que esta pequeña te pertenece —dijo con una sonrisa tranquila, mientras acariciaba a Mía detrás de las orejas.

—¡Lo siento! —fue lo único que logré responder, todavía agitada por la carrera.

La disculpa escapó de mis labios sin sentido alguno, impulsada por el nerviosismo que se había instalado en mí apenas reconocí dónde estaba.

Porque, una vez más, sentía aquello. Esa extraña sensación. La misma que me invadía cada vez que me acercaba a aquel lugar.

No era algo que pudiera explicar con facilidad. Tampoco tenía que ver únicamente con Chace. Sí, era atractivo, pero jamás de una forma que pusiera en duda mis sentimientos por Greg. Seguía pensando que mi esposo era el hombre más guapo del mundo. No, aquello era distinto. Más profundo. Más difícil de nombrar.

Era la tienda, la energía que parecía emanar de ella, Cris y la inquietante impresión de que aquel sitio llevaba años aguardando por mí. Y precisamente por eso me asustaba.

—No tienes nada por lo que disculparte —respondió Chace, observándome con cierta curiosidad—. El día ha estado raro. Incluso Horus lleva horas inquieto con tanta niebla.

Algo se estremeció dentro de mí al escuchar esa palabra. Niebla. La había mencionado con total naturalidad. Sentí una oleada de alivio tan intensa que casi me avergonzó.

Durante meses había convivido con aquella presencia silenciosa sin atreverme a hablar demasiado de ella. Mi familia parecía no prestarle atención. Los vecinos tampoco. Ni siquiera Beth o Natalie la comentaban jamás. Había llegado a preguntarme, más de una vez, si la percibía de una forma diferente al resto del mundo. Si aquello que sentía era real o una construcción de mi propia mente.

Pero Chace la había nombrado sin vacilar, como si fuera algo evidente. Como si supiera exactamente de qué estaba hablando. Eso hizo que, por primera vez desde mi llegada a Blue Ridge no me sintiera sola con aquello.

—¿Horus? —pregunté, intentando disimular mi interés.

La sonrisa de Chace se amplió.

—Ven. Entra un momento. Te prepararé un té caliente y te presentaré a mi pequeño compañero.

Miré la niebla suspendida sobre la calle. Luego a Mía, que parecía perfectamente cómoda en brazos de Chace. Finalmente, alcé la vista hacia la tienda.

Y, aunque una parte de mí sabía que debía regresar a casa para terminar los preparativos de la cena, otra ya había tomado la decisión. Esa misma parte que llevaba demasiado rato intentando entender por qué aquel lugar la llamaba tanto.

Dudé antes de cruzar el umbral, pero en ese instante vi a Cris acercarse desde el interior de la tienda y algo dentro de mí se relajó.

El local lucía tan vacío como siempre. A decir verdad, nunca había entendido cómo se sostenía económicamente. Cada vez que pasaba por allí encontraba los pasillos desiertos, como si el lugar existiera al margen del ritmo habitual de Blue Ridge. A veces me parecía que permanecía abierto únicamente para recibir visitantes ocasionales... o quizá para esperar a alguien en particular.

—Déjame ayudarte con eso —dijo Cris al llegar a la entrada.

Antes de que pudiera protestar, tomó las bolsas de mis manos y las colocó sobre uno de los mesones de madera oscura.

—Gracias —respondí, sintiéndome extrañamente torpe al quedarme de pronto sin nada que sostener.

Cris me observó durante un instante. No de manera incómoda, más bien como quien intenta confirmar algo que ya sospecha.

—Cuéntanos —preguntó finalmente—, ¿a qué se debe que la niebla te haya traído hoy hasta nosotros?

Parpadeé. No entendí la pregunta. O quizás sí la entendí, pero no supe qué hacer con ella.

Antes de responder, noté un gesto rápido de Chace. Una leve negación con la cabeza dirigida a su hermana. Apenas un movimiento. Sutil. Pero suficiente para hacerme pensar que ambos compartían una conversación silenciosa de la que yo todavía no formaba parte.

—En realidad fue Mía quien me trajo —contesté con una sonrisa insegura—. Todavía no entiendo cómo logró escaparse del kennel.

Examiné el kennel, y me quedé inmóvil. La cremallera estaba completamente cerrada. No entreabierta, ni dañada. Cerrada.

Un ligero nudo se formó en la boca de mi estómago.

Cuando alcé la vista, los hermanos se estaban mirando. Y sonreían, con la expresión tranquila de quienes acababan de confirmar algo que ya sabían.

—Voy a prepararte una infusión —anunció Chace—. Regreso enseguida.

Sin añadir nada más, desapareció por la trastienda.

Cris señaló una de las altas sillas ubicadas junto al mostrador.

—Siéntate.

Obedecí mientras Mía se acomodaba en mi regazo con absoluta tranquilidad, como si aquel lugar también le resultara familiar.

Durante unos segundos reinó un silencio agradable, impregnado por el aroma de hierbas secas, madera envejecida e incienso.

Entonces Cris sonrió.

—He visto tus fotografías.

La observé sorprendida.

—¿En serio? ¿Te gustan?

Mi reacción fue completamente genuina. Desde que había comenzado a publicar mi trabajo, solía dedicar unos minutos cada día a revisar los perfiles de quienes me seguían. Era una costumbre

casi profesional. Sin embargo, no recordaba haber visto ni a Cris ni a Chace entre mis seguidores.

Ella asintió despacio.

—Mucho. Pero no me sorprende.

—¿No?

—No.

Su mirada se deslizó brevemente hacia la ventana cubierta de niebla.

—Hay personas que capturan imágenes —dijo con suavidad—. Y hay personas que capturan cosas que los demás ni siquiera saben que están viendo.

Por alguna razón, sentí que aquella frase no hablaba únicamente de fotografía.

—Aunque supongo que no soy la única que observa demasiado —añadió con una pequeña sonrisa.

Fruncí el ceño, divertida.

—Ah, ¿no?

—No. De hecho, llevo tiempo siguiendo tu trabajo.

La observé con curiosidad.

—¿En serio?

Ella asintió.

—Mi usuario es 09punkart.

La sorpresa debió reflejarse inmediatamente en mi rostro. Conocía perfectamente esa cuenta.

Era una de esas personas que comentaban mis fotografías con frecuencia y que parecían aparecer en cada publicación apenas unos minutos después de que la compartiera. Sin embargo, jamás habría imaginado que se trataba de Cris. En su perfil predominaban

cuadros coloridos, ilustraciones cargadas de simbolismo y una colección ecléctica de manualidades que oscilaban entre lo extravagante y lo fascinante.

—¡Guau! No lo habría adivinado —admití, soltando una pequeña risa —. Entonces pintas.

—Entre otras cosas —respondió con una sonrisa ladeada—. No me definiría exclusivamente como pintora. Tengo demasiados intereses para eso. Pinto, esculpo, confecciono, experimento... hago un poco de todo. Pero la pintura es la única faceta a la que le abrí una cuenta. Nunca he sido especialmente amiga de las redes sociales.

La conversación quedó suspendida cuando Chace reapareció desde la trastienda. Llevaba una bandeja de madera con una tetera humeante y varias tazas de cerámica artesanal.

Apenas cruzó la puerta, una figura peluda emergió detrás de él. Era un gato enorme.

No solo grande, sino decididamente corpulento, con esa dignidad parsimoniosa que parecen adquirir algunos felinos cuando descubren que el mundo entero se adapta a su ritmo. Caminaba despacio, balanceándose con absoluta indiferencia hacia cualquier sentido de la urgencia.

Sonreí de inmediato.

—¿Tú eres Horus?

Me incliné para acariciarlo.

El gato aceptó mis atenciones sin la menor reserva, como si me conociera desde hacía años.

—No tienes cara de llamarte Horus.

Cris soltó una carcajada.

—Porque no se llama Horus. Solo Chace insiste en decirle así de vez en cuando.

—Su nombre es Runo —aclaró.

El aire pareció alterarse a mi alrededor. Fue apenas un instante. Un latido. El nombre resonó dentro de mí de una forma imposible de explicar.

Runo.

Sentí la misma extraña vibración que había experimentado al conocer a Chace y a Cris. Como si algo oculto bajo la superficie intentara abrirse paso.

Las imágenes llegaron sin previo aviso. Difusas. Fragmentadas. Imposibles. Destellos de recuerdos que no me pertenecían.

Un jardín bañado por la niebla.

Unas manos manchadas de pintura.

La silueta de un gato observándome desde el alféizar de una ventana.

Una voz que no logré reconocer.

Y una sensación profunda, casi dolorosa, de familiaridad.

Parpadeé varias veces, pero Runo seguía allí, ronroneando bajo mi mano.

Mi pecho se había tensó porque sabía, con absoluta certeza, que nunca antes había tenido un gato. Jamás había conocido a uno llamado Runo. Y, aun así... una parte de mí sentía que lo había echado de menos.

Tomamos el té sin prisa, envueltos en una calma que parecía ajena al mundo exterior. Mía se mostraba extraordinariamente cómoda en aquel lugar. Cada cierto tiempo abandonaba mi regazo para acercarse a Chace o a Cris, quienes la recibían con caricias y una familiaridad que resultaba enternecedora. El resto del tiempo permaneció junto a Runo, acurrucada contra su espeso pelaje como si ambos se conocieran desde mucho antes de aquel día.

La conversación fluyó con naturalidad. Hablamos de asuntos cotidianos, de anécdotas sin importancia aparente y, poco a poco, de

aspectos más personales. Así descubrí que gran parte de su negocio funcionaba mediante encargos en línea y que la tienda, más que una fuente de ingresos era una extensión de quienes eran. Un espacio construido por placer y vocación.

Chace y Cris me confesaron que, a lo largo de los años, aquel lugar les había permitido cruzarse con personas que enriquecían su vida de maneras difíciles de explicar. Personas que dejaban algo detrás cuando se marchaban. Personas que alimentaban el espíritu.

Para mi sorpresa, dijeron que me consideraban una de ellas.

Aquel comentario me conmovió más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Las horas transcurrieron con una ligereza inesperada. Cuando quise darme cuenta, el sol ya se encontraba alto sobre Blue Ridge. Lo advertí al escuchar la vibración de mi teléfono.

Era un mensaje de Jason.

Había regresado a casa y quería saber dónde estaba. Sentí una punzada de culpa.

Me despedí apresuradamente de los hermanos, recuperé las bolsas y a Mía, y emprendí el camino de regreso. Aún me quedaban demasiadas cosas por organizar antes de la cena.

La velada comenzó bajo una tensión tan palpable que parecía suspendida en el aire.

Las conversaciones avanzaban con dificultad, como si todos estuvieran evitando cuidadosamente ciertos temas. Había algo artificioso en las sonrisas, algo precario en la cordialidad que intentábamos sostener alrededor de la mesa.

Beth parecía ser la única empeñada en combatir aquella sensación.

Contó anécdotas, hizo bromas y buscó constantemente motivos para provocar risas. Incluso propuso que jugáramos algo después de la cena.

Me negué de inmediato. Lo hice con suavidad, pero sin vacilar.

No estaba dispuesta a convertir aquella reunión en otro espacio donde Jason quedara relegado a observar desde la distancia. Ya era suficientemente doloroso ver cómo Julie había ido abandonando poco a poco la lengua de signos. Cada vez resultaba menos frecuente verla comunicarse con su hermano de aquella forma que antes les pertenecía solo a ellos.

Greg y yo pasamos gran parte de la noche interpretando conversaciones, intentando construir puentes entre unos y otros.

Y, aun así, no fue suficiente.

Jason permaneció callado durante buena parte de la cena, con una tristeza serena que resultaba mucho más devastadora que cualquier queja.

Por momentos, al observarlo sentado frente a Julie, tuve la inquietante impresión de estar viendo a dos desconocidos compartiendo una mesa. Y esa idea me rompió el corazón.

Mientras la conversación avanzaba y la tensión inicial de la velada comenzaba a disiparse, el tema de mis fotografías terminó ocupando buena parte de la sobremesa. Varios de los presentes parecían genuinamente interesados en entender cómo había logrado que una afición que había retomado casi por necesidad emocional se transformara en una fuente de ingresos tan prometedora. Sin embargo, fue Ely quien mostró mayor curiosidad. Me hizo preguntas sobre las plataformas que utilizaba, las licencias de uso de las imágenes, los bancos fotográficos y la forma en que las redes sociales podían convertirse en una herramienta de monetización cuando se trabajaban correctamente.

La conversación fue tornándose cada vez más específica, hasta el punto de que terminamos trasladándonos al estudio para que pudiera mostrarle algunos ejemplos. Allí le expliqué con mayor detalle ciertos aspectos relacionados con posicionamiento de contenido, creación de comunidades digitales y estrategias de crecimiento orgánico. Ely escuchaba con atención y tomaba notas

mentales constantemente. Según me comentó, quería aplicar varias de aquellas ideas a la tienda de Natalie. Deseaba ayudarla a expandir el negocio y pensaba que una presencia más sólida en internet podría marcar una gran diferencia.

Su interés me pareció sincero, y aunque la fotografía comercial jamás había sido el rumbo que deseaba darle a mi trabajo, terminé ofreciéndome a colaborar. Acordamos organizar una sesión fotográfica profesional para la tienda y también brindarle algunas recomendaciones publicitarias que pudieran ayudar a impulsar las ventas. Incluso me comprometí a promocionar el negocio en mis historias y publicaciones para que mis seguidores conocieran los productos. La propuesta entusiasmó a Ely más de lo que esperaba, y debo admitir que me alegró poder aportar algo positivo después de tantas semanas de tensiones y malentendidos.

Cuando finalmente regresamos a la planta baja, la mayoría ya había abandonado la mesa y se encontraba distribuida entre la sala y la terraza. Aproveché el momento para buscar a Mía y servirle su comida. Tras recorrer varias habitaciones sin encontrarla, terminé descubriéndola en la cocina, oculta detrás de una de las alacenas inferiores. La postura llamó inmediatamente mi atención. Durante las últimas semanas se había convertido en una gata extraordinariamente sociable, curiosa y confiada, por lo que resultaba extraño verla escondida de aquella manera.

Mientras comenzaba a recoger algunos platos, Natalie y Beth se acercaron para ayudarme a ordenar los restos de la cena. Conversábamos de asuntos triviales cuando Natalie vio a Mía y sonrió.

—Ven acá, preciosa —dijo, inclinándose para tomarla en brazos.

Lo que ocurrió después nos sorprendió a todos.

Apenas sintió el contacto, la gata se tensó de forma abrupta. Sus orejas se aplastaron contra la cabeza y emitió un bufido seco, áspero, completamente impropio de ella. Se revolvió con tanta fuerza que logró soltarse del agarre de Natalie, cayó al suelo y

retrocedió varios pasos manteniendo la mirada fija en ambas mujeres.

Nos quedamos inmóviles.

—¿Qué le sucede? —preguntó Natalie, tan desconcertada como yo.

Negué con la cabeza. No tenía ninguna explicación.

Beth intentó acercarse con más cautela. Se agachó despacio y le habló con voz suave, intentando transmitirle tranquilidad. Sin embargo, la reacción fue prácticamente idéntica. Mía volvió a erizar el pelaje, lanzó otro bufido y se apartó de inmediato, como si cualquier proximidad le resultara insoportable.

Sentí un nudo incómodo en el estómago.

Aquella conducta no tenía sentido.

Tan solo unas horas antes, en la tienda de Cris y Chace, había permanecido relajada, afectuosa y confiada. Había pasado gran parte de la mañana buscando caricias y acurrucándose junto a Runo con una naturalidad enternecedora. Ahora, en cambio, parecía actuar movida por un temor profundo que yo no lograba comprender.

Llamé a Greg para que me ayudara. Él apareció pocos segundos después y se acercó con calma. A diferencia de lo ocurrido con Natalie y Beth, cuando tomó a Mía entre sus brazos, la gata apenas ofreció resistencia. Continuaba inquieta, eso era evidente, pero permitió que la cargara y terminó aferrándose a su camisa mientras observaba nerviosamente la cocina por encima de su hombro.

—Quizás está saturada de tanta gente —comentó él, acariciándole el lomo para tranquilizarla.

Asentí, aunque la explicación no terminaba de convencerme. Había algo extraño en todo aquello. Algo que no conseguía nombrar y que, sin embargo, comenzaba a instalarse lentamente en mi interior.

Greg decidió subirla al cuarto de Jason, que ya se había retirado de la reunión para descansar un poco. Observé cómo desaparecían

escaleras arriba mientras el resto continuaba conversando como si nada hubiera ocurrido. Intenté concentrarme nuevamente en la limpieza y en las voces que llenaban la casa, pero la inquietud permaneció conmigo el resto de la noche, aferrada a mi pecho como una pequeña sombra que se negaba a desaparecer.

Los días siguientes transcurrieron envueltos en la misma extrañeza silenciosa que parecía haberse instalado en nuestras vidas. Nada era lo suficientemente grave como para alarmarse, pero tampoco lo bastante normal como para ignorarlo.

Natalie y Ely volvieron a desaparecer de nuestra rutina con frecuencia. Pasaban días enteros sin dejarse ver y, cuando finalmente aparecían, Mía reaccionaba de forma extraña. Se escondía, evitaba acercarse o permanecía alerta, observándolos desde la distancia. Intenté convencerme de que estaba imaginando cosas, pero la conducta comenzó a repetirse demasiadas veces.

En casa tampoco lograba disiparse cierta sensación de desconexión. Julie seguía inmersa en su propio mundo y parecía dejar cada vez más a Jason de lado. Él, por su parte, se refugió en sus amigos, lo cual me alegraba, aunque continuaba viéndose triste.

Greg también pasaba cada vez más tiempo fuera de casa. El trabajo parecía absorberlo por completo y ya era habitual que regresara entrada la noche. Seguía siendo cariñoso, atento y presente cuando estábamos juntos, pero el cansancio comenzaba a reflejarse en cada uno de sus gestos.

Yo encontré refugio en otro lugar.

Cada vez que iba al supermercado o tenía alguna excusa para salir, terminaba acercándome a la tienda de Cris y Chace. Compartíamos una taza de té y conversábamos de cualquier cosa: fotografía, arte, libros o sucesos cotidianos. Sin embargo, de alguna forma, aquellas conversaciones siempre terminaban llevándome hacia temas más profundos. Cris tenía una habilidad particular para hacer preguntas sencillas que me obligaban a mirar hacia dentro.

¿Qué esperaba realmente de la fotografía?

¿Dónde me veía en unos años?

¿Quería quedarme en Blue Ridge?

Preguntas simples, pero difíciles de responder.

También comencé a notar ciertas costumbres de ambos hermanos. Solían agradecer constantemente, sonreír incluso en los días más grises y detenerse varias veces al día para escribir en unos cuadernos que siempre tenían cerca. Había algo casi ceremonial en la manera en que vivían, como si encontraran significado en pequeños gestos que el resto pasaba por alto.

La curiosidad terminó venciendo.

Una tarde les pregunté directamente qué hacían.

Chace me dedicó aquella mirada tranquila que comenzaba a resultarme familiar y negó suavemente con la cabeza.

—Aún no es tiempo —respondió Cris con una sonrisa.

Aquella respuesta me dejó tan intrigada como inquieta.

Una parte de mí sentía curiosidad por comprender qué había detrás de todo aquello. Otra seguía siendo profundamente escéptica. Temía depositar mi confianza en algo equivocado, especialmente después de todo lo que habíamos vivido.

Y, sin embargo, continué regresando.

Porque, aunque no terminaba de entenderlos, cada vez que cruzaba la puerta de aquella tienda sentía que una parte de mí encontraba la paz que llevaba tiempo buscando.

Una tarde, al salir de la tienda, me encontré con Beth. Venía acompañada de Lance y ambos parecían regresar de la ferretería cercana. Por alguna razón que no terminé de comprender, evité mencionar que había pasado buena parte de la mañana con Cris y Chace. Cuando me preguntaron qué hacía por allí, respondí que había entrado a comprar unas velas.

No sabía si Beth me había creído, aunque, si no lo hizo tuvo la delicadeza de no demostrarlo.

Me invitó a tomar un café, pero rechacé la propuesta con amabilidad. Quería regresar a casa. Además, Mía ya comenzaba a mostrarse inquieta. Había desarrollado una costumbre que me resultaba cada vez más difícil ignorar: parecía tolerar únicamente a nuestra familia y a las personas de la tienda esotérica. Con casi cualquier otra persona se mostraba distante, nerviosa o incluso agresiva.

Me despedí y ya me disponía a marcharme cuando escuché que Beth pronunciaba mi nombre.

Volteé.

Ella dio un rápido vistazo hacia Lance para asegurarse de que estuviera distraído y se acercó un poco más.

—No te fíes de Natalie, por favor —susurró.

La seriedad en su rostro me tomó por sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—Fue ella. Ahora estoy segura.

No añadió nada más.

Simplemente retrocedió, me dedicó una mirada cargada de algo que parecía dolor y continuó caminando junto a Lance como si aquella conversación nunca hubiera ocurrido.

Me quedé observándolos hasta que desaparecieron calle abajo.

Supuse que, de alguna manera, había confirmado que Natalie era la persona que había alimentado las sospechas de Lance sobre una supuesta infidelidad. No encontraba otra explicación.

Sin embargo, la sensación que me dejó aquella advertencia fue mucho más profunda de lo que debería.

Ya existía cierta distancia entre Natalie y yo. Algunos comentarios, ciertas actitudes y pequeños detalles habían ido erosionando la

confianza que sentía hacia ella. Pero aquello era diferente.

Beth era su hermana. Y aun así parecía temerle.

Cuando llegué a casa, busqué a Greg para contarle lo ocurrido. Escuchó con atención mientras terminaba de revisar unos documentos del trabajo, pero su reacción fue mucho más pragmática que la mía.

—Lo mejor es que te mantengas al margen —dijo finalmente—. Son hermanas. Siempre han sido competitivas entre ellas. No vale la pena que te involucres.

Entendí su razonamiento.

De hecho, era el tipo de consejo que normalmente habría dado yo misma. Pero algo dentro de mí se resistió a aceptarlo por completo.

La advertencia de Beth no había sonado a rivalidad. Había sonado a miedo.

No insistí. Cambié de tema y continuamos con nuestra noche. Sin embargo, aquella conversación me dejó una inquietud difícil de sacudir. Y, mientras observaba a Greg trabajar como si nada hubiera pasado, tuve la extraña sensación de que ambos estábamos contemplando la misma realidad desde lugares distintos.

No era una distancia grande, ni evidente. Pero estaba allí.

Y, desde ese momento, un temor silencioso comenzó a instalarse en algún rincón de mi estómago. Como una sombra pequeña que todavía no podía ver con claridad, pero cuya presencia ya resultaba imposible ignorar.

CAPÍTULO 10

El Punto De Quiebre

VALERIE

La noche anterior habíamos vuelto a encontrarnos de una manera que creía perdida. Hicimos el amor con la misma mezcla de ternura y pasión que había definido nuestros mejores años: sin prisas, con entrega, con esa intimidad profunda que solo nace de una historia compartida.

Greg volvió a decirme que era hermosa, que seguía despertando en él el mismo deseo de siempre, y se quedó dormido a mi lado, desnudo, como hacía mucho tiempo no ocurría. Aunque el nudo en mi estómago continuaba allí, aquella cercanía me regaló algo de calma. Era una prueba silenciosa de que el amor seguía intacto y de que, más allá de cualquier duda o dificultad, todavía existía un puente capaz de llevarnos de regreso el uno al otro.

Durante el desayuno, mi teléfono vibró sobre la mesa. Era un mensaje de Natalie. Me comentaba que tendría la mañana más libre de lo habitual y que sería un buen momento para reunirnos y comenzar a trabajar en las fotografías y la promoción de su tienda.

La idea no me entusiasmó.

De hecho, una parte de mí buscó de inmediato alguna excusa para posponerlo.

Sin embargo, al levantar la vista, encontré a Greg observándome con discreción. No dijo nada, pero tuve la impresión de que esperaba mi reacción. Supuse que para él era importante conservar

la armonía con Ely y Natalie. Después de todo, durante mucho tiempo habían sido mucho más que amigos; eran prácticamente familia.

Así que dejé a un lado mis reservas, respiré hondo y respondí aceptando la invitación.

En cuanto envié la respuesta, noté un cambio inmediato en Greg. La tensión que parecía acompañarlo desde hacía días se disipó y su expresión recuperó parte de la tranquilidad habitual. El ambiente familiar también se relajó. Incluso Julie, que últimamente parecía cada vez más distante de su hermano, terminó haciéndole una broma que logró arrancarle una sonrisa sincera.

Por un momento, fue como si nada hubiera cambiado.

Como si los silencios incómodos, las dudas y la sensación de distancia de las últimas semanas no hubieran existido.

Pero sabía que aquello era solo una tregua momentánea. El problema de fondo seguía allí.

Lo más difícil de aceptar era que, en diecisiete años de matrimonio, jamás me había sentido cohibida de hablar con Greg sobre mis pensamientos o emociones. Siempre habíamos compartido todo. Y, sin embargo, ahora me descubría guardándome cosas, filtrando lo que decía y evitando conversaciones que antes habrían surgido con total naturalidad.

Me sentía profundamente aislada pese a convivir cada día con las personas que más amaba.

Aun así, sonreí y seguí adelante.

Cuando todos se marcharon, llamé a Cris para cancelar mi visita a la tienda esotérica. Últimamente se había vuelto costumbre pasar un rato allí cada día, compartiendo una taza de té y alguna conversación que siempre terminaba llevándome a reflexionar sobre algo más profundo de lo que esperaba. Cris lo entendió sin inconvenientes. Sin embargo, antes de colgar, me pidió que tuviera mucho cuidado.

Aquello me pareció extraño.

Pese a la frecuencia con la que nos veíamos, yo nunca le había contado realmente lo que estaba ocurriendo en casa. De alguna forma, tanto ella como Chace parecían saber mucho más de lo que yo llegaba a expresar con palabras.

Decidí no darle demasiadas vueltas.

Había quedado con Natalie en encontrarnos directamente en la tienda y así lo hice.

Cuando llegué, la encontré especialmente sonriente y servicial. Había en ella algo que me recordó a los primeros días de nuestra llegada a Blue Ridge, cuando nos abrió las puertas de su hogar y me hizo sentir bienvenida en un lugar completamente nuevo para mí.

Aquella familiaridad logró tranquilizarme un poco más. Por unos instantes, me permití pensar que quizá había estado exagerando algunas cosas. Que tal vez aún era posible recuperar la cercanía que habíamos tenido al principio.

—A ver, ¿cómo quieres que hagamos esto? ¿Por dónde empezamos? —preguntó Natalie con una sonrisa entusiasta.

—La verdad, lo primero que tengo que decirte es que veo muy bien lo que has hecho con la estrategia de marketing —comenté mientras revisaba sus estadísticas—. Has crecido muchísimo desde la última vez que analizamos la cuenta.

Era cierto. Recordaba cuando apenas acumulaba unos cientos de seguidores y ahora rozaba los diez mil.

Natalie soltó una pequeña risa, aunque había cierta impaciencia detrás de ella.

—Sí, pero tú ya tienes más de cien mil y mira lo bien que te está yendo económicamente.

Su tono tenía un matiz que no supe interpretar del todo. No era admiración exactamente. Tampoco resentimiento. Quizás una mezcla incómoda de ambas cosas.

—Yo quisiera algo así —continuó—. No tener que preocuparme más por el dinero. Poder hacer ese viaje a París con el que llevo años soñando. Ayudar a Ely con los gastos de la casa. Incluso apoyar a mis hermanos. ¿Sabías que Beth se está separando de Lance? Me da muchísimo pesar toda esa situación.

Sentí que algo se tensaba dentro de mí.

Hice un esfuerzo por mantener la expresión neutra, aunque sospeché que la sorpresa debió reflejarse en mi rostro por un instante. La información me tomó desprevenida, especialmente después de la conversación que había tenido con Beth pocos días atrás.

Aun así, decidí no profundizar en el tema. No había ido allí para hablar de otras personas.

—Lo que ocurre es que estamos trabajando con modelos de negocio completamente distintos —respondí, regresando la atención a la pantalla—. Mi contenido es digital. Puede consumirse desde cualquier parte del mundo sin mayores limitaciones. Tus productos, en cambio, son físicos. Dependen de inventario, empaques, logística y costos de envío. Eso hace que el crecimiento funcione de manera diferente.

Natalie asintió lentamente.

—Es verdad. Aunque últimamente he estado hablando con algunos inversionistas. Quizás pronto podamos expandirnos a otros países de América. Incluso existe la posibilidad de llegar a España.

—¡Eso es una excelente noticia! —respondí con sinceridad—. Pero mientras tanto, creo que lo más inteligente es concentrarnos en optimizar lo que ya tienes. A veces el crecimiento más sólido no viene de abrir diez puertas nuevas, sino de fortalecer las que ya están abiertas.

Natalie asintió, aunque una sombra de decepción cruzó fugazmente su rostro. Durante un instante tuve la incómoda impresión de que pensaba que no quería ayudarla a alcanzar el mismo nivel de

crecimiento que yo había logrado en redes sociales. La idea me irritó más de lo que habría querido admitir. Ni siquiera yo entendía del todo cómo había llegado hasta allí. Había trabajado duro, sí, pero también habían intervenido factores imposibles de planificar o reproducir con exactitud.

Aun así, continuamos trabajando durante varias horas. Le hice algunas sugerencias relacionadas con la identidad visual de la marca, ajusté ciertos elementos de su página web y tomé una gran cantidad de fotografías. Mi intención era ayudarla a sustituir parte de las imágenes genéricas y los montajes por contenido auténtico. Los clientes conectaban con lo real. Querían ver los productos en contextos cotidianos, sentir que había personas detrás de ellos. Eso, estaba convencida, aumentaría las visitas y mejoraría las conversiones.

La fidelización, sin embargo, dependía de otros factores.

La calidad del producto.

La experiencia de compra.

La atención posterior.

En ese aspecto, consideraba que Natalie tenía una buena base. Había probado algunas de sus infusiones y varias mascarillas, y aunque existía margen de mejora, el producto cumplía con creces. No era mi área de especialización, pero sí sabía reconocer cuándo una propuesta tenía potencial. De hecho, me parecía muy superior a muchas marcas mediocres que gozaban de una visibilidad infinitamente mayor.

Cuando finalmente terminé y me dispuse a marcharme, la conversación derivó nuevamente hacia Beth. Intenté desviar el tema con delicadeza, pero Natalie me detuvo antes de que pudiera escapar de él.

—¿Sabes? Te extraño.

Mis dedos ya habían alcanzado el pomo de la puerta.

Me detuve, y me giré lentamente.

La mujer que encontré al otro lado no se parecía a la Natalie que había estado viendo durante las últimas semanas. Había desaparecido la sonrisa fácil, la energía desbordante e incluso aquella competitividad que a veces asomaba entre sus palabras. En su lugar encontré a alguien visiblemente cansada. Vulnerable.

Triste.

No dije nada.

En parte porque no sabía qué responder. Y en parte porque siempre he creído que algunas personas necesitan ser escuchadas antes que aconsejadas.

Así que permanecí en silencio, esperando que continuara.

—Cuando llegaste, pensé que seríamos inseparables —dijo sin atreverse a sostenerme la mirada. Había algo de vergüenza en su voz, como si le costara admitir lo que estaba a punto de decir—. Y aunque sabía que existía la posibilidad de que Beth terminara alejándote de mí, aun así, me arriesgué a presentártela. Quería que te sintieras en familia.

Guardó silencio durante unos segundos, jugueteando con una cinta que había quedado sobre el mostrador.

—¿Por qué dices eso? —pregunté finalmente—. ¿Qué ocurre entre tú y Beth?

Natalie bajó la vista.

—Mi hermana siempre ha sido muy envidiosa.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos, aunque hacía un evidente esfuerzo por contenerlas.

—La amo. Es mi hermana y siempre he intentado comprenderla, justificarla, sobrellevarlo todo. Pero nunca ha soportado que los hombres me presten atención, aunque ella sea más bonita que yo.

Yo no compartía aquella percepción. Beth y Natalie eran mujeres muy distintas, pero ambas tenían atractivo y personalidad suficientes para destacar por sí mismas. Tampoco tenía ninguna intención de abrir la puerta a comparaciones relacionadas con Ely o con historias del pasado, así que preferí llevar la conversación hacia otro lugar.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —pregunté con suavidad.

Natalie soltó una risa amarga.

—Tiene que ver con que nunca he tenido muchas amigas. Y cada vez que consigo acercarme a alguien, ella encuentra la manera de interferir. Siempre ha sido así. Siempre intenta quitarme las personas importantes.

La afirmación me pareció exagerada. Especialmente teniendo en cuenta que la vida parecía haberle sonreído bastante más a ella que a Beth en muchos aspectos. Sin embargo, me limité a escuchar.

—Natalie, es importante que entiendas algo —dije después de unos segundos—. Beth no tiene nada que ver con la distancia que pueda existir entre nosotras.

Ella levantó la vista.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—No. Y, para ser completamente sincera, tampoco he sido yo quien se ha alejado.

La expresión de Natalie se endureció ligeramente.

—Yo he intentado acercarme. Incluso a través de Julie.

Aquello fue suficiente para que una molestia que llevaba tiempo acumulándose encontrara finalmente una salida.

—No vamos a entrar en ese tema —respondí con firmeza—. Porque si vamos a hablar de tu intento de acercarte a mí a través de Julie, entonces también tendríamos que hablar de cómo esa relación ha terminado alejándola de su propia familia.

—¡Dios mío, no! —exclamó de inmediato, llevándose una mano al pecho—. Todo lo contrario. Lo que pasa es que tú tampoco has querido ver el peso que Julie ha estado cargando durante años, Valerie. Y perdóname por decirlo así.

Sentí que me tensaba.

—Ella no tiene la culpa de escuchar. Tampoco de que Jason haya nacido sordo. Y, sin embargo, muchas veces siente que debe vivir entre dos mundos sin pertenecer realmente a ninguno. No es justo para ella.

Las palabras me golpearon con más fuerza de la que estaba preparada para admitir.

—¿Ella te ha dicho eso? —pregunté, intentando ignorar el nudo que comenzaba a cerrarse alrededor de mi garganta.

Natalie asintió.

—Sí. Me ha dicho que siente que no encaja ni en la comunidad sorda ni en la oyente. Que a veces no sabe dónde está su lugar. Está cansada, Valerie. Y está triste.

Por un momento fui incapaz de responder.

La puerta de la tienda seguía abierta a mis espaldas, pero en lugar de marcharme, regresé lentamente al interior y tomé asiento frente a ella.

Aquello era lo último que esperaba escuchar.

Durante toda la vida había comprendido el dolor de Jason. Había visto de cerca las barreras, los prejuicios y la constante sensación de exclusión que el mundo imponía a las personas sordas. Había luchado contra ello cada día. Sin embargo, jamás me había detenido a pensar que Julie también pudiera sentirse atrapada entre realidades incompatibles.

Siempre habían sido inseparables.

Siempre habían parecido comprenderse sin necesidad de explicaciones.

Por eso me costaba aceptar que, mientras yo intentaba proteger a uno, quizá había dejado de ver las necesidades del otro.

La conversación se prolongó durante bastante tiempo. Escuché a Natalie hablar de situaciones, comentarios y sentimientos que Julie le había confiado durante semanas. Poco a poco, fui entendiendo que tal vez había observado algunas cosas desde una única perspectiva, sin detenerme a considerar todas las aristas.

Natalie también asumió su parte de responsabilidad.

Me pidió disculpas por no haber buscado aquella conversación mucho antes y reconoció haberse equivocado en algunas ocasiones. Mencionó el episodio del regalo, el viaje de camping y otros momentos que habían generado tensión entre nosotros. Según ella, nunca actuó con mala intención; simplemente estaba reaccionando a lo que Julie le transmitía y creyó que la estaba ayudando.

Yo también cedí.

Le pedí que intentara comprender un poco mejor a Jason.

Natalie admitió que aprender lengua de signos le resultaba difícil y que, en ocasiones, percibía cierto rechazo por parte de él, aunque no estaba segura de si era real o producto de sus propias inseguridades.

—Hablaré con Jason —le prometí—. No puedo garantizar que todo cambie de un día para otro, pero sí puedo intentar que nos entendamos mejor.

Natalie sonrió con una mezcla de alivio y gratitud.

Y, por un instante, sentí que por fin estábamos dejando de lado las versiones superficiales para hablar desde la verdad.

Una conversación que, quizás, llevaba demasiado tiempo esperando ocurrir.

Salí de la tienda con una auténtica tormenta agitándose dentro de mí. Por un lado, me alegraba haber aclarado ciertas cosas con Natalie y recuperar, aunque fuera parcialmente, a la amiga que creía haber perdido. Sabía que ninguna de las dos era perfecta, pero aquel acercamiento me hacía pensar que quizá todavía estábamos a tiempo de reparar algunos vínculos. Con un poco de suerte, incluso podría ayudarme a recomponer ciertas dinámicas dentro de casa.

Por otro lado, seguía sin entender qué ocurría realmente entre Beth y Natalie. No lograba discernir dónde terminaban los agravios reales y dónde comenzaban las heridas acumuladas durante años. Se comportaban más como adversarias que como hermanas, y aquella rivalidad constante terminaba por descolocarme.

Sin embargo, nada de eso ocupaba tanto espacio en mi mente como lo que acababa de descubrir sobre Julie.

La posibilidad de que mi hija llevara años sintiéndose atrapada entre dos mundos me golpeaba una y otra vez. Y lo peor era que no tenía la menor idea de cómo abordar el tema con ella ni con Jason.

Necesitaba hablar con Greg.

Necesitaba ordenar mis pensamientos con la única persona que podía comprender plenamente el peso de aquellas preocupaciones.

Conduje de regreso a casa más rápido de lo habitual. Al llegar, me sorprendió encontrar varios vehículos estacionados frente a la entrada. Greg solía avisarme cuando esperaba visitas. En realidad, solía escribirme por cualquier detalle de su día. Sin embargo, aquella costumbre se había ido desvaneciendo durante las últimas semanas, casi sin que me diera cuenta.

Apenas crucé la puerta, escuché voces provenientes de la sala.

Había varios hombres reunidos allí, todos con vasos en la mano y el ambiente distendido de quienes llevaban ya un buen rato conversando. Greg se acercó enseguida y depositó un beso distraído sobre mi sien.

—Chicos, les presento a mi esposa —anunció con entusiasmo.

Su actitud me desconcertó.

Parecía haber bebido más de la cuenta, algo muy poco habitual en él. Greg nunca había sido de perder la medida, ni siquiera en reuniones informales. Aquello fue lo primero que me llamó la atención.

Lo segundo fue notar una ausencia.

Ely no estaba allí.

Dos de los hombres se pusieron de pie para estrecharme la mano con cortesía, mientras los otros me saludaron desde el sofá, levantando apenas sus vasos a modo de bienvenida. Yo respondí por educación, aunque una sensación difícil de definir comenzaba a moverse dentro de mí.

—Mucho gusto, chicos —saludé, esforzándome por ocultar mi desconcierto—. ¿Les apetece algo de picar?

—Ya comimos, cielo. No te preocupes —respondió Greg sin apartar la vista de sus invitados.

Aun así, insistí en ir a la cocina con cualquier excusa. Necesitaba un momento a solas con él. Necesitaba entender qué estaba ocurriendo.

En cuanto cruzamos la puerta de la estancia, me giré hacia él.

—¿Qué pasa? —pregunté, incapaz de seguir fingiendo normalidad.

Greg frunció el ceño.

—¿Por qué estás molesta?

—No estoy molesta —respondí con serenidad, aunque me costó mantenerla—. Solo me sorprendió encontrar la casa llena de gente. Además... vengo un poco inquieta.

Su expresión se endureció.

—Siempre estás así, Valerie.

Aquellas palabras me atravesaron.

No fue únicamente lo que dijo, sino la forma en que lo hizo. El fastidio. La impaciencia. La ausencia absoluta de la complicidad que durante años había definido nuestra relación.

Durante un instante estuve tentada a contarle todo lo que me había confesado Natalie sobre Julie. A decirle que me sentía perdida, que necesitaba su opinión, que no sabía cómo ayudar a nuestros hijos. Pero las palabras murieron antes de llegar a mis labios.

No quería otra discusión.

—Lo siento —murmuré, bajando la mirada.

Greg soltó una breve exhalación.

—Ya ni modo.

El tono de reproche fue imposible de ignorar.

—Por si te lo preguntas, la razón de esta reunión es que me ascendieron.

Levanté la vista de inmediato.

—Greg, yo no...

—Pero entiendo que para ti eso no tenga demasiada relevancia —continuó, sin dejarme terminar—. Últimamente estás tan concentrada en ti misma que parece que no ves nada de lo que ocurre alrededor.

Sentí que algo se hundía dentro de mí.

Era la segunda vez en el mismo día que alguien me hacía notar, de una forma u otra, que estaba fallando a las personas que más amaba.

Primero Julie.

Ahora Greg.

Las lágrimas acudieron de inmediato, pero me negué a dejarlas caer. Tragué saliva varias veces, luchando por mantener la compostura y evitar que la voz se me quebrara.

Porque lo último que quería era llorar frente a él.

Y, aun así, no podía dejar de preguntarme en qué momento habíamos empezado a hablarnos como dos extraños.

—Lo siento mucho. Y también te felicito, mi amor —dije en voz baja —. Lamento no haber sabido que habías aplicado al ascenso, aunque estoy segura de que nadie lo merece más que tú.

Me acerqué para abrazarlo.

Greg me rodeó con los brazos y correspondió al gesto, aunque pude percibir que el malestar seguía allí, latente bajo la superficie.

—Ely no opina lo mismo —murmuró.

Me aparté apenas lo suficiente para buscar su mirada.

—¿Qué? ¿Te lo dijo?

Greg negó con la cabeza.

—No hizo falta. Se inventó una excusa absurda para no venir a celebrar y, sinceramente, su cara habló por él. Desde que le comenté lo que me había dicho el jefe, cambió por completo. Se puso distante, serio... como si estuviera en otro lugar.

La tristeza en su voz me encogió el corazón.

—Puede que no tenga nada que ver contigo, amor —intenté suavizar —. Quizá es algo que está procesando él mismo. No debe ser fácil ver que alguien avanza más rápido cuando uno siente que se ha quedado estancado.

Greg guardó silencio unos segundos.

—Quizás.

No sonó convencido.

Permanecimos un rato más en la cocina, refugiados en aquella conversación a medias que ninguno parecía capaz de completar. Cuando finalmente regresamos a la sala con algunos pasapalos,

ambos lucíamos más tranquilos, como si la tensión se hubiera disipado.

Al menos desde afuera.

Porque mientras sonreía y atendía a los invitados, por dentro sentía que algo se desmoronaba lentamente, pieza por pieza, y ya no sabía cómo evitar que terminara de caer.

Esa noche salí al jardín. Necesitaba sentir la niebla cerca, refugiarme en su presencia silenciosa y encontrar un poco de calma entre tantas cosas que no lograba ordenar dentro de mí.

La vi avanzar entre los árboles.

Y entonces se detuvo.

Quedó inmóvil, suspendida en la distancia, como si algo invisible le impidiera acercarse.

Mi teléfono vibró en ese mismo instante.

Al bajar la vista, vi un mensaje de Víctor, uno de los amigos de Jason. Lo abrí sin pensar demasiado y encontré una fotografía acompañada de unas pocas líneas.

"Le escribo para que sepa lo que sucede. Me preocupa mucho que Jason se ha estado autolesionando. Por favor, busque ayuda o algo, porque creo que es grave."

La imagen mostraba un brazo con una cortada vertical a la altura de la muñeca.

Durante unos segundos fui incapaz de respirar con normalidad.

No lloré. No grité.

Solo sentí cómo todo el aire abandonaba mis pulmones y que todo se tambaleaba a mi alrededor. Como si una grieta inmensa acabara de abrirse bajo mis pies.

Tomé las llaves del auto y corrí hacia la casa del amigo donde Jason pasaría la noche. Mientras conducía, la fotografía permaneció

clavada en mi mente y una angustia profunda comenzó a ocupar cada rincón de mi pecho.

No podía pensar en nada más.

Solo en llegar hasta mi hijo.

CAPÍTULO 11

La Llegada

VALERIE

Cuando regresé de la casa Víctor junto a Jason, me sentía devastada. Caminaba como si estuviera envuelta en una neblina propia, incapaz de ordenar mis pensamientos o comprender del todo lo que acababa de descubrir. Greg ya dormía y, por el olor que impregnaba la habitación, había bebido mucho más de como lo había dejado. No quise despertarlo. Tampoco quería alejarme de Jason, así que subí una manta al ático y pasé la noche junto a él.

Lo poco que había logrado entender sobre lo ocurrido resultaba desgarrador. Jason se sentía profundamente solo. Pasaba largos períodos sumido en la tristeza y, en ocasiones, perdía el control de sus propios impulsos. Ni siquiera él sabía explicar con claridad lo que le sucedía. Decía que era como una fuerza irracional que nacía en algún rincón oscuro de su interior y le llevaba a pensar que el mundo estaría mejor sin él.

Aquellas palabras me partieron en dos.

Hasta ese momento había querido creer que se trataba de una autolesión impulsiva, un acto desesperado para expresar algo que no podía verbalizar. Pero estaba equivocada. Jason no quería llamar la atención. De hecho, había hecho todo lo posible por ocultarlo.

Mi hijo había intentado quitarse la vida.

Le prometí que mantendría el secreto, al menos frente a Julie. A Greg debía contárselo. Por su parte, Jason me prometió que no

volvería a intentarlo, que acudiría a mí cuando aquellos pensamientos regresaran y que aceptaría comenzar terapia. La vergüenza le pesaba tanto como el dolor.

A la mañana siguiente, Greg despertó con resaca y de mal humor.

Intenté hablar con él, pero me rechazó.

—Traje desayuno —anuncié al entrar en la habitación con una bandeja entre las manos—. También algo para el dolor de cabeza.

—Gracias, pero no me apetece nada —respondió sin mirarme.

—Por favor, intenta comer un poco —insistí con suavidad—. Necesito hablar contigo.

Greg dejó escapar un suspiro cargado de impaciencia.

—Hoy no, Valerie. Hoy llega Georgina y quiero estar tranquilo. O al menos aparentarlo por ella.

Valerie.

La forma en que pronunció mi nombre me dolió más de lo que debería. Hacía años que no me llamaba así. Siempre había sido Val.

Aun así, asentí en silencio, procurando que no se reflejara en mi rostro ni la herida ni la sorpresa.

—Prepararé el estudio para la llegada de tu hermana.

—Gracias.

Salí de la habitación con la sensación de que algo seguía alejándose entre nosotros, algo que no lograba alcanzar por más que estirara la mano.

Al otro lado de la puerta encontré a Jason esperándome. Tenía la mirada baja y las manos entrelazadas con nerviosismo.

—¿Está molesto? —preguntó por señas.

—Se siente mal —respondí, esforzándome por lucir tranquila—. Quizás sea mejor no decirle nada todavía.

Jason asintió lentamente. Pareció aliviarse, pero también hubo algo de decepción en su expresión, como si una parte de él hubiera esperado una reacción distinta.

No quise darle más vueltas.

Sentía que todo a mi alrededor se estaba desmoronando y que apenas lograba mantenerme en pie. Sin embargo, había una certeza que se imponía sobre todas las demás: si yo me derrumbaba, Jason también podría hacerlo.

Y eso no podía permitírmelo.

Así que hice lo único que sabía hacer.

Seguí adelante.

Me concentré en preparar la llegada de Georgina, en dejar la casa impecable, en asegurarme de que se sintiera bienvenida. Organicé el estudio donde se hospedaría, compré algunos artículos de aseo personal para que no tuviera que preocuparse por nada y preparé su comida favorita. Me aferré a cada tarea como quien intenta mantenerse a flote en medio de una corriente demasiado fuerte.

Greg fue a buscarla al aeropuerto aquella misma tarde. Los chicos llevaban días esperando su llegada con ilusión. Georgina no conocía la lengua de signos, pero siempre tenía la delicadeza de hablar despacio, vocalizando con claridad para que Jason pudiera leer sus labios o para darnos tiempo de interpretar. Era un gesto sencillo, pero significaba mucho para él.

Aunque no habíamos compartido demasiado tiempo con ella a lo largo de los años, era muy cercana a Greg. Hablaban con frecuencia, se buscaban mutuamente para cualquier cosa, y los chicos le tenían un cariño genuino.

Su llegada trajo consigo una sensación de alivio difícil de explicar.

La casa se sintió más ligera. Más cálida.

Jason comenzó a usar únicamente suéteres de manga larga para ocultar la herida de su muñeca y, al menos en apariencia, parecía

más sereno. Greg volvió a mostrarse cariñoso y atento conmigo, como siempre había sido, especialmente en presencia de su hermana. Julie, por su parte, estaba radiante. Siempre había tenido una conexión especial con Georgina y la seguía por toda la casa apenas tuvo oportunidad.

Durante unos días, su presencia pareció devolvernos algo que creíamos perdido.

Y yo, necesitada de aquel respiro, tomé todas mis preocupaciones, todos los temores acumulados durante las últimas semanas, y los guardé en el rincón más profundo de mi corazón, fingiendo que podían esperar un poco más.

Al día siguiente, Greg decidió organizar una barbacoa para celebrar la llegada de su hermana y presentarla a quienes aún no la conocían. Puso en ello un entusiasmo que hacía tiempo no le veía. Quería que Georgina se sintiera bienvenida, querida, parte de aquel nuevo capítulo de nuestras vidas.

Observándolo, comprendí algo.

Por mucho que quisiera a Ely, por mucho que lo considerara un hermano, había necesidades que solo la propia familia podía llenar. La presencia de Georgina parecía devolverle una parte de sí mismo que había extrañado durante demasiado tiempo, y eso lo hacía verse más completo.

A la barbacoa acudieron todos, excepto Lance. Más tarde, cuando la reunión ya comenzaba a dispersarse, Beth se acercó a mí y me confesó que estaba destrozada. Según ella, había visto a Lance con otra mujer y aquello había sido el golpe definitivo para una relación que llevaba tiempo resquebrajándose.

Natalie no intervino en la conversación. Sin embargo, su expresión cambió sutilmente cuando la esposa de Samuel comentó, casi como quien no quiere hacerlo, que el rumor que circulaba era exactamente el contrario: que había sido Lance quien se había marchado después de descubrir a Beth con otra persona.

No quise profundizar en el asunto.

La verdad era que mi atención estaba puesta en otro lugar.

Cada pocos minutos buscaba a Jason con la mirada para asegurarme de que estaba bien. Desde aquella noche, algo había cambiado dentro de mí. Había comenzado a convivir con un miedo constante, silencioso, que me acompañaba a todas partes. Temía que cualquier comentario, cualquier conflicto o cualquier decepción pudiera empujarlo nuevamente hacia ese lugar oscuro del que apenas habíamos logrado sacarlo.

Afortunadamente, Jason parecía tranquilo. Permanecía sentado junto a Greg, Ely y Georgina, siguiendo la conversación con atención.

—La verdad es que me gusta lo que he visto hasta ahora —comentó Georgina, rodeando a Greg con un brazo—. Quizás termine estableciéndome aquí, cerca de mi hermanito. Lo he extrañado muchísimo.

Parecía responder a una pregunta que Ely le había hecho sobre sus planes y su estadía en Carolina del Norte.

Greg sonrió con una alegría sincera que hacía tiempo no le veía.

Y eso, al menos por unas horas, me dio algo de paz.

Durante los días siguientes nos dedicamos a ayudar a Georgina a instalarse. Greg la acompañó a abrir una cuenta bancaria y le sirvió de referencia cuando fue necesario. Ella trabajaba para una compañía internacional de seguros y podía desempeñar sus funciones de manera remota, por lo que la mudanza no representaba un obstáculo. Además, si lograba captar clientes en Norteamérica, tendría más posibilidades de regularizar su situación migratoria en el futuro.

Entre tanto, nosotros intentamos facilitarle el camino. La ayudamos a conseguir un apartamento, le servimos de respaldo para el contrato de arrendamiento y Greg incluso puso a su disposición su historial crediticio para que pudiera adquirir algunos muebles. También comenzamos a recomendar sus servicios entre amigos y

conocidos, convencidos de que merecía una oportunidad para construir una vida propia cerca de nosotros.

El otoño ya se había instalado por completo en Blue Ridge. Los árboles comenzaban a desprenderse de sus hojas y los tonos dorados, rojizos y cobrizos cubrían las montañas como una pintura cambiante. Las mañanas eran más frías, las tardes más cortas, y la niebla parecía permanecer durante más tiempo entre los bosques, aunque lejos de nuestro hogar.

Con el cambio de estación también se acercaban nuestros cumpleaños. Las fechas caían con pocos días de diferencia y, durante años, habíamos aprovechado para reunir a la familia o allegados y celebrar juntos. Sin embargo, aquella vez fue distinto.

Fue Greg quien propuso que no hiciéramos nada.

Dijo que no tenía ánimo para fiestas ni reuniones, y que prefería evitar cualquier situación que lo obligara a fingir que todo estaba bien cuando claramente no era así. Incluso reconoció, con una sinceridad que me dolió más de lo que esperaba, que temía terminar incómodo o encontrando algún motivo para discutir conmigo durante la celebración.

No insistí.

La verdad era que yo tampoco tenía energía para celebrar nada.

Así que dejamos que ambas fechas pasaran discretamente, sin invitados, sin fotografías y sin velas que soplar. Como tantas otras cosas en aquellos meses, nuestros cumpleaños quedaron suspendidos en un silencio incómodo que ninguno de los dos parecía saber cómo romper.

Georgina parecía percibir, sin necesidad de que nadie se lo dijera, que las cosas no marchaban tan bien como aparentábamos. Nunca hacía preguntas incómodas ni intentaba entrometerse, pero encontraba pequeñas formas de acompañarnos, y eso era algo que agradecía profundamente. Quizá por eso comenzaron a surgir reuniones casi a diario: primero en casa, entre juegos de mesa,

conversaciones ligeras y momentos destinados a aliviar la presión de los días; después, en su apartamento, donde el ambiente resultaba más íntimo y distendido, permitiéndonos escapar por unas horas de nuestras preocupaciones habituales.

—¿Cómo te has sentido? —me preguntó una noche, acercándose mientras terminábamos de cenar.

—Muy bien, la verdad —respondí con una sonrisa—. Gracias por preguntar.

Georgina me observó durante un instante antes de hablar de nuevo.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? Somos familia.

—Claro que sí. Y te agradezco que me lo recuerdes.

Ella asintió lentamente.

—No me gustaría que termináramos como Beth y Natalie por culpa de malos entendidos.

—¿A qué te refieres? —pregunté, intrigada.

—He notado que Beth lleva tiempo intentando sembrar conflictos entre Natalie y Ely. Al principio no entendía por qué actuaba así, pero Natalie me contó cómo comenzaron ellos su relación y ahora veo las cosas de otra manera. Beth tiene una facilidad inquietante para alimentar resentimientos. Es triste, pero a veces esas dinámicas aparecen incluso dentro de la propia familia. No quisiera que algo así nos ocurriera a nosotros.

—No va a pasar —respondí, tomando su mano con afecto—. Nosotros no somos así.

Georgina sonrió, aunque la preocupación no desapareció del todo de su rostro.

—Me da mucha pena Natalie. Lo está pasando mal. He visto cómo Beth encuentra siempre la forma de tocar sus inseguridades y hacer comentarios que la hieren.

—¿De verdad? —pregunté, sorprendida—. No es la impresión que tenía de su relación.

Georgina bajó un poco la voz.

—¿Sabías que Natalie llegó a tener mucho más peso del que tiene ahora?

Negué con la cabeza. Aunque habíamos pasado algunos años sin vernos en persona, seguía viendo a Natalie de vez en cuando en videollamadas con Ely o a través de sus redes sociales, y jamás había notado un cambio tan significativo. Tal vez unas mejillas un poco más redondeadas, pero nada que llamara realmente mi atención.

—Pues sí —continuó Georgina—. Por lo visto, un tratamiento médico le hizo ganar bastante peso durante una temporada. Y Beth... bueno, Beth se encargó de recordárselo constantemente. La avergonzaba, hacía comentarios hirientes y le insinuaba que Ely terminaría fijándose en ella otra vez. Por eso Natalie se obsesionó tanto con cambiar sus hábitos y mejorar su imagen. De allí nació también la idea de crear la tienda.

—Vaya... no tenía ni idea —admití, genuinamente sorprendida.

Aquella conversación me hizo comprender que entre Natalie y Georgina había surgido una amistad mucho más profunda de lo que imaginaba. Compartían confidencias, heridas y experiencias que yo desconocía por completo.

Y eso me hizo sentir mal.

Había estado tan concentrada en mis propios problemas que olvidé mirar a mi alrededor. Mientras yo lidiaba con mis tormentas, Natalie también cargaba con las suyas.

Aquella revelación me impulsó a acercarme más a ella. Quise escucharla sin prejuicios, entenderla mejor y ser más empática. De forma casi inevitable, ese acercamiento vino acompañado de una creciente distancia con Beth.

Comencé a pasar más tiempo con ellas. Natalie se fue abriendo poco a poco y empezó a contarme episodios de su historia familiar, muchas veces relacionados con Beth. Había un dolor antiguo en sus palabras, una acumulación de pequeñas heridas que jamás habían terminado de sanar.

Mientras tanto, la calma pareció regresar a casa.

Greg y yo entramos en una especie de tregua silenciosa. Ninguno hablaba demasiado de lo ocurrido, pero ambos hacíamos un esfuerzo consciente por reconstruir lo que se había desgastado entre nosotros. Jason, en cambio, se volvió cada vez más reservado. Pasaba más tiempo solo y participaba menos en la dinámica familiar, aunque siempre insistía en que estaba bien.

Y yo, necesitada de estabilidad como alguien que lleva demasiado tiempo a la deriva, elegí creerle.

El grupo conformado por Natalie, Georgina, Ely, Greg y yo terminó volviéndose inseparable. Nos reuníamos prácticamente a diario, encontrando cualquier pretexto para compartir tiempo juntos. A veces era una cena improvisada; otras, una tarde de café o una simple conversación que se prolongaba hasta entrada la noche. Julie solía acompañarnos con frecuencia, aunque para entonces su vida social había florecido considerablemente. El grupo de danza ocupaba buena parte de su tiempo y parecía disfrutar de una independencia que antes no había tenido.

Aquella nueva rutina me fue alejando, poco a poco, de la tienda esotérica. Seguía visitándola, pero ya no con la misma frecuencia. Me limitaba a pasar una vez por semana, generalmente cuando iba sola al supermercado. No sabía explicar por qué, pero había desarrollado una extraña necesidad de mantener aquellas visitas en secreto. También relegué la fotografía a un segundo plano. Continuaba generándome ingresos de manera pasiva, pero había dejado de dedicarle el tiempo y la pasión de antes.

Una mañana, después de hacer unas compras rápidas, me detuve en la tienda y terminé teniendo una conversación inusual con Cris.

—¿Qué tal va todo? ¿Cómo te va con tu cuñada? —preguntó mientras preparaba una infusión.

—Muy bien, la verdad —respondí con sinceridad—. Ha sido muy refrescante tenerla cerca.

—Entiendo... —murmuró, asintiendo antes de bajar la mirada.

Algo en su expresión me puso en alerta.

—¿Qué sucede? —pregunté.

No era la primera vez que notaba silencios extraños entre ella y Chace. Miradas cargadas de significado. Conversaciones interrumpidas apenas yo aparecía. Durante semanas había intentado ignorarlo, pero comenzaba a perder la paciencia.

—Nada —contestó rápidamente, ocupándose en ordenar algunos objetos del mostrador.

La observé durante unos segundos.

—No, Cris.

Mi tono salió más firme de lo que pretendía. Ella se detuvo.

—Si hay algo que quieras decirme, dilo de una vez. Siempre que estás a punto de hablar, Chace te interrumpe o te hace callar. Y sí, me he dado cuenta. Así que, por favor, sé clara conmigo. No quiero seguir acumulando más preguntas dentro de mi cabeza.

Las campanas de la entrada tintinearon y ambas volvimos la cabeza hacia la puerta. Era Chace. Venía con dos tazas de café humeante entre las manos. Me llamó la atención, porque nunca había visto a Cris tomar café, pero decidí no comentarlo. No quería que la conversación se desviara otra vez.

—Vamos, Cris —insistí—. Dime de una vez qué es eso que llevas tanto tiempo guardándote.

Le lancé una mirada a Chace, convencida de que volvería a intervenir para detenerla. Sin embargo, para mi sorpresa, se limitó a asentir levemente.

Aquello hizo que mi estómago se tensara.

Cris tomó aire antes de hablar.

—Vale, sabes que te hemos tomado mucho cariño.

Asentí en silencio.

—Y también sabes que, por más escéptica que puedas parecer a veces, Chace y yo percibimos ciertas cosas. Energías. Presencias. Patrones que otras personas suelen pasar por alto.

—No me considero escéptica —respondí con calma—. De hecho, hace tiempo acepté que no es normal la forma en que me sentí atraída por este lugar... ni por ustedes.

Una sombra de tristeza cruzó fugazmente el rostro de Cris.

—Entonces entenderás lo que voy a decirte.

Chace dejó una de las tazas frente a mí y ocupó una silla cercana sin pronunciar una sola palabra.

—Hemos percibido muchas cosas a tu alrededor desde que llegaste a Blue Ridge —continuó ella—. Algunas hermosas. Otras preocupantes. Pero últimamente hay algo distinto.

Sentí que los dedos se cerraban alrededor de la taza.

—¿Distinto cómo?

Cris vaciló apenas un instante.

—Como una sombra.

La palabra quedó suspendida entre nosotras.

—No entiendo.

—Es difícil de explicar. No la veo como vería una persona o un objeto. La percibo. La siento. Y cada vez que vienes aquí parece más densa. Más cercana.

Una sensación desagradable me revovió por dentro.

—¿Qué significa eso?

Cris intercambió una mirada con su hermano antes de responder.

—Vale... estoy convencida de que alguien muy cercano a ti está dirigiendo energía negativa hacia ti.

—¿Energía negativa?

—Llámalo como quieras. Intención. Manipulación. Trabajo espiritual. Magia.

Bajó aún más la voz.

—Pero estoy segura de que alguien está actuando en tu contra. Y lo que más me preocupa es que esa persona forma parte de tu círculo más cercano.

Mi desconcierto fue tan grande que durante varios segundos no encontré palabras. Era cierto que llevaba meses teniendo sueños extraños. La mayoría me dejaban agitada al despertar, aunque rara vez lograba recordarlos con claridad. También estaban esos pequeños detalles que había aprendido a ignorar: la sensación de que alguien corría las cortinas de mi habitación cuando no había nadie, la niebla deteniéndose justo cuando parecía acercarse demasiado, o el comportamiento cada vez más errático de Mía, que se mostraba distante y nerviosa sin motivo aparente.

Aun así, jamás habría imaginado una explicación como aquella.

Seguía sintiéndome incapaz de creerlo del todo.

—¿Qué clase de magia? —pregunté finalmente.

—No es algo bueno —respondió Chace. Hasta ese momento había permanecido en silencio a mi lado, y solo entonces advertí que me rodeaba los hombros en un gesto de apoyo—. Lo que percibimos es oscuro. Muy oscuro.

Me cubrí la boca con una mano.

No sabía qué me perturbaba más: la posibilidad de que estuvieran equivocados o la de que dijeran la verdad.

El miedo comenzó a mezclarse con una rabia sorda que no lograba identificar ni dirigir hacia nadie.

Permanecí un rato más en la tienda, refugiada en aquella extraña sensación de seguridad que siempre encontraba allí y que, por algún motivo, ya no experimentaba con la misma intensidad en mi propia casa.

Cris y Chace hicieron cuanto pudieron por tranquilizarme. Me colocaron un collar de cuero con una turmalina negra que, según explicaron, servía como protección, y me sugirieron algunas prácticas para contrarrestar la energía que percibían a mi alrededor. Yo asentí y me dejé guiar, aunque la verdad era que apenas podía procesar lo que acababa de escuchar.

Cuando regresé a casa, mi mente comenzó a recorrer los últimos meses con una atención casi obsesiva.

Y entonces recordé algo.

Desde aquella noche en que recibí el mensaje sobre Jason, cuando vi a la niebla detenerse y retirarse como si algo le hubiera impedido acercarse, no había vuelto a sentir su presencia de la misma manera.

De hecho, ni siquiera conseguía recordar la última vez que la había visto tan cerca como antes.

El verano había quedado atrás hacía semanas. El otoño avanzaba inexorablemente hacia el invierno. No había ninguna razón para que aquel velo blanquecino que siempre parecía encontrarme hubiese desaparecido de repente. Sin embargo, cuanto más intentaba evocarlo, más evidente se volvía una idea inquietante:

La niebla ya no estaba conmigo. O, al menos, ya no podía alcanzarme.

CAPÍTULO 12

Interferencia

LA NIEBLA

Hay algo interfiriendo.

Lo percibí antes de comprender su forma. Una alteración mínima al principio, apenas un desplazamiento irregular en aquello que normalmente fluye sin resistencia. Pero las distorsiones persistieron. Crecieron. Y ahora ocupan espacio.

Algo me mantiene lejos.

No de ella por completo. Nunca podrían separarme del todo. Pero sí lo suficiente para debilitar el alcance, para volver imprecisos ciertos bordes, para impedir que mis advertencias lleguen con claridad. Es sutil. Inteligente. No actúa desde el ruido, sino desde la infiltración.

Y eso lo vuelve más peligroso.

Las presencias verdaderamente oscuras rara vez se anuncian. Aprenden rápido a esconderse dentro de lo cotidiano, a adoptar gestos familiares, voces tranquilas, rostros incapaces de despertar sospecha. Se adhieren lentamente a los espacios vulnerables hasta formar parte de ellos. Y cuando finalmente son vistas, ya han echado raíces.

Valerie aún no lo comprende.

Sigue creyendo que el desgaste es emocional. Que el cansancio, la confusión y esa sensación constante de estar perdiéndose a sí

misma son consecuencia natural de lo que ha vivido. No advierte el patrón. No reconoce la repetición.

Pero yo sí.

Porque esto no es nuevo.

Siempre hay alguien.

Alguien que entra demasiado cerca. Que observa más de lo necesario. Que aprende las grietas antes de mostrar las propias. Personas incapaces de habitar la luz sin intentar apagarla en otros. Y aunque cambien los nombres, los rostros o las circunstancias, la esencia permanece intacta.

Acechan.

Consumen.

Arrastran consigo algo antiguo y vacío que necesita alimentarse de aquello que aún conserva brillo.

Y Valerie brilla más de lo que imagina.

He intentado acercarme. Hablarle con mayor claridad. Pero algo alrededor de ella responde cada vez que lo intento, levantando barreras invisibles, desviando señales, contaminando percepciones. Incluso la casa comienza a resentirlo. Los espacios guardan memoria más rápido de lo habitual. La madera cruje cuando no debería. El aire se densifica en habitaciones concretas. Y la niebla… la niebla ya no puede entrar y salir con libertad.

Hay algo aquí que me reconoce.

Y eso cambia todo.

Porque solo aquello que conoce la oscuridad aprende a temerle a la luz.

Aun así, no me retiraré.

No permitiré que avance sin resistencia. Seguiré buscando grietas, momentos de descuido, cualquier abertura desde la cual pueda

alcanzarla antes de que sea demasiado tarde, antes de que termine de olvidar quién era y comience a apagarse por completo.

Ella todavía no entiende lo que habita dentro de sí. Cree que sobrevivió a ciertas cosas únicamente porque tuvo fuerza. Porque resistió. Porque siguió adelante cuando otros se habrían quebrado. Pero no fue solo eso.

Hay algo en ella que permanece intacto incluso después del daño.

Algo que otros perciben antes que ella misma.

Y eso también tiene un costo.

Solo espero que pronto despierte. Que deje de mirar hacia afuera buscando respuestas y comprenda, de una vez, que aquello que necesita para regresar a la luz nunca estuvo lejos.

Tienes más poder del que imaginas, pequeña.

CAPÍTULO 13

Aislamiento

GREG

Las cosas en el trabajo comenzaron a volverse extrañas desde mi ascenso. Yo no era el jefe directo de Ely; dirigía un área vinculada a proyectos internacionales, mientras él continuaba enfocado en proyectos locales. Sin embargo, dentro de la estructura de la empresa, mi cargo se encontraba por encima del suyo. Aunque insistía en que aquello no le molestaba y procuraba mantener una actitud cordial, bastaba observarlo a la distancia para percibir cierta incomodidad en su mirada. Había algo contenido allí. Un recelo que intentaba disimular.

Decidí ignorarlo y concentrarme en mis responsabilidades. Dejé de pasar largos ratos conversando en su oficina y enfoqué mi energía en el equipo y en el avance de los proyectos pendientes. Hubo días en los que ni siquiera nos cruzábamos. Me resultó extraño. Lo echaba de menos más de lo que estaba dispuesto a admitir. Y más extraño aún era enterarme de su vida a través de mi hermana, que seguía viéndose con él y con Natalie casi a diario.

En casa, las cosas tampoco mejoraban. Valerie se mostraba irritable, distraída y emocionalmente distante. Los chicos parecían evitarla; buscaban excusas para quedarse fuera o se refugiaban en sus habitaciones cuando estaban en casa. Incluso Julie pidió pasar unos días con Georgina. La complicidad que siempre había existido entre madre e hija parecía haberse desvanecido.

Intenté acercarme. Quise entender qué estaba provocando aquel cambio tan abrupto. Pero cuanto más observaba, más tenía la sensación de que algo se estaba desmoronando. Como si el simple hecho de que algo bueno me hubiera ocurrido hubiese desencadenado una cadena de pérdidas. Desde mi ascenso, todo parecía ir cuesta abajo.

—Val, quisiera que habláramos —le pedí una mañana, después de que Jason se fuera al colegio.

—¿Ya volví a ser Val? —replicó con una sonrisa cargada de sarcasmo —. Vaya. ¿Y qué hice para merecer semejante honor, su alteza?

La respuesta me irritó más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero hice un esfuerzo por contenerme. Si quería recuperar algo de terreno, no podía permitirme otra discusión.

—Por favor —insistí—. No podemos seguir así. Ya ni siquiera te reúnes con las muchachas.

—¡Eso no es culpa mía! —respondió alzando la voz—. Si no me invitan, no puedo hacer nada al respecto.

—Es que siento que estás alejando a todo el mundo —comenté, procurando que mis palabras no sonaran a reproche—. Últimamente siempre pareces molesta.

—No estoy molesta, Greg —contestó, y en su voz había más agotamiento que enfado—. Estoy exhausta.

Eso sí era cierto.

Hacía semanas que apenas dormía. La sentía moverse inquieta durante la noche, girar entre las sábanas, murmurar cosas ininteligibles o despertarse sobresaltada. Algunas veces parecían pesadillas; otras, simplemente insomnio. Cada vez era más frecuente que abandonara la habitación y terminara la madrugada en el sofá del estudio, como si estuviera esperando algo.

O vigilando algo.

No sabía por qué aquella idea me producía un profundo desasosiego.

—¿Y si buscas ayuda profesional? —sugerí con cautela—. O quizás podrías hablar con Georgina. Sabes que te aprecia mucho.

Valerie soltó una breve carcajada sin humor.

—Greg, desde que Georgina llegó las cosas empezaron a cambiar. ¿De verdad no te has dado cuenta?

La afirmación me golpeó de inmediato.

—Mi hermana no tiene la culpa de lo que sea que crees que te está pasando, Valerie —respondí, incapaz de ocultar la molestia en mi voz.

Me parecía completamente irracional que responsabilizara a la única persona de mi familia que teníamos cerca. Para mí, Georgina había sido un alivio. Un refugio frente a la soledad que llevaba tiempo sintiendo y que se había acentuado desde que incluso Ely comenzó a distanciarse.

—Está bien. Lo siento —dijo ella finalmente.

Luego me dio la espalda y salió de la habitación.

La observé marcharse con una sensación amarga en el pecho. Lo que más me dolía no eran las discusiones, sino la imposibilidad de entendernos. Antes nos bastaba una mirada para saber qué le ocurría al otro. Ahora cada conversación terminaba convirtiéndose en un campo minado. La extrañaba. Extrañaba a la mujer con la que podía hablar de cualquier cosa. Todo era confuso. Y, aunque mi familia seguía allí, comenzaba a sentirme extrañamente abandonado.

Aquella noche llamé a Georgina y la invité a cenar fuera. Necesitaba hablar con alguien que me conociera desde antes de todo aquello, alguien que pudiera ofrecerme una perspectiva distinta. Sin embargo, me contó que estaba en casa de Natalie, reunida con el grupo.

La respuesta me tomó por sorpresa.

Recordé de inmediato las palabras de Valerie sobre no estar siendo incluida en aquellos encuentros. Durante unos segundos pensé en preguntarle más, pero preferí dejarlo pasar. En su lugar, le propuse almorzar juntos al día siguiente, y aceptó encantada.

Más tarde, cuando fui a acostarme, descubrí que Valerie no estaba en nuestra habitación.

La busqué por toda la casa hasta encontrarla en el jardín. Permanecía sentada frente a las montañas, inmóvil, con la mirada perdida en la oscuridad.

La temperatura era inusualmente baja para la época, pero ella parecía no percibir el frío.

—Vamos adentro —murmuré, rodeándola por la cintura para ayudarla a ponerse de pie.

No opuso resistencia. Se dejó guiar en silencio.

Cuando regresamos a la casa, ya habían pasado las dos de la madrugada.

Nos sentamos en el sofá de la sala cuando negó con la cabeza al intentar que subiéramos a la habitación. Sin decir una palabra, se acomodó en mi regazo. Siempre decía que aquel era su lugar favorito en el mundo.

Y entonces se derrumbó.

Lloró de una forma que jamás le había visto. Sin reservas, sin intentar contenerse. Los sollozos eran tan intensos que por momentos parecía faltarle el aire, y aquello terminó por asustarme.

Intenté preguntarle qué ocurría, pero no respondió. No había palabras, solo lágrimas.

Decidí no insistir.

Me limité a abrazarla y a permanecer allí, sosteniéndola entre mis brazos mientras descargaba un dolor que yo era incapaz de

comprender. Verla así me destrozaba. Llevábamos casi dieciocho años de matrimonio y nunca habíamos atravesado algo semejante. Ni siquiera durante la enfermedad y posterior muerte de su madre, uno de los periodos más oscuros de su vida, la había visto tan quebrada.

A la mañana siguiente, antes de irme al trabajo, volví a insistir.

—Amor, ¿por qué no pides una cita médica y te haces algunos exámenes de rutina? —pregunté con suavidad—. Tal vez haya algo físico que esté influyendo en todo esto. Algo que esté provocando estos cambios de ánimo o este agotamiento.

Valerie asintió lentamente.

—Está bien. Lo haré —susurró.

Alzó la vista hacia mí. Tenía los ojos enrojecidos.

—Te juro que no quiero sentirme así.

Aquellas palabras me encogieron el corazón.

—Lo sé, mi amor —respondí, atrayéndola hacia mí en un abrazo—. Sea lo que sea, vamos a superarlo juntos.

Sin embargo, me fui al trabajo profundamente inquieto.

Había momentos en los que Valerie parecía completamente lúcida. Entendía que algo no estaba bien e incluso era consciente de ciertos cambios en ella, pero aun así no lograba detenerlos. Empecé a preguntarme si parte del problema tenía relación con los chicos. La distancia entre ellos era cada vez más evidente, y hacía tiempo que ninguno intentaba compartir actividades en familia.

Antes de llegar a la oficina me hice una promesa: esa noche hablaría con Jason. También le pediría a Georgina que convenciera a Julie de pasar más tiempo en casa. Quizá Valerie necesitaba sentir que aún los tenía cerca. Quizá eso ayudaría más de lo que imaginábamos.

El almuerzo comenzó con total normalidad. Georgina me habló de algunos clientes que estaba consiguiendo en Estados Unidos gracias

a contactos de Ely. También me contó que colaboraba con Natalie en varios proyectos de la tienda y que, poco a poco, había encontrado allí una especie de segunda familia.

Por alguna razón, aquello me produjo una leve punzada de incomodidad.

Me sentí excluido.

Decidí ignorarlo y concentrarme en lo que realmente me preocupaba.

—G, quería preguntarte algo.

—Dispara.

—¿Ha pasado algo con Valerie?

Georgina levantó la vista.

—¿A qué te refieres?

—He notado que ya casi no la invitan a nada. Tú pasas muchísimo tiempo con Ely y Natalie, y la verdad es que ella parece sentirse bastante aislada —expliqué—. Incluso Julie se ha distanciado de ella.

La reacción de mi hermana fue inmediata. Se tensó apenas un instante y eso me inquietó más que cualquier respuesta.

—La verdad, Greg... este... —titubeó—. No sé muy bien qué decirte.

—No estás hablando normal, G —dije con calma, aunque sin suavizar el tono—. Deja de darle vueltas y dime qué sucede.

Georgina bajó la mirada hacia su plato.

—Es que Valerie ha estado muy negativa últimamente —admitió al fin—. Natalie dice que esa energía termina afectándola y que no quiere llevar esa carga al negocio.

Guardó silencio unos segundos antes de continuar.

—Pero no es nada personal. No es que no queramos a Valerie ni que no queramos ser sus amigas. Simplemente estamos enfocados en otras cosas. No podemos invitarla a todo.

Aquella explicación no me convenció del todo. Había algo que no terminaba de encajar, pero decidí no seguir presionando. En lugar de eso, llevé la conversación hacia otro asunto que también me preocupaba.

—Entiendo. Aunque me parece extraño que hace apenas unas semanas fueran inseparables. En fin, cambiemos de tema —dije—. Necesito pedirte un favor.

—Lo que quieras, hermanito.

—Quiero que convenzas a Julie de volver a casa. El permiso era por una semana y ya se está alargando demasiado —expliqué—. No quiero añadirle más preocupaciones a Valerie. Como has visto, no está pasando por un buen momento.

—Claro, puedo hablar con ella —respondió—. Pero también creo que deberías prestar más atención a tus hijos, Greg.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Georgina vaciló antes de responder.

—No quiero que te enfades. Julie no me ha dicho nada directamente, pero... he notado ciertas cosas.

Sentí que algo se tensaba en mi interior.

—¿Qué cosas?

—Parece tenerle miedo a Valerie. Y el otro día, mientras se cambiaba, le vi algunos moretones en el brazo.

La afirmación me golpeó como una bofetada.

—Creo que estás sacando conclusiones que no corresponden, Georgina —respondí, incapaz de ocultar la molestia.

Ni por un instante podía considerar algo así. Valerie era una madre paciente, dedicada y profundamente consciente de las necesidades de nuestros hijos. La simple insinuación me resultaba ofensiva.

—Por favor —continué con firmeza—. Lo único que te estoy pidiendo es que hables con Julie y le digas que la quiero esta misma noche en casa. Se acabaron las vacaciones.

Saqué mi billetera, dejé el dinero sobre la mesa y me puse de pie.

No esperé una respuesta.

Me marché molesto, con una sensación amarga que me acompañó durante todo el camino de regreso.

Más tarde, Georgina me envió una nota de voz para disculparse. Aquello me hizo sentir culpable. Aunque estaba convencido de que sus sospechas eran infundadas, también comprendía que actuaba movida por la preocupación genuina hacia Julie. Y, siendo honesto, ¿cómo culparla por hacerse preguntas? Valerie había estado tan distinta en las últimas semanas que resultaba difícil ignorarlo por completo. No quería cerrar los ojos ante esa posibilidad, así que decidí que hablaría con Jason esa misma noche para conocer también su perspectiva. Sin embargo, no tuve la oportunidad.

Cuando llegué a casa, Julie ya se había encerrado en su habitación, mientras que Jason se había quedado a dormir con unos amigos del instituto. Era como si ambos hubieran desarrollado una extraña incapacidad para compartir el mismo espacio durante demasiado tiempo.

Valerie tampoco estaba. Había salido con su cámara. A pesar de que la tarde ya se deslizaba hacia la noche, aquello me produjo cierto alivio. Hacer algo que amaba tal vez le ayudaría a despejar la mente.

Entonces se me ocurrió una idea.

Subí al ático y abrí el enorme armario donde guardábamos las decoraciones navideñas. Valerie adoraba esa época del año. Estaba convencido de que rescatar algunas de nuestras tradiciones podría devolverle parte de la alegría que parecía haber perdido. No importaba que noviembre apenas estuviera comenzando.

Quizá había llegado el momento de llenar la casa de luces otra vez.

Después de todo, impedir que celebráramos nuestros cumpleaños había sido una decisión absurda. Una de tantas cosas recientes que, al recordarlas, ni siquiera parecían propias de mí.

No me equivoqué.

Cuando Valerie llegó y vio las cajas apiladas junto a la escalera, sonrió. Hacía tanto tiempo que no veía aquella sonrisa que sentí un nudo en la garganta. La abracé sin pensarlo, y por unos instantes fue como si todo el peso de los últimos meses desapareciera. Como si hubiéramos regresado a una versión de nosotros mismos que creía perdida.

Nos besamos y subimos las escaleras entre risas torpes y caricias apresuradas, dejándonos arrastrar por la necesidad de reencontrarnos.

No hicieron falta palabras.

Solo la cercanía. El calor compartido. La certeza momentánea de que aún podíamos encontrarnos el uno al otro.

Más tarde, vencidos por el cansancio, nos quedamos dormidos.

A mitad de la noche sentí que Valerie se levantaba de la cama. Al principio pensé en dejarla marchar, pero algo me hizo incorporarme y seguirla en silencio. Imaginé que se dirigiría al estudio, como otras veces. Sin embargo, la vi detenerse frente a la habitación de Julie y entrar.

Una inquietud inmediata se instaló en mi pecho.

Me acerqué con cautela, procurando que el suelo no delatara mis pasos. Cuando abrí la puerta apenas unos centímetros, el horror me dejó paralizado.

Valerie estaba inclinada sobre Julie. Tenía las piernas a ambos lados de la cama y sujetaba con fuerza los brazos de nuestra hija mientras le recriminaba haberse marchado. Su voz era baja, pero cargada de una dureza que jamás le había escuchado.

Durante un instante, no reconocí a la mujer que tenía delante.

—Tú no vas a volver a casa de Natalie ni de Georgina, ¿me entiendes? ¡No vas a dejarme sola!

Intenté gritarle que se detuviera, pero ningún sonido salió de mi garganta. Entonces escuché un pitido agudo y desperté.

Me incorporé sobresaltado, con el corazón acelerado y la sensación desagradable de que algo no encajaba. Al girarme hacia el otro lado de la cama, descubrí que Valerie no estaba.

El temor que me había dejado el sueño regresó de inmediato.

Me levanté y recorrí la casa en silencio hasta encontrarla dormida en el sofá del estudio, envuelta en una manta.

Permanecí observándola unos segundos y luego me acerqué a la habitación de Julie.

Mi hija dormía profundamente, ajena a todo.

Una oleada de alivio me recorrió el cuerpo. Había sido solo una pesadilla. Nada más.

Cerré la puerta con cuidado y apoyé la frente contra el marco. A pesar de todas las dificultades de los últimos meses, seguía convencido de que conocía a mi esposa. Valerie estaba cambiando, sí. Algo le ocurría. Pero jamás haría daño a nuestros hijos.

Al entrar en la cocina, mi mirada se detuvo en un papel sujeto con un imán sobre la puerta del refrigerador. Era el comprobante de unos análisis de laboratorio. La fecha de entrega de resultados aparecía claramente impresa en la parte inferior.

Sonreí al comprender lo que aquello significaba. Había ido al médico. Me había escuchado.

Una tenue sensación de alivio se abrió paso entre toda la inquietud que llevaba semanas acumulando. Quizás, después de todo, estábamos un paso más cerca de entender qué le ocurría.

Y entonces todo volvería a su lugar.

Al menos, eso era lo que necesitaba creer.

CAPÍTULO 14

Rumores

VALERIE

Había reservado el sábado para decorar la casa por Navidad. Quería que los chicos participaran, que trabajáramos juntos, aunque fuera durante unas horas y, por un momento, volver a sentir que seguíamos siendo la familia unida de siempre.

Me levanté temprano, preparé el desayuno y comencé a probar las luces guardadas del año anterior. Como era de esperar, varias ya no funcionaban. Además, me entraron ganas de renovar algunas decoraciones, así que subí a cambiarme y le pregunté a Greg si quería acompañarme.

Se negó, aunque de buen humor.

Prefería quedarse en casa y empezar a organizar las cosas con los chicos mientras yo hacía las compras, consciente de que probablemente me demoraría más de la cuenta.

Tomé el auto y conduje hasta el centro comercial.

Nada más entrar en la tienda, noté algo extraño. La cajera me observó con una expresión difícil de descifrar. Por lo general siempre me saludaba con familiaridad. Aunque Asheville no era una ciudad pequeña, yo había pasado allí muchas horas durante los meses en que acondicioné el cuarto de revelado y realicé distintas mejoras en la casa. Conocía a varios empleados, e incluso una de las dependientas tenía relación con el instituto de Jason y Julie.

Decidí no darle importancia.

Tomé un carrito y me entregué a una auténtica compra navideña compulsiva. Luces, adornos nuevos, un par de cascanueces, flores decorativas, esferas y toda clase de detalles que no necesitaba, pero que me hacían ilusión.

Incluso estuve a punto de comprar un segundo árbol para la sala de estar del piso superior.

Sin embargo, me detuve al ver a una de las profesoras de Jason cuchicheando con otra persona cerca de las cajas mientras me lanzaba miradas poco disimuladas.

Una sensación incómoda me atravesó.

Al levantar la vista, descubrí que no era la única. Varias personas parecían observarme. Algunas apartaron la mirada de inmediato. Otras no.

De pronto, el entusiasmo con el que había llegado se evaporó.

Pagué lo más rápido que pude y regresé al estacionamiento con una inquietud difícil de explicar, apresurando el paso hasta alcanzar mi vehículo.

Al encender el auto, el sonido de una notificación interrumpió mis pensamientos. Era un mensaje de Cris.

«¿Estás bien?»

Fruncí el ceño.

No entendía a qué venía aquella pregunta, pero, lejos de tranquilizarme, logró inquietarme aún más. No respondí. Arranqué el vehículo y emprendí el camino de regreso con una desagradable sensación instalada en el estómago.

En cuanto crucé la puerta de la sala, comprendí que algo iba mal.

Las cajas de adornos seguían intactas. Los chicos no estaban decorando nada. Y Greg permanecía sentado en el sofá, inmóvil, con una expresión severa que me puso en alerta de inmediato.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—No lo sé. Dímelo tú —respondió con un tono que sonó más a desafío que a pregunta.

—No entiendo —murmuré.

De pronto me sentí mareada.

Greg extendió el brazo y me entregó su teléfono. La galería estaba abierta. En la pantalla aparecían varias fotografías mías entrando y saliendo de la tienda esotérica, conversando con Chace o permaneciendo frente al local.

Lo entendí al instante.

Aquellas imágenes no habían llegado a sus manos por casualidad.

—¿Quién es ese hombre y por qué lo frecuentas? —espetó.

La acusación me hizo reaccionar de inmediato.

Durante casi dos décadas de matrimonio jamás habíamos tenido problemas de celos. Ni siquiera habíamos rozado una conversación semejante.

—Yo no lo frecuento a él —repliqué, incapaz de ocultar mi molestia —. Voy a una tienda donde a veces compro cosas y otras simplemente converso con sus dueños. Y, por cierto, no es solo él. También está su hermana.

—¿Y por qué nunca lo mencionaste? —insistió.

La pregunta me golpeó más de lo que esperaba.

—Porque apenas hablamos, Greg —respondí, sintiendo cómo la tristeza reemplazaba al enfado—. No intentaba ocultártelo.

—Pues lo parece —replicó con dureza—. Ni Georgina ni Natalie saben nada de esto.

—¿Lo hablaste con ellas? —pregunté, alzando la voz más de lo que pretendía—. ¿O fueron ellas quienes te enviaron esas fotografías? Porque alguien se tomó muchas molestias en seguirme y retratarme. Curioso que no aparezca ni una sola imagen de Cris, su hermana, cuando también paso tiempo con ella.

Greg evitó responder directamente. En lugar de eso, volvió a aferrarse a la misma discusión, lo que me resultó casi incomprensible. Por un instante recordé las miradas y los murmullos en el centro comercial, aunque no lograba encontrar una conexión clara entre ambas cosas.

—Lo que me parece extraño es que se lo ocultaras a todo el mundo —reprochó—. No tiene sentido, a menos que supieras que estabas haciendo algo inapropiado.

Negué lentamente, incapaz de contener la impotencia que me invadía. No por la acusación en sí, sino porque provenía de él.

De Greg. La persona que mejor me conocía.

—No dije nada porque la primera vez que vi esa tienda, Natalie me aconsejó mantenerme alejada —respondí con la voz quebrada—. Me dijo que eran personas extrañas. Y, sinceramente, no veía la necesidad de comentárselo a Georgina. Desde que llegó, lo único que siento es que todo se ha ido rompiendo poco a poco: mi relación con Natalie, con Julie... y hasta contigo.

—Eso no es verdad.

—¿No lo es? —repliqué con una sonrisa cargada de amargura.

Le di la espalda y subí a nuestra habitación antes de que las lágrimas terminaran por traicionarme.

Greg no me siguió. No intentó detenerme, ni convencerme de nada. Tampoco trató de calmarme.

Pocos minutos después escuché el motor del automóvil encenderse y alejarse por el camino de entrada.

Me quedé sentada un rato al borde de la cama, tratando de recomponerme, hasta que un estruendo proveniente de la planta baja me hizo incorporarme de golpe. Casi al mismo tiempo escuché un grito de Julie.

Bajé las escaleras corriendo.

Un jarrón hecho añicos cubría parte del suelo del salón. Julie observaba a su hermano con una mezcla de rabia y desprecio, mientras Jason le respondía con una sucesión de señas cargadas de insultos.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, elevando la voz mientras signaba al mismo tiempo.

—Sí, Jason. Cuéntale a mamá qué está pasando —replicó Julie con evidente sarcasmo.

El silencio que siguió resultó insoportable.

—¿Por qué no le dices que te suspendieron del instituto por pelearte con los chicos sordos?

—¿Qué? —exclamé, incapaz de creerlo—. Eso no puede ser. Me habrían llamado.

—Llamaron a papá —respondió Julie.

Sentí que el mundo se inclinaba bajo mis pies.

Intenté acercarme a Jason, preguntarle qué había ocurrido, entender la situación. Pero lo único que recibí fue una mirada dura, cargada de reproche, antes de que me diera la espalda y corriera hacia su habitación.

Me volví hacia Julie.

—¿Por qué se peleó? ¿Y por qué hablaron con Greg y no conmigo?

Ella se encogió de hombros.

—La directora pidió hablar específicamente con él. No contigo.

Sus palabras me dejaron inmóvil.

Una vez más, parecía que todos sabían algo antes que yo.

La situación había alcanzado un punto en el que ya no podía atribuirlo todo a mi imaginación. Las miradas en el centro comercial, las fotografías enviadas a Greg, el hecho de que me excluyeran de algo tan importante en el instituto... era demasiado.

Entonces recordé el mensaje de Cris y, sin pensarlo más, la llamé.

—¿Aló? —respondió al segundo tono.

—Cris, ¿qué está pasando? Por favor, si sabes algo, dímelo —supliqué, olvidando incluso saludar.

—Solo sé que están circulando comentarios sobre ti... y sobre nosotros —contestó con una preocupación imposible de disimular—. Dicen que practicas brujería y que tienes una relación con mi hermano.

—¿Qué? —exclamé, incapaz de procesarlo—. ¿De dónde salió una barbaridad así?

—No lo sé —admitió—. Chace escuchó a una cajera comentándolo en el supermercado. Al parecer, una mujer le mostró una fotografía tuya y le preguntó si te había visto frecuentar la tienda. La cajera respondió que sí, que ibas con regularidad.

Sentí que la rabia me cerraba la garganta.

—¿Tienes alguna descripción de esa mujer?

—No sé nada más, Vale. Pero puedo intentar averiguarlo.

Negué, aunque ella no pudiera verme. No tenía sentido seguir preguntando.

Alguien se había tomado la molestia de seguirme, fotografiarme y construir una historia a mi alrededor. No era un malentendido ni una coincidencia. Era deliberado.

Y, aunque no lograba comprender el motivo, una sospecha comenzó a abrirse paso en mi mente.

Natalie y Georgina.

La confirmación llegó de labios de la propia directora.

Me llamó para informarme que Jason sería expulsado si volvía a incurrir en una conducta inapropiada y que, respecto a la reunión que habían sostenido con Greg, consideraban preferible que yo no asistiera en futuras ocasiones.

La explicación me dejó helada.

El instituto mantenía políticas religiosas estrictas y, según sus palabras, procuraban mantenerse alejados de personas cuya reputación pudiera resultar cuestionable en ese ámbito.

—¿Me está llamando bruja? —pregunté, incapaz de contener mi indignación.

—Yo no la estoy llamando nada, señora Trembley —respondió con una frialdad casi ofensiva—. Su reputación la precede.

Y colgó.

Me quedé inmóvil, con el teléfono aún en la mano, atónita y consumida por una rabia que apenas podía contener.

Desbordada por la situación, subí a mi habitación y lloré. Lloré hasta que los ojos me ardieron y las lágrimas dejaron de aliviar absolutamente nada.

Mía fue la única que se acercó a mí aquel día.

Se acomodó a mi lado en silencio, y su presencia fue el único consuelo que encontré entre tanto desamparo.

Intenté llamar a Beth. Necesitaba saber si ella había escuchado algo o, al menos, contarle lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, rechazó la llamada.

Segundos después llegó un mensaje.

«¿Ahora sí me llamas? ¿A qué se debe? ¿Ya te diste cuenta de quiénes son realmente tus amiguitas?»

Solté el teléfono, y volví a llorar.

No sé en qué momento me quedé dormida. Lo siguiente que recuerdo es despertar a la mañana siguiente con un dolor punzante en el estómago y la cabeza, como si hubiera pasado la noche entera luchando contra algo que no podía ver.

Greg no había subido a dormir.

La preocupación me hizo salir apresuradamente de la habitación. Lo encontré en el sofá de la sala, cubierto con una manta.

Lejos de tranquilizarme, aquella imagen me rompió un poco más. Significaba que no me creía. O, al menos, que había preferido dormir lejos de mí.

La desesperación comenzaba a devorarme. Me sentía sola, difamada, incomprendida. Pero, por encima de todo, tenía la sensación de no pertenecer a ninguna parte: ni a Blue Ridge, ni a aquella casa, ni a mi propia familia. A veces, ni siquiera a mí misma.

Llamé a mi padre buscando algo de consuelo. No le conté demasiado, pero su respuesta fue la misma de siempre: "Creo que debes regresar a Canadá".

No podía hacerlo.

Amaba a Greg. Había trabajado demasiado para llegar donde estaba. Julie se había adaptado a su nueva vida, y Jason, pese a los problemas recientes en el instituto, mantenía buenas calificaciones y había encontrado personas con quienes identificarse.

Aunque Blue Ridge comenzaba a sentirse como una jaula, marcharme no era una opción.

La desesperación terminó por imponerse a la razón.

Sin importarme lo que Greg pudiera pensar ni las conclusiones a las que pudiera llegar, tomé las llaves del auto y salí de casa. Al principio conduje sin rumbo. Después, casi sin darme cuenta, descubrí que avanzaba hacia la montaña.

No sabía por qué. Solo quería volver a ver la niebla. Sentirla. Refugiarme en ella una vez más.

A medida que ascendía por la carretera, esperaba con ansiedad que el paisaje desapareciera tras aquel velo blanquecino, que el parabrisas se cubriera de humedad y todo volviera a ser como antes.

Pero no ocurrió.

Ni siquiera cuando llegué cerca del parque.

El cielo estaba encapotado y el ambiente resultaba sombrío, casi opresivo, pero la niebla seguía sin aparecer.

Entonces detuve el vehículo a un lado del camino, bajé y, vencida por la frustración, comencé a gritar.

—¡Ahhhhh! ¿Dónde demonios estás? —grité con todas las fuerzas que me quedaban.

Los pocos vehículos que pasaban por la carretera reducían la velocidad para observarme. Algunos conductores me miraban como si hubiera perdido la razón.

Quizá no estaban tan equivocados.

—¿Por qué me dejaste sola? —volví a gritar—. ¿Por qué permites que me pase todo esto?

Ni siquiera sabía a quién le hablaba. A la niebla. Al universo. A mi madre. A Dios. O tal vez a todos al mismo tiempo.

—Mi vida no era perfecta, pero era mucho mejor que toda esta mierda —murmuré cuando la voz comenzó a abandonarme.

Las piernas también cedieron y terminé de rodillas sobre el suelo frío, agotada.

Un automóvil se detuvo a pocos metros. Una mujer bajó la ventanilla y me preguntó si me encontraba bien. Asentí como pude y me obligué a ponerme de pie. Tras asegurarse de que no necesitaba ayuda, continuó su camino.

Cuando me dispuse a regresar al coche, el collar de turmalina que llevaba al cuello se enganchó en una de mis pulseras. Tiré sin cuidado y el cordón se rompió. La piedra cayó entre la grava oscura del arcén y desapareció de mi vista.

Intenté encontrarla, pero el frío comenzó a calarme hasta los huesos y mis manos temblaban demasiado.

Finalmente me rendí. Entré en el automóvil, encendí la calefacción y puse el motor en marcha.

No había avanzado ni diez metros cuando apareció.

El vaho blanquecino emergió de entre los árboles, se deslizó sobre la carretera y envolvió el vehículo, filtrándose incluso a través de los resquicios como si siempre hubiera pertenecido allí.

Solté una risa amarga.

¿Y si había estado equivocada todo aquel tiempo? ¿Y si quien realmente me estaba perjudicando era Cris con aquella piedra que supuestamente debía protegerme?

No entendía nada, pero era la única explicación que parecía tener sentido.

La turmalina había desaparecido y la niebla había regresado. Mi vida seguía hecha pedazos. No tenía respuestas ni razones para sentir esperanza y, aun así, mientras aquella presencia me envolvía de nuevo, sentí algo parecido al consuelo.

Como si todavía me quedaran fuerzas para resistir, al menos un día más.

CAPÍTULO 15

Frialdad Y Sombras

VALERIE

Los días siguientes fueron un auténtico torbellino. No sabía qué sentir ni qué creer. Veía cómo todo aquello que había construido parecía desmoronarse frente a mis ojos y, lo peor de todo, era no saber en quién podía confiar. Lo ocurrido con la turmalina me tenía profundamente confundida. Pasaba horas buscando respuestas en internet, pero cada explicación contradecía a la anterior, y cuanto más investigaba, más me hundía en la incertidumbre.

Mi relación con Greg también continuó deteriorándose. Aunque insistía en que creía que entre Chace y yo no existía nada, sus acciones contaban una historia distinta. Su rutina cambió por completo, como si evitara coincidir conmigo. Yo solía despertar en el sofá del estudio después de abandonar nuestra habitación cuando las pesadillas me arrancaban el sueño, procurando no perturbar su descanso. Para cuando regresaba a la alcba, él ya se había marchado. Regresaba tarde, cuando el cansancio solía haberme vencido, y cada vez pasaba más horas en la oficina, incluso los fines de semana.

Lo único que parecía haber regresado a mi lado era la niebla. Permanecía alrededor de la casa durante horas, envolviéndola en una barrera blanquecina que la aislaba del resto del mundo. Aquello me apartaba aún más de los demás, pero también me brindaba una extraña sensación de refugio. Dentro de aquel velo surgían ruidos

inexplicables y sombras que comenzaron a merodear, incluso en plena oscuridad.

Aun así, me sentía más segura que en cualquier otro lugar.

Una tarde, después de quedarme dormida sobre la mesa de la cocina, tuve un sueño extraño. Al despertar, una necesidad inexplicable se apoderó de mí, tan intensa que me resultó imposible ignorarla.

En el sueño se repetía una escena real de cuando llegamos a Blue Ridge: yo estaba sentada en el jardín, contemplando las montañas, mientras Natalie me observaba desde el ventanal de su casa. Sin embargo, algo era distinto. La niebla permanecía inmóvil, incapaz de acercarse, igual que aquella vez en que se había detenido de forma inexplicable. Cuando volví la vista hacia Natalie, encontré en su rostro una expresión de auténtico terror. Parecía mirar algo detrás de mí. Entonces percibí una inmensa sombra negra que se alzaba a mis espaldas, extendiéndose sobre el paisaje como una presencia descomunal.

Me giré para descubrir qué era y me encontré frente a un payaso gigantesco. Para cualquiera habría resultado inquietante; para mí, que siempre les había tenido miedo, era una visión aterradora. La figura sonreía y mantenía los brazos abiertos, como si me invitara a acercarme. Instintivamente retrocedí, intentando poner distancia entre ambos, pero el terreno comenzó a desmoronarse bajo mis pies hasta transformarse en el borde de un precipicio. Desperté en el instante exacto en que sentí que caía al vacío.

No fui capaz de encontrarle demasiado sentido a aquella pesadilla. Estaba agotada, tanto física como emocionalmente, y mi mente apenas podía procesar nada más. Aun así, me dejó una extraña impresión: la sensación de que quizá Natalie no era tan culpable como yo había llegado a creer y que, tal vez, lo mejor era intentar hablar con ella.

Impulsada por esa idea, la llamé y le pedí que saliera al jardín para conversar. Para mi sorpresa, aceptó.

Bordeé la cerca que habíamos construido y salí por la puerta lateral hasta quedar del lado de su jardín. Esperé largo rato bajo el aire frío de la tarde. Finalmente, cerca de media hora después, Natalie apareció.

—Hola, Valerie. ¿Cómo estás? —preguntó con aparente normalidad, aunque no se acercó a saludarme con el acostumbrado beso en la mejilla.

—La verdad, no me siento nada bien, aunque supongo que eso ya lo imaginas —respondí con franqueza—. Por eso quería hablar contigo y poner fin a toda esta situación tan incómoda que se ha creado entre nosotras.

—De acuerdo. Cuéntame.

Fue entonces cuando comprendí que aquella conversación quizá no llegaría demasiado lejos. No me invitó a sentarme ni mostró intención de quedarse más de lo necesario. Permaneció de pie, como si esperara que dijera lo que tenía que decir para regresar cuanto antes a sus asuntos. Incluso entonces, sentí que necesitaba intentarlo.

—Estas últimas semanas han sido devastadoras para mí —confesé—. He sentido el vacío que me han hecho tú, Ely y Georgina, y me ha afectado mucho más de lo que imaginas. Estoy atravesando situaciones difíciles y, sinceramente, me he sentido muy sola. No entiendo qué hice para que tomaran tanta distancia, ni por qué han comenzado a circular cosas sobre mí que simplemente no son ciertas.

—Creo que estás exagerando, Valerie —respondió con una serenidad que me resultó dolorosa. Evitó mirarme directamente a los ojos y mantuvo un tono distante—. Nos hemos estado ayudando mutuamente con los negocios, nada más. Eso nos ha mantenido bastante ocupados.

—Natalie, sabes que es más que eso —dije, procurando conservar un tono conciliador—. Ustedes se reúnen constantemente. Incluso

ahora invitan a Beth y al resto de tu familia; he visto las fotografías en redes sociales y no parece que todo gire en torno al trabajo.

—Bueno, Valerie, pero tampoco podemos invitarte siempre —replicó —. Al principio intenté incluirte en todo esto. Te pedí ayuda para crecer en redes y alcanzar algo de lo que tú has conseguido, pero sentí muy poca receptividad de tu parte. Eso me dolió. Así que terminé apoyándome en Georgina, que también atravesaba sus propios problemas, y empezamos a ayudarnos mutuamente.

—Hice todo lo que estuvo a mi alcance para ayudarte, Natalie — respondí. La decepción comenzaba a filtrarse en mi voz—. De hecho, fui la única que compró tus productos desde el principio, incluso algunos que ni siquiera podía utilizar porque me provocaban reacciones alérgicas. Siempre estuve allí. Tal vez no de la manera que esperabas, pero sí estuve.

—Quizá ese es precisamente el problema, Valerie —comentó. Alzó la vista y sostuvo mi mirada apenas unos segundos antes de apartarla de nuevo—. Eres muy controladora.

—¿Cómo que controladora? —pregunté, desconcertada.

—Siempre necesitas que las cosas se hagan a tu manera —continuó —. Terminamos comiendo donde te gusta a ti, visitando los lugares donde te sientes cómoda tú, adaptándonos a tus preferencias. Mira lo que pasó en el camping: te apartaste del grupo y te instalaste en otro sitio, sin compartir realmente con nosotros.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. Nunca había interpretado aquella situación de ese modo, y mucho menos imaginé que hubiera dejado una impresión tan negativa. Sin embargo, la convicción con la que lo decía dejaba claro que llevaba tiempo guardándose aquel reproche.

—No voy a contradecirte, porque entiendo que hablas desde tu propia perspectiva —respondí con serenidad—. Pero sí voy a aclararte algo: no tienes idea de cuánto he intentado encajar en la vida de ustedes. No siempre me he sentido cómoda, y aun así lo he intentado. Si en ocasiones he elegido otro camino o he pedido algo

diferente para comer, ha sido simplemente porque actúo conforme a lo que siento y a lo que me gusta. Soy genuina. Nunca he obligado a nadie a hacer lo que yo quería ni a comer lo que me apetecía; solo he expresado mi opinión con honestidad.

Mientras hablaba, intenté recordar algún momento, aparte de lo ocurrido en el camping, en el que realmente me hubiera negado a participar en algo que los demás deseaban hacer. Lo único que encontré fue aquella ocasión en un costoso restaurante italiano donde comenté que la comida no había cumplido mis expectativas, una opinión que incluso Ely compartió al calificarla tan mal como yo. Todo lo demás me parecía una sucesión de excusas. Aun así, decidí ceder.

—Si algo de eso les hizo sentir mal, les ofrezco una disculpa —añadí —. Pero también debes entender que yo me he sentido mucho peor. Sobre todo, cuando la influencia que ustedes han tenido sobre Julie ha generado problemas dentro de mi propia familia y ha terminado alejándola de Jason.

—Es que eso es precisamente lo que no comprendes, Valerie — replicó, visiblemente alterada—. ¿Cómo puedes no darte cuenta de que obligas a Julie a vivir como si ella también fuera sorda?

Aquel reproche me golpeó con fuerza. Sentí la sangre hervirme bajo la piel, pero me obligué a respirar despacio. Lo último que quería era que la conversación terminara convertida en una discusión imposible de contener.

—Es injusto lo que dices, porque jamás he obligado a nadie, ni siquiera a Julie, a hacer más de lo que exige la convivencia con una persona con discapacidad —repliqué, esforzándome por mantener la calma—. Lo difícil es que nadie parece capaz de ponerse, aunque sea por un instante, en los zapatos de Jason y comprender que no entiende gran parte de lo que ocurre a su alrededor. ¿Cómo no va a sentirse excluido?

—Por Dios, Valerie —me interrumpió—. Todos tenemos problemas. ¿Acaso sabías que Georgina ha pasado hambre estos días? —

preguntó con una altivez que me desconcertó—. Si ha logrado mantenerse a flote ha sido gracias a Ely y a mí. Por eso organizamos tantas reuniones; compramos comida, cocinamos y le dejamos suficientes sobras para asegurarnos de que tenga qué comer.

Sus palabras me dejaron perpleja. Desde la llegada de Georgina le habíamos ofrecido todo nuestro apoyo. Greg había estado pendiente de ella en cada detalle: la ayudamos a instalarse, a equipar su apartamento, a resolver asuntos financieros y a adaptarse a su nueva vida. ¿Cómo era posible que hubiéramos llegado al punto de ser señalados por no preocuparnos por algo tan básico como su alimentación? Georgina tenía trabajo y, de hecho, vivía en un apartamento más amplio y costoso que nuestra propia casa. Todo aquello me parecía absurdo, pero decidí no desviarme hacia esa discusión.

—¿Cómo podría haber sabido algo así si ya no nos vemos y dejaron de invitarme a cualquier cosa? —pregunté con amargura—. Y, pese a eso, Natalie, Greg y yo hemos hecho cuanto ha estado en nuestras manos por ustedes y por Georgina. De este lado también han ocurrido cosas muy duras, situaciones que desconocen por completo. Sin embargo, jamás las he juzgado por no estar presentes, aunque las he necesitado más de lo que imaginas.

—Es que, Valerie, ese es parte del problema —replicó, elevando la voz—. Para ti, tus problemas siempre son los más importantes.

—No voy a contradecirte, Natalie, porque creo que, para cualquiera, la herida que le duele es la más grande —respondí con serenidad—. Pero, si vamos a comparar situaciones, tener un hijo que ha intentado quitarse la vida me parece algo bastante grave.

—¿Hablas de Jason? —preguntó.

Asentí.

—Entiendo que para ti eso sea enorme —dijo con una indiferencia que me heló la sangre—, pero yo lo he visto ir al colegio con normalidad. Quizá solo fue una forma de llamar la atención, porque

al final no pasó nada realmente grave, ¿o sí? Además, Greg nos lo habría contado.

Sus palabras me golpearon con una fuerza inesperada. La facilidad con la que reducía el sufrimiento de mi hijo a una simple búsqueda de atención me revolvió el estómago. Y que utilizara el silencio de Greg como argumento solo empeoró las cosas.

En ese instante comprendí que aquella conversación no conduciría a ninguna parte. Había llegado buscando respuestas, un puente o, al menos, un poco de empatía. En cambio, me encontraba frente a alguien incapaz de reconocer el dolor ajeno. Seguir intentando rescatar una amistad que comenzaba a parecerme artificiosa desde sus cimientos era un esfuerzo inútil.

—Ni siquiera Greg conoce todo lo que está ocurriendo, porque hasta ese punto nos ha arrastrado esta situación, Natalie —dije, incapaz de ocultar mi molestia y deseando poner fin a la discusión—. Desde que Georgina llegó se ha creado una división enorme. Han aparecido rumores, fotografías sacadas completamente de contexto, y hasta las relaciones más cercanas se han fracturado. Ely y Greg están distanciados, igual que Julie y Jason. En fin, creo que no vamos a llegar mucho más lejos con esta conversación. Solo quería intentar aclarar las cosas. Gracias por tomarte el tiempo de escucharme.

—No, tranquila. Es solo que... bueno... —balbuceó, evitando mi mirada—. Si sigues notándome distante, espero que entiendas que yo... necesito tiempo para sanar.

No tenía idea de qué debía sanar Natalie ni por qué hablaba como si fuera ella la agraviada, pero no quise profundizar más. Lo único que deseaba era regresar a casa y dejar atrás aquel intento fallido de entendimiento.

—Y si ves publicaciones o estados donde estamos reunidos... no te lo tomes a mal.

—No te preocupes por eso, Natalie. Que tengas un buen día —respondí antes de darme la vuelta.

Regresé a casa con la cabeza hecha un caos. Las emociones se agolpaban unas contra otras, revolviéndome el estómago.

¿De verdad había estado tan ciega? ¿Era Natalie una persona tan vacía como comenzaba a parecerme?

Lo que más me atormentaba era otra cosa.

¿Cómo podía alguien restarle importancia a un intento de suicidio? Incluso si hubiese sido una llamada de atención, ¿acaso eso no era también una forma desesperada de pedir ayuda?

¿Y qué ocurría con Georgina? ¿Era posible que hubiera estado moviendo los hilos desde su llegada? La idea me parecía absurda. Según todo lo que Greg me había contado, siempre había sido una mujer exitosa e independiente. Sin embargo, ahora Greg destacaba más que ella e incluso más que Ely. ¿Podía tratarse de envidia? ¿De una necesidad de conservar cierta influencia sobre quienes la rodeaban? Después de todo, si algo permanecía firme en mi familia pese a la tormenta que atravesábamos, era nuestra estabilidad económica.

Un maullido de Mía me arrancó de aquellas cavilaciones. Al mirar a mi alrededor, descubrí un charco de vómito en el suelo y el evidente agotamiento en los ojos de la gatita. La tomé en brazos y corrí al veterinario.

Le realizaron varios estudios y permanecimos allí durante horas. Más tarde, Greg y Jason se reunieron conmigo tras recibir mi mensaje. Finalmente, le dieron el alta con medicación. El diagnóstico no era concluyente, aunque el veterinario sugirió que podía tratarse de una depresión derivada de algún evento traumático. Según él, Mía había atravesado una situación de estrés lo bastante intensa como para afectar su comportamiento. Aquello me hizo sentir terrible.

Al regresar a casa, pedí a todos que intentáramos mantener la calma durante los días siguientes para ayudarla a recuperarse. Nadie puso objeciones. Luego me dirigí al estudio y lo acondicioné para que estuviera lo más cómoda posible. Incluso cambié el sofá por uno más cómodo, en L, para dormir allí con ella las noches que hicieran

falta y hacerle sentir que estaba protegida. No podía evitar preguntarme si aquellos ruidos inexplicables y las sombras que parecían rondar la casa también la estaban afectando.

Recordé las palabras de Cris sobre la magia oscura y un profundo temor me llenó por completo. Recé durante largo rato, aferrándome a aquello como quien busca un salvavidas en medio de la tormenta, hasta que el agotamiento terminó por vencerme.

Aquella noche tuve un sueño distinto.

En él, Jason podía hablar y escuchar. Me miraba con urgencia y me repetía que debíamos marcharnos de aquel lugar cuanto antes, antes de que fuera demasiado tarde. Alrededor se extendía un amplio terreno y, en medio de este, una casa de dos plantas pintada en tonos tierra y azul. En el segundo piso destacaba un enorme ventanal tras el cual podían distinguirse varios maniquíes.

Una fuerza irresistible me invitaba a entrar.

Para entonces, Jason ya había corrido lejos de allí.

Cuando me dispuse a cruzar la entrada, una mano se posó sobre mi hombro y me detuvo. Me giré sobresaltada. Frente a mí había una mujer de piel muy blanca y cabello oscuro que me susurraba algo incomprensible. Intenté descifrar sus palabras, pero solo cuando acercó el rostro al mío logré escucharla con claridad.

—¡Despierta!

Abrí los ojos de golpe.

La niebla me rodeaba por completo, aunque permanecía detenida a mitad de la habitación, como si hubiera trazado una frontera invisible. Del otro lado distinguí una sombra inmóvil junto a Mía. Ni la figura ni mi gatita se movían.

El miedo me paralizó por un instante, pero sin pensarlo más me levanté y avancé hacia ella.

Cuando la tomé en brazos, emitió un leve gemido que me devolvió el aliento.

La niebla, que seguía envolviéndome como un manto protector, se extendió también sobre Mía. La sombra retrocedió y terminó por desvanecerse.

Desde aquella noche, Mía comenzó a mejorar lentamente. Yo procuré no dejarla sola ni un instante. De algún modo, sentía que mientras permaneciera a mi lado, quienquiera que me protegiera también la protegería a ella, cobijándola bajo aquel vaho blanquecino que, para entonces, se había convertido en el único aliado en quien todavía confiaba.

CAPÍTULO 16

Bullying

VALERIE

Unos días antes de Navidad, recibí una llamada del laboratorio donde me había realizado los exámenes médicos. Los resultados ya estaban listos y, con todo lo que había ocurrido en las últimas semanas, ni siquiera había recordado ir a buscarlos. El tono preocupado de la enfermera bastó para inquietarme; insistió en que acudiera personalmente, así que, aunque me aterraba dejar a Mía sola en casa, me vestí y fui.

El diagnóstico no era grave, pero sí requería atención. Tenía los niveles de TSH completamente alterados y, sumado a la mala alimentación que había mantenido durante meses, aquello estaba afectando distintos aspectos de mi salud. Me recetaron medicación y me remitieron a varios especialistas. Según la doctora, aquel desequilibrio podía explicar el insomnio, los mareos e incluso algunas posibles alucinaciones. Sin embargo, yo sabía que la realidad era más compleja que eso, así que opté por guardar la información para mí. No quería ofrecerle a nadie más argumentos para desacreditar lo que estaba viviendo ni dar pie a nuevas tensiones con Greg, si es que nuestra situación aún podía deteriorarse más.

Al regresar a casa, fui directamente al estudio para ver a Mía. Por fortuna, se encontraba más animada e incluso había terminado toda la comida que le había dejado. Lo único fuera de lugar era el desorden que reinaba en la habitación. Entre los objetos revueltos distinguí un bolso donde guardaba varios rollos sin revelar,

pertenecientes a fotografías antiguas tomadas con la cámara que me había regalado mi madre. No supe explicar la razón, pero sentí un impulso repentino de revisarlos, así que entré en el cuarto de revelado.

Encendí la tenue luz roja del cuarto de revelado y cerré la puerta tras de mí. Hacía semanas que no trabajaba con fotografía analógica, pero mis manos aún conservaban la memoria de cada movimiento: extraer el rollo en la oscuridad, montarlo con cuidado en la espiral metálica y sumergirlo en los químicos que, poco a poco, arrancaban las imágenes de la nada.

Siempre había encontrado algo profundamente fascinante en aquel proceso.

Esperé en silencio mientras el revelador hacía su trabajo, acompañada únicamente por el leve goteo del agua y el sonido acompasado de mi respiración. Cuando finalmente colgué las tiras húmedas frente a la luz, las escenas comenzaron a revelarse una tras otra: Blue Ridge, la casa, los chicos jugando entre las cajas de la mudanza, Greg sonriendo mientras descargábamos el camión, y la niebla extendiéndose sobre las montañas como un manto silencioso.

Me quedé contemplándolas más de lo necesario.

Aquellas fotografías pertenecían a otra época. A otra versión de nosotros.

En cada imagen habitaba una felicidad serena y genuina, la convicción casi infantil de haber encontrado, por fin, un lugar al que llamar hogar. Mientras recorría los negativos con la mirada, me resultaba imposible comprender en qué momento aquella certeza se había resquebrajado. Apenas habían transcurrido unos meses desde nuestra llegada y, sin embargo, esas escenas parecían provenir de una vida remota, tan distante que costaba reconocerla como propia.

Al volver al estudio, me dejé caer en el sofá. Sin pensarlo demasiado, tomé una fotografía digital que había hecho dentro del cuarto de revelado y la subí a mis redes sociales. En ella aparecían tres fotografías colgadas; en una estábamos Ely, Natalie, Greg y yo.

La nostalgia me golpeó con fuerza, así que la acompañé con una simple frase:

Cuando éramos felices y lo dimos por sentado.

Llevaba tantos días sin publicar nada que, por alguna razón, la imagen comenzó a difundirse con rapidez. Apenas unos minutos después, recibí un mensaje de Greg pidiéndome que la eliminara.

Me dolió. No entendía qué tenía de malo, pero aun así la borré.

Cuando llegó a casa, su expresión dejaba entrever agotamiento y una frialdad que ya me resultaba familiar. Supe de inmediato que aquello no terminaría en una conversación breve y que, una vez más, algo estaba a punto de quebrarse entre nosotros.

Fui al salón y me senté. Él entró detrás de mí.

—Valerie, esto ya se nos salió de las manos —dijo con gravedad—. No entiendo qué te está pasando, pero tienes que parar.

—Explícame, por favor —respondí, tragando el nudo que me cerraba la garganta antes siquiera de conocer el motivo de aquel reclamo.

—¿Por qué publicaste esa foto? —preguntó—. ¿Qué necesidad había de herir así los sentimientos de mi hermana?

El desconcierto debió hacerse evidente en mi rostro, porque enseguida intentó desarrollar su argumento.

—No pongas esa cara de sorpresa. Eres una mujer inteligente y sé perfectamente que sabías lo que estabas haciendo cuando publicaste esa foto —añadió—. Era una indirecta. Una forma de decir que estábamos mejor antes de que Georgina llegara y de que todo cambiara entre nosotros, Natalie y Ely. Lo que no entiendo es por qué sigues empeñada en culparla de una brecha que ya existía.

Inspiré despacio para contener el enojo.

¿Cómo podía haber interpretado algo tan distinto de lo que realmente sentía?

Sí, extrañaba las barbacoas, las partidas interminables de juegos de mesa, las risas compartidas, la complicidad entre mis hijos y aquella sensación de pertenencia que nos envolvió al llegar a Blue Ridge. Pero mi nostalgia no tenía nada que ver con Georgina. Lo único que anhelaba era recuperar aquella paz que alguna vez creí definitiva.

Intenté explicárselo.

—Greg, solo sentí nostalgia y quise reflejarla en mis redes. Quizás...

No me dejó terminar.

—¿Y se te ocurrió pensar que esa publicación también podía despertar esa misma nostalgia en Jason y empeorar su estado emocional? —me interrumpió, elevando la voz—. ¿No consideraste que algo así podría empujarlo otra vez a intentar hacerse daño?

Mis manos volaron a mi boca. El impacto de sus palabras me dejó sin aliento.

—¿Por qué me ocultaste algo tan grave? —continuó, con una mezcla de reproche y dolor—. ¿Tan culpable te sientes?

¿Culpable? ¿De qué se suponía que era culpable? Mi mente era incapaz de seguir el hilo de sus palabras. Greg parecía un desconocido. Y yo solo quería llorar, gritar, salir corriendo. Huir de Blue Ridge, de aquella casa y de aquel hombre que durante años había sido mi refugio y que ahora comenzaba a sentirse como una condena.

—¿Culpable de qué, Greg? —pregunté con una firmeza quebrada por las lágrimas que me cerraban la garganta—. El único responsable de que no te haya contado nada eres tú.

—No me vengas con...

—¡No! —lo interrumpí—. Ahora voy a hablar yo.

Tomé aire profundamente. Por primera vez en meses dejé de ordenar argumentos y explicaciones. Ya no quería convencerlo de nada. Solo necesitaba sacar todo aquello que había guardado dentro.

—La noche en que ocurrió, estabas ebrio, celebrando con la gente de la oficina, y yo estaba intentando sostenerte porque sabía cuánto te había afectado la actitud de Ely —comencé—. Me tragué todo sola. Y no fue únicamente lo de Jason, fueron muchas más cosas. Guardé silencio porque le hice una promesa a mi hijo y traté de respetarla. Después, cuando pensé que contarle a Natalie podría hacer que entendiera un poco mejor lo que estábamos viviendo, también me equivoqué. Lo utilizó en mi contra, igual que han hecho con todo lo demás. Y tú les creíste.

—Podías habérmelo dicho después —replicó con un tono más contenido.

Se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos sobre las piernas y bajó la cabeza. Esta vez no parecía enfadado, sino agotado. Como si aquella conversación también le estuviera pasando factura.

—¿Cuándo, Greg? —pregunté, incapaz de contener el dolor—. ¿Cuando me acusaste de serte infiel con Chace porque decidiste creer en unas fotografías que te hizo llegar tu hermana? ¿O durante todos esos días en los que comenzaste a evitarme y yo me quedaba despierta, esperando escuchar tus pasos subir las escaleras?

—Valerie... —susurró con la voz tan quebrada como la mía—. Sé que no todo ha sido culpa tuya, pero también tienes que entender que estoy en medio de todo esto.

—Lo sé, y precisamente por eso he aguantado tanto —repliqué—. Pero si tú te sientes atrapado, imagina cómo me siento yo, que soy el blanco de todas las críticas. Tu familia y tus amigos no me quieren cerca, no me incluyen. Para ellos soy una bruja, una infiel, una egoísta. Y, aun así, parecen vivir pendientes de cada cosa que hago. Me observan, me siguen, tergiversan mis palabras, convierten cualquier gesto en una prueba en mi contra. Han llegado a tal extremo que ya no encuentro una explicación racional para nada de esto. Porque me cuesta creer que tú, de verdad, hayas podido pensar algunas de las cosas que me has dicho. A veces siento que alguien está manipulando todo.

—Por Dios, Valerie, ¿de qué estás hablando?

—Beth me contó que Natalie llegó a decirle una vez que Ely jamás la abandonaría porque lo tenía amarrado con un ritual —confesé—. ¿Qué te hace pensar que no podría intentar algo parecido con el resto de nosotros?

Greg soltó una exhalación incrédula.

—¿Desde cuándo Beth se convirtió en una fuente fiable? Hace unos meses eras tú quien no quería saber nada de ella.

—Porque Natalie y Georgina me convencieron de ello —respondí sin vacilar—. Solo que, en algún momento, las cosas cambiaron y pasé de ser parte del grupo a convertirme en el problema. Me hicieron a un lado y ahora siento que están intentando destruir todo lo que tengo.

Las palabras salieron de golpe. Ya no tenía fuerzas para seguir midiendo cada frase ni para preocuparme por cómo pudiera sentirse alguien más.

—¿De verdad no has notado nada? —pregunté—. Dime que no has visto sombras. Que no has escuchado ruidos extraños, susurros o cosas fuera de lugar dentro de esta casa.

La expresión de Greg cambió de inmediato. Durante un instante creí que, al fin, me entendía. Hubo algo en su mirada que pareció ablandarse, como si estuviera a punto de acercarse y abrazarme. Por unos segundos fugaces pensé que volvía a reconocer al hombre con el que me había casado, oculto detrás de aquel desconocido que llevaba meses juzgándome. Pero me equivoqué.

—Georgina tenía razón —murmuró con gravedad—. Creo que necesitas ayuda, Valerie. Y la necesitas pronto. Quizá sería conveniente que pasaras una temporada internada en una clínica.

Sentí cómo algo dentro de mí terminaba de quebrarse.

El dolor fue tan intenso que me dejó sin aire. Primero llegó como una punzada seca y profunda; después, como si aquello que aún

permanecía entero hubiera sido reducido a escombros sin posibilidad de reparación.

Greg conocía mejor que nadie el terror que aquellas palabras despertaban en mí. Durante años le había contado sobre aquel sueño recurrente de mi juventud, en el que intentaba escapar de una institución psiquiátrica mientras mi padre me esperaba afuera, dentro de un taxi. También sabía que ese temor había sido una de las razones por las que siempre me había tomado muy en serio mi salud mental, asistiendo a terapia y procurando entenderme a mí misma para evitar cualquier desequilibrio.

La idea de perder la cordura siempre había sido una de mis mayores pesadillas. Tan profunda era esa angustia que incluso evitaba películas o series donde personas sanas eran confinadas en instituciones mentales. Me parecía una crueldad insoportable, una de las formas más rápidas de destruir a alguien hasta convencerlo de que estaba loco.

El golpe terminó de resquebrajar todo cuanto quedaba en pie dentro de mí. En lo más hondo de mi corazón —en un lugar que ni el miedo ni la duda habían logrado alcanzar— sabía que lo que ocurría a mi alrededor no era fruto de mi imaginación. Mía no había enfermado de la nada. Jason no se había lastimado sin motivo. Había demasiadas piezas fuera de lugar, demasiadas coincidencias acumuladas para aceptar que todo era producto de mi mente. Lo que no lograba comprender era cómo Greg podía mirarme y no creerme.

Nos habíamos enfrentado juntos a situaciones mucho más extrañas a lo largo de los años.

Me puse de pie. Lo observé fijamente y, cuando por fin encontré la voz, pronuncié lo único que me pareció razonable.

—Te desconozco, Greg. Creo que lo mejor es que tomemos caminos separados por un tiempo.

Las lágrimas afloraron de inmediato en sus ojos, como si tampoco quisiera llegar a ese punto y, aun así, se sintiera incapaz de evitarlo.

—Lo sé —murmuró—. Por eso acepté un proyecto en Utah. Estaré allá unos meses. Julie se quedará unos días con Georgina. Jason aquí, contigo. Solo te pido una cosa: él no necesita más problemas. No le llenes la cabeza con estas ideas.

La noticia me atravesó como una cuchilla. Detestaba la idea de que Julie volviera a marcharse con Georgina, pero discutir ya no tenía sentido. Sentía que lo había perdido todo: mi matrimonio, el hogar que habíamos construido, las amistades que creí genuinas y, de una u otra forma, también a mis hijos.

No respondí. Le di la espalda y abandoné el salón.

Subí las escaleras casi a ciegas, conteniendo un llanto que ya no podía sostener. Me refugié en el estudio, cerré la puerta y me derrumbé en el sofá con Mía entre los brazos. Allí, abrazada a ella, lloré hasta quedar vacía.

La niebla acudió una vez más.

Se deslizó silenciosa por la habitación y me envolvió con su manto blanquecino. Y aunque nada podía reparar lo que acababa de romperse, estoy convencida de que fue aquel abrazo etéreo el que impidió que la tristeza terminara de consumirme esa noche.

CAPÍTULO 17

El Intento

VALERIE

Cuando escuché cerrarse la puerta principal y, segundos después, el motor del auto de Greg alejándose por el camino, algo se quebró definitivamente dentro de mí. Fue como si un interruptor se activara en mi mente para obligarme a comprender lo que hasta entonces me había negado a aceptar: no era una pesadilla. Era real. Greg se había marchado.

Resulta casi imposible describir lo que sentí. Era una tristeza lacerante, una soledad tan vasta que parecía no tener límites y un miedo insoportable a que aquello fuera el principio del fin. Apenas unos meses atrás contemplaba el futuro con ilusión; ahora, en cambio, solo alcanzaba a distinguir sombras.

Tomé a Mía entre mis brazos y me refugié en nuestra habitación. Me recosté sobre la cama, aferrándome a ella mientras aspiraba su olor familiar. Ya no lloraba con sollozos; las lágrimas simplemente corrían sin permiso, inagotables. Pensé en mis hijos, en mi padre, buscando algún motivo para seguir adelante, alguna razón que no dependiera de mí misma. Pero cuanto más buscaba, más vacío encontraba. Nadie parecía necesitarme. Nadie, salvo quizá Mía. Y a esa mínima certeza me aferré con todas mis fuerzas.

Debí quedarme dormida durante horas, porque cuando abrí los ojos ya era de noche. La niebla continuaba allí, envolviéndome con su presencia silenciosa. Alcancé a ver una sombra desvanecerse tras la puerta de la habitación y pensé en Jason, aunque ni siquiera estaba

segura de que siguiera en casa. Revisé la aplicación de rastreo de mi teléfono y descubrí que se encontraba en casa de Víctor. Julie seguía con Georgina y Greg ya estaba en Utah.

No me moví. No encontraba motivo para hacerlo. Las lágrimas volvieron a brotar sin resistencia alguna y, antes de que pudiera comprender cuánto tiempo había transcurrido, la oscuridad cedió paso a la luz de una nueva mañana.

Me obligué a salir de la cama. Fui al baño y me quedé bajo la ducha durante largo rato, como si el agua pudiera arrastrar algo más que el cansancio. Me vestí con desgana, bajé a la cocina y abrí la nevera: un yogur, tres cucharadas apenas, sin verdadero apetito.

El teléfono vibró con un bip que me devolvió una chispa de esperanza absurda, inmediatamente extinguida al ver el nombre en la pantalla: Chace. Abrí el mensaje. Solo había un contacto y una frase: *"ve a verla, te ayudará".*

El miedo volvió a instalarse con fuerza. Una parte de mí seguía convencida de que Chace y Cris podían haber sido el origen de todo lo que me estaba destruyendo, aunque otra voz, más débil, me insistía en que no tenía sentido. La historia de la turmalina seguía enredándome la mente, deformando cualquier intento de pensamiento claro. Todavía con esa inncertidumbre, no sé qué impulso me llevó a marcar el número. Lo hice sin demasiada convicción.

Me contestó una recepcionista que me informó, con naturalidad, de que tenía cita para el mediodía: era un consultorio de psicoanálisis.

Tomé las llaves del auto y salí. Si ya lo había perdido todo, pensé, poco importaba intentar lo que fuera.

Al llegar, me atendieron de inmediato. La doctora se encontraba con otro paciente, pero me indicaron que, en cuanto saliera, me darían prioridad. Incluso sin haberme mirado en un espejo, supe que debía de ofrecer una imagen descompuesta para que tomaran aquella decisión por encima del turno de las 11:00 a.m.

Me senté a esperar con el kennel entre las manos. No pensaba separarme de Mía mientras siguiera respirando.

No habían pasado más que unos minutos cuando la recepcionista me indicó que podía pasar.

El consultorio resultaba acogedor, lejos de esos espacios blancos e impersonales que evocan vacío y desamparo. Predominaban los tonos cálidos —beige, marrón, salmón suave—, con algunos acentos de verde aportados por plantas distribuidas con discreta intención, como si la naturaleza hubiese sido invitada a entrar sin romper la armonía. Contra todo pronóstico, me sentí extrañamente cómoda dentro de mi propia incomodidad.

Tomé asiento en el sillón que la doctora me indicó y aguardé en silencio.

—Hola, Valerie. Mi nombre es Alyah, y estoy aquí para escucharte —dijo, acomodándose en una butaca cercana.

—¿Cómo conoce a Chace? —pregunté, sin rodeos.

—Soy su cliente —respondió con naturalidad.

La afirmación me resultó inverosímil. ¿Cómo podía una profesional de la ciencia ser cliente de alguien vinculado a lo esotérico? Por un instante pensé que quizá me había equivocado de lugar, que aquel consultorio no era lo que creía. Sin embargo, antes de que pudiera seguir elaborando esa idea, la doctora añadió:

—No soy cliente de la tienda, aunque eso no me hace menos creyente. Chace me ha ayudado con ciertos asuntos de índole tecnológica… ya sabes, su parte de ingeniería.

No tenía la menor idea de que Chace se dedicara a algo así. Nunca habíamos llegado a ese punto de su vida, y en mi mente él y Cris seguían reducidos a aquella imagen difusa de lo esotérico: cristales, objetos extraños y rituales difíciles de encajar en cualquier lógica.

No respondí. Me limité a esperar en silencio a que la doctora continuara.

—Sé que no es sencillo abrirse con una desconocida, pero ¿qué tienes que perder? —preguntó con suavidad.

—Nada —murmuré—. Ya no me queda nada.

—Tienes a Chace, y sospecho que también a Cris —añadió—, y por lo que veo, también a ese hermoso gatito que traes contigo —concluyó, señalando el kennel.

Negué con la cabeza sin encontrar palabras. Porque, aunque amaba profundamente a Mía y, en algún rincón confuso de mí misma, aún valoraba a Chace y a Cris, aquello no era lo que realmente deseaba. Lo que añoraba era otra cosa: volver atrás, a Nueva York, cuando la vida aún parecía intacta, cuando mi familia seguía unida incluso en la estrechez de aquel pequeño apartamento de Sunset Park y el resto del mundo no tenía forma de infiltrarse.

—Entiendo —dijo la doctora—. Entonces, ¿por qué no intentamos recuperar eso que sientes perdido?

—No se puede —respondí de inmediato.

—Sí se puede, Valerie —replicó con serenidad—. No todo está perdido si aún existe el intento. De nuevo, ¿qué podrías perder?

Asentí en silencio.

—Cuéntame entonces —continuó—. Lo que necesites decir. No tienes que empezar por ningún punto concreto, y puedes omitir lo que aún no quieras compartir. Solo habla, como te resulte posible.

El silencio se instaló entre nosotras. Y, aun queriendo hacerlo, no lograba romperlo.

El ambiente del consultorio comenzó a volverse más liviano, casi etéreo, como si el aire se hubiese impregnado de un leve vaho blanquecino. La doctora sonrió con serenidad, y en ese gesto encontré un indicio inesperado: tal vez ella sí percibía lo mismo que yo. Desde que habíamos llegado a Blue Ridge, aquella niebla había aparecido de formas tan evidentes que cualquier persona razonable debería haberla notado; sin embargo, todos parecían ignorarla,

como si no existiera. Todos, excepto Mía y yo, y tal vez Chace. Aquella certeza hizo que sintiera una mínima confianza, y en ella me desbordé.

Empecé a hablar sin freno, como si una compuerta se hubiese abierto de golpe: la llegada a Blue Ridge, las sombras, la muerte de mi madre y todo lo que vino después, los sueños, las sensaciones, los miedos… absolutamente todo. No dejé nada dentro, aunque en el fondo me aterraba la idea de que aquello derivara en un diagnóstico que terminara por encerrarme en un instituto psiquiátrico. Aun así, ¿qué importaba ya? En realidad, ya me sentía aislada como si ese encierro hubiese comenzado mucho antes.

Contra todo pronóstico, la doctora no reaccionó con alarma ni juicio. Se mostró abierta, receptiva, y dio por válido lo que contaba, sin ponerlo en duda. Me aseguró que no debía temer por mi estabilidad mental, y añadió que era mucho más fuerte de lo que yo misma creía. Según ella, cualquier persona que hubiese atravesado todo lo que yo había relatado en tan poco tiempo no habría llegado sola y por voluntad propia a una consulta: el simple hecho de estar allí hablaba de resistencia, no de fragilidad.

—La fuerza está dentro de ti, Valerie —dijo, sosteniéndome la mirada—. Deja de buscarla fuera.

—No quiero estar sola —respondí entre lágrimas.

—No lo estás —replicó con calma—. Te tienes a ti misma, y en la medida en que tú lo reconozcas, también podrás ver a quienes te aman.

Me resultaba difícil encajar lo que acababa de escuchar. Podía repetirme que me tenía a mí misma, sí, pero la sensación de soledad seguía intacta, como una verdad inamovible.

—No lo pienses demasiado —aclaró ella con suavidad—. Empieza por tratarte como tratarías a una amiga. Háblate, date los consejos que darías a alguien en tu situación. Al principio puede parecerte absurdo, pero créeme, puede ayudarte.

Asentí sin verdadera convicción, sin estar segura de que fuera algo que pudiera poner en práctica. Sin embargo, sus palabras quedaron clavadas en algún lugar de mi mente, repitiéndose de forma insistente durante el resto del día.

Me extendió una receta para retirar unas pastillas contra la ansiedad en la farmacia. Me explicó que eran muy suaves, sin riesgo de adicción, y que podrían ayudarme a relajarme lo suficiente como para dormir mejor.

—El descanso nocturno es fundamental para mantener la mente en equilibrio —añadió antes de despedirnos.

También me entregó su número personal, por si necesitaba una cita de urgencia.

Al salir, busqué el medicamento en internet para comprobar lo que me había dicho, y efectivamente coincidía: era un fármaco ligero, sin potencial adictivo y con efectos secundarios mínimos, centrados básicamente en la relajación. Eso me dio cierta tranquilidad.

Pasé por la farmacia y lo recogí antes de volver a casa. Al entrar, confirmé que seguía sola, y esa constatación me devolvió de golpe a mi realidad. Me preparé un sándwich mientras seguía dándole vueltas a todo lo que la doctora había dicho; apenas logré terminar la mitad. La comida no terminaba de entrarme. Finalmente, subí al estudio, encendí la televisión y traté de distraerme.

Sentí un ruido y me levanté con sobresalto para averiguar de qué se trataba. Jason estaba subiendo las escaleras; se detuvo en el pasillo y me miró.

—Hola, mamá —señaló.

Aquellas dos palabras, tan simples, me resultaron casi irreales, como si me devolvieran el aire que no sabía que había perdido.

—Hola, hijo —respondí.

—¿Estás bien? —preguntó.

Supuse que mi aspecto debía de ser deplorable.

—Ahora sí —murmuré.

Una leve media sonrisa se dibujó en su rostro antes de continuar hacia el ático.

Sin darme cuenta, yo también estaba sonriendo. Me repetí que no perdía nada intentando algo distinto, y empecé a hablar conmigo misma en voz baja, como me había sugerido la doctora. Poco a poco fui tomando conciencia de mi propio estado: el agotamiento acumulado, los días sin comer ni dormir bien, el desgaste que eso implicaba.

Sin embargo, la sensación de peligro persistía; seguía ahí, latente, como una amenaza invisible. Jason estaba en casa ahora, y eso cambiaba todo. Necesitaba protegerlo, igual que hacía con Mía.

Bajé a la cocina, tomé una de las pastillas recetadas y volví a mi habitación. Si conseguía dormir lo suficiente durante la tarde, quizá podría mantenerme más alerta por la noche y vigilar mejor a Jason… y a aquello que acechaba en las sombras.

Me quedé profundamente dormida.

En el sueño, la mujer de cabello oscuro volvió a aparecer. Esta vez parecía afligida; intentaba decirme algo, pero sus palabras se perdían en un lenguaje incomprensible. La desesperación la hizo alzar la voz, mientras yo me dejaba arrastrar, como si una fuerza invisible me condujera hacia otro lugar: un campo vasto y desolado donde Natalie y Georgina aguardaban junto al resto de la familia de Natalie… y también la mía.

Quise correr hacia ellos —Greg y Julie estaban allí—, pero cuanto más intentaba alcanzarlos, más se alejaban, como si el espacio entre nosotros se estirara sin fin. Cuando me giré de nuevo, la mujer había desaparecido. Después ya no vi a nadie; todo comenzó a oscurecerse lentamente, hasta volverse una sombra continua. Entonces escuché otra voz, una que me gritaba que despertara.

Cuando abrí los ojos, el rostro de Jason, desencajado y cubierto de lágrimas, me desorientó por completo. Miré alrededor: no estaba en

casa. Las luces blancas me hirieron la vista, pero poco a poco logré reconocer el entorno. Estaba en un hospital.

—Jason… ¿qué pasó? —pregunté.

Él me abrazó con fuerza y rompió en llanto.

Yo no entendía nada.

—¿Por qué, mamá? —sollozó—. Yo sigo aquí… ¿por qué hiciste algo que me prometiste que nunca harías?

Su pregunta me dejó helada.

—Hijo, yo no intenté quitarme la vida —respondí, aún confundida.

—Claro que sí, mamá —insistió—. Los análisis mostraron todo lo que tomaste.

Intenté reconstruir los hechos en mi mente, pero solo recordaba haber tomado una pastilla, nada más. ¿Cómo era posible que algo tan leve hubiera provocado aquello?

Más tarde, el médico me explicó que en mi sangre habían encontrado una cantidad significativa de otra sustancia: Xanax.

Mi mente giraba sin reposo: ¿había sido engañada por la doctora?, ¿por la farmacia?, ¿o era mi propia percepción la que me traicionaba y, de algún modo imposible de explicar, había sido yo misma quien había obtenido aquella sustancia? Pero, si era así, ¿cómo?

Según el médico, Jason había encontrado el frasco de las pastillas recetadas por la doctora Alyah junto a mi cama. Dentro solo quedaba una, pero no coincidía con la que yo recordaba haber tomado: la mía era roja y blanca; aquellas eran azules y contenían un compuesto distinto. ¿Alguien las había sustituido? ¿Lo había hecho yo sin ser consciente? ¿En qué momento había ocurrido todo eso? La sensación de desorientación era absoluta.

Vivian, la madre de Víctor, apareció en el hospital, y solo cuando ella asumió cierta responsabilidad sobre mi situación me dieron el alta médica. Habían intentado contactar a mis números de emergencia,

pero tanto mi padre como Greg estaban lejos, y no respondieron a tiempo. Jason, desesperado, había recurrido a ella para pedir ayuda.

Me resultaba humillante haber tenido que depender de una persona casi ajena para algo tan elemental como sobrevivir a una crisis. Aunque aquello me dejaba una certeza inquietante: Jason tampoco confiaba en Georgina ni en Natalie. O tal vez sí, y simplemente ellas habían decidido no involucrarse.

Al llegar a casa, noté varios mensajes en el teléfono, que seguía sobre la cama. Chace y Cris habían intentado llamarme y escribirme. Borré las conversaciones sin siquiera abrirlas. No tenía claridad sobre nada. Seguía aferrándome a la idea de que alguien me había engañado, aunque Jason insistiera en que todo había sido un intento de suicidio, quizá motivado por llamar la atención de todos… incluso de Greg.

Mi padre también había escrito. Lo llamé de inmediato, antes de que abordara un avión para venir a verme. Logré calmarlo, asegurándole que había sido un error, un simple desmayo. Me creyó, aunque percibí en su voz que no termnaba de tranquilizarse del todo.

Greg no había escrito. Intenté llamarlo, pero su teléfono enviaba directamente al buzón de voz. Eso me dejó un vacío incómodo, más profundo de lo que quería admitir.

Jason entró en mi habitación con una bandeja de comida: puré de papas, crema de vegetales y jugo de manzana. Junto a los platos había una pequeña caja de regalo. Se inclinó y me besó la frente antes de dejar la bandeja sobre mis piernas.

—Feliz Navidad, mamá.

Había estado tan absorbida por todo lo ocurrido que ni siquiera había registrado la fecha. Los días habían pasado sin forma, y mi mente seguía atrapada en un estado de confusión constante. Quizá sí había tomado más de lo que recordaba, quizá había hablado con la doctora y pedido algo más fuerte sin ser consciente. Revisé el registro de llamadas: allí estaba, una llamada a la doctora Alyah el día anterior, apenas un día después de la consulta.

Dejé el teléfono a un lado. Algo, en efecto, estaba profundamente mal conmigo… y todos parecían tener razón.

Con lágrimas en los ojos, abrí la cajita. Dentro había una pulsera con pequeños dijes: una cámara, un delfín, un tulipán y, más importante aún, unas manos formando un corazón que parecía condensar el resto de los símbolos, como si en él se resumiera lo esencial. El amor de mi hijo.

Me repetí que, pese a todo lo ocurrido, no permitiría que nada me apartara de su lado. Yo me había prometido ser su lugar seguro, su punto de regreso; sin embargo, era él quien, sin saberlo, acababa de devolverme al mío.

CAPÍTULO 18

Umbral

LA NIEBLA

No fue como ellos creen.

La memoria humana tiene una forma frágil de protegerse cuando algo rompe el orden natural de los acontecimientos. Recorta. Distorsiona. Encierra ciertos fragmentos en lugares donde ni siquiera el propio pensamiento logra alcanzarlos sin sentir miedo. Por eso Valerie solo recuerda partes. Instantes dispersos. La sensación de cansancio. El sabor amargo en la boca. La confusión creciendo demasiado rápido.

Pero hay vacíos que no le pertenecen.

Y eso es lo que más me inquieta.

La observé aquella noche desde los márgenes, intentando aproximarme a través de señales cada vez más inútiles. La casa respondió antes que ella: las paredes tensándose, el aire perdiendo temperatura, la estructura misma alterándose bajo una presencia que no debería haber podido entrar tan lejos. Intenté advertirle. Lo hice una y otra vez. Pero algo alrededor de Valerie desviaba cada intento, como si otra voluntad hubiera aprendido a interceptarme.

No estaba sola.

Aunque aún no pueda comprenderlo.

Hubo un instante preciso —mínimo, casi imperceptible— en el que algo cambió dentro de ella. La energía se volvió irregular. Su

conciencia comenzó a desplazarse de sí misma como una puerta mal cerrada movida por el viento. Después vino la niebla en su mente. Espesa. Artificial. Distinta a mí.

Eso no nació de ella.

Y tampoco fue casualidad.

Las verdaderas influencias oscuras rara vez actúan con violencia inmediata. Prefieren deformar la percepción primero. Alterar pequeñas decisiones. Inducir pensamientos ajenos hasta hacerlos parecer propios. Lo suficiente para que, más tarde, la víctima dude incluso de su propia memoria.

Eso fue lo que intentaron hacerle.

Ahora la escucho cuestionarse en silencio. Intentando reconstruir la secuencia de aquella noche. Preguntándose cómo algo tan pequeño pudo convertirse en una caída tan profunda. Por qué ciertas imágenes no encajan. Por qué recuerda una sola decisión mientras el resto del mundo insiste en contarle otra historia.

Y la duda comienza a consumirla.

Porque hay algo profundamente aterrador en dejar de confiar en la propia mente.

Ellos lo saben.

Por eso eligen caminos donde la verdad puede confundirse fácilmente con agotamiento, ansiedad o dolor emocional. Así las señales pasan desapercibidas. Así todo parece tener una explicación lógica. Y así el daño avanza sin levantar sospechas.

Pero yo vi la grieta abrirse.

Vi cómo algo externo se aferró a ella en el momento exacto en que sus defensas estaban más debilitadas. Vi la forma en que intentaron conducirla hacia un lugar del que quizá no habría regresado igual.

Y también vi algo más.

Resistencia.

Incluso envuelta en confusión, incluso atrapada dentro de una voluntad que no terminaba de reconocer como ajena, una parte de Valerie siguió luchando. Pequeña. Instintiva. Pero suficiente para impedir que la oscuridad terminara de hundirse completamente dentro de ella.

Eso no estaba previsto.

Ahora todo alrededor se ha vuelto más inestable. La casa lo percibe. Los espacios contienen ecos que antes no existían. Y aquello que intentó alcanzarla comienza a moverse con mayor cautela, consciente de que estuvo demasiado cerca de mostrarse antes de tiempo.

Yo también he cambiado.

Ya no intentaré protegerla como antes. No permitiré otra fractura semejante sin intervenir con más fuerza. Buscaré cualquier abertura posible para llegar hasta ella, incluso si debo desgarrar las barreras que me mantienen afuera.

Porque Valerie aún cree que sobrevivió por azar.

Y está equivocada.

Algo dentro de ella respondió cuando debía hacerlo. Algo que ni siquiera comprende todavía. Algo que otros ya empezaron a notar… y a temer.

Debes despertar antes de que vuelvan a intentarlo, pequeña.

CAPÍTULO 19

Jason

JASON

Desde que llegamos a Blue Ridge, tuve la sensación de que algo importante iba a suceder. No sabía si sería algo bueno o algo terrible, pero lo percibía con claridad. Y no me equivoqué. Todo se convirtió en un torbellino de acontecimientos que, aunque probablemente pude afrontar mejor, también estuvieron marcados por influencias ajenas que escapaban a mi control.

Ely y Natalie nunca me habían agradado. Natalie, en realidad, apenas la conocía; pero a Ely lo había observado desde que yo era un niño, cada vez que venía de visita durante las vacaciones.

Las personas sordas desarrollamos formas distintas de percibir el mundo. Cuando no dependes del oído, aprendes a prestar atención a detalles que otros pasan por alto. El ruido suele distraer, confundir y ocultar muchas cosas. Nosotros no tenemos ese filtro. Pueden engañarnos de otras maneras, pero no mediante sonidos. Quizá por eso siempre he sido muy observador, y desde hace años tenía la impresión de que Ely vivía a través de los demás. Rara vez parecía partir de una idea propia; más bien esperaba a que alguien tuviera una iniciativa para apropiársela, modificarla y presentarla como una versión mejorada.

Cuando mi padre montó su estudio tecnológico en casa, Ely se apresuró a comprar uno más avanzado. Cuando mamá empezó a apasionarse por la fotografía, él pagó un curso para que Natalie aprendiera también. Y la verdad es que no funcionó, porque hay

habilidades que no pueden imponerse a la fuerza; no todos poseen la misma sensibilidad para las mismas cosas. Más tarde, cuando mi padre decidió transformar nuestro apartamento de Nueva York con una estética industrial, Ely hizo exactamente lo mismo en su propia casa.

Es un patrón constante. Quizá no sea algo realmente dañino, pero sí profundamente irritante.

Por eso nunca los he tolerado ni he confiado en esa aparente amabilidad con la que intentan ganarse a todo el mundo. Mi impresión siempre ha sido la misma: cuando no consiguen acercarse a alguien o influir sobre él, buscan otra forma de intervenir en su vida, incluso arrebatándole aquello que más valora.

A mí me quitaron a mi mejor amiga: mi hermana. Le llenaron la cabeza de ideas, haciéndole creer que estaba sacrificando su juventud por mí, que no estaba viviendo su propia vida. Y eso era injusto. Si algo había hecho siempre, había sido impulsarla a perseguir sus sueños, a crecer con la música y el baile que ella tanto amaba.

Aunque podía reconocer que me equivoqué al encerrarme en mis propios problemas, con el tiempo comprendí algo peor: lo mismo que hicieron conmigo y con Julie, se lo hicieron a mamá con todos los demás. Y todos, de una forma u otra, terminamos cayendo en la trampa.

Aquel día, cuando llegué a casa, supe que ocurría algo más profundo que la tristeza de mamá por la partida de papá a otro estado. Era evidente que las cosas estaban muy mal entre ellos, y yo quería encontrar alguna manera de ayudar.

Le rogué a papá una y otra vez que no se marchara. Después, cuando ya se había ido, le pedí que regresara. No me escuchó. Había en él una obstinación y una negación que no le pertenecían, como si estuviera actuando contra su propia naturaleza. Y fue entonces cuando empecé a comprender que detrás de todo aquello

había algo más, algo que ninguno de nosotros lograba ver con claridad.

Aquella tarde vi a mamá tomarse una pastilla en la cocina. El frasco quedó sobre la encimera junto con las demás, y no le di mayor importancia. Jamás imaginé que pudiera tratarse de algo peligroso.

Al otro día, en el hospital, insistía en que no recordaba haber ingerido nada más. Y yo quería creerle. Pero si ella no había tomado aquellas otras pastillas, ¿cómo habían llegado a su organismo? Cuanto más lo pensaba, menos sentido encontraba.

Quise escribirle a papá para contarle lo sucedido, pero mamá me pidió que no lo hiciera, ni a él ni a Julie. No quería que pensaran que había tomado una decisión impulsiva para manipularlos o llamar su atención. La entendí. Aunque no compartía su postura, le prometí guardar silencio. Y, en ese mismo instante, me prometí también ayudarla a descubrir qué estaba ocurriendo.

Mi mamá era la mejor madre del mundo. Claro que discutíamos; a veces yo me encerraba en mi papel de adolescente incomprendido y terminaba haciéndola sufrir. Pero ella era irreemplazable. Era el eje sobre el que giraba nuestra familia, la persona que nos mantenía unidos y con los pies sobre la tierra. Por eso, cuando se sinceró conmigo y me confesó que sentía que alguien la estaba atacando, que incluso le habían dicho que podían estar haciéndole trabajos de magia negra, le creí.

Siempre había sido muy perceptivo, quizá porque la sordera me obligó a desarrollar otras formas de observar el mundo. A veces notaba sombras donde otros no veían nada, o percibía cambios extraños en el ambiente sin una explicación evidente. Nunca les di demasiada importancia; para mí era algo habitual. Pero en aquella casa todo se sentía distinto, amplificado. Había momentos en los que una sensación opresiva parecía impregnarlo todo, como ocurrió aquel día que mamá no recuerda y en el que yo terminé marchándome casi a la carrera porque Víctor insistió en que estudiáramos en su casa.

Recuerdo aquella conversación con absoluta claridad.

—Jason, hoy es Nochebuena. ¿Por qué quieres quedarte estudiando aquí? —me preguntó Víctor, visiblemente incómodo.

—Precisamente por eso —respondí—. Es la primera vez en toda mi vida que no celebramos los cumpleaños de mis padres, ni Navidad, ni nada. Mi mamá no está bien. Ella adora estas fechas y no quiero dejarla sola.

—Lo entiendo, de verdad. Pero no puedo quedarme aquí. Tengo que irme con mi madre.

—Claro, pero todavía falta para Nochebuena, Vic —insistí—. Solo sería un rato más.

Víctor se detuvo y miró alrededor antes de responder.

—Te voy a decir la verdad, bro. Esta casa me da miedo. Hay una energía muy rara aquí.

En aquel momento me reí, convencido de que estaba bromeando. Sin embargo, él no sonrió. Permaneció serio, tan serio que terminé dejando el tema y atribuyéndolo a una simple superstición. Para entonces yo ya me había acostumbrado a las rarezas de aquella casa. Aunque eran más intensas que en cualquier otro lugar que hubiera conocido, las relacionaba con las creencias de mamá sobre la reencarnación, con la posibilidad de que el espíritu de mi abuela nos visitara o, simplemente, con la idea de que personas que habían vivido allí antes siguieran dejando algún rastro de su presencia.

Pero después de hablar seriamente con mamá y escucharla mencionar la niebla, las sombras y las advertencias sobre supuestos trabajos de magia negra, todas aquellas piezas comenzaron a encajar de una forma inquietante. Sin comentarle nada, decidí investigar por mi cuenta.

Revisé las grabaciones de las cámaras exteriores correspondientes a aquel día. No encontré nada concluyente, ninguna imagen que pudiera señalar a alguien de forma directa. Sin embargo, sí había una cantidad inusual de alertas y registros extraños. No eran

pruebas suficientes para que la policía interviniera, pero bastaban para hacerme pensar que algo anormal estaba ocurriendo alrededor de nuestra casa.

En las grabaciones se distinguían sombras atravesando la propiedad y, en varios momentos, la niebla parecía emerger desde el interior de la casa, como si algo la hubiera expulsado hacia afuera. Era una imagen extraña, difícil de explicar incluso para mí.

Aquello bastó para tomar una decisión. Mamá no podía seguir un día más creyendo que estaba perdiendo la razón. Algo estaba ocurriendo, aunque todavía no entendiera qué era, y pensaba ayudarla a descubrirlo.

Me senté a su lado en la cama, esperando el momento adecuado para sacar el tema. No sabía cómo empezar, pero fue ella quien terminó abriendo la conversación.

—Hijo, sé que lo que te conté es muy difícil de creer —dijo en lengua de signos—. Y quizá sí esté perdiendo la razón. No lo sé.

—Mamá... —intenté intervenir.

Ella levantó una mano, pidiéndome que la dejara continuar.

—Solo quiero pedirte una cosa. Suplicártela.

Asentí.

—Si algún día esto se vuelve insoportable —prosiguió con los ojos llenos de lágrimas—, si llega el momento en que ya no puedan lidiar conmigo, llévame a Canadá con mi padre. Pero no permitas que me encierren en una clínica psiquiátrica.

La abracé con fuerza. Verla tan vulnerable, tan aterrada, me estremeció incontrolablemente.

—Jamás lo permitiré, mamá. Te lo juro.

La estreché otra vez entre mis brazos.

—Gracias, hijo.

Aproveché aquel instante para decirle lo que había estado pensando. Le confesé que, aunque no tenía pruebas concluyentes ni respuestas para explicar lo que estaba pasando, yo le creía.

—Mamá —dije, tomando aire con dificultad porque, aunque mi voz no dependiera del sonido, los nudos en la garganta seguían existiendo—, nada de lo que ha pasado es culpa tuya. Y tampoco es producto de tu imaginación.

Ella me observó desconcertada, pero en sus ojos apareció una chispa de esperanza que hacía mucho no veía.

—Yo llevo tiempo fijándome en todo esto —continué—. Desde el cumpleaños de Julie. El regalo que le hicieron, la forma en que Natalie y toda su familia comenzaron a mirarte, aquel camping que terminaron arruinando y, sobre todo, cómo todo empeoró desde que la tía Georgina llegó a Blue Ridge.

—Hijo, ya no somos niños —murmuró—. Tal vez la que debe adaptarse soy yo.

Negué con la cabeza.

—No tienes que seguir convenciéndote de eso, mamá. Yo también he visto la niebla. También he notado las sombras y he sido testigo de cómo enfermó Mía. Incluso Víctor lo percibió. No estás perdiendo la razón.

Las lágrimas brotaron de inmediato. Fue como ver romperse una presa que llevaba demasiado tiempo conteniendo el dolor. No eran lágrimas de tristeza, sino de alivio. Comprendí que había llegado al punto de desconfiar de sí misma, y yo sabía bien que no existe nada más aterrador que eso. Lo sabía porque, de una forma distinta, yo también lo había experimentado.

—No tienes por qué cargar con todo esto sola —le dije, tomándole las manos—. Déjame ayudarte. Vamos a descubrir qué está pasando y vamos a traer de vuelta a Julie y a papá.

Su expresión se ensombreció.

—No quiero que te expongas a ningún peligro, hijo.

Solté una sonrisa amarga y señalé alrededor.

—Mamá, el peligro ya está aquí. Nos rodea desde hace tiempo. Ya consiguieron aislarnos, y por culpa de eso estuvimos a punto de perderte a ti... y también a mí.

Sus lágrimas se intensificaron y me abrazó con fuerza. Cuando finalmente se apartó, percibí un cambio en ella. Seguía herida, seguía agotada, pero había recuperado algo que creí perdido: determinación.

—Está bien, hijo —dijo secándose el rostro—. Vamos a descubrir qué está pasando y vamos a detenerlo.

Permanecimos conversando un largo rato, ya sin la desesperación que nos había acompañado durante semanas. Incluso llegamos a la conclusión de que, probablemente, quien estuviera detrás de todo aquello se sentía seguro en ese momento, convencido de que había logrado su objetivo.

También aproveché para hacerle entender algo que llevaba tiempo guardándome.

—Mamá, ni Julie ni yo somos niños.

Le expliqué que ambos teníamos edad suficiente para comprender situaciones difíciles y enfrentar verdades incómodas. Mantenernos al margen con la intención de protegernos no había hecho más que abrir brechas entre nosotros, impedirnos entendernos y facilitar que otras personas se aprovecharan de esas distancias.

Al final, todo parecía resumirse en una estrategia tan antigua como efectiva: dividir para conquistar.

Eso era exactamente lo que nos habían hecho. Nos separaron, nos llenaron de dudas y nos enfrentaron unos contra otros hasta debilitarnos. Pero si habían llegado tan lejos gracias a nuestras divisiones, entonces había una única forma de detenerlos.

Volver a estar unidos.

Y, esta vez, luchar juntos.

CAPÍTULO 20

Julie

JULIE

Cuando Jason me escribió para pedirme que nos viéramos, me asusté.

Llevaba días sintiéndome sola. También estaba molesta con mamá por no haberse opuesto a que me quedara con la tía Georgina. Yo no quería eso. Allí me trataban bien y no tenía motivos para quejarme, pero extrañaba mi casa, a mi familia y todo lo que habíamos dejado atrás al mudarnos a Asheville. A veces tenía la sensación de que nadie se daba cuenta de cuánto me afectaba. Quizá porque, al principio, yo estaba demasiado concentrada en perseguir mis propios sueños y pasiones, y en casa eso parecía incomodar a más de uno.

Acepté reunirme con Jason en el centro comercial. El verdadero problema sería encontrar una forma de que la tía Georgina me permitiera ir sola. Sabía que no sería sencillo.

Desde hacía algún tiempo me sentía observada. Era una sensación constante, como si tanto la tía Georgina como Natalie procuraran evitar que hablara con mamá o con papá. No entendía el motivo, pero cada día me resultaba más evidente.

En Nochebuena quise regresar a casa para celebrar con mamá. Sin embargo, me dijeron que ella no tenía intención de festejar nada y que, además, había pedido que yo permaneciera en el apartamento donde se realizaría la cena familiar, a la que asistió prácticamente toda la familia de Natalie.

Durante la velada, Beth preguntó varias veces por mis padres y por Jason. Nadie respondió. De hecho, todos parecieron ignorarla deliberadamente, hasta que Ely le hizo una seña discreta para que dejara de insistir.

Aquello me inquietó.

Esa misma noche, desobedeciendo las indirectas de todos, llamé a mamá. La llamada fue directo al buzón de voz. Después intenté obtener respuestas de papá, pero solo me dijo que me quedara tranquila, que mamá y Jason estaban bien.

Yo quise creerle.

Sin embargo, fue precisamente entonces cuando empecé a sentir que había algo profundamente extraño ocurriendo a mi alrededor.

Desde que llegamos a Blue Ridge me sentí feliz. Todo parecía encajar. Natalie fue una presencia constante en mi vida, siempre atenta a cualquier detalle, dispuesta a ayudarme o a hacerme sentir incluida. Durante mucho tiempo la consideré una de las personas más importantes de nuestro círculo.

Sin embargo, en los últimos días algo había cambiado.

Cada vez era más frecuente sorprender a Natalie y a la tía Georgina susurrando entre ellas, como si procuraran que yo no escuchara ciertas conversaciones. También empecé a notar que encontraban excusas para impedir que fuera a mi casa o incluso a la de Natalie. Las reuniones que antes se hacían en distintos lugares comenzaron a celebrarse exclusivamente en el apartamento de mi tía.

En ocasiones salían juntas y se inventaban cualquier pretexto para dejarme atrás. Poco a poco empecé a sentirme atrapada entre aquellas paredes, aislada de todo lo que realmente me importaba.

Seguía hablando con mis amigas del instituto, pero las vacaciones navideñas habían vaciado los días de planes y distracciones. Así que pasaba las horas componiendo melodías en el teclado, intentando mantener la mente ocupada mientras esperaba algo que ni yo misma sabía definir.

La mañana de Navidad escuché una conversación entre la tía Georgina y Natalie. No alcancé a entenderla por completo, pero me dejó una sensación desagradable, una necesidad casi desesperada de ver a Jason y regresar a casa.

—No lo sé, pero creo que deberíamos detenernos —dijo la tía Georgina con evidente preocupación—. Ya ha sido suficiente.

—Por favor, Georgina, nosotras no estamos haciendo nada realmente —respondió Natalie—. Es ella misma quien, con toda esa negatividad, ha provocado esta situación.

—Tal vez tengas razón —admitió mi tía tras unos segundos de silencio—. Y, sinceramente, no quiero que mi hermano siga distanciándose de nosotros, de su familia. Pero también creo que todo esto está llegando demasiado lejos.

—No puedes echarte atrás ahora, cuando fuiste tú quien puso en marcha todo esto —replicó Natalie con firmeza—. Tú misma has dicho cosas e inventado situaciones bajo la excusa de que estabas haciendo lo correcto.

Había algo en su tono que sonó casi a advertencia. La tía Georgina no discutió ni intentó justificarse; simplemente bajó la mirada y asintió.

Por un instante pensé que habían notado mi presencia, porque ambas guardaron silencio de golpe. Natalie le hizo una seña a mi tía y se trasladaron a la cocina para continuar hablando lejos de mí. No podía asegurar que aquella conversación significara lo que yo estaba imaginando, pero desde ese momento tuve la sensación de que algo había cambiado.

Y no tardé en confirmarlo.

Las restricciones que ya existían para impedir que saliera sola se volvieron mucho más estrictas a partir de ese mismo día. Me negaron el permiso para ir al centro comercial y, como si fuera una coincidencia demasiado conveniente, la conexión a internet desapareció por completo, dejándome prácticamente incomunicada.

Lo que no sabían era que yo podía contratar mi propio plan de datos. Lo hice sin decirle nada a nadie y mantuve el secreto con cuidado. De vez en cuando preguntaba si había novedades con el internet para sostener la apariencia, mientras mantenía la tableta desconectada y fuera de uso.

Gracias a eso recibí los mensajes de Jason.

El problema era que ya había pedido permiso para salir y me lo habían negado, así que no podía inventar una nueva excusa sin levantar sospechas. Antes de tomar una decisión más drástica, solo me quedaba una alternativa: hablar con papá.

Lo llamé de inmediato, pero la llamada fue enviada al buzón de voz.

Respiré hondo y dejé un mensaje.

—Papá, por favor, no se lo digas a nadie. Necesito hablar contigo a solas. Llámame solo a mí, ¿sí? Es importante.

Cuando colgué, me quedé mirando la pantalla del teléfono con el corazón acelerado, esperando que, al menos esa vez, me escuchara.

Esperé durante horas sin recibir respuesta. Cuanto más tiempo pasaba, más extraño me parecía todo y mayor era mi preocupación.

Intenté llamar varias veces, pero fue inútil. El teléfono de papá seguía apagado.

Llegó un momento en que no pude soportar la incertidumbre. Aproveché una salida de la tía Georgina para escabullirme por las escaleras del edificio y salir por la puerta trasera. Sabía que había dejado instrucciones expresas para que no me permitieran marcharme sola, así que tuve que moverme con cautela, evitando llamar la atención. Fue mucho más difícil de lo que imaginaba, pero al final lo conseguí.

En cuanto estuve fuera, llamé a Jason. Quedamos de encontrarnos en una pequeña cafetería escondida en un rincón del centro comercial, un lugar discreto donde sería difícil que alguien nos encontrara.

Cuando me vio, se levantó de inmediato y me abrazó con tanta fuerza que por un instante pensé que me rompería las costillas. Yo le devolví el abrazo con la misma intensidad.

No había sido consciente de cuánto lo extrañaba hasta ese momento.

—Julie, ¿cómo has estado? ¿Cómo pasaste Nochebuena y Navidad? —preguntó apenas nos sentamos.

—Creo que eso puede esperar, hermanito.

Por mucho que quisiera contarle todo lo que había vivido y saber lo que ocurría en casa, sentía una urgencia mayor. Necesitaba hablarle de la conversación que había escuchado entre la tía Georgina y Natalie, y averiguar qué estaba sucediendo realmente.

Además, el tiempo corría en nuestra contra.

Temía que la tía Georgina regresara, descubriera mi ausencia y movilizara a medio mundo para encontrarme y obligarme a volver antes de que pudiera obtener alguna respuesta.

—Lo sé, pero ni siquiera sé por dónde empezar, Julie. Tengo miedo de que te molestes cuando te cuente algunas cosas —admitió Jason.

—No lo haré —respondí, intentando transmitirle confianza—. Además, yo también necesito contarte cosas. Cosas bastante extrañas.

—Entonces empieza tú.

Asentí y le relaté todo lo que había estado viviendo en las últimas semanas. Mientras hablaba, me daba cuenta de lo absurdo que sonaba todo en voz alta, aún así preferí hablar de que hacer las señas, temiendo que alguien las viera y entendiera. También comprendí algo que llevaba tiempo negándome: ya no quería seguir allí. Me sentía atrapada.

Jason pareció pensar lo mismo. Apenas terminé, insistió en que debía salir de aquel lugar cuanto antes. Incluso propuso que regresáramos juntos a casa ese mismo día, pero me negué. No

quería abandonar mis cosas ni marcharme sin entender qué estaba ocurriendo realmente. Una parte de mí seguía convencida de que las respuestas estaban allí, y que solo podría encontrarlas si permanecía cerca.

Entonces fue su turno de hablar.

Me contó que mamá estaba enferma, que papá prácticamente había desaparecido de sus vidas y que sospechaba que Natalie y la tía Georgina habían trabajado juntas para aislarla, poniéndola en contra de todos, incluso de los vecinos y de algunas personas del instituto.

Mientras lo miraba, una verdad dolorosa comenzó a imponerse sobre cualquier otra reflexión: nuestra familia se había fracturado.

Y yo la extrañaba.

Extrañaba las cenas improvisadas, las discusiones tontas, las bromas de Jason, la forma en que siempre terminábamos encontrándonos los unos a los otros. Durante semanas había pensado que lo que echaba de menos era Nueva York. Creía que añoraba las calles de Sunset Park, el apartamento pequeño o la vida que habíamos dejado atrás. Pero no era eso.

En Asheville tenía amigas, la escuela de danza con la que siempre había soñado, la música, una casa preciosa y una habitación que parecía sacada de mis deseos más ambiciosos. Con eso y todo, me sentía incompleta, como si me hubieran arrancado algo esencial.

Fue durante aquella conversación cuando entendí qué era. Extrañaba a mi hermano.

Jason no era solo mi hermano; era mi mejor amigo. Y por razones absurdas, por conflictos en los que ni siquiera creía del todo, había permitido que nos separaran hasta convertirnos en dos extraños. Comprenderlo me dolió más de lo que esperaba.

Finalmente acordamos que yo regresaría al apartamento. Jason me llamaría tres veces esa noche y, si no respondía a ninguna, avisaría a mamá y a papá para que fueran a buscarme.

Cuando intenté entrar de nuevo sin que nadie notara mi ausencia, comprendí enseguida que era demasiado tarde. La tía Georgina ya estaba allí y había descubierto que me había marchado.

Así que dejé de esconderme y la enfrenté.

—¡Niña! ¿Dónde estabas? —exclamó, visiblemente alterada—. Estuve a punto de llamar a la policía.

—Con mi hermano —respondí sin bajar la mirada—. Y he venido únicamente a recoger mis cosas para volver a casa.

—No puedes hacer eso.

Me sujetó del brazo y me obligó a entrar al apartamento. Después cerró la puerta tras de nosotras con un golpe seco.

—¡Claro que puedo! —repliqué, soltándome de su agarre—. Mi madre me está esperando.

Era mentira, pero necesitaba salir de allí.

—Tu madre está enferma y postrada en cama. No está en condiciones de hacerse cargo de ti —contestó, intentando moderar el tono sin lograrlo—. Además, tu padre me pidió expresamente que no te dejara marcharte.

—¡Eso es mentira! —grité—. Papá no ha podido hablar contigo porque ni siquiera responde las llamadas. No sabe lo que está pasando, pero eso se termina hoy.

Saqué el teléfono con intención de llamarlo una vez más. Sin embargo, la tía Georgina me lo arrebató antes de que pudiera marcar.

—Se acabaron las contemplaciones —sentenció—. Yo no soy tu madre, Julie, y no voy a tolerar este tipo de insolencias.

Aquellas palabras terminaron de convencerme de que algo estaba profundamente mal. Porque, por primera vez desde que la tía Georgina había llegado a Asheville, no parecía alguien preocupado por mí.

Parecía más bien desesperada por impedir que me fuera.

Del mismo modo que antes, me sujetó con fuerza del brazo y me condujo hasta la habitación.

—Te quedarás aquí. No vas a salir por ahora. Estás castigada.

Quise enfrentarla, exigir explicaciones y marcharme de una vez, pero entendí que discutir no serviría de nada. Así que opté por esperar. Confiaba en que Jason cumpliría lo que habíamos acordado: me llamaría tres veces y, si no respondía, vendría a buscarme.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Cerca de la medianoche llegaron Jason, Víctor y Logan. Al principio no les permitieron subir, o al menos eso deduje por las voces y el alboroto que alcanzaban a filtrarse hasta mi habitación. Poco después, unos golpes insistentes retumbaron en la puerta principal y escuché a la tía Georgina abrir.

—¿Te has vuelto loco? —gritó furiosa—. Voy a llamar a la policía.

Entonces oí a Víctor responderle que lo hiciera, que así tendría que explicar por qué retenía a una menor contra su voluntad.

Víctor era hipoacúsico leve y, gracias a ello, había desarrollado una dicción impecable. Su voz destacaba con claridad en medio de la discusión.

Pero lo que realmente me sacudió fue escuchar a Jason llamarme.

Mi nombre era una de las pocas palabras que había aprendido a pronunciar verbalmente. No le salía perfecto, nunca le había salido, pero reconocer aquel esfuerzo me atravesó el corazón.

Aquella voz consiguió disipar de golpe el miedo, la incertidumbre y la sensación de encierro que me habían acompañado durante días.

Tomé mis bolsos sin perder un segundo y salí de la habitación.

La tía Georgina intentó detenernos durante unos segundos, pero una llamada de papá puso fin a cualquier discusión.

Solo pude escuchar lo que ella decía, aunque fue suficiente para imaginar el resto, y aquello me devolvió algo de calma. Por un lado, papá estaba bien; al fin había dado señales de vida. Por otro, supuse que había escuchado mis mensajes y leído los de Jason, porque todo indicaba que le estaba exigiendo a su hermana que me dejara marchar.

—Pero, Greg... —balbuceó—. No creo... —guardó silencio unos instantes y al final suspiró—. Está bien.

Colgó sin añadir una sola palabra. Después hizo una escueta seña a Jason, indicándole que podía llevarme.

—Mi teléfono —pedí.

Lo sacó de su bolsillo y me lo entregó sin protestar.

Bastaron unos segundos para darme cuenta de que había sido restaurado de fábrica. Todo había desaparecido. Mensajes, registros, fotografías. Lo más probable era que hubieran intentado borrar cualquier cosa que pudiera comprometerlas o revelar algo de lo que había ocurrido.

Aquello terminó de convencerme de que Natalie y la tía Georgina habían hecho algo para fracturar a nuestra familia. El problema era que seguía sin saber exactamente qué, y mucho menos cómo demostrarlo.

Cuando llegamos a casa, corrí directamente a la habitación de mamá.

Estaba acostada y se la veía agotada, como si hubiera envejecido años en apenas unas semanas. Sin embargo, en cuanto me vio aparecer en la puerta, su expresión cambió por completo. Sus ojos se iluminaron y una sonrisa temblorosa afloró en su rostro.

Y en ese instante comprendí que nada de lo sucedido importaba tanto como aquello.

Volvíamos a estar juntos.

Por fin sentí que ya no tendríamos que enfrentar solos lo que fuera que estuviera ocurriendo. Ahora estábamos reunidos de nuevo, y sabía que encontraríamos la forma de superarlo.

CAPÍTULO 21

Greg

GREG

Bastó con cruzar la puerta de casa para saber que estaba cometiendo un error. No quería marcharme. Dios sabe que alejarme de Valerie había sido una de las decisiones más dolorosas de mi vida y, incluso así, la tomé.

Me repetí una y otra vez que, si dolía tanto, era porque era lo correcto. Me convencí de que ella necesitaba tomar distancia para comprender el panorama completo, y que solo lo lograría cuando notara mi ausencia. Esa era la idea que intentaba sostener mientras las voces de Georgina, de Ely y de algunas personas cercanas al trabajo o al círculo de Natalie resonaban sin descanso en mi cabeza.

Sin embargo, ni un solo día lejos de casa conseguí dejar de extrañar a mi familia.

Extrañé a Valerie. Extrañé a mis hijos. Incluso extrañé Nueva York: a los vecinos que jamás se entrometían en la vida ajena, a mi antiguo jefe y a aquel trabajo donde nadie parecía sentirse con derecho a opinar sobre mi matrimonio o la forma en que criábamos a nuestros hijos.

Todo resultó mucho más difícil de lo que había imaginado.

Con el tiempo comprendí que, al llegar a Blue Ridge y abrir las puertas de nuestro hogar en busca de la cercanía y el sentido de pertenencia que tanto anhelábamos, también habíamos permitido

que muchas personas observaran nuestra intimidad y, por alguna razón, se sintieran autorizadas para juzgarla.

Las críticas comenzaron por cosas aparentemente insignificantes. Como yo era quien aportaba la mayor parte del dinero al hogar, muchos consideraban que no tenía por qué cocinar, lavar platos o colaborar con las tareas domésticas. Para algunos hombres aquello me convertía en alguien dominado por su esposa; para muchas mujeres, en cambio, me transformaba en una especie de marido ideal.

Ninguna de las dos percepciones era cierta.

Yo no ayudaba en casa para demostrar nada. Lo hacía porque Valerie era mi compañera de vida y porque nuestra familia era una responsabilidad compartida. Pero, en Blue Ridge, parecía que hasta los asuntos más simples se convertían en tema de debate.

En ambos casos resultaba irritante, pero cada comentario iba dejando una pequeña fisura en mí, una espina que se clavaba cada vez más hondo.

La crianza de nuestros hijos era el segundo gran tema de conversación. Desde todas partes llegaban opiniones que nadie había pedido. Según muchos, no éramos nosotros quienes debíamos adaptarnos a Jason, sino Jason quien debía adaptarse al mundo, como si haber nacido sordo hubiese sido su decisión.

Con Julie ocurría algo similar. Consideraban que permitirle participar en danza, música, tecnología y voleibol era un gasto innecesario, una forma de consentirla en exceso. Más de una vez escuché que, si Valerie insistía en mantener todas esas actividades, debía ser ella quien las costeara. Y terminé cediendo. Retiré a Julie de algunas y Valerie asumió el pago de las demás.

Después de eso, el problema ya no era económico.

Sin darme cuenta, había comenzado a germinar dentro de mí una idea peligrosa: que mi familia era desconsiderada conmigo y que necesitaba tomar distancia. Lo extraño era que esa conclusión solo

parecía tener sentido en una parte de mi mente. Todo lo demás se rebelaba contra ella. Todo lo demás sufría.

Porque la verdad era simple: extrañaba abrazarlos.

¿En qué momento comprendí que algo no encajaba en todo aquello? Creo que, en el fondo, siempre lo supe.

Amaba a Valerie con todo mi ser. Estaba profundamente orgulloso de Jason y de Julie. La familia que habíamos construido era imperfecta, como cualquier otra, pero también extraordinaria. Me gustaba nuestra vida, nuestras costumbres, la forma en que nos entendíamos sin necesidad de explicarlo todo, las complicidades que tejimos durante años.

Sin embargo, había algo dentro de mí que me impedía dar marcha atrás. Algo que no me permitía pedir perdón, regresar a casa o reconocer que me estaba equivocando.

Tampoco ayudaban algunos compañeros de trabajo con quienes me había sincerado parcialmente. Cada conversación parecía alimentar la misma narrativa, reforzando dudas que jamás habían existido antes y empujándome un poco más lejos de las personas que más quería.

—¿Cuántos años llevas casado? —preguntó John, uno de los compañeros de la oficina de Blue Ridge asignados al proyecto conmigo.

—Dieciocho.

—¡Vaya! Casi veinte años sin estar con otra mujer. Yo no podría —comentó Mike, un empleado recién transferido desde California.

—En realidad serían veintiuno —corregí—. Antes de conocer a Valerie pasé cerca de un año solo, y después comenzamos a salir.

—Eres un santo —soltó John, genuinamente sorprendido—. Yo que tú aprovecharía para mirar un poco alrededor. Una aventura de vez en cuando no le hace daño a nadie. Quién sabe, quizá estás tan acostumbrado que ni siquiera sabes lo que te estás perdiendo.

Negué con la cabeza.

—No me interesa.

—Podrías intentarlo —insistió Mike con una sonrisa cómplice—. Oportunidades no te faltan.

Terminó la frase mirando a Lola.

Ella era una de las ejecutivas de contabilidad con las que trabajaba con frecuencia debido a mis responsabilidades administrativas dentro del proyecto. Hacía tiempo que había notado ciertas insinuaciones por su parte, pero jamás les había dado importancia.

Ni por un instante se me cruzó la idea de ser infiel, porque, más allá de las dudas, las discusiones o la distancia, eso era exactamente lo que sería: una traición.

Seguía casado. El anillo continuaba en mi dedo y, pese a todo lo ocurrido, una parte de mí seguía convencida de que Valerie me esperaba. De que, tarde o temprano, encontraríamos la manera de atravesar aquella tormenta y regresar el uno al otro.

A medida que se acercaba la Navidad y veía a mis compañeros reunirse con sus familias, intercambiar planes e invitarme a sus casas, algo dentro de mí comenzó a resquebrajarse.

Terminé por derrumbarme.

Si aún quedaba alguna parte intacta de mi corazón, se rompió entonces. Quería llamar a Valerie, a los chicos, escuchar sus voces, pero nunca daba el paso. En lugar de eso, me refugié en el alcohol.

Para Nochebuena, Ed, un compañero que apenas llevaba un par de semanas trabajando con nosotros, me invitó a celebrar con su familia.

Estuve a punto de rechazar la invitación.

Pasé buena parte del día revisando fotografías y videos de navidades anteriores. Valerie decorando la casa. Jason intentando adivinar sus regalos. Julie bailando alrededor del árbol. La nostalgia fue tan

insoportable que llegué a buscar vuelos hacia Virginia con la intención de regresar de inmediato, pero no quedaban plazas disponibles por las festividades.

Frustrado, apagué el teléfono y lo arrojé sobre la cama antes de tomar un taxi hacia la casa de Ed.

Aquella noche tampoco pensaba moderarme con la bebida.

Me recibió una familia cálida en una casa acogedora y llena de vida. La música sonaba suavemente de fondo, las bandejas de aperitivos circulaban entre los invitados y los niños aguardaban con impaciencia la llegada de Santa Claus.

Todo me resultó dolorosamente familiar.

Cada detalle me recordó las navidades que había pasado junto a mi familia, hasta el punto de que ya no necesitaba mirar el teléfono. Aquellos recuerdos estaban grabados en mí con una nitidez imposible de borrar.

Incluso la suegra de Ed logró llamar mi atención al principio, una mujer amable y de conversación agradable. Sin embargo, el encanto se desvaneció cuando, después de la oración de la cena, me observó fijamente y comentó que percibía algo muy oscuro a mi alrededor.

Fue el único momento incómodo de la noche.

Sus palabras me dejaron pensativo durante unos instantes, pero terminé apartándolas de mi mente. Después de todo, me dije, eran las ocurrencias de una mujer mayor y nada más.

Pasada la medianoche, y pese a la hospitalidad impecable de Ed y su esposa, decidí marcharme. Había nevado durante la tarde y las calles estaban cubiertas por un manto blanco. El frío era inclemente, pero aun así preferí caminar.

Sin pensarlo demasiado, terminé entrando en un bar que seguía abierto.

Bebí durante horas, en silencio, acompañado únicamente por mis recuerdos. Pensé en Valerie, en los chicos, en todo lo que había

perdido y en todo lo que todavía me negaba a reconocer. Cuando salí, el amanecer comenzaba a teñir el horizonte.

Caminé sin rumbo fijo hasta descubrir que me encontraba cerca de la oficina y, como ya no sabía qué hacer conmigo mismo, decidí trabajar.

Pasé el día de Navidad entre presupuestos, planos e informes de avance. Revisé documentos, corregí cifras y me aferré a cada tarea como si pudiera mantener a raya el vacío que me consumía. A la hora del almuerzo pedí una pizza, y aquello bastó para seguir adelante unas horas más.

Cerca de las diez de la noche, cuando el cansancio comenzó a vencerme, tomé el teléfono de la oficina para pedir un taxi. En ese momento escuché el sonido de unas llaves girando en la puerta principal.

Supuse que era el personal de limpieza.

No lo era.

Era Lola.

—Hola —saludó con cierta timidez mientras entraba.

—Hola —respondí, sorprendido.

—Me llegó la notificación de la alarma esta mañana y por eso supe que estabas aquí.

—Eso fue hace doce horas.

Lola se sonrojó al instante y bajó la mirada, consciente de lo que implicaba aquella explicación.

—Sí, lo sé —admitió—. Pensé que te habías marchado poco después. Pero hace un rato revisé las cámaras porque nunca se registró nuevamente la activación de la alarma y te vi aquí. Creí que quizá te vendría bien un poco de compañía.

—Lola, hoy no soy buena compañía para nadie —respondí con una frialdad que ni siquiera pretendía esconder.

No quería herirla, pero tampoco dar pie a malentendidos. Lo último que necesitaba era complicar aún más una vida que ya se encontraba al borde del colapso. Lo único que deseaba era volver a casa, abrazar a mi esposa y recuperar, aunque fuera por un instante, la cercanía que habíamos perdido.

Lola era una mujer atractiva, segura de sí misma y consciente del efecto que provocaba en los demás. Sin embargo, cada vez que intentaba compararla con Valerie, la comparación ni siquiera llegaba a existir.

Para mí, Valerie seguía siendo incomparable.

Su cuerpo parecía hecho para encajar en mis brazos; su inteligencia me fascinaba incluso después de tantos años, y jamás había contemplado un rostro capaz de eclipsar el suyo. Incluso en medio de todo aquel desastre, seguía profundamente enamorado de ella.

Ese pensamiento me arrancó una sonrisa involuntaria.

Lola pareció interpretarla como una invitación y dio un paso hacia mí, pero ya era demasiado tarde. Mis recuerdos habían ganado la batalla.

—¿A dónde vas? —preguntó al verme dirigirme hacia la puerta.

—A casa.

Lo dije sin vacilar.

No sé si fue el agotamiento, que ya no me permitía seguir luchando contra mí mismo, o si hubo algo más profundo, una fuerza que despertó entre los recuerdos de aquella Navidad. Lo único que sabía era que tenía absoluta claridad sobre el lugar donde quería estar.

Al llegar al hospedaje, abrí la laptop y busqué vuelos disponibles. Encontré uno para la mañana del día 27 y lo compré sin permitirme reconsiderarlo.

Después redacté un correo para mi jefe explicándole que debía regresar a Blue Ridge, aunque continuaría supervisando el proyecto a distancia. Todo había quedado debidamente encaminado y, si era

necesario, volvería unos días el mes siguiente para realizar un seguimiento más cercano.

Haber tomado aquella decisión me devolvió una calma que llevaba semanas sin sentir.

Con la certeza de que en apenas dos días volvería a ver a Valerie y a mis hijos, mi cuerpo y mi mente cedieron por fin al agotamiento.

Me acosté y caí en un sueño profundo.

Desperté bien entrada la tarde del día siguiente. Al mirar la hora, pensé que en la oficina debían estar buscándome desesperadamente. Me duché a toda prisa y encendí el teléfono para pedir un taxi.

La pantalla se inundó de notificaciones.

Había mensajes de todas partes: de mis hijos, de Georgina, de Ely, de mi jefe, de varios compañeros de trabajo, de Lola e incluso de miembros de la familia de Natalie.

De todos. De todos menos de Valerie.

Aquello me golpeó devastadoramente.

Me obligué a concentrarme en los asuntos laborales y salí rumbo a la oficina. Ya tendría tiempo después para revisar el resto de los mensajes y disculparme por haber desaparecido de aquella manera.

No fue sino hasta muy tarde, de regreso en la habitación, cuando me senté finalmente a leerlos.

Acababa de salir de la ducha cuando abrí los mensajes de Jason y escuché los audios que Julie había dejado en mi buzón de voz.

El mundo se desplomó bajo mis pies.

Jason decía que su madre no estaba bien, que se encontraba enferma y que Julie había quedado incomunicada. También advertía que, ante mi silencio, él mismo iría a buscarla.

"Papá, hemos estado equivocados. Mamá tenía razón. Algo muy malo ha estado ocurriendo y no podemos permitir que siga

destruyéndonos."

Sentí que el corazón se me desbocaba y que el aire abandonaba mis pulmones.

¿Había sido tan necio como para dejarme manipular de aquella manera? ¿Eran realmente capaces las personas en quienes había depositado mi confianza de destruir mi matrimonio y fracturar a mi familia? ¿Cómo no había visto lo que ocurría frente a mis ojos?

Por un instante, incluso recordé las palabras de Valerie y el extraño comentario de la suegra de Ed. Mi mente, desesperada por encontrar respuestas, comenzó a considerar explicaciones que antes habría descartado sin pensarlo.

Pero nada de eso importaba en ese momento. Solo pensaba en mis hijos.

Temiendo que la situación con mi hermana hubiera escalado demasiado, marqué su número de inmediato. Contestó al primer tono. Al otro lado escuché voces alteradas, movimiento, discusiones. Reconocí los quejidos de Jason y los gritos de Julie al instante.

—Georgina, ni siquiera voy a preguntarte qué está pasando —espeté con una furia que ni yo mismo sabía que era capaz de sentir.

—Pero, Greg... —balbuceó.

—¡No quiero escucharte! Deja que mis hijos se vayan ahora mismo.

—No creo...

—Lo que tú creas me tiene sin cuidado. No voy a repetirlo. Tienes diez segundos para dejarlos ir —añadí con una calma glacial que resultaba aún más intimidante que los gritos.

—Está bien.

Colgué sin esperar una respuesta adicional.

Tomé las maletas y empecé a empacar a toda velocidad. Apenas terminé, salí rumbo al aeropuerto con la esperanza de conseguir un vuelo anterior al que ya tenía reservado.

Durante la espera logré comunicarme con Julie. Me confirmó que ella y Jason ya estaban en casa junto a Valerie y que, por el momento, todo estaba bien.

También me contó lo que había escuchado entre Natalie y Georgina: una conversación sobre algo que, según mi hermana, había llegado demasiado lejos. Julie había regresado al apartamento con la intención de averiguar más, pero terminó siendo descubierta antes de obtener respuestas.

Me dolió escuchar la culpa en su voz.

Y me dolió aún más comprender que, de una forma u otra, yo también era responsable. No por haber provocado aquello, sino por no haber sabido verlo a tiempo y por no haber tenido la fortaleza necesaria para detenerlo.

Sin embargo, esa etapa terminaba allí. Nunca volverían a manipularme de aquella manera.

Haría lo que fuera necesario para protegerme y proteger a mi familia.

La certeza de que en pocas horas volvería a abrazarlos me sostuvo durante todo el trayecto. Era una fuerza inmensa, suficiente para devolverme el aliento y recordarme quién era.

Porque, si era sincero conmigo mismo, lo que había vivido durante los últimos meses no podía llamarse vida.

CAPÍTULO 22

Despertar

VALERIE

Jamás olvidaré el instante exacto en que Greg abrió la puerta de mi habitación y cruzó el umbral. Fue como si una parte de mí, perdida durante meses, hubiera regresado de golpe a su lugar.

Los chicos ya me habían contado que habían hablado con él. También me habían puesto al tanto de lo ocurrido con Julie en casa de Georgina. Tenerlos de vuelta me había devuelto algo de calma y, aunque apenas llevaba un día recuperándome en cama, comenzaba a sentirme más fuerte. Aun así, ignoraba cuál sería la actitud de Greg, si todavía permanecía atrapado en el resentimiento o la confusión.

Pero en cuanto nuestras miradas se encontraron, lo supe. Había regresado por completo.

Corrió hacia mí y me estrechó entre sus brazos.

—Lo siento tanto —susurró, cubriéndome el rostro de pequeños besos—. Perdóname, mi amor. Perdóname.

—No es tu culpa, cielo —respondí entre lágrimas—. Ya pasó. Ya estás aquí.

—Sí, mi reina. Aquí estoy. Y aquí me quedaré —afirmó antes de apartarse apenas para mirarme—. Ahora dime, por favor, ¿qué ocurrió con esas pastillas? ¿Por qué el médico cree que fue un intento de suicidio?

Le relaté todo con exactitud: la consulta con la psiquiatra que Chace me había recomendado, el medicamento que me recetó, la pastilla que recordaba haber tomado y cómo, después, todo apuntaba a que había ingerido una gran cantidad de fármacos distintos que supuestamente estaban dentro del mismo frasco retirado en la farmacia.

También le confesé que, por momentos, había sospechado de Cris y de Chace.

Sin embargo, la expresión de Greg reflejaba una duda distinta. Como si, al escuchar la historia completa, le costara creer que ellos estuvieran detrás de aquello.

—Después de todo lo que ha pasado, estoy convencido de que hay algo más detrás de esto —dijo—. Sea lo que sea, lo descubriremos juntos.

Asentí sin poder contener las lágrimas.

—Te amo tanto —murmuré, aferrándome a él con fuerza, aterrada ante la posibilidad de volver a perderlo.

—Y yo te amo más —respondió—. Te prometo que superaremos todo esto. No tengas miedo, mi amor. Ya estoy aquí, y no permitiré que algo así vuelva a separarnos.

Supe que hablaba en serio.

No había cuestionado ni una sola palabra de lo que le había contado. Aunque todas las pruebas apuntaban a un intento de suicidio, él me conocía demasiado bien. Ya no estaba dispuesto a aceptar como verdad todo aquello que le habían hecho creer. Comprendía que la realidad seguía siendo confusa, pero también que la verdad estaba de nuestro lado.

Entonces me besó como lo había hecho durante años: con ternura, con certeza, con esa forma tan suya de decirme, sin palabras, que volvíamos a encontrarnos.

Que volvíamos a ser nosotros.

Y que, después de todo, saldríamos de aquello más fuertes que nunca.

—Julie, dile a tu hermano que ya pueden entrar —llamó Greg, consciente de que ambos aguardaban al otro lado de la puerta, intentando respetar nuestra intimidad mientras se morían de ganas por pasar.

La puerta se abrió al instante.

Jason y Julie corrieron hacia la cama y se acomodaron junto a nosotros entre risas, abrazos y lágrimas.

Y allí, aún recuperándome, sentí cómo cada fragmento roto de mi vida volvía a su lugar, mientras una fuerza nueva e indoblegable nacía dentro de mí.

Permanecimos allí un buen rato, compartiendo todo lo que sabíamos e intentando encajar las piezas de un rompecabezas que parecía cada vez más inverosímil. Resultaba difícil aceptar que la propia hermana de Greg y quienes habíamos considerado nuestros mejores amigos pudieran habernos causado tanto daño. Elaboramos varias teorías, pero ninguna lograba explicar por completo todo lo ocurrido.

Greg insistió en ir a hablar con Georgina de inmediato, aunque terminó desistiendo cuando los chicos le confesaron el miedo que les provocaba esa idea y le pidieron que no lo hiciera.

—¿Por qué no nos damos una tregua por hoy? —propuso Jason—. No pudimos celebrar Nochebuena ni Navidad. ¿Qué tal si preparamos algo rico, salimos de compras o hacemos cualquier cosa divertida y fingimos que hoy es 24 y no 27 de diciembre?

—Me parece una idea excelente —respondí—. Además, creo que todos necesitamos despejar la mente para poder dilucidar lo que está pasando.

—Estoy de acuerdo —añadió Greg—. Pero mañana quiero que vayamos a hablar con tu doctora para aclarar todo lo relacionado con los medicamentos. También sería bueno que conversaras con

tus amigos de la tienda; quizá ellos sepan algo más o puedan ofrecernos otra perspectiva.

—Me asusta que Natalie tuviera razón desde el principio y que sean ellos quienes estén involucrados en algo oscuro, que hayan provocado todo esto —confesé con nerviosismo.

—Yo no lo creo, mamá —intervino Julie—. Pero, aun así, si vamos todos a hablar con ellos, podremos formarnos una idea más clara. Además, tú percibes cosas que los demás no notan. Jason también. Estoy segura de que, si realmente tienen algo que ver con esto, nos daremos cuenta.

—Mi hermana, la intrépida —se burló Jason—. Háganse a un lado, que llegó Súper Julie. Con el poder de la danza derrotará a todos sus enemigos.

Las risas estallaron al instante. Julie le propinó un golpe en el hombro, exactamente como hacía siempre, y por fin aquella escena se sintió completamente normal.

Esa tarde los cuatro fuimos juntos al centro comercial. Una vez allí nos separamos, aunque a ninguno le hacía demasiada gracia. Julie se quedó conmigo, mientras Jason acompañó a su padre. Compramos ingredientes para la cena, algunos regalos, ropa y pequeños detalles con los que improvisar la Navidad que nos habían arrebatado.

Al regresar a casa, los chicos se encargaron de decorar mientras Greg y yo preparábamos la comida. Durante ese tiempo, él recibió varios mensajes de Georgina, que insistía en saber dónde estaba y le pedía que la llamara para explicarle su versión de los hechos. No respondió a ninguno. Cuando finalmente servimos la cena, lo vi apagar el teléfono. Sonreí y decidí hacer lo mismo. Aquella noche merecía toda nuestra atención.

Nos habíamos arreglado para la ocasión. Sacamos los gorros navideños, encendimos las luces del árbol e incluso le compramos a Mía un pequeño traje para la celebración. Nos tomamos fotografías, intercambiamos abrazos constantes y permanecimos tan cerca unos

de otros que, vistos desde fuera, quizá habríamos parecido exagerados.

Pero no nos importaba.

Aquella cena no fue solo una celebración tardía de Navidad. Fue la prueba de que seguíamos siendo una familia, de que habíamos logrado encontrarnos de nuevo y de que, pese a todo lo vivido, éramos más fuertes que nunca.

Más tarde intercambiamos los regalos y, cuando la noche comenzó a apagarse, cada uno se retiró a descansar. Esa era la parte que más me inquietaba.

Jason tomó a Mía en brazos y me dijo que dormiría con ella en su habitación para que yo no me preocupara. Comprendí de inmediato lo que aquello significaba: él también permanecía alerta ante las sombras. Julie, por su parte, anunció que dormiría con su hermano. Aunque siempre se quejaba de que Jason se movía demasiado y terminaba pateándola mientras dormía, entendí que lo hacía por mí, para darme tranquilidad.

Gracias a ellos logré serenarme un poco.

El resto de la calma llegó cuando Greg comenzó a desnudarme.

Lo hizo despacio, con una deliberación que no tenía nada de rutina, como si quisiera hacer de cada gesto algo consciente, algo que dijera lo que llevábamos semanas sin poder decir con palabras. Sus manos encontraron los botones, los bordes de la tela, mi piel apareciendo poco a poco en la penumbra de la habitación, y con cada centímetro que descubría sentí cómo cualquier pensamiento restante se disolvía y me quedaba solo con eso: su tacto, su respiración cerca, la certeza de que estábamos aquí y que esta vez no había nada entre nosotros.

Me miró antes de besarme. Solo un instante, pero largo. Con esa expresión que reconocí desde la primera vez y que todos estos años no habían desgastado sino profundizado. No había duda en sus ojos.

Solo él, mirándome como si fuera la primera y la última vez al mismo tiempo.

Luego bajó la boca hasta mi cuello y empezó a recorrerme.

Sabía exactamente dónde detenerse. Siempre lo había sabido. El punto justo debajo de mi oreja, la curva del hombro, el centro del pecho, el borde del estómago donde mi respiración siempre se cortaba. Lo hizo todo despacio, sin saltarse nada, como si tuviera todo el tiempo del mundo y la intención de usarlo. Me entregué sin resistencia, con las manos en su cabello, los ojos cerrados, sintiendo cómo cada lugar que tocaba volvía a pertenecerme de una manera que había olvidado que era posible.

Cuando finalmente entró en mí fue con una suavidad que me llenó los ojos de lágrimas antes de que pudiera evitarlo.

No de dolor. No de tristeza. De algo que no tiene nombre exacto pero que reconocí de inmediato: la sensación de volver a casa después de haber estado demasiado tiempo afuera en el frío. Su cuerpo contra el mío, dentro del mío, moviéndose con esa familiaridad que es también su forma de decir te conozco y me quedo, fue como soltar algo que había cargado tanto tiempo que ya no recordaba el peso hasta que desapareció.

—Me tienes loco —murmuró contra mi oído, con la voz ronca y baja, solo para mí—. Siempre. Desde el principio.

Y luego, un momento después, con las caderas profundizando el ritmo:

—Te amo. No sé hacer esto sin ti.

Esas palabras me atravesaron de una manera que el cuerpo solo puede recibir en ciertos momentos, cuando está completamente abierto y sin defensas. Las guardé adentro, en algún lugar debajo del esternón, y me aferré a él con más fuerza, respondiendo con el cuerpo lo que no podía articular con la voz.

Nos movimos juntos con esa sincronía que no se aprende, sino que se acumula, pero esa noche tenía algo diferente, algo más urgente y

más tierno a la vez, como si los dos supiéramos que eso era también un comienzo. No una repetición sino una elección renovada. El ritmo fue creciendo solo, natural, inevitable, con mi nombre en su boca y mis manos recorriéndole la espalda, sintiendo los músculos tensándose bajo mis dedos, y en algún punto dejé de ser consciente de cualquier cosa que no fuera ese calor específico, ese peso familiar, esa voz baja diciéndome cosas me enloquecían.

El clímax llegó, largo y profundo, con todo el cuerpo participando, solo un minuto después que lo había sentido venirse dentro de mí, con mi nombre apretado entre sus dientes y los brazos rodeándome como si algo fuera a separarnos si me soltaba.

Nos quedamos quietos.

Su respiración agitada contra mi cuello, la mía acomodándose despacio, y el silencio de la casa envolviéndolo todo. Por puro instinto miré hacia la ventana.

Al otro lado del cristal estaba el vaho blanquecino de siempre, silencioso y vigilante, extendiéndose suave contra el vidrio frío de la madrugada. Su presencia me transmitió esa sensación de protección única a la que me había acostumbrado. Esa certeza tranquila de que algo más grande que nosotros también velaba por lo que amábamos.

Me levanté en silencio, me aseé, y subí hasta la habitación de Jason. Encontré a los chicos profundamente dormidos junto a Mía, sus respiraciones lentas y parejas, con la niebla extendiéndose suave también hasta ese rincón de la casa como una manta adicional. Les di las gracias en silencio, a ella y a lo que fuera que la habitaba, y regresé.

Greg estaba despierto todavía, o casi, con los ojos entreabiertos y el brazo levantado esperándome.

Me acomodé contra su pecho sin decir nada. Su brazo bajó y me rodeó, y sentí cómo su respiración se fue haciendo más lenta, más profunda, mientras la oscuridad de la habitación se asentaba a nuestro alrededor como algo benigno.

Me quedé dormida allí, protegida por su abrazo y por esa presencia silenciosa al otro lado del cristal.

A la mañana siguiente desperté exactamente en el mismo lugar.

Y por primera vez en mucho tiempo, eso fue suficiente. Más que suficiente.

Había sido una buena noche, y ver a mi familia reunida otra vez alrededor de la mesa del desayuno me confirmó que no estaba soñando. Seguíamos juntos, y esta vez nadie volvería a separarnos con tanta facilidad, aunque sabía que lo intentarían.

Aquella tarde fuimos a ver a mi doctora. Sin embargo, poco pudo aportar para esclarecer lo sucedido. Confirmó que el medicamento prescrito y el frasco entregado por la farmacia eran los correctos, que las cápsulas originales eran rojas y blancas, no azules, y finalmente nos sugirió hablar con Chace.

—Creo que lo que ustedes están planteando escapa a mi área de experiencia —comentó.

Y eso hicimos.

Los cuatro fuimos a la tienda esotérica. Como siempre, parecían esperarnos. Nunca supe si Alyah los había llamado o si simplemente conservaban aquella desconcertante capacidad para anticiparse a ciertas cosas.

Desde el instante en que crucé la puerta, comprendí que no tenían relación con lo ocurrido. La energía del lugar era la misma que había percibido desde la primera vez: serena, acogedora, protectora. Los chicos se mostraban relajados, y todo transcurría con absoluta normalidad.

—Los estábamos esperando —dijo Cris.

—Lo sé —respondí antes de abrazarla.

—Lamento mucho lo ocurrido —añadió.

Guardé silencio, permitiéndole continuar, porque no estaba segura de a qué se refería exactamente.

—Jamás imaginé que todo esto llegaría tan lejos.

Chace nos saludó a todos con cordialidad e incluso estrechó la mano de Greg, como si existiera entre ellos una familiaridad previa, aunque sabía que nunca se habían conocido. Mi esposo correspondió al gesto con seriedad; no había hostilidad en su semblante, solo una expectativa cautelosa.

—¿Pueden ayudarnos a entender qué fue lo que le pasó a mamá? —preguntó Jason en lengua de señas.

Para mi sorpresa, Chace respondió del mismo modo.

—Sabemos que se han dirigido varias energías negativas contra su familia —explicó—. Hemos intentado contrarrestarlas, pero están alimentadas por emociones muy arraigadas en distintas personas. Hay mucha envidia a su alrededor, demasiada gente incómoda con su felicidad. Y, curiosamente, gran parte de eso parece concentrarse en Greg. Hay quienes se frustran porque no logran influir sobre él como quisieran.

—¿Y qué podemos hacer para detenerlo? —preguntó Greg—. ¿Pueden identificar o describir a quienes están detrás de esto?

—Contrario a lo que muchos imaginan, nosotros no somos brujos —aclaró Cris con tranquilidad—. Somos personas que perciben y canalizan la energía de una manera distinta. Buscamos protección en nuestros ancestros, orientación en el oráculo y fortaleza en la Madre Tierra, en Dios y en el universo. Todo eso puede resultar muy poderoso cuando nace de una intención sincera, pero esta vez no somos nosotros quienes debemos actuar.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, desconcertada.

—Me refiero a que llevas dentro de ti mucho más poder del que imaginas, Vale —dijo Cris, tomando mis manos entre las suyas—. Las respuestas, la protección, la fortaleza que buscas... todo está en ti. Puedes enfrentar esto y mucho más, pero nadie puede recorrer

ese camino por ti. Debes encontrar tu propia luz. Serás tú quien sostenga y fortalezca a tu familia.

La miré en silencio durante unos segundos.

—¿Es eso lo que Chace no ha querido decirme todo este tiempo?

—Eso y muchas cosas más, cariño —respondió con una sonrisa serena—. Chace y yo te conocemos desde hace mucho más de lo que crees, y sabemos de lo que eres capaz. Solo necesitas mirar hacia dentro y reconocerte.

Comprendí de inmediato a qué se refería. Hablaba de las otras vidas. De pronto, muchas piezas comenzaron a encajar.

—¿Y la turmalina? ¿Por qué se rompió?

—Porque ya había absorbido demasiada oscuridad —contestó Chace —. Recibió una enorme carga de energía negativa y terminó sacrificándose para llevársela consigo. El problema es que lo que los rodea es demasiado grande. Ninguna piedra, por poderosa que sea, puede asumir sola semejante peso.

Permanecimos allí un buen rato más. Conversamos sobre distintas prácticas que podían ayudarnos a protegernos, fortalecer nuestro hogar y revelar las verdaderas intenciones de quienes nos rodeaban. No obtuvimos respuestas definitivas, pero sí herramientas y una dirección.

Cuando finalmente nos despedimos, lo hicimos con la certeza de que Cris y Chace continuarían apoyándonos desde la distancia. Sin embargo, también comprendí algo más importante: la mayor parte del camino me correspondía a mí recorrerlo. Si quería proteger a quienes amaba, primero debía encontrar esa fuerza interior de la que todos parecían estar tan seguros.

Debía encontrar mi luz.

Al regresar a casa nos encontramos con Natalie frente a la suya. Ni siquiera intentó disimular ni ofrecer un saludo. Paseaba a su perro y

le dio un tirón tan brusco de la correa para impedir que corriera hacia Greg que sentí lástima por el animal.

—Oh, por Dios, no lo vayas a ahorcar. Él no tiene la culpa de nada —soltó Julie con un sarcasmo imposible de ignorar.

Sin embargo, la breve distracción que había supuesto encontrarnos con Natalie quedó atrás apenas entramos en la casa.

Algo estaba mal.

El ambiente se sentía denso, pesado, como si el aire mismo se hubiera vuelto más espeso. Nos miramos unos a otros y, sin necesidad de decir una palabra, comenzamos a inspeccionar la casa. Entonces vimos el vómito esparcido por el salón y parte de las escaleras.

—Mía... —susurré.

Eché a correr hacia la planta superior.

La encontré tendida junto a la puerta de mi habitación. Sus ojos mostraban aquella extraña media luna blanca en la parte inferior que aparecía cuando se encontraba muy enferma. Se veía abatida, sin fuerzas, como si hubiera pasado días enteros sufriendo, aunque apenas habíamos estado fuera unas horas.

—Creo que debemos llevarla a urgencias veterinarias —dijo Greg con gravedad.

Asentí de inmediato.

Horas después, en la clínica, comprendimos que la situación era mucho peor de lo que imaginábamos.

—Parece que esta pequeña ha atravesado un episodio traumático importante —explicó el veterinario mientras revisaba los resultados —. Está muy nerviosa, presenta deshidratación severa y, además, los análisis muestran varios virus que no habían aparecido en sus exámenes anteriores.

Negó con la cabeza mientras observaba la pantalla.

—Mis disculpas, Valerie, pero a esta niña parece que le hubieran caído las siete plagas.

—O los siete hechizos —señaló Jason con evidente rabia.

Nadie se rio. Nadie lo contradijo, porque, llegados a ese punto, ninguno de nosotros era capaz de determinar qué resultaba más inverosímil.

La tristeza nos envolvió a todos cuando Mía comenzó a gemir y a quejarse de dolor. Tras examinarla una última vez, el veterinario nos explicó, con evidente pesar, que ya no había nada que pudiera hacerse. Nuestra pequeña estaba prácticamente desahuciada.

Aquella madrugada regresamos a casa devastados, después de dejarla partir. Era la única decisión compasiva que nos quedaba, porque Mía sufría y no existía posibilidad alguna de devolverle la salud.

La culpa me consumía.

Estaba convencida de que la oscuridad que nos rodeaba había terminado por alcanzarla; que, al igual que la turmalina, había absorbido más de lo que podía soportar y finalmente había sucumbido bajo ese peso.

Lloré. Lloramos todos. Y, aun así, no hubo tregua.

Esa misma noche, todo pareció intensificarse. Los fenómenos dejaron de limitarse a mí. En distintos rincones de la casa comenzaron a aparecer olores extraños y penetrantes, especialmente en la habitación de Julie. También escuchamos ruidos inexplicables: pasos, objetos arrastrándose, crujidos que parecían desplazarse de un lugar a otro. Y, finalmente, Greg y yo vimos una sombra atravesar el pasillo.

Corrimos escaleras arriba para comprobar que los chicos estuvieran bien. Los encontramos juntos en la habitación de Jason, tal como los habíamos dejado. Una vez más, la niebla parecía rodearlos, extendiéndose a su alrededor como un silencioso escudo protector.

—Está bien, mi amor —murmuré, aferrándome a Greg—. Lo seguirán intentando, lo sé, pero ya no podrán destruirnos. Mía entregó su vida para protegernos, y ahora me corresponde a mí continuar esa lucha.

—Quizás deberíamos volver a Nueva York —dijo Greg.

El miedo era evidente en su rostro. No por nosotros, sino por nuestros hijos.

—Quizás —admití—, pero no te preocupes. No podemos tomar decisiones precipitadas. Ya una vez intentamos huir del dolor, y nos encontró de todos modos. No estoy convencida de que mudarnos vaya a cambiar realmente lo que está ocurriendo.

—Está bien —respondió, aunque la incertidumbre seguía latiendo en su voz.

—Te prometo que, si llega el momento en que sienta que esto nos supera, nos iremos —añadí, buscando transmitirle algo de tranquilidad.

—De acuerdo.

No sé qué fue exactamente. Tal vez la rabia por la pérdida de Mía, el peso de todo lo vivido durante aquellos meses o las palabras de Cris resonando en mi memoria. Quizá fue una mezcla de todo. Lo cierto es que sentí despertar dentro de mí una fuerza mayor a la que vennía percibiendo, una certeza profunda que me decía que podía enfrentar aquello; que el poder que tanto había buscado fuera siempre había estado en mi interior.

Había atravesado innumerables altibajos aquellos días. A ratos me sentía fuerte, capaz de enfrentar cualquier adversidad; en otros momentos, el temor regresaba y amenazaba con hacerme retroceder. Apenas comenzaba a comprender aquella extraña fuerza que parecía despertar dentro de mí, una energía esquiva que aparecía y desaparecía cuando menos lo esperaba. Sin embargo, en ese instante algo era diferente. Lo sentía en lo más profundo de mi

ser. Esta vez, aquella fuerza había echado raíces y ya no volvería a abandonarme.

Ya no estaba sola.

Tenía a mi esposo y a mis hijos. Tenía aliados en este mundo y en otros planos que apenas comenzaba a comprender. Y también tenía a la niebla. Ahora conocía su significado, entendía lo que representaba para mí, y entre ambas se había formado un vínculo que nada podría quebrantar.

Sabía que el camino no sería sencillo, pero el miedo ya no ocupaba el lugar central que había tenido hasta entonces. Las respuestas que tanto había buscado comenzaban a perfilarse ante mí y, al fin, comprendía con claridad cuál era el rumbo que debía seguir para devolver la paz a mi vida y a mi familia.

CAPÍTULO 23

Renacer

VALERIE

Para la celebración de Año Nuevo, de algún modo ya nos habíamos habituado a las rarezas de la casa. Los ruidos fuera de lugar, las sombras e incluso los objetos que desaparecían de donde los habíamos dejado para reaparecer después en sitios distintos formaban parte de una cotidianidad tan inquietante como inevitable.

Habíamos optado por no concederles más poder del necesario. Yo procuraba mantener la niebla cerca de nosotros y, al mismo tiempo, comencé a estudiar sobre protección y energía. Tener a mi familia reunida me fortaleció; transformó por completo mi perspectiva y me permitió contemplar todo desde un lugar mucho más sereno.

Poco a poco dejé de obsesionarme con encontrar una explicación para cada cosa. Durante años había intentado ponerme en el lugar de los demás, buscando justificar actitudes que me herían. Sabía que yo tampoco era perfecta; había cometido errores y tomado decisiones de las que no me sentía orgullosa. No obstante, siempre procuré reconocer mis faltas y pedir perdón cuando era necesario. Al final, crecer consistía precisamente en eso: aprender.

También empecé a comprender que no todos transitamos ese camino de la misma manera. Algunas personas terminan cediendo ante sus impulsos más egoístas, ante la envidia, el resentimiento o la mezquindad que albergan en su interior. Y aunque me costó aceptarlo, entendí que eso escapaba por completo a mi control y que, quizá, jamás lograría encontrarle sentido.

Todo aquello me enseñó a dejar de intentar comprender y controlar cada situación a mi alrededor para concentrarme más en mí misma. Las palabras de Cris seguían resonando en mi interior, así que decidí buscar dentro de mí el apoyo, la aceptación, la determinación y la fortaleza que necesitaba para seguir adelante. No fue una transformación inmediata. Apenas estaba despertando a una nueva forma de entender las cosas y me sentía ávida de conocimiento, pero al menos había dado el primer paso.

Para mi sorpresa, aquella noche Beth apareció en casa, elegantemente arreglada para la celebración. Supuse que la cena familiar tendría lugar en casa de Ely, como de costumbre.

Cuando Greg me avisó que había llegado y que me esperaba en el salón, no pude evitar extrañarme. Comprendía perfectamente las razones de su distanciamiento. Yo misma había experimentado lo que significaba ser apartada, quedar excluida de un círculo que considerabas familia. Por eso no guardaba rencor hacia ella; sabía demasiado bien cuánto dolía ocupar ese lugar.

Al entrar en el salón, Beth se levantó del sillón y caminó directamente hacia mí para abrazarme.

—Lo siento mucho, Valerie —dijo con sinceridad.

—No, Beth —respondí, estrechándola con más fuerza—. Quien debe disculparse soy yo. Me advertiste de muchas cosas y, pese a ello, terminé cayendo en la manipulación. Lamento haberte apartado por intentar encajar en aquel nido de arpías.

—No pasa nada —respondió con una sonrisa algo incómoda.

Comprendí de inmediato que seguíamos hablando de su familia y decidí no insistir.

—¿Cómo has estado? —pregunté—. ¿Qué pasó con Lance?

—Mejor de lo que esperaba —contestó—. Lance ya no forma parte de mi vida. Lo bloqueé del teléfono y, de paso, de todo lo demás.

—Si esa decisión te dio paz, entonces aférrate a ella y sigue adelante —comenté.

—Eso intento —dijo, asintiendo—. Me siento mucho más tranquila. Y, bueno... también he empezado a salir con alguien.

Aunque me pareció un cambio bastante rápido, entendía que cada persona atraviesa los procesos a su manera. Si aquello la hacía feliz, no era quién para juzgarla. Sonreí, me alegré sinceramente por ella y busqué una copa para brindar.

Entre una conversación y otra, me contó que, aunque seguía coincidiendo con «el grupo» en algunas celebraciones, tanto ella como Callie habían comenzado a tomar cierta distancia. También confesó que ni Natalie ni los demás sabían nada de su nueva relación. Había aprendido a resguardar algunos aspectos de su vida y prefería mantenerlos en privado, convencida de que no todo el mundo merecía acceso a su felicidad ni a sus planes.

Me pareció una decisión sensata. Por mi parte, opté por no hablarle de lo que estaba ocurriendo en casa ni de mis sospechas sobre Natalie y su posible implicación en los hechizos que, estaba convencida, habían sido dirigidos contra mi familia. Cuando me comentó que no se había enterado de lo de Mía y que la noticia le entristecía profundamente, no pude evitar sorprenderme. Mis hijos habían publicado varios estados al respecto. Luego pensé que probablemente formaba parte de su proceso de sanación: mantenerse alejada de las redes sociales y del constante ruido de la vida ajena.

Aquello me hizo reflexionar. Comprendí que debía ser mucho más reservada con mis asuntos personales. Al fin y al cabo, es difícil que alguien envidie aquello cuya existencia desconoce.

Esa noche celebramos en casa, los cuatro juntos. Al llegar la medianoche, Jason comenzó a recibir videollamadas de sus amigos, y Julie subió enseguida a sabotearlas y burlarse de él, como había hecho toda la vida. Algunas cosas, por fortuna, permanecían intactas.

Yo aproveché para retomar uno de mis rituales favoritos. Me senté con papel y lápiz y escribí todo lo que deseaba para el año que comenzaba. Había leído que debía pedirse al universo sin limitaciones, con la certeza de que para Dios y para las fuerzas que gobiernan la existencia no hay imposibles. Así que me permití soñar en grande.

Cuando terminé, leí cada deseo en voz alta para asegurarme de que nacían desde la gratitud y la confianza, no desde la carencia o el miedo, tal como me había enseñado la doctora Alyah. Además, después de todo lo vivido, había aprendido a respetar el poder de las palabras. Ya era hora de ponerlo de mi lado y convertir cada una de ellas en una declaración de intención para el futuro.

Al terminar, doblé el papel y lo guardé en una pequeña caja que en casa llamábamos la caja de los deseos. Luego la coloqué bajo el árbol. Cuando llegara el momento de recoger los adornos navideños, la conservaría hasta el año siguiente, confiando en que, para entonces, al menos algunos de aquellos anhelos se habrían materializado.

Greg y yo subimos a la habitación y, antes siquiera de comenzar a desvestirnos, me rodeó con sus brazos. Permanecimos así unos instantes, en silencio, hasta que me dijo que necesitábamos dejar todo lo malo atrás, junto con el año que terminaba. Él no sabía nada de rituales, y yo apenas empezaba a explorar ese camino, pero aquella noche me hizo una promesa, y sus palabras significaron más que cualquier ceremonia.

Ya no se trataba únicamente de la certeza de que no volveríamos a permitir que nos arrastraran las mismas influencias que habían intentado destruirnos. También habíamos comprendido algo mucho más importante: podíamos elegir permanecer juntos sin depender por completo el uno del otro. El tiempo que pasamos separados fue doloroso, pero nos obligó a descubrir que la fuerza que buscábamos siempre había estado dentro de nosotros. Habíamos aprendido a sostenernos por nosotros mismos, y precisamente por eso resultaba imposible quebrarnos. Dividirnos ya no funcionaría. Separarnos

tampoco. Al fin habíamos comprendido dónde residía nuestro verdadero poder.

Los días siguientes trajeron una cadena de pequeñas mejoras. Comencé a devorar libros sobre atención plena, gratitud y crecimiento personal. Para Navidad, Julie me había regalado un diario de agradecimiento, y decidí utilizarlo desde el primer día del año.

No era magia. Había jornadas en las que la tristeza volvía a visitarme o la nostalgia se instalaba en mi pecho. Sin embargo, algo había cambiado: cada vez que dirigía mi atención hacia las cosas buenas que seguían presentes en mi vida, encontraba la manera de recuperar el equilibrio.

Los vecinos comenzaron a cambiar su actitud. Ya no me observaban con recelo ni susurraban a mi paso como antes. Algunos se detenían a saludarme y otros incluso aparecían en casa con pequeños obsequios: una cesta de frutas, un postre recién horneado o cualquier detalle nacido de la cordialidad. Poco a poco empezamos a recibir invitaciones para asistir a ferias locales, sesiones de bailoterapia, clases de yoga y actividades comunitarias. Incluso en el instituto preguntaban por mí y solicitaban mi presencia en reuniones y eventos.

Beth también se convirtió en una visitante habitual. Conocimos al hombre con el que estaba saliendo y no tardamos en compartir cada vez más tiempo con ellos. Las reuniones eran discretas, siempre con las cortinas cerradas y manteniendo nuestra vida privada lejos de miradas indiscretas.

Aunque todo parecía encaminarse, las manifestaciones extrañas dentro de la casa no cesaban. Aquello me inquietaba profundamente. No lograba comprender por qué seguían ocurriendo si habíamos cortado todo vínculo con esas personas, limpiado la casa, reforzado nuestra protección y recuperado nuestra fortaleza. La niebla continuaba acompañándonos, pero la sensación de

amenaza persistía, silenciosa y agazapada, como algo que se negaba a marcharse.

Con los días comprendí que ciertas cosas resultaban imposibles de ocultar. La primera era mi creciente éxito en la fotografía y las redes sociales. Mi audiencia aumentaba sin descanso y, con ella, también los encargos y oportunidades. Algunas galerías comenzaron a contactarme para exponer mi trabajo. Era una realidad demasiado visible para pasar desapercibida.

Greg también veía a Ely a diario. Aunque su relación se había enfriado hasta volverse casi inexistente, seguían coincidiendo en reuniones, intercambiando saludos y compartiendo espacios de trabajo. Cualquier comentario que surgiera sobre nuestra vida, terminaba llegando a sus oídos de una forma u otra.

Cuando llegó el cumpleaños de Jason, decidimos celebrarlo a lo grande. Organizamos una reunión en casa y luego hicimos una escapada a la montaña. Los chicos publicaban muy poco en redes sociales y habían bloqueado a muchas personas, pero internet tenía sus propios caminos. Bastaba una fotografía casual para que terminara circulando más de lo esperado, y estaba convencida de que, tarde o temprano, esas cosas también llegaban hasta ellos.

Sin proponérselo, Beth seguía siendo otro vínculo con aquel entorno. A veces compartía alguna anécdota o comentario inocente durante sus visitas, y aunque jamás lo hiciera con mala intención, era evidente que los demás sabían que seguía frecuentándonos.

Finalmente, por insistencia de Greg y en cumplimiento de la promesa que le había hecho, decidimos viajar a Nueva York. Su antiguo empleo le había presentado una propuesta interesante y quisimos averiguar si lo que necesitábamos era tomar distancia del caos que habían provocado quienes alguna vez consideramos nuestro refugio.

Los días previos al viaje transcurrieron bajo una calma tan agradable como engañosa. La casa comenzaba a sentirse nuevamente nuestra, pero ciertos episodios seguían recordándonos que algo permanecía

al acecho. La diferencia era que ya no me dominaban el miedo ni la incertidumbre. Había aprendido a convivir con aquello sin permitir que gobernara mi vida. Greg, en cambio, continuaba intranquilo, y mi único deseo era que nuestra familia encontrara al fin la paz que llevaba tanto tiempo buscando.

CAPÍTULO 24

Hogar

LA NIEBLA

La calma nunca significa ausencia.

Los humanos suelen confundirse con eso.

Creen que cuando el dolor disminuye, cuando las discusiones cesan y el amor vuelve a sentirse seguro entre las paredes de una casa, la tormenta ha terminado. Interpretan el alivio como un final.

Pero las cosas verdaderamente profundas no desaparecen tan rápido. Solo se repliegan.

Valerie comienza a comprenderlo.

La observo caminar por la casa con una energía distinta. Aún hay cansancio en ella, aún quedan sombras adheridas a ciertos pensamientos, pero ya no se mueve como alguien completamente rota. Hay algo nuevo habitando su interior.

Presencia.

Ha recuperado a su familia.

Greg ha vuelto a mirarla con esa devoción antigua que jamás terminó de extinguirse. Los hijos orbitan cerca otra vez. Imperfectos. Vulnerables. Unidos.

La fractura sigue allí, pero dejó de sangrar. Y eso importa más de lo que ella imagina. Porque las grietas también enseñan por dónde entra la luz.

Los miedos no han desaparecido.

La casa todavía guarda ecos.

Hay noches en las que el aire cambia de densidad y Valerie se queda inmóvil en mitad del pasillo, como si pudiera sentir algo observándola desde los rincones donde la oscuridad alguna vez respiró demasiado cerca. A veces Greg también lo percibe. Jason mira alrededor más de la cuenta. Incluso Julie ha dejado de dormir con la puerta cerrada.

Todos sienten que algo permanece. No amenazante. No exactamente. Pero sí inconcluso.

Por eso quieren irse por un tiempo.

Creen que volver a Nueva York les permitirá descansar. Alejarse de la casa. Del peso emocional de los últimos meses. Respirar lejos de todo aquello que no lograron comprender del todo.

Y Valerie piensa que quizás sea lo mejor.

No porque crea que todo empeorará, sino porque siente que necesitan silencio. Distancia. Normalidad.

Pero confunde agotamiento con despedida.

Y eso me inquieta.

Porque Blue Ridge la reconoce.

La tierra bajo esta casa aprendió su nombre mucho antes de que ella entendiera por qué se sentía llamada hacia aquí. Los árboles la observan. El agua responde. Incluso aquello que duerme debajo de ciertos silencios ha comenzado a moverse desde su llegada.

Nada de esto fue accidente.

Ni la casa. Ni el dolor. Ni los encuentros. Ni las pérdidas.

Ni siquiera aquello que parece haberse roto.

Hay lugares que eligen antes de ser elegidos. Y este es uno de ellos.

Lo que viene no será suave. Eso también lo sé.

La oscuridad retrocedió, pero no desapareció. Solo aprendió a esconderse mejor. A desplazarse sin ruido. A estudiar con más cuidado las grietas que no logró abrir por completo.

Otros comienzan a acercarse. Otros observan. Algunos desde la intención de ayudar. Otros no. Y lo más peligroso seguirá siendo aquello que parece inofensivo.

Porque no todo lo que sonríe protege.

No todo lo que ofrece refugio viene desde la luz.

Pero Valerie empieza a recordar algo importante. El miedo no siempre significa retirada. A veces significa umbral.

Y aunque todavía no lo comprenda del todo, aunque aún tiemble en ciertos rincones de sí misma, hay algo que comienza a crecer dentro de ella. Algo antiguo. Algo inmenso. Algo que incluso aquello que acecha empieza a reconocer.

No huyas, pequeña.

Aún no entiendes que este lugar también te pertenece.

CAPÍTULO 25

El Viaje

GREG

El vuelo a Nueva York despegó a las 7:45 de la mañana de un martes de marzo. Acababa de cumplir un año en la empresa y, además de concederme las vacaciones junto con un excelente bono, mi jefe me había comunicado que, a mi regreso, asumiría la dirección de la sede de Blue Ridge.

La noticia me llenaba de orgullo, pero también de incertidumbre. Aquel viaje tenía un propósito muy distinto: evaluar la posibilidad de regresar a Nueva York. Me esperaba una reunión con mi antiguo jefe y una oferta laboral que, sobre el papel, resultaba sumamente atractiva.

Si las condiciones eran tan buenas como parecían, podría trabajar menos, ganar más y aspirar a una casa con las mismas comodidades que teníamos en Blue Ridge; con un poco de suerte, también estaría libre de sombras, conflictos y todo lo que habíamos vivido allí. No tendría a la familia cerca, pero la experiencia me había demostrado que la proximidad tampoco garantizaba nada. Mi relación con Ely era prácticamente inexistente y la de Georgina con el resto de la familia se había deteriorado hasta extremos difíciles de comprender. Apenas hablaba con mis padres. Su transformación había sido tan radical que costaba reconocerla.

Siempre había creído que la verdad rara vez era absoluta y que cada persona observaba la realidad desde su propia perspectiva. Por eso procuré escuchar a todos los involucrados antes de sacar

conclusiones. Esperé que Ely me buscara para explicarme su versión de los hechos y, aunque tuvimos ocasión de hablar en la oficina, sus argumentos resultaron desconcertantes. Hablaba como si habitáramos realidades distintas y repetía que ya no tenía nada que hacer porque yo jamás abandonaría a Valerie.

Según Ely, Valerie me había convertido en una persona incapaz de respetar a su propia hermana o de preocuparse por su bienestar, y había arrastrado a mis hijos por el mismo camino. No parecía importarle que Jason hubiera intentado hacerse daño ni el grave episodio médico que sufrió Valerie. Para él, todo se reducía a nuestro supuesto egoísmo.

Lo más revelador fue escucharlo lamentarse porque yo ya no era el mismo de antes. Decía que había perdido la humildad, que cuando apenas tenía para comer eran él y Natalie quienes me tendían la mano, y que ahora, como ya no los necesitaba, tampoco valoraba su amistad. Llegó incluso a afirmar que antes siempre estaba a su lado y que ahora apenas lo llamaba para felicitarlo en su cumpleaños.

Aquellas palabras me hicieron comprender muchas cosas de golpe. ¿De verdad me estaba reprochando haber dejado de depender de él y de seguirlo a todas partes como cuando éramos universitarios?

Durante años soporté pequeñas humillaciones disfrazadas de amistad, desprecios que nunca comenté con nadie, ni siquiera con Valerie. Cuando ella llegó a mi vida, todo eso quedó atrás. Fue Val quien me enseñó a reconocer mi propio valor y a entender que podía aspirar a mucho más de lo que otros esperaban de mí.

—Si te hubieras quedado con Mariana, hoy no estaríamos así —dijo entonces.

Mariana era su prima. Salí con ella algunas veces y llegué a sentir algo por ella. Nunca fui correspondido. Su interés aparecía únicamente cuando quería que gastara el poco dinero que tenía en regalos o entradas para conciertos. Ellos lo sabían perfectamente.

¿Cómo pude ser tan ingenuo? ¿Cómo llegué a creer que todas aquellas personas eran realmente mi familia, mis amigos?

Tal vez porque, cuando Ely viajaba y se alejaba de Natalie y de su entorno, todo era distinto. En esos períodos compartíamos momentos genuinamente buenos. Incluso llegué a preguntarme si Beth tenía razón cuando le habló a Valerie sobre algún tipo de influencia extraña. Después de todo lo que había visto y experimentado en casa, ya no descartaba nada.

Aterrizamos en Nueva York con una determinación clara: no fijarnos en las razones que nos habían llevado a marcharnos años atrás. Queríamos contemplarla con la misma fascinación de la primera vez; la ciudad de Central Park, del MET, de la Catedral de San Patricio y del Empire State Building.

Durante el trayecto en taxi procuramos observar el bullicio con otros ojos. Habíamos aprendido a detenernos, a prestar atención, a no dejarnos arrastrar por la velocidad de todo lo que nos rodeaba. Valerie sonreía sin cesar, y los chicos parecían contagiarse de esa misma alegría. Yo sabía por qué. Era como si compartiéramos un secreto que el resto de las personas allí desconocía. Y, en cierto modo, así era.

Al entrar en el hotel y ver a los empleados correr de un lado a otro detrás de huéspedes que hablaban por teléfono, consultaban relojes o caminaban apresurados hacia algún compromiso, comprendí con absoluta claridad una de las cosas que ya no quería para mi vida.

—Algunas cosas nunca cambian —comentó Julie.

—Es como estar dentro de una película —señaló Jason—. Todos corren contra el tiempo sin darse cuenta de lo que tienen a su alrededor. Es una lástima.

—Lo es, mi amor —coincidió Valerie, después de que la recepcionista nos dijera por tercera vez que enseguida nos atendería.

La vista desde la habitación era espectacular. Aunque había vivido allí durante años, sentía que nunca había contemplado la ciudad de aquella manera. Ni siquiera cuando nos mudamos por primera vez. Aún me estremecía observarla.

Cuando por fin terminamos de instalarnos, ya era hora de almorzar. Resultaba increíble pensar que habíamos aterrizado a las nueve y media de la mañana. Solo llevábamos equipaje de mano y el hotel se encontraba relativamente cerca del aeropuerto; sin embargo, entre el tráfico, las demoras y la espera para acceder a una habitación que habíamos reservado desde la noche anterior para evitar el horario oficial de ingreso habían transcurrido más de tres horas.

La idea era aprovechar la mañana para recorrer un poco la ciudad antes de mi reunión de las cuatro de la tarde, así que optamos por almorzar cerca de mi antigua oficina, evitando que el tráfico de Nueva York arruinara la puntualidad que tanto me había costado recuperar.

Sin proponérselo, la ciudad terminaba arrastrándote a aquello de lo que intentabas escapar. Había que modificar planes constantemente o calcular cada movimiento con precisión para lograr cumplir lo previsto. Mientras avanzábamos por sus calles, comprendí que no quería volver a vivir así. Lo pensé incluso antes de mi reunión, aunque preferí guardármelo. Después de todo, había sido yo quien insistió en hacer aquel viaje, y no quería condicionar la opinión de Valerie ni de los chicos.

Llegué a la oficina sin recordar un detalle importante: Arnold jamás había sido puntual. Valerie y los niños habían acordado esperarme para visitar la Catedral de San Patricio, aprovechando que era su festividad y que, por su ascendencia irlandesa, ella sentía un cariño especial por esa tradición. Sin embargo, tuve que escribirles para que fueran sin mí.

Arnold apareció poco antes de las cinco de la tarde y enseguida nos dirigimos a una sala de conferencias. Bastaron unos minutos de conversación para comprender que aquella oferta no incluía nada parecido a trabajar menos.

—En teoría, solo tendrás que venir a la oficina los lunes, miércoles y viernes. El resto de la semana podrás trabajar desde casa. Tendrás

más tiempo para tu familia —dijo.

Como si el trabajo remoto no siguiera consumiendo tiempo.

—Cuando hablas de trabajo desde casa, ¿de cuántas horas estamos hablando? —pregunté.

—Entre seis y ocho diarias, dependiendo del proyecto.

Sonreí para mí mismo. Ya tenía la respuesta que necesitaba.

Luego abordamos la parte económica de la propuesta. Debía admitir que era tentadora: prácticamente duplicaba el salario que había tenido antes.

—Sé que has crecido mucho en Carolina y que ahora ganas más de lo que ganabas aquí, pero piénsalo bien —insistió—. No será fácil alcanzar un salario como este allá.

—No estoy tan lejos —respondí.

Y era cierto. Con mi reciente ascenso, la diferencia apenas rondaría el veinticinco por ciento, una cifra que seguía permitiéndonos vivir cómodamente en Blue Ridge.

—Déjame hablar con Joane y ver qué podemos hacer —dijo, convencido de que mi objeción era económica.

Había interpretado mal mis palabras.

Tomó el intercomunicador y pidió a Andy, su asistente, que lo comunicara con Joane. Andy le recordó que estaba de vacaciones y que precisamente aquel día se encontraba de viaje con su familia, algo que ella misma había avisado el día anterior. A Arnold no pareció importarle.

—Llámala igual. Solo necesito modificar un contrato. No le tomará más de cinco minutos.

Fue entonces cuando comprendí, con absoluta claridad, que estaba perdiendo un tiempo valioso que podría haber pasado con mi familia.

Sabía que no aceptaría la oferta. Las seis u ocho horas de trabajo que prometían en Nueva York jamás eran seis u ocho horas. Terminaban convirtiéndose en diez o doce. Y esos supuestos cinco minutos tampoco existían. Durante mis vacaciones solía dedicar más tiempo al trabajo que al descanso. Si estaba en la ciudad, me pedían pasar por la oficina; si estaba fuera, conectarme a reuniones. El único beneficio aparente era trabajar desde casa, pero ya había vivido esa experiencia, incluso con mayor flexibilidad que la que me ofrecía mi jefe actual.

Eso no era libertad.

Era una forma elegante de permanecer siempre disponible.

Yo ya tenía la decisión tomada. De todas formas, le escribí a Valerie para consultarlo, como siempre hacíamos. Ese tipo de elecciones nunca las tomábamos por separado.

"Reina, no estoy seguro de esto. La paga es excelente, pero el horario es un disfraz. Tendría que seguir trabajando desde casa."

"Lo imaginé, amor. Si quieres, dile que lo pensarás y lo hablamos con calma más tarde."

"Está bien."

Valerie me conocía demasiado bien. Sabía que ese último mensaje no significaba que estuviera indeciso, sino que ya había tomado una postura y todavía no la expresaba abiertamente. Sin embargo, seguía siendo una decisión que afectaba a toda la familia, y no quería actuar por impulso. Los chicos aún cargaban con el recuerdo de todo lo ocurrido en Blue Ridge, y la idea de exponerlos de nuevo a algo parecido me inquietaba más que cualquier otra cosa.

Entonces llegó otro mensaje.

"Amor, no importa dónde vivamos mientras estemos juntos. Si quieres decidir ahora, hazlo. Te prometo que las cosas malas ya no podrán dañarnos. Somos más fuertes de lo que éramos y sabremos enfrentarlas. Además, siempre podremos buscar otras alternativas si algún día dejamos de querer vivir en Blue Ridge."

Un instante después apareció otro.

"Y, siendo sincera, a mí me gusta más allá. A los chicos también."

Sonreí al leerlo.

De pronto, todo resultó mucho más sencillo.

No le di más vueltas al asunto. Le pedí a Arnold que no molestara a Joane; sinceramente, no necesitaba más dinero. Nueva York era una ciudad fascinante, pero ya no era nuestro hogar. El lugar de nuestra familia estaba donde pudiéramos sentirnos en paz, valorados y libres de demostrar quiénes éramos. Y, pese a todo lo ocurrido, Blue Ridge nos ofrecía más de eso que el vértigo incesante de la Gran Manzana.

Me reuní con los chicos en una galería de arte que había captado por completo la atención de Valerie. Yo sabía poco de pintura, pero ella parecía reconocer a varios de los artistas expuestos. El ambiente era sereno, casi suspendido en el tiempo, un remanso poco común en medio de la ciudad.

Mientras ellos recorrían la exposición, una obra en particular atrapó mi mirada. Me recordó de inmediato la vista desde nuestro balcón en Asheville. En el cuadro, una mujer observaba una densa niebla extendiéndose entre montañas azules extraordinariamente similares a las de Blue Ridge.

Permanecí varios minutos contemplándola hasta que un hombre se acercó. Supuse que trabajaba allí.

—¿Le gusta? —preguntó.

—No estoy seguro —respondí—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Ya lo está haciendo —replicó con una sonrisa—. Pero le concedo una segunda.

Su respuesta me arrancó a mí una sonrisa.

—Entonces aprovecharé. ¿Sabe usted si esto es un retrato? ¿Conoce usted a la mujer en este cuadro*?* —pregunté.

—Es un retrato que mi esposa vio en un sueño —explicó—. Pintamos esta obra juntos. En ese sueño, un viejo amigo nos dijo que algún día alguien vendría a preguntar si la mujer del cuadro era real y que, cuando ocurriera, debíamos responderle que tanto ella como la casa le pertenecían.

Sus palabras me dejaron desconcertado. Después de todo lo vivido en Blue Ridge, había aprendido a aceptar muchas cosas, pero aún conservaba cierto escepticismo ante situaciones como aquella.

—No son ustedes quienes deben marcharse, Gregory —continuó.

Sentí cómo el corazón me golpeaba el pecho.

—Ese es su hogar, su vida, y tienen más derecho a ocuparlos que cualquier otra persona. Se lo aseguro: las cosas mejorarán y muy pronto comprenderá que tomó la decisión correcta.

Me quedé sin palabras. La única explicación que encontré fue que, en algún momento, había hablado con Valerie.

—Disculpe, ¿ha estado conversando con mi esposa? —pregunté.

—No. Ella entendió el mensaje del cuadro por sí sola —respondió con tranquilidad—. Fue usted quien hizo la pregunta.

—Entonces, ¿cómo sabe mi nombre?

—Mi esposa me lo dijo. Incluso lo anotó en una libreta que guardamos por estas cosas. Permítame buscarla.

Dio media vuelta y se dirigió hacia una oficina al fondo de la galería. Yo fui tras él. Al vernos, Valerie y los chicos hicieron lo mismo.

—Mel, ¿tienes contigo la libreta? —preguntó a una mujer que pintaba absorta frente a un lienzo sobre un caballete.

Ella levantó la vista y, al vernos, sonrió como si nos estuviera esperando.

—Son ellos, ¿verdad? —preguntó.

El hombre asintió.

Mel se dirigió a un perchero, tomó un bolso y extrajo una agenda forrada en cuero azul. Tras pasar varias páginas, encontró una fecha concreta.

—Aquí está. Vaya... ya ha pasado casi un año —comentó, mostrándome la anotación.

25 de marzo de 2025

Cuadro. Mujer. Montañas de Blue Ridge, Carolina del Norte.

Hombre. Preguntará: «¿Sabe usted si esto es un retrato? ¿Conoce usted a la mujer en este cuadro?»

El hombre se llama Gregory. Decirle que tanto el retrato como la casa le pertenecen. No son ellos quienes deben irse. Es su hogar, su vida, y tienen más derecho a habitarla que los demás. Todo mejorará muy pronto.

Me quedé inmóvil.

Sentí cómo las lágrimas me nublaban la vista mientras releía aquellas líneas una y otra vez, incapaz de encontrar una explicación racional. Tomé la libreta con manos temblorosas y se la mostré a Valerie. Ella la observó en silencio, tan impactada como yo, y pidió permiso para tomar una fotografía antes de devolvérsela a Mel.

Les agradecimos profundamente y, antes de marcharnos, el hombre decidió presentarse y contarnos un poco sobre su trabajo.

—Mi nombre es Julien de Haven, y ella es mi esposa, Melanie de Haven —dijo mientras estrechaba mi mano—. Somos los autores de estas colecciones. Entendemos lo difícil que resulta creer en ciertas cosas; nosotros mismos hemos vivido experiencias que desafían toda explicación. Pero los mensajes del universo no llegan a cualquiera. Por eso creo que ustedes deben ser una familia muy especial.

Me limité a asentir. El nudo que tenía en la garganta me impedía pronunciar una sola palabra.

Valerie, en cambio, reaccionó con los ojos brillantes y les dio las gracias una y otra vez. Jason, por su parte, preguntó en lengua de señas si era posible comprar la pintura.

Para nuestra sorpresa, Melanie le respondió también en señas.

—No está a la venta —le explicó—. Es un regalo para ustedes. No vamos a permitir que la paguen.

Aquello nos dejó sin palabras.

Volvimos a agradecerles y continuamos recorriendo la galería. Julie se enamoró de varias obras y tratamos de adquirir dos de ellas, pero sus precios eran desorbitados. Más tarde, Valerie me explicó que se trataba de artistas muy reconocidos. Cuando ya habíamos desistido con cierta tristeza, Julien y Melanie insistieron en llegar a un acuerdo y nos ofrecieron una de las pinturas con un descuento tan generoso que resultó imposible rechazarlo.

Les entregamos la dirección de nuestra casa para el envío y conversamos unos minutos más mientras les mostrábamos algunas fotografías. Tanto Melanie como Valerie parecían fascinadas con cada detalle; Julien tampoco ocultaba su asombro. Y, siendo sincero, yo me sentía exactamente igual.

Salimos de la galería sonriendo, renovados y en completa paz con la decisión que habíamos tomado. Más allá de lo que nos esperara en Blue Ridge, teníamos la certeza de que podríamos afrontarlo juntos y encontrar la manera de vivir tranquilos en nuestro hogar.

Los días siguientes fueron unas auténticas vacaciones en la Gran Manzana. Recorrimos la ciudad como turistas, redescubriendo la magia de lugares que antes dábamos por sentado. Alquilamos bicicletas para pasear por Central Park y terminamos comiendo hot dogs en una banca. Cruzamos el Brooklyn Bridge al atardecer, nos fotografiamos bajo las luces de neón de Times Square y tomamos el ferry hacia Statue of Liberty, contemplando el perfil de Manhattan desde el agua en un espectáculo difícil de olvidar.

También subimos al Empire State Building, algo que habíamos hecho varias veces, aunque nunca de noche. Desde el observatorio contemplamos la ciudad iluminada y, para completar la experiencia, presenciamos una propuesta de matrimonio que parecía sacada de una película.

Aprovechamos además para visitar cada rincón emblemático que amábamos: Fifth Avenue, Grand Central Terminal, The High Line, Rockefeller Center, Broadway, DUMBO, Coney Island, SoHo y Chinatown, entre muchos otros, como si fuera la última vez que caminaríamos por aquellas calles.

Cuando abordamos el vuelo de regreso, ya no quedaban dudas. Persistía cierto nerviosismo ante lo que pudiera venir, porque sabíamos que nos aguardaban días difíciles. Pero también teníamos algo mucho más importante: la convicción inquebrantable de que lograríamos superarlos.

CAPÍTULO 26

Anclajes

VALERIE

Al regresar de Nueva York, algo había cambiado dentro de mí. Las palabras de Julien y Melanie no hicieron más que confirmar aquello que ya habitaba en mi corazón y recorría mi piel como una certeza silenciosa. Había una fuerza naciendo desde mi interior que, aunque todavía no comprendía por completo, me llenaba de seguridad. La sensación de estar exactamente donde debía estar se volvió absoluta.

Greg y yo hablamos largo rato y llegamos a un acuerdo: no permitiríamos que nadie volviera a dañarnos. Dejando a un lado gran parte de su escepticismo, me acompañó a ver a Cris y a Chace para buscar una manera de proteger nuestro hogar y fortalecernos como familia. Cada vez estaba más convencida de que aquello que nos había estado acechando se alimentaba del miedo, y había llegado el momento de dejar de retroceder. Habíamos pasado demasiado tiempo escondiéndonos y reaccionando.

Cuando llegamos a la tienda, Cris y Chace ya nos estaban esperando, como tantas otras veces, a pesar de que no les habíamos avisado de nuestra visita. Apenas cruzamos la puerta, Chace giró el letrero de abierto a cerrado y corrió las cortinas, aislándonos por completo del mundo exterior.

Greg se tensó apenas las cortinas se cerraron, así que le tomé la mano para transmitirle algo de calma. Cris nos indicó con un gesto que la siguiéramos hasta el centro del local y nos sentamos los tres

en el suelo. Chace permaneció cerca, apoyado contra el mostrador y manteniendo cierta distancia, como si quisiera observar sin interferir en lo que su hermana estaba por hacer.

Cris comenzó a explicarnos el procedimiento.

—Lo primero será consultar qué revela el oráculo sobre lo que ha ocurrido y lo que está por venir —dijo con serenidad—. Después veremos qué medidas debemos tomar para limpiar y proteger.

—¿No podemos simplemente limpiar y proteger todo de una vez? —preguntó Greg.

—No funciona así —respondió ella—. Para actuar con precisión necesitamos comprender el origen de todo esto. He intentado descifrarlo por mi cuenta, pero sin ustedes ha sido muy difícil. Lo que los rodea no es obra de aficionados; hay algo profundamente oscuro detrás.

Greg tragó saliva y yo asentí en silencio, invitándola a continuar.

Entonces desplegó frente a nosotros un paño circular color marfil, bordado con símbolos que no logré identificar por completo. Parecían fases lunares entrelazadas con ramas y pequeños ojos cosidos con hilo plateado. La estancia apenas estaba iluminada por algunas velas y una lámpara de sal que envolvía todo en una tenue luz ámbar.

En lugar de sacar un tarot convencional, Cris abrió una antigua caja negra. En su interior reposaban cartas más grandes y delgadas de lo habitual, ilustradas con imágenes sombrías y extrañamente realistas. No tenían nombres, números ni símbolos reconocibles.

Parecían cuadros atrapados en papel.

Bosques devorados por el humo. Figuras envueltas en raíces. Animales con demasiados ojos. Mujeres rodeadas de aguas oscuras.

Una inquietud inmediata me invadió.

—No es un tarot tradicional —explicó Cris al percibir mi reacción—. Es un oráculo de sombras y umbrales. Se utiliza para identificar

influencias energéticas profundas, especialmente cuando existen interferencias externas o situaciones ocultas. Estas imágenes no predicen el futuro como tal; revelan aquello que se mueve detrás de él.

Greg respiró profundo.

—Suena sorprendentemente tranquilizador —murmuró.

Una leve sonrisa cruzó el rostro de Cris, aunque no respondió.

En su lugar, colocó un pequeño cuenco de cobre entre nosotros y quemó unas hojas secas junto con otras hierbas que crepitaron al contacto con el fuego. El aroma cambió de inmediato, volviéndose más terroso y penetrante.

—Necesito que ambos toquen las cartas y piensen en la casa —indicó—. No intenten ordenar sus pensamientos. Solo permitan que las sensaciones aparezcan.

Obedecimos.

Apenas mis dedos rozaron el mazo, un escalofrío me recorrió los brazos. Cris lo advirtió de inmediato; su mirada se volvió más atenta, más aguda.

Comenzó a barajar lentamente, dejando que algunas cartas escaparan por sí solas y cayeran sobre el paño, como si una voluntad ajena guiara sus movimientos.

La primera se detuvo justo en el centro.

La imagen representaba un antiguo farol encendido en medio de un bosque ennegrecido. La luz intentaba abrirse paso entre las sombras, pero gruesas raíces se enroscaban alrededor de la base, avanzando lentamente hacia la llama.

En la parte inferior aparecía una sola palabra:

INTRUSIÓN.

La temperatura de la habitación pareció descender.

—Esto confirma que existen influencias externas entrando de manera constante al hogar —dijo Cris en voz baja—. No se trata de emociones dispersas ni de casualidades. Hay intención detrás de ello.

Tomó una segunda carta y la colocó sobre la primera, cruzándola parcialmente.

La ilustración mostraba a una mujer suspendida en aguas oscuras, mientras finos hilos negros emergían de su boca y de sus manos.

MANIPULACIÓN.

Un malestar inmediato me revolvió el estómago.

—Aquí hay una clara alteración del pensamiento y un desgaste emocional deliberado —explicó Cris—. Confusión inducida, culpas magnificadas y una sensación persistente de pérdida de control sobre uno mismo.

Greg volvió la mirada hacia mí de inmediato.

Yo la desvié.

Sin hacer comentarios, Cris continuó la tirada, disponiendo las cartas alrededor de las anteriores hasta formar una espiral irregular.

La siguiente mostraba flores marchitas brotando desde el interior de un pecho abierto.

DUELO.

—Las heridas emocionales fueron utilizadas como una puerta de entrada —murmuró—. Cuando alguien atraviesa un dolor profundo, ciertas influencias encuentran el camino con mayor facilidad.

No necesitaba preguntar si hablaba de mí.

La carta siguiente cayó sobre el paño con un golpe seco, como si una fuerza ajena la hubiera empujado.

Cris se tensó apenas al verla.

La ilustración representaba varias manos enterrando pequeños objetos bajo la tierra oscura.

ANCLAJE.

El silencio adquirió un peso incómodo.

—Aquí se encuentra el núcleo del problema —declaró al fin—. Hay una energía sostenida mediante anclajes materiales.

Greg se incorporó ligeramente.

—¿Qué significa eso?

Cris alzó la vista hacia nosotros.

—Que esto no se alimenta únicamente de emociones o intenciones negativas. Existe algo que sirve como soporte, elementos utilizados para mantener determinadas cargas vinculadas a la casa o a ustedes.

La piel se me erizó por completo, y el estómago se me revolvió provocándome una sensación nauseabunda.

—¿Como qué? —pregunté.

—Depende de la práctica —respondió—. Cabello, tierra, hierbas, clavos, hilos, frascos, obsequios intervenidos o cualquier objeto oculto en lugares específicos.

Greg dejó escapar una risa tensa, claramente aferrado a la idea de que aquello sonaba inverosímil. Yo, en cambio, permanecí inmóvil. Demasiadas piezas comenzaban a encajar dentro de mi cabeza.

Sin añadir nada más, Cris continuó desplegando las cartas.

La siguiente carta mostraba a una figura sonriente sosteniendo una máscara idéntica a su propio rostro. MÍMICA.

—Esto señala a alguien cercano —explicó Cris—. Una presencia capaz de integrarse con facilidad en la intimidad de los demás, alguien que sabe mostrar exactamente lo que cada persona espera ver.

El aire se tensó aún más, sentí una especie de vacío, más que nada entre Greg y yo.

La carta siguiente reveló una criatura oscura oculta tras varias figuras unidas por finos hilos rojos. ENVIDIA.

Cris exhaló lentamente.

—Gran parte de esto nació de emociones humanas comunes: comparación, resentimiento, obsesión y el deseo de ocupar el lugar de otros. Pero alguien decidió alimentar esas emociones y convertirlas en algo más.

Mi corazón golpeaba con tanta fuerza que respirar comenzaba a costarme.

Greg apretó mi mano.

—¿Esto puede empeorar? —preguntó.

Cris no respondió de inmediato. Permaneció unos segundos observando las cartas antes de extraer la última.

A diferencia de las demás, aquella estaba bañada por tonos claros.

La ilustración mostraba un árbol antiguo de raíces profundas y ramas desnudas. En el centro de su tronco brillaba una pequeña esfera de luz, como un corazón encendido bajo la corteza. A su alrededor, varias aves oscuras emprendían el vuelo, incapaces de permanecer cerca.

DESPERTAR.

La expresión de Cris cambió por completo.

—Aquí está lo que no esperaban —murmuró, clavando los ojos en mí —. Tú.

Un estremecimiento involuntario me sacudió entera.

—Las cartas no muestran a alguien derrotado, Valerie. Muestran a alguien que ha comenzado a despertar.

—¿Despertar a qué? —pregunté.

—A aquello que intentó quebrarte.

El ambiente pareció densificarse a nuestro alrededor.

Sin apartar la vista de la carta, Cris apoyó las manos sobre sus piernas.

—El error de quienes trabajan con ciertas fuerzas oscuras es creer que su objetivo será incapaz de resistir. Pero cuando se equivocan... las consecuencias pueden volverse en su contra.

—¿Volverse cómo? —preguntó Greg.

La expresión de Cris adquirió una gravedad inquietante.

—La oscuridad siempre exige un precio de quien la alimenta. Y cuando no consigue consumir aquello que perseguía, termina devorando los cimientos que la sostienen.

El silencio se adueñó de la habitación cuando Cris concluyó la lectura.

Sentía el pecho oprimido, aunque ya no de la misma manera que semanas atrás. El miedo seguía presente, sí, pero ahora convivía con algo diferente: una extraña lucidez. Como si las piezas, dispersas durante tanto tiempo, comenzaran al fin a encajar ante mis ojos.

Greg sostenía mi mano con firmeza. Ya no parecía escéptico. Parecía inquieto.

Chace salió de la trastienda. Ni siquiera recordaba haberlo visto apartarse de nosotros. Se acercó y examinó las cartas extendidas sobre el paño marfil. Su mirada se detuvo en ANCLAJE.

—Tenemos que revisar la casa hoy mismo —dijo con serenidad.

Greg asintió de inmediato.

—De acuerdo —respondí con determinación, incorporándome para marcharnos.

Mientras Cris recogía las cartas, Chace guardó en un bolso de cuero oscuro varias ramas secas, pequeños frascos, sal negra, cuarzos y algunas velas.

—No quiero alarmarlos —advirtió Cris—, pero si realmente existen objetos utilizados para sostener todo esto, lo mejor será retirarlos cuanto antes.

—¿Y después? —pregunté.

Chace alzó la vista hacia mí.

—Después limpiaremos la casa y cortaremos todo lo que siga conectado a ustedes.

Sus palabras no me infundieron miedo. Por el contrario, me trajeron una inesperada sensación de alivio.

Cuando nos disponíamos a salir de la tienda, Runo apareció de la nada. El enorme gato gris atravesó el local y se abalanzó contra mis piernas, restregándose insistentemente mientras maullaba. Cuando intenté avanzar, me siguió de inmediato, como si temiera que lo dejara atrás.

—Parece que ya tomó una decisión —comentó Chace con una leve sonrisa.

Me agaché para acariciarlo, confundida.

—¿Qué quieres decir?

Chace observó al gato unos segundos.

—Que Runo es tuyo, Valerie. Siempre lo ha sido. Creo que ya es hora de que regrese contigo.

Sus palabras me dejaron desconcertada. Miré al animal y luego a él.

—No estoy segura de que sea una buena idea —admití—. Después de lo que ocurrió con Mía...

Cris se acercó y apoyó una mano sobre mi hombro.

—Esta vez es diferente —dijo con suavidad—. Ya no eres la misma persona que eras entonces. Ahora tienes la fuerza y la luz necesarias para proteger lo que amas.

Bajé la mirada hacia Runo. El gato permanecía pegado a mí, completamente tranquilo, como si hubiera esperado aquel momento durante mucho tiempo.

Finalmente asentí.

El trayecto hasta casa transcurrió casi en silencio. La niebla descendía entre las montañas y envolvía la carretera con una belleza hipnótica. Runo viajaba acurrucado sobre mis piernas, ajeno a todo. Greg mantuvo una mano sobre la mía durante gran parte del camino, acariciándola distraídamente con el pulgar, como si intentara transmitirme calma.

Al llegar, percibí la casa exactamente igual a como la había dejado: cargada, contenida, como si el aire entre sus paredes llevara demasiado tiempo estancado. Sin embargo, esta vez no me encogí ante esa sensación. La reconocí. Y reconocerla bastó para impedir que me dominara.

Chace no entró de inmediato.

Comenzó a rodear la propiedad con paso pausado, observando el terreno con atención. De vez en cuando cerraba los ojos durante unos segundos, como si escuchara algo inaccesible para el resto de nosotros.

Greg y yo lo seguimos.

Al llegar al jardín lateral que colindaba con la casa de Natalie y Ely, Chace se detuvo en seco.

La niebla empezó a deslizarse entre los árboles del fondo, y sentí cómo un frío ajeno, casi familiar, se posaba sobre mí como un manto.

—Aquí —murmuró.

Se acuclilló junto a un macizo de flores y comenzó a apartar la tierra con las manos.

Greg se inclinó para ayudarlo. No tardaron en encontrarlo.

De entre la humedad del suelo emergió un pequeño frasco oscuro, sellado con un hilo rojizo y una sustancia negruzca endurecida alrededor de la tapa.

Greg se apartó de inmediato.

—¿Qué demonios...?

Con sumo cuidado, Chace recogió el frasco y lo envolvió en una tela negra sin intentar abrirlo.

—No lo toquen.

Mi corazón golpeaba con fuerza contra el pecho, pero no sentí miedo. Sentí ira. Durante tanto tiempo me había preguntado si todo estaba en mi cabeza, y ver aquello con mis propios ojos despertó una indignación feroz.

Greg volvió la mirada hacia mí, y pude distinguir la culpa atravesándole el rostro.

—Val... —susurró.

Negué suavemente con la cabeza. No quería disculpas. No en ese instante.

La niebla continuó desplazándose entre nosotros mientras Chace permanecía observando la casa con expresión inescrutable.

—Esto no se originó aquí —dijo al fin—. Pero alguien dejó la puerta abierta para que entrara.

Greg se pasó una mano por el cabello, visiblemente afectado.

—¿Hay más?

Chace alzó apenas la vista hacia las ventanas del segundo piso.

—Sí.

Y, sin añadir nada más, entró en la casa.

Lo seguimos en absoluto silencio.

Entré observándolo todo con otros ojos. Después de lo ocurrido en el jardín, ya no sabía qué podía estar oculto a simple vista.

Chace recorrió las habitaciones con paso pausado, examinando cada rincón con atención. A ratos se detenía frente a una pared o cerraba los ojos unos segundos antes de continuar. Cris avanzaba tras él, encendiendo pequeñas ramas de salvia y dejando que el humo serpentease por los espacios.

Pronto, el aroma terroso impregnó toda la casa.

Greg permaneció a mi lado en todo momento.

Al llegar a nuestra habitación, Chace se detuvo de golpe frente al clóset. Su mirada descendió lentamente hasta una esquina, oculta tras unas cajas que casi nunca movíamos.

—Aquí también hay algo.

Greg apartó las cajas de inmediato.

Detrás apareció un pequeño envoltorio de tela oscura, sujeto con hilo negro.

Sentí que algo se hundía en mi interior.

—Yo no puse eso ahí —susurré.

—Lo sé —respondió Greg de inmediato.

Chace recogió el paquete con sumo cuidado y lo guardó junto al frasco hallado en el jardín.

Después continuamos inspeccionando la casa. Encontraron hierbas secas ocultas tras un marco y tierra oscura acumulada en un pequeño saco escondido en el ático.

Después continuamos inspeccionando la casa. Encontraron hierbas secas ocultas tras un marco y tierra oscura acumulada en un pequeño saco escondido en el ático.

Sin embargo, fue Runo quien descubrió lo más inquietante.

Apenas entró al estudio, el gato se tensó. Aquel había sido el lugar favorito de Mía, donde pasaba horas descansando junto a la ventana. Runo recorrió la habitación con paso lento, olfateando el aire, hasta detenerse frente a una de las ventilaciones inferiores de la pared.

Comenzó a maullar con insistencia.

—¿Qué le pasa? —preguntó Greg.

Chace observó al animal y frunció ligeramente el ceño.

—Está marcando algo.

Runo golpeó la rejilla con una pata y volvió a maullar. No se movió de allí.

Chace se agachó y retiró la cubierta metálica. Tras introducir la mano, extrajo una pequeña bolsita de tela cubierta de polvo, cuidadosamente escondida en el interior.

La abrió con cautela.

Dentro había tierra oscura, sal ennegrecida y varios fragmentos de cuarzo roto.

Cris se acercó apenas los vio, y su expresión se ensombreció.

—Esto es diferente.

—¿Qué significa? —preguntó Greg.

Cris sostuvo uno de los fragmentos entre los dedos.

—Los cuarzos suelen utilizarse para protección y equilibrio energético —explicó—. Romperlos y ocultarlos de esta manera busca exactamente lo contrario: debilitar la energía de un lugar y de quienes lo habitan.

Sentí un nudo cerrarme la garganta.

Mi mirada se dirigió al rincón donde Mía solía dormir.

Runo también observó aquella zona. Permaneció inmóvil, con las orejas erguidas y la cola balanceándose lentamente, como si

comprendiera mucho más de lo que cualquiera de nosotros podía entender.

—Siempre ha sido muy bueno encontrando cosas —comentó Chace con una leve sonrisa—. Hay almas que nacen sabiendo cuál es su labor.

Bajé la vista hacia Runo. Cuando nuestros ojos se encontraron, algo se agitó dentro de mí. Fue como reconocer a alguien a quien había amado mucho tiempo atrás y de quien me había separado durante siglos.

Un par de imágenes fugaces cruzaron mi mente: una chimenea encendida, una ventana abierta hacia la niebla, unas manos acariciando un pelaje gris. Desaparecieron tan rápido como llegaron, pero dejaron una extraña sensación de plenitud.

Runo se acercó y rozó su cabeza contra mi pierna.

Sonreí sin entender del todo por qué, aunque una parte de mí sabía que acababa de reencontrar algo que había extrañado durante mucho tiempo.

Chace guardó la bolsita junto a los demás hallazgos.

Nadie dijo nada.

Cris parecía cada vez más preocupada.

—Esto lleva mucho tiempo aquí —murmuró.

Cuando terminaron de reunirlo todo, nos pidieron sentarnos en el suelo de la sala.

Chace esparció sal a nuestro alrededor formando un círculo incompleto y luego encendió varias velas blancas.

La limpieza comenzó en silencio.

Mientras Cris susurraba palabras apenas audibles y hacía pasar el humo a nuestro alrededor, Chace distribuía pequeños cuarzos en distintos puntos de la casa. Afuera, la niebla empezó a acercarse

lentamente a las ventanas, envolviendo el exterior como una presencia atenta.

No sentí que quisiera entrar. Sentí que vigilaba. Que protegía.

De pronto, el aire cambió.

La presión se disipó con tal brusquedad que Greg alzó la cabeza de inmediato, sorprendido.

Incluso la casa parecía diferente. Más ligera. Más acogedora.

Cris exhaló despacio.

—Ya no está anclado aquí.

Greg se pasó ambas manos por el rostro, notablemente sobrepasado.

—¿Entonces se acabó?

Chace y Cris intercambiaron una breve mirada.

—No exactamente —respondió él con franqueza—. Limpiar una casa no elimina todo lo que existe alrededor. Solo rompe el acceso directo y debilita aquello que se estaba alimentando de ustedes.

Sentí un leve nudo en el pecho.

—Entonces puede volver.

—Puede intentarlo —corrigió Cris con suavidad.

—Pero ahora saben lo que ocurre, y eso cambia por completo el equilibrio —comentó Chace, clavando sus ojos en mí—. El verdadero problema nunca fue solo la casa, Valerie. El problema fue que te hicieron creer que estabas indefensa.

Guardé silencio, porque comprendía perfectamente lo que intentaba decir.

Entonces, Cris se acercó y tomó mis manos.

—Quiero que sigas haciendo todo aquello que te conecta contigo misma: el journaling, las oraciones, la gratitud, la manifestación… no

como una moda espiritual, sino como una forma de fortalecer tu energía y tu intención.

Asentí despacio.

—La culpa, el miedo y el agotamiento debilitan profundamente —continuó—. Pero una persona consciente de su propia luz es mucho más difícil de alcanzar.

La niebla se deslizó suavemente sobre los ventanales a su espalda, y una serenidad auténtica me llenó.

Chace se incorporó con calma.

—Lo que sea que intentó destruirlos sigue existiendo —dijo—. No vamos a mentirles respecto a eso. Pero ya no están avanzando a ciegas.

Greg volvió a tomar mi mano, aunque esta vez fui yo quien estrechó la suya primero.

Cris esbozó una leve sonrisa.

—Y ahora, el poder también está de su lado.

CAPÍTULO 27

La Ruptura

VALERIE

Desperté sobresaltada, con el pecho agitado y una sensación húmeda recorriéndome la piel, como si hubiese salido de un lago helado.

La niebla cubría parcialmente la habitación. Ya estaba acostumbrada a verla allí, pero aquella mañana se sentía distinta.

Más densa. Más viva.

Greg seguía dormido a mi lado, ajeno al temblor que me recorría el cuerpo mientras intentaba recuperar el aire y ordenar el sueño que acababa de arrancarme del descanso.

O quizás no había sido un sueño. No lo sentí así. Sentí que alguien había intentado mostrarme algo.

Recordé primero a la mujer.

No podía describir su rostro. Cada vez que intentaba hacerlo, mi mente parecía difuminarlo todo. Solo recordaba la sensación de calma extraña que transmitía y la forma en que su voz atravesaba la niebla.

—Mira.

Eso repetía. Una y otra vez.

Frente a mí se alzaba un espejo enorme cubierto de vaho. No quería acercarme. Algo en mi interior se resistía. Sentía miedo incluso antes

de saber qué ocultaba.

—Mira, Valerie—. La mujer insistió.

Y entonces alcé la vista.

Mi reflejo apareció primero. Después comenzaron a surgir otros.

Natalie. Ely. Samuel. Callie. Beth.

Beth sostenía a Mía entre los brazos mientras le acariciaba el pelaje con suavidad. Sonreía.

Desperté en ese instante, con una opresión insoportable en el pecho. Me incorporé despacio y me cubrí el rostro con ambas manos.

No quería interpretar lo que aquella imagen parecía sugerir. No quería desconfiar también de Beth. Había estado a mi lado. Me había apoyado. Había llorado conmigo.

Y, sin embargo...

La visión de Mía entre sus brazos permanecía grabada en mi mente.

—¿Val? —murmuró Greg, aún somnoliento.

Me volví hacia él.

—Tuve otro sueño.

Greg se incorporó de inmediato. Después de todo lo ocurrido, había dejado de restarle importancia a aquellas cosas.

Escuchó en silencio mientras se lo relataba.

No respondió de inmediato. Se limitó a suspirar y estrechar mi mano.

—Quizá sea el miedo el que aún está hablando.

Asentí. Quería creer que era eso.

El momento se interrumpió cuando el teléfono de Greg vibró sobre la mesa de noche. Frunció apenas el ceño al ver la pantalla antes de contestar. Era Georgina.

Su voz sonaba extrañamente apagada. Le dijo que necesitaba verlo unos minutos para despedirse. Había decidido regresar a Canadá esa misma semana.

Cuando colgó, permaneció unos segundos en silencio antes de mirarme.

—Quiere hablar conmigo antes de irse —explicó.

No respondí enseguida. La sola mención de Georgina seguía provocándome incomodidad.

—Puedo verla afuera, si lo prefieres —añadió.

Negué despacio.

—No. Que venga.

Greg pareció sorprendido.

—¿Estás segura?

Asentí.

—No podemos seguir viviendo aterrados de todo el mundo, Greg. Además... —murmuré, recordando las palabras de Cris— ya entendí que esconderme no va a protegernos.

Él se acercó y tomó mi mano con suavidad.

—Y tampoco estás sola —dijo—. Lo que sea que intentaron hacerte ya no tiene el mismo poder. Tú misma lo has demostrado.

Respiré hondo.

—Ya no tengo miedo.

Greg sonrió apenas y acarició mis dedos.

—Lo sé.

Asentí. Y aquella certeza lo cambiaba todo.

Cuando Georgina llegó media hora después, me limité a abrir la puerta y hacerme a un lado para dejarla pasar. Lucía agotada. Las ojeras apenas podían ocultarse bajo el maquillaje, y en su expresión

ya no quedaba rastro de la seguridad que había exhibido meses atrás.

—Hola, Valerie... —saludó con cautela.

No respondí, y tampoco me sentí culpable por ello. Simplemente me dirigí a la cocina, dejándolos solos en la sala.

De todas formas, pude escuchar parte de la conversación.

—Gracias por recibirme —dijo Georgina en voz baja.

—No hacía falta que vinieras a despedirte —respondió Greg con tranquilidad—. Pudimos hablar por teléfono.

Hubo un breve silencio.

—Necesitaba hacerlo en persona —confesó ella—. Porque todavía estoy intentando entender qué me pasó estos meses.

Greg aguardó sin interrumpirla.

—Sé que esto no cambia nada, pero necesito decirlo. Hubo un momento en el que empecé a ver a Valerie de una forma que ahora no entiendo. Me molestaban cosas que antes ni siquiera notaba. Todo parecía convertirse en una competencia o en una comparación constante, y terminé convencida de ideas que hoy me resultan absurdas.

Sentí cómo se me tensaba el cuerpo desde la cocina.

—¿Qué crees que pasó? —preguntó Greg.

Georgina tardó unos segundos en responder.

—No lo sé. Supongo que me dejé arrastrar. Cuando pasas demasiado tiempo escuchando las mismas opiniones, las mismas críticas y las mismas versiones de una historia, llega un punto en el que dejas de cuestionarlas. Empiezas a repetirlas como si fueran tuyas.

El silencio volvió a extenderse entre ellos.

—Lo único que tengo claro es que, desde que me alejé de ciertas dinámicas y empecé a tomar distancia, comencé a ver las cosas de otra manera. Con más calma. Y cuanto más lo pienso, menos me reconozco en algunas de las actitudes que tuve.

Greg suspiró profundamente.

—¿Quiénes?

Georgina vaciló antes de responder.

—No lo sé con certeza. Y tampoco quiero señalar a nadie sin pruebas. Pero hay dinámicas en este lugar que no son sanas, Greg. Demasiadas comparaciones, demasiadas rivalidades disfrazadas de amistad. Personas que parecen encontrar validación en los problemas ajenos... —su voz perdió fuerza por un instante—. Y creo que yo también terminé cayendo en eso.

Después hubo un largo silencio.

—Dile a Valerie que lo siento. De verdad.

No esperó respuesta. Minutos más tarde escuché la puerta cerrarse con suavidad.

Greg y yo apenas hablamos del tema. Él sabía que había escuchado la conversación, y yo comprendía el peso que aquello representaba para él. Después de todo, seguía siendo su hermana.

Tampoco podía decir que sus palabras me convencieran por completo. Había vivido demasiado como para volver a confiar ciegamente en nadie. Seguía convencida de que Natalie y su entorno habían desempeñado un papel importante en todo lo que nos había ocurrido. Sin embargo, hasta entonces siempre había visto a Natalie como el eje de todo aquello.

Pero el sueño había sembrado una duda nueva. Y, aunque me resistía a aceptarlo, la imagen de Beth seguía regresando a mi mente.

Sumado a las advertencias de Cris durante la lectura del oráculo, aquello no hizo más que afinar mi instinto. Ya no se trataba

únicamente de sospechar; se trataba de permanecer alerta. Algo dentro de mí insistía en que todavía había piezas que no encajaban y verdades que aún no habían salido a la luz.

Cuando Beth apareció en la puerta aquella tarde, con la misma sonrisa afable de siempre, algo dentro de mí ya estaba en guardia. No podía explicar por qué, pero tenía la certeza de que no había llegado únicamente a visitarnos. Ella también pareció percibir el cambio en mí.

—¿Interrumpo? —preguntó apenas cruzó el umbral.

La observé con detenimiento. Cada gesto, cada inflexión de su voz, cada movimiento aparentemente casual. Y odié aquella desconfianza, porque una parte de mí aún quería considerarla una amiga, aunque cada vez me resultaba más difícil sostener esa idea.

Greg la saludó con cordialidad, aunque advertí cierta reserva en su actitud. Los dos habíamos aprendido a ser más cautos.

Beth comenzó a conversar sobre asuntos triviales: el clima, Julie, un nuevo conflicto con Lance, que al parecer intentaba volver a su vida. Todo sonaba normal.

Demasiado normal.

Entonces empecé a notar pequeños detalles. La rigidez apenas perceptible de su sonrisa. La forma en que su mirada recorría la casa a intervalos regulares, como si verificara algo. Como si buscara algo.

Y mientras la observaba, la imagen del sueño seguía golpeando mi memoria con una insistencia imposible de ignorar.

La mujer. El espejo. Beth sosteniendo a Mía entre sus brazos. Sentí cómo se me cerraba el estómago.

—Voy a preparar café —dije, poniéndome de pie con aparente calma.

Beth sonrió.

—No te molestes, estoy bien.

—No es ninguna molestia.

La dejé sola deliberadamente.

Entré en la cocina mientras intentaba controlar el temblor en mis manos. Mi intuición clamaba con tanta fuerza que me costaba respirar con normalidad.

Entonces tomé una decisión. Esperé apenas unos segundos. El silencio de la sala se alteró casi de inmediato. Un ruido leve. El movimiento apresurado de algo desplazándose.

Regresé sin hacer el menor ruido. Y la vi.

Beth estaba arrodillada junto al matero del ventanal. Tenía una mano hundida en la tierra y, en la otra, una pequeña bolsa de tela negra idéntica a las que Chace había encontrado en nuestra casa.

Todo mi cuerpo se tensó.

Al percibir mi presencia, levantó la vista de golpe.

Durante un instante, ninguna de las dos dijo una palabra.

Y entonces comprendí algo más perturbador que el miedo: no estaba descubriendo la verdad. La verdad llevaba mucho tiempo aguardándome allí.

—Valerie, yo...

No me moví. No sentí temor. Sentí una lucidez feroz.

—¿Qué estás haciendo?

—Vi algo extraño sobresaliendo de la tierra y pensé que...

—No.

Mi propia voz me sorprendió. Serena. Inquebrantable.

Beth guardó silencio.

Greg apareció detrás de mí y su mirada se posó de inmediato sobre la bolsa. La tensión se volvió asfixiante.

Ella intentó recomponerse.

—Greg, tienes que entender que Valerie ya no está viendo las cosas con claridad. Todo lo que le han dicho...

—No.

Esta vez fue Greg quien la interrumpió, sin vacilar.

—Ni siquiera lo intentes.

Algo se quebró en la expresión de Beth. Una máscara que, hasta entonces, había permanecido intacta.

La dulzura de su rostro se desmoronó poco a poco y, por primera vez, vi lo que ocultaba detrás de ella.

No era maldad. Era amargura. Una amargura profunda, alimentada durante demasiado tiempo.

—Claro —murmuró, dejando escapar una risa seca—. Al final siempre le crees a ella.

Greg frunció el ceño.

—Beth...

—¿Sabes qué es lo peor? —continuó, sin prestarle atención—. Que ni siquiera eres consciente de todo lo que tienes.

Sentí cómo se me tensaban los músculos.

—¿Por qué? —pregunté al fin.

Beth clavó la mirada en mí. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no había arrepentimiento en ellas. Había dolor. Y resentimiento.

—Porque tú siempre lo tienes todo.

La frase cayó en medio de la sala como una piedra.

—Siempre ha sido igual contigo. Un esposo que te adora. Hijos que te aman. Una familia que te sigue eligiendo incluso cuando las cosas se derrumban. ¿Sabes lo injusto que se siente ver eso desde afuera?

Negué despacio.

—Nada de eso ha sido perfecto.

—Pero seguía siendo tuyo —replicó con aspereza—. Mientras yo pasaba la vida intentando sostener cosas que no dejaban de romperse.

Greg avanzó un paso y se colocó, casi por instinto, entre Beth y yo.

—Se acabó. Tienes que irte de esta casa.

Beth dejó escapar una risa queda. No sonaba alterada. Sonaba liberada.

—¿Irme? —repitió con lentitud—. Después de todo lo que me costó llegar hasta aquí.

Un nudo se cerró en mi estómago.

La pequeña bolsa negra seguía entre sus dedos, pero ya no intentaba esconderla. Ahora la acariciaba distraídamente, con una familiaridad inquietante que me recordó de inmediato la imagen del sueño y a Mía entre sus brazos.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté, esforzándome por mantener la voz firme.

Beth sostuvo mi mirada, y en su expresión encontré la confirmación de algo que, en el fondo, ya sabía.

—Lo que tú tienes.

No fue la niebla lo que sentí entonces, sino algo mucho más opresivo. Una presencia densa, asfixiante, cargada de resentimiento.

Las luces comenzaron a parpadear con suavidad.

Greg giró hacia mí, inquieto.

—Valerie... —murmuró.

Beth habló antes de que Greg pudiera intervenir. Cuanto más lo hacía, más evidente resultaba que aquello llevaba años acumulándose dentro de ella.

—¿Sabes lo agotador que es pasar la vida comparándote con otras personas? —preguntó, con la voz quebrada—. Ver cómo parecen

avanzar mientras tú te quedas siempre en el mismo lugar.

—Eso no te da derecho a hacer daño —indiqué con rabia.

—No, claro que no —respondió con una risa amarga—. Pero tampoco cambia lo que una siente.

Sus ojos se clavaron en mí.

—Tú siempre tenías algo que admirar. Una familia unida. Personas que te elegían. Proyectos que salían adelante. Incluso en tus peores momentos había alguien dispuesto a sostenerte. ¿Crees que no veía eso?

—No conoces todo lo que vivimos para llegar aquí.

—Tal vez no —admitió—. Pero cuando pasas años sintiéndote insuficiente, dejas de mirar la realidad. Solo ves aquello que te falta.

Greg frunció el ceño.

—¿Qué tiene que ver Natalie en todo esto?

Beth bajó la mirada unos segundos antes de responder.

—Más de lo que imaginas. Ella tampoco estaba bien, Greg. Llevaba años comparándose con Valerie, sintiendo que nunca era suficiente. Solo necesitaba que alguien confirmara lo que ya temía para que empezara a creerlo por completo.

El silencio que siguió resultó mucho más inquietante que cualquier grito. Porque lo que estaba saliendo a la luz no parecía una historia imposible, sino una cadena de heridas, inseguridades y resentimientos que habían crecido durante demasiado tiempo sin que nadie las enfrentara.

Sentí el corazón acelerarse de golpe.

—Fuiste tú.

Beth esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—Natalie llevaba años buscando respuestas fuera de sí misma. Yo solo reforcé aquello que ya estaba dispuesta a creer.

—¿Y todo lo demás? ¿Lo que encontramos en la casa?

No intentó mostrarse vulnerable. Su expresión adquirió una dureza extraña, casi desafiante.

—Hay personas que necesitan pruebas para convencerse de algo —dijo—. Otras solo necesitan símbolos. Cuando alguien está desesperado, termina otorgando poder a cosas que jamás debería.

La observé sin apartar la mirada.

—¿Y las pastillas?

La pregunta pareció divertirla.

—Eso sí fue mío.

Sentí que la sangre me abandonaba el rostro.

—Me diste acceso a todo, Valerie. La clave de la alarma, tu confianza, tus horarios. Ni siquiera tuve que esforzarme. Las llaves las tenía desde mucho antes; tomé unas de Natalie, hice copias y las devolví sin que nadie lo notara.

Hizo una pausa, casi saboreando el recuerdo.

—Cambiar los frascos fue sencillo. Lo difícil vino después. Cuando tomaste la primera pastilla y ya estabas medio dormida, entré a la casa. Te llevé un vaso de jugo con el resto disuelto. Apenas podías mantener los ojos abiertos. Ni siquiera entendías lo que ocurría.

El mundo pareció inclinarse bajo mis pies.

—Luego sentí bajar a Jason. Ese maldito niño y su intuición —continuó—. Tuve que irme antes de tiempo. Él siempre fue el problema. Demasiado observador. Demasiado difícil de engañar.

Greg la miraba horrorizado.

—¿Qué demonios pensabas que podías sacar de todo esto?

Beth soltó una risa breve y amarga.

—Porque todo era tan simple. Valerie desaparecía, tú regresabas destrozado, y yo estaría allí para ayudarte a recoger los pedazos. Era

el único final que tenía sentido.

Un golpe seco interrumpió el momento.

La puerta principal se abrió de par en par.

Callie entró primero, visiblemente agitada. Detrás de ella apareció la suegra. Esa mujer que siempre me había causado escalofríos.

Al verla, Beth guardó silencio.

La anciana recorrió la sala con una lentitud inquietante. Su mirada pasó por Greg, por mí, por la bolsa que Beth aún sostenía entre las manos, y se detuvo allí unos segundos más de la cuenta.

Nadie dijo una palabra.

Sin embargo, algo cambió en el ambiente.

La tensión que ya flotaba en la habitación pareció condensarse de repente. Sentí una presión extraña en el pecho, una sensación pesada que me obligó a inspirar más hondo.

No se parecía en nada a la presencia de la niebla. La niebla transmitía calma, protección, una especie de compañía silenciosa. Aquello era distinto.

Se sentía antiguo. Denso. Como un resentimiento acumulado durante años.

Fue entonces cuando Greg dio un paso al frente.

—Salgan de esta casa. Ahora.

La mujer mayor no respondió. Se limitó a murmurar algo entre dientes.

No alcancé a distinguir las palabras, pero percibí el efecto que producían. La tensión de la habitación pareció concentrarse de golpe, como si todos los presentes contuvieran la respiración al mismo tiempo.

La madera crujió en algún lugar de la casa. Las lámparas comenzaron a titilar más fuertemente que antes.

Miré hacia las ventanas. La niebla seguía allí.

Se arremolinaba alrededor de la propiedad, cubriendo el jardín y los ventanales con una densidad inusual. Sin embargo, algo parecía impedirle acercarse más. Como si existiera una barrera invisible entre el exterior y nosotros.

Beth siguió mi mirada y sonrió.

—¿La sientes? —susurró—. Esta vez no puede ayudarte.

Sentí que el aire abandonaba mis pulmones.

No.

Aquello no podía estar ocurriendo.

Afuera, la niebla continuaba agitándose con una intensidad casi desesperada, mientras dentro de la casa la atmósfera se volvía cada vez más opresiva.

Greg intentó acercarse a la anciana, pero se detuvo en seco.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

No parecía retenido por una fuerza invisible; parecía paralizado por la confusión, por la velocidad con la que todo se estaba desmoronando.

Los gritos atrajeron a Julie, que apareció en las escaleras. Jason venía justo detrás de ella.

Al verlos, algo cambió en el rostro de Callie. La rabia contenida dio paso a una expresión que apenas reconocí. Todo ocurrió en cuestión de segundos.

Vi un destello metálico en su mano. Una navaja.

—¡Julie! —grité.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Runo salió disparado desde el pasillo. El gato se abalanzó sobre Callie con un bufido feroz, clavándole las uñas y obligándola a perder el equilibrio justo cuando iniciaba el ataque.

El movimiento fue suficiente para desviar la trayectoria.

Jason reaccionó al instante y se lanzó sobre su hermana para apartarla de allí.

Aun así, la hoja alcanzó a rozarlo. Un corte atravesó su brazo antes de que Callie cayera a un lado.

Julie soltó un grito desgarrador.

Jason cayó de rodillas, llevándose una mano a la herida mientras la sangre comenzaba a deslizarse entre sus dedos. El filo alcanzó su brazo.

Sentí que el mundo se quebraba frente a mis ojos.

Greg consiguió liberarse de la parálisis que parecía haberlo retenido y se lanzó hacia las escaleras en cuanto vio a Jason sangrar.

—¡Aléjense de ellos! —rugió.

Apenas había dado unos pasos cuando la anciana extendió una mano en su dirección.

Greg se dobló sobre sí mismo de repente, como si un dolor insoportable le hubiera atravesado el pecho.

Tropezó contra una mesa auxiliar, perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo.

—¡Greg! —grité.

Intentó incorporarse de inmediato, pero apenas lograba respirar. Su rostro había perdido todo color y el esfuerzo por mantenerse consciente era evidente.

Y yo...

Yo me quedé inmóvil.

Un pitido agudo me atravesó los oídos. El aire desapareció de mis pulmones. Las piernas dejaron de responderme y terminé en el suelo intentando recuperar el aliento.

Veía a Julie aferrada a Jason. Veía sus labios moverse, sus lágrimas caer sobre él. Pero todo llegaba amortiguado, distante, como si mi mente hubiera decidido desconectarse para protegerse.

Afuera, la niebla se arremolinaba tras los ventanales.

Y mientras observaba a mi familia desmoronarse en medio de aquel caos, una idea me atravesó con una crueldad insoportable: quizá había sobreestimado mi fortaleza. Quizá, después de todo, no estaba preparada para enfrentar algo capaz de rompernos de nuevo.

CAPÍTULO 28

Pertenencia

VALERIE

La presión en mi pecho era insoportable: una mezcla asfixiante de miedo, agotamiento y la terrible certeza de que algo estaba a punto de quebrarse para siempre.

La casa parecía latir con nosotros, como si hubiera absorbido cada grito, cada lágrima y cada vestigio de oscuridad acumulado entre aquellas paredes durante años.

Jason permanecía unos escalones más arriba, inmóvil por el terror y aferrándose el brazo herido. Julie lloraba con una angustia muda, incapaz casi de respirar. Greg seguía en el suelo, luchando por recuperar el aliento. Y Beth... Beth sonreía. Sonreía como quien contempla, por fin, la realización de un deseo largamente alimentado.

Afuera era de día; lo sabía porque una parte de mí aún conservaba esa certeza. Sin embargo, la niebla cubría por completo los ventanales, tan densa y palpitante que convertía la luz de la mañana en una penumbra malsana. Todo parecía suspendido en un silencio antinatural, como si el mundo hubiera contenido el aliento.

Entonces regresaron los susurros.

Pero esta vez fue distinto.

Los susurros ya no sonaban amenazantes ni indescifrables como al proncipio. Dejaron de sentirse ajenos porque, por primera vez,

comprendí lo que habían intentado mostrarme desde el día en que crucé el umbral de aquella casa.

"No estás sola".

El recuerdo de mi madre acudió a mí con una nitidez dolorosa. Me vi de niña, escondida bajo las cobijas tras una pesadilla, mientras ella apartaba el cabello de mi rostro con aquella serenidad capaz de volver soportable cualquier miedo.

"La luz siempre encuentra la forma de quedarse contigo, Val".

Después recordé a Cris.

No como una imagen lejana, sino como una certeza arraigada dentro de mí.

"La fuerza nunca estuvo afuera. Siempre estuvo dentro de ti".

Y entonces regresaron las palabras que Melanie había escrito meses atrás, cuando el cuadro llegó a nuestra casa.

"La casa escucha. La casa sabe".

Fue en ese instante cuando comprendí algo que hasta entonces había pasado por alto. Durante todo aquel tiempo había creído que la niebla era nuestra única protección. Pero no era así.

La niebla siempre nos había protegido, sí. Sin embargo, nunca había sido lo único que nos sostenía.

Algo comenzó a encajar dentro de mí, no como una revelación repentina, sino como un recuerdo que por fin encontraba su lugar.

La casa… y la niebla. Ambas nos habían llamado desde el principio. No como una trampa, sino como un vínculo. Por eso habíamos llegado allí, como si algo más grande nos hubiera guiado sin que fuéramos plenamente conscientes.

Alcé la mirada hacia el ventanal cubierto por aquel manto blanco que tantas veces nos había advertido y protegido. Mi cuerpo temblaba; el dolor en la cabeza era intenso, y por un momento dudé de mí, de mi capacidad para sostener lo que estaba ocurriendo.

Entonces ocurrió algo.

Los cuarzos que Chace había colocado durante la limpieza comenzaron a emitir un brillo tenue, casi tímido.

Primero uno. Luego otro. Y después otro más.

Pequeños destellos se fueron extendiendo por la casa como si algo respondiera desde dentro, como una memoria encendiéndose en la oscuridad.

Afuera, la niebla seguía allí. Firme. Viva. Golpeando suavemente los límites de los ventanales, conteniendo lo que no debía entrar.

Todo se mostró claro pese a que mi cabeza parecía explotar: la niebla protegía desde afuera, la casa respondía desde adentro… pero era yo quien debía sostener el equilibrio entre ambas.

Callie fue la primera en advertirlo. El horror le desfiguró el rostro y retrocedió un paso, desbordada por el pánico.

—¡No! —gritó, fuera de sí.

Se lanzó hacia Jason, quizá intentando consumar lo que había empezado antes de perder por completo el control, pero ya era tarde. La niebla golpeó el ventanal con una violencia súbita; el cristal estalló hacia el interior y una lluvia de fragmentos recorrió la sala mientras un viento helado irrumpía como un rugido dentro de la casa.

Me incorporé casi por instinto.

Beth se abalanzó sobre mí, descompuesta, pero Greg consiguió levantarse lo suficiente para interceptarla. Aún inestable, la sujetó y la empujó con tal fuerza que la arrojó contra la pared. El impacto de su cabeza fue seco, brutal; Beth cayó al suelo aturdida, sin capacidad inmediata de reacción.

La anciana, en cambio, se mostraba cada vez más frenética. Sus murmullos se elevaron mientras subía las escaleras tras Jason, profiriendo palabras ininteligibles, como si intentara aferrarse a la

última sombra antes de que desapareciera del todo. Pero entonces Julie estalló.

Con una rabia nacida de meses de manipulación, miedo y dolor acumulado, Julie se abalanzó sobre ella y comenzó a golpearla una y otra vez, empujándola contra los escalones mientras la anciana intentaba cubrirse sin éxito.

Callie trató de intervenir, pero apenas dio un paso cuando su pie chocó con un objeto pequeño que rodó escaleras abajo. Perdió el equilibrio al instante. Todo ocurrió en un parpadeo: su cuerpo se arqueó hacia atrás, las manos buscaron el barandal y, después, vino el impacto.

Seco.

Brutal.

Irreversible.

Mi atención se quebró hacia la niebla antes de poder procesar del todo lo ocurrido. Se movía con fuerza dentro de la casa, reaccionando a cada estallido, expandiéndose entre las paredes y las escaleras mientras los cuarzos intensificaban su brillo. Ya no había dudas que resolver ni verdades que descifrar.

Esta vez era distinto. La niebla, la luz de los cuarzos y la propia casa respondían a mí.

Sentí aquella energía encenderse bajo la piel cuando levanté las manos, y la niebla obedeció de inmediato, agitándose por toda la sala como si estuviera unida a mi pensamiento. El ventanal restante estalló hacia afuera con una fuerza súbita, dejando entrar un viento helado mientras la casa despertaba por completo a mi alrededor.

Los cuarzos vibraron con una intensidad creciente y la oscuridad comenzó a replegarse, como si perdiera sustancia frente a algo mayor.

La bolsa negra salió despedida con violencia, arrancada por una fuerza invisible, cruzó el ventanal roto y desapareció tragada por la

niebla.

Todo crujió.

Las paredes.

Las lámparas.

El suelo bajo nuestros pies.

Pero no era destrucción: era respuesta. La casa reaccionando conmigo.

La niebla se arremolinó alrededor de Beth y de la anciana, empujándolas hacia atrás con una presión implacable mientras la energía dentro de mí seguía expandiéndose. Sentía cada rincón de la casa vibrar al mismo ritmo que mi cuerpo, como si ambas realidades hubieran encontrado por fin una sola frecuencia.

Ya no era solo la niebla protegiéndome. Era yo guiándola.

La anciana dejó de resistirse.

Julie se apartó lentamente de ella.

Greg me observaba como si apenas pudiera comprender lo que tenía delante.

Jason descendió un escalón con los ojos anegados en lágrimas.

Y yo seguía allí, temblando en mitad de la sala, sintiendo cómo aquella fuerza nacida desde lo más profundo de mí arrastraba la última sombra fuera de la casa, hasta disiparla por completo.

Cuando todo terminó, el silencio fue tan absoluto que dolía.

Poco a poco, la niebla del exterior comenzó a abrirse y la luz real del día volvió a filtrarse por el salón. La casa dejó de sentirse hostil; ya no pesaba, ya no reaccionaba. Estaba en calma.

Entonces la vimos. Callie.

Su cuerpo yacía inmóvil al pie de las escaleras, en una posición imposible. Julie soltó un jadeo ahogado mientras Greg se acercaba lentamente, todavía aferrado a la idea de que solo había perdido el

conocimiento en la caída. Durante unos segundos nadie habló. Nadie quiso aceptar lo evidente.

Y fue entonces cuando lo vi.

Junto a su mano había un pequeño ratón de tela gris, desgastado por el tiempo, con una diminuta campanita dorada atada al cuello.

El aire se me quebró en los pulmones.

No. No podía ser. Reconocería ese juguete en cualquier lugar.

Era de Mía.

Yo misma había guardado todas sus cosas semanas atrás, después de su muerte, intentando convencerme de que deshacerme de ellas aliviaría el dolor, aunque fuera mínimamente.

Pero ahí estaba. Junto al cuerpo de Callie.

Y en ese instante até los cabos.

La caída no había sido un accidente. No del todo. Había algo más detrás; una verdad que se abría paso con una crudeza insoportable. Callie había estado implicada, de algún modo, en lo ocurrido aquella noche con Mía. En su muerte. El juguete no hacía más que confirmar lo que mi mente ya se negaba a seguir ignorando.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mi rostro mientras miraba el pequeño objeto, incapaz de apartar la vista.

La casa, por fin, se sentía en paz.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que empezáramos a escuchar las sirenas acercándose a la propiedad. Tal vez alguien oyó los gritos. Tal vez algún vecino vio el ventanal destrozado o el caos en el interior. Para entonces, ya estábamos demasiado agotados para reaccionar.

Las luces rojas y azules comenzaron a teñir el exterior de la casa mientras policías y paramédicos tomaban la entrada principal. Las preguntas llegaron de inmediato, una tras otra, pero responderlas

resultaba casi imposible. ¿Cómo explicar algo que ni siquiera nosotros alcanzábamos a comprender del todo?

Para ellos, todo parecía reducirse a violencia doméstica, manipulación y un evidente colapso emocional.

Y quizá, en ese momento, era lo único que podía sostenerse como verdad.

Los paramédicos atendieron primero a Beth, aún desorientada tras el impacto contra la pared. Luego revisaron a Jason, vendando su brazo herido mientras intentaba resistirse, entre dolor y la confusión de lo que acababa de ocurrir. Después asistieron a Greg y a Julie, mientras otro grupo se acercaba finalmente a Callie.

Durante unos segundos, me aferré a la idea absurda de que pudiera reaccionar, de que abriera los ojos y todo se redujera a un mal golpe.

Pero no ocurrió.

Uno de los paramédicos alzó la mirada hacia los oficiales y negó en silencio.

Y entonces lo comprendimos: Callie nunca había estado inconsciente.

La caída había sido fatal.

Julie se cubrió la boca con ambas manos y volvió a romper en llanto. Greg cerró los ojos, exhausto, como si ya no le quedara energía ni siquiera para asimilar otra pérdida.

La anciana terminó confesándolo todo poco después.

Sentada en una ambulancia, aún temblando y con restos de sangre en la ropa, la anciana suegra de Callie admitió ante la policía que Beth le había pagado para "hacer daño" a nuestra familia. Habló de presiones, rituales, amenazas y manipulación psicológica, pero evitó cualquier mención a la niebla, a la casa o a lo que realmente había ocurrido allí dentro. Nadie habló de lo inexplicable. Nadie habría podido hacerlo sin perder toda credibilidad.

Beth, por su parte, fue trasladada bajo supervisión médica a una clínica psiquiátrica, donde sería evaluada antes de determinar si enfrentaba prisión o internamiento prolongado. La imagen de verla subir a la ambulancia aún me resultaba irreal: aquella obsesión había arrasado con demasiadas vidas como para encajar en una sola explicación.

Mientras todo se desarrollaba, vi a Natalie y Ely detrás del cordón policial, observando en silencio absoluto. Natalie lloraba sin apartar la vista de las ambulancias donde trasladaban a sus hermanas, incapaz de procesar el final al que habían llegado. Ely permanecía a su lado, rígido, sosteniéndola mientras las luces de los vehículos les atravesaban el rostro pálido.

Y yo… yo solo miraba la casa. Las ventanas rotas. La niebla disipándose entre los árboles. El sol extendiéndose, poco a poco, sobre la propiedad.

En ese momento todo encajó sin necesidad de nuevas explicaciones. La niebla, los susurros, aquella energía que percibí desde la primera videollamada… no habían sido una advertencia ni una trampa, sino una llamada persistente hacia este lugar.

La casa no me había elegido por casualidad. Había reconocido algo en mí, y yo en ella.

Nada de lo ocurrido había sido ajeno a ese vínculo. Todo me había conducido hasta aquí, como si cada pieza, incluso las más dolorosas, formara parte de un mismo camino inevitable.

Y lo que había despertado dentro de mí ya no podía volver a cerrarse. No iba a permitir que la oscuridad reclamara este lugar otra vez: ni mi hogar, ni mi vida, ni a los míos.

Porque el verdadero poder nunca había pertenecido a la niebla.

Había estado en mí desde el principio.

EPÍLOGO 1

Paz Verdadera

VALERIE

Cinco meses después…

Solo habían pasado cinco meses desde aquella noche, y aun así sentía que habían transcurrido años entre la persona que fui al llegar a Blue Ridge y la mujer en la que me había convertido ahora.

El otoño había comenzado a cubrir Asheville con tonos dorados y rojizos, mientras la niebla seguía apareciendo cada mañana alrededor de la casa, suave, silenciosa y familiar. Su presencia se había convertido en el abrazo invisible de un hogar que finalmente había decidido protegernos en paz.

Blue Ridge también había cambiado con nosotros.

O quizá siempre había sido así y simplemente no habíamos tenido la oportunidad de verlo antes.

La noticia sobre lo ocurrido aquella noche se extendió rápidamente por toda la comunidad, aunque, por supuesto, nadie conocía la verdadera historia. Para la mayoría, todo había sido consecuencia de manipulación, violencia y personas profundamente dañadas. Y honestamente, prefería que fuera así. Algunas cosas no necesitaban explicación.

Lo que sí cambió fue la manera en que las personas comenzaron a acercarse a nosotros.

Ya no éramos “los nuevos”.

Ya no éramos la familia extraña que vivía en la casa de al lado de los Johnson.

Los vecinos comenzaron a invitarnos a reuniones, cenas y actividades de la urbanización. Algunas tardes aparecían con postres recién hechos o con excusas sencillas para quedarse conversando un rato en el jardín, como si nuestra presencia allí siempre hubiera tenido un lugar natural. Las incomodidades iniciales habían desaparecido por completo; lo que antes era extrañeza ahora se sentía estable, cotidiano, casi evidente. Blue Ridge dejó de ser un punto de llegada para convertirse, sin matices, en nuestro hogar.

Mi trabajo también había alcanzado un giro inesperado. La fotografía que había comenzado como una búsqueda íntima terminó proyectándose mucho más lejos de lo que alguna vez imaginé: galerías internacionales mostraron interés, y mis redes pasaron de cientos de miles de seguidores a cifras que rozaban los millones, conectando con personas que encontraban algo propio en cada imagen. Incluso algunas de mis piezas ya reposaban en la galería de Julien y Mel en Nueva York, donde varias habían sido vendidas por valores que, tiempo atrás, me habrían parecido irreales.

Pero lo más importante no era eso.

Comencé a compartir con más frecuencia sobre gratitud, manifestación y la forma en que las emociones moldean la realidad que habitamos. No desde la perfección ni desde la certeza de tener respuestas, sino desde la voz de alguien que había atravesado el dolor, el miedo y la pérdida, y que había aprendido que incluso en los momentos más oscuros existe algo que nos sostiene si uno decide no rendirse.

Y la gente escuchaba.

Porque cuando se habla desde lo vivido, desde lo real, las palabras encuentran otra forma de llegar.

Julie y Jason también se sentían distintos. Más ligeros, más conectados. Tras todo lo ocurrido, habían fortalecido un vínculo que los hacía prácticamente inseparables, y junto a algunos chicos del

instituto llenaban la casa de risas, música y movimiento constante. A veces los observaba desde la cocina, entre discusiones triviales y planes improvisados, y reconocía una sensación que había creído perdida hacía tiempo: paz.

Greg y yo también nos fuimos reconstruyendo despacio. Su culpa se desvanecía con el tiempo, y el amor que siempre había estado ahí volvió a expandirse sin resistencia. Era como empezar de nuevo, con conversaciones largas en la madrugada, silencios que ya no pesaban y gestos simples que volvieron a sentirse como hogar.

Una noche particularmente fría, estábamos sentados en el porche trasero, envueltos en la misma manta mientras la niebla se deslizaba lentamente entre los árboles del bosque frente a nosotros. Greg acariciaba mi mano con una calma distraída cuando lo miré y encontré en sus ojos algo que había reconocido muchas veces antes, pero que había permanecido oculto desde poco después de llegar a Blue Ridge.

Calma.

Amor.

Presencia.

—Te ves feliz otra vez —susurró.

Sentí un nudo cerrarse en la garganta, porque tenía razón. Después de todo lo vivido, volvía a sentirme viva.

Me acerqué despacio y lo besé mientras el viento frío nos envolvía, y por un instante el mundo entero perdió forma. No quedaba rastro de la distancia que una vez nos separó; solo Greg y yo, reencontrándonos después de haber atravesado demasiadas tormentas.

Natalie apareció unos días después.

Cuando abrí la puerta, la encontré distinta: más pequeña, más agotada, como si la culpa hubiera ido apagando cada una de sus

defensas. No dijo nada al principio; simplemente lloró antes de lograr articular una sola palabra.

Me pidió perdón por no haber visto las señales, por haberse dejado arrastrar por Beth, por las mentiras, las dudas y por no habernos protegido cuando más lo necesitábamos.

Y yo la perdoné.

Porque aferrarme al rencor solo habría prolongado el dolor.

Pero con el tiempo también comprendí algo que aquellos meses terminaron de revelarme: no todas las personas que amas pueden permanecer cerca de ti. A veces, cuidar la propia paz implica aceptar que ciertos vínculos, incluso los más profundos, dejan de ser seguros para la vida que intentas reconstruir.

Natalie entendió mi decisión incluso antes de que terminara de expresarla. Poco después, la casa fue puesta en venta. Ely renunció a su trabajo y ambos dejaron Blue Ridge semanas más tarde, buscando comenzar de nuevo lejos de todo lo ocurrido.

No hubo reproches ni odio. Solo distancia. La necesaria para sanar.

Y aunque una parte de mí lamentó que todo terminara así, otra parte supo que mi responsabilidad ahora era proteger aquello que tanto nos había costado recuperar.

Nuestra paz.

Nuestra familia.

Nuestra vida.

Aquella noche, después de que Natalie se marchara, salí al jardín delantero mientras la niebla se deslizaba entre los árboles con su calma habitual. El aire frío me rozó el rostro y cerré los ojos unos segundos, dejando que el silencio terminara de acomodarse dentro de mí.

Entonces sonreí.

Porque por fin había algo que dejaba de doler al pensarlo: no hacía falta rodearse de demasiadas personas para sentirse amado.

La paz no llega cuando consigues retenerlo todo a tu alrededor, sino cuando aprendes a quedarte con quienes aman sin herir, con quienes sostienen sin romper, con quienes transforman una casa en hogar incluso después de las peores tormentas.

Observé la niebla extendiéndose alrededor de la propiedad, serena, constante, protectora, mientras el viento recorría los árboles y las luces cálidas de la casa brillaban a mis espaldas.

Volví a sonreír. Después de todo lo que intentó quebrarnos, seguíamos aquí.

Más fuertes.

Más unidos.

Más vivos.

Y esta vez, nada volvería a arrebatarnos la paz que habíamos aprendido a construir.

EPÍLOGO 2

Herencia

LA NIEBLA

Un año más tarde...

Los humanos creen que la calma llega de golpe.

Como si un día simplemente despertaran y el dolor ya no estuviera allí. Como si sanar fuera una línea recta, un destino exacto al que finalmente se arriba después de haber sufrido lo suficiente.

Pero la paz verdadera ocurre de otra manera.

Se construye lentamente.

En las pequeñas cosas.

En las risas que regresan sin culpa.

En las conversaciones largas después de la medianoche.

En los abrazos que dejan de sentirse frágiles.

En una casa que vuelve a respirar amor después de haber conocido el miedo.

Valerie lo consiguió.

La observo caminar por los pasillos con una ligereza distinta, dejando fotografías nuevas sobre las mesas, llenando espacios vacíos con plantas, música y luz cálida. Hay vida nuevamente dentro de ella. Ya no se mueve como alguien intentando sobrevivir al siguiente golpe, sino como una mujer que finalmente entendió que merece quedarse con todo aquello que ama.

Greg también cambió.

Jamás dejó de amar a Valerie, pero ahora no le importa que el mundo entero vea la devoción que siente hacia ella. Su amor ahora no parece perfecto, solo es libre, más real que nunca, infinito.

Julie ríe más fuerte ahora. La tristeza dejó de instalarse en sus ojos y la culpa fue desapareciendo entre abrazos y gestos que le hicieron ver más allá.

Y Jason… Jason empieza a parecerse menos al niño que llegó a esta montaña cargando miedo y preguntas que no sabía expresar.

La familia volvió a encontrarse.

No perfecta.

No intacta.

Pero real.

Y eso vale más que cualquier cosa.

La casa lo siente.

Yo también.

Durante meses, las mañanas transcurrieron tranquilas entre cafés calientes, visitas inesperadas de vecinos y el sonido constante de nuevas memorias reemplazando lentamente a las antiguas. Blue Ridge terminó abrazándolos como si siempre hubieran pertenecido aquí.

Quizás porque así era.

Valerie ahora sonríe cada vez que rodeo el jardín durante las madrugadas más frías, porque ahora sabe lo que traté de decirle desde el principio:

Nunca estuvo sola.

Y ahora ya no necesita buscar respuestas desesperadamente. Dejó de pelear contra sí misma.

Eso era lo más importante.

La casa contigua permaneció vacía durante casi un año completo. Valerie evitaba hablar demasiado sobre ello, aunque todavía había cierta melancolía silenciosa cada vez que sus ojos se desviaban hacia el camino de entrada.

Hasta que una mañana llegaron los nuevos vecinos.

Vehículos.

Cajas.

Voces desconocidas.

Vida comenzando otra vez.

Greg fue el primero en saludarlos. Julie apareció poco después, curiosa como siempre. Valerie observaba desde el porche con una expresión tranquila, sosteniendo una taza entre las manos mientras el viento frío recorría los árboles.

Y entonces apareció ella.

La chica descendió del automóvil mirando alrededor con atención, absorbiendo cada detalle del lugar con esa curiosidad natural de quienes todavía no saben que algunos sitios terminan cambiándote para siempre.

Jason salió de la casa casi al mismo tiempo. Y se miraron.

Nada extraordinario para cualquiera más.

Un instante breve. Suave. Pero suficiente.

Porque algunas historias comienzan así. Sin ruido. Sin anuncios. Solo con una sensación imposible de explicar acomodándose lentamente bajo la piel.

Valerie no lo notó.

O quizá sí, aunque decidió no darle importancia.

Está aprendiendo algo que antes le costaba demasiado: no intentar controlar cada cosa que ama por miedo a perderla.

Y Jason… Jason todavía no entiende ciertas partes de sí mismo.

No comprende por qué puede percibir cambios en las personas incluso antes de ver sus expresiones. Por qué algunos rincones de la casa parecen vibrar distinto cuando él entra. Ni por qué suelo acercarme más durante las noches en las que permanece solo observando el bosque detrás de la propiedad.

Pero no tiene prisa.

Ninguno de ellos la tiene ya.

Porque esta historia nunca trató únicamente sobre sobrevivir a la oscuridad.

Trató sobre aprender a vivir después de ella.

La noche cae lentamente sobre la montaña mientras las luces cálidas iluminan las ventanas de la casa. Adentro, las risas vuelven a llenar los espacios como si siempre hubieran pertenecido ahí.

Y yo permanezco cerca.

Silenciosa.

Protectora.

Observando cómo Valerie finalmente descansa… mientras algo nuevo comienza a despertar lentamente en Jason.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Dios, por guiarme con paciencia, por fortalecer mi fe y por hablarme a través de las personas, los silencios y las señales que he aprendido a reconocer. Gracias por el camino de crecimiento, por la meditación, el mindfulness y por enseñarme a ver con claridad incluso en medio del dolor.

Gracias al Universo, por abrir caminos cuando no los veía, por sincronizar lo necesario en el momento preciso y por recordarme que todo tiene un sentido incluso antes de que yo pueda comprenderlo.

A mi amor, por ser mi compañero de vida, mi calma y mi sostén en cada etapa de transformación.

A mis hijas, por su amor incondicional, por su paciencia cuando me pierdo en mis pensamientos y por recordarme, con su sola presencia, lo que realmente importa.

A mis amigos y a mi familia, aquí y en el más allá (i ndomhan eile), por acompañar mi proceso incluso cuando no sabía cómo explicarlo.

A las personas que me hirieron y se alejaron: aunque dolió, su paso por mi vida me enseñó a volver a mí, a encontrar luz en mis propias sombras y a fortalecer lo que hoy sostiene a mi familia.

A Letras Eternas Ediciones, a mis lectoras cero y a mis correctoras, por ayudarme a dar forma a este sueño con amor y dedicación.

Y a ti, lector, por abrir tu corazón a estas historias, por habitarlas y darles vida propia. Sin ti, nada de esto existiría.

Mi gratitud es profunda, constante y viva.

UNA PARTE DE MI HISTORIA



Originaria de Maracaibo, Venezuela, crecí entre contrastes que me enseñaron desde muy temprano a observar la vida con profundidad. Estudié Ingeniería en Informática y posteriormente una Maestría en Ciencias Gerenciales, pero con el tiempo descubrí que mi verdadera formación no solo venía de lo académico, sino de todo aquello que la vida me fue desarmando y reconstruyendo por dentro.

Hoy vivo en Colombia, acompañada de las tres personas que dan sentido a mis días: mis hijas, Nicole y Giselle, y mi compañero de vida, Jose, quien ha sido refugio, calma y presencia en cada proceso de transformación.

Durante años me definí por lo que hacía; hoy me reconozco más por lo que he aprendido a sostener dentro de mí. He pasado por etapas de pérdida, reencuentro y reconstrucción personal que me llevaron a mirar hacia adentro, a practicar la gratitud consciente, la meditación y el mindfulness, no como conceptos, sino como formas reales de volver a mí cuando todo parecía desordenarse.

En ese camino descubrí que incluso el dolor puede convertirse en una puerta de regreso a la luz, y que la vida siempre responde de formas más profundas cuando aprendemos a escucharnos de verdad. Esa experiencia ha transformado no solo mi manera de vivir, sino también la forma en la que escribo y comparto lo que siento.

Hoy vivo con la certeza de que la vida no se trata de tener todo resuelto, sino de aprender a habitarse con más consciencia, más presencia y más verdad. Y en ese proceso sigo creciendo, escribiendo y explorando nuevas formas de contar y entender lo vivido.

Porque al final, mi historia no es solo lo que he vivido… sino lo que he aprendido a sanar y a convertir en luz.

DESDE MI CORAZÓN

Gracias por haber llegado hasta aquí y por haber compartido este viaje conmigo. Si estas páginas resonaron contigo de alguna forma, me encantaría que pudieras dejarme una reseña; cada palabra tuya es parte del eco que da vida a lo que escribo.

Hoy escribo desde un lugar distinto. Desde la gratitud, desde la conciencia de todo lo vivido y desde el reconocimiento de que cada historia también me transforma a mí mientras la cuento. Por eso, si lo deseas, me haría profundamente feliz recibir una foto tuya con el libro, en físico o digital. Ver cómo estas palabras encuentran a otras personas siempre me recuerda por qué escribo.

En Instagram puedes conseguireme como @bellsdevis y en Facebook me encontrarás en el siguiente enlace: https://www.facebook.com/bellsdevisescritora.

También puedes visitar mi página web www.estilobells.com o mi página de autora en amazon Bells-Devis, en la cual podrás visualizar todas mis obras.

Espero de corazón que decidas seguir explorando más de mis historias.

Con todo mi cariño,

Bells.